



PEDRO GARDNER
Perdida en los 80

15ª edición!

ediciones
Dreamin'

PERDIDA EN LOS 80

PEDRO GARDNER

EDICIONES DREAMIN'

Quinta edición: enero de 2017.

© 2014 Pedro Gardner – Todos los derechos reservados.

www.pedrogardner.es

Escrito en Alicante entre diciembre de 2010 y julio de 2013.

Autoría, idea original, idea portada correcciones, maquetación y edición: Pedro Gardner (sello independiente Ediciones dreamin’).

Fotografía portada: Lince Urbano

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a PEDRO GARDNER a través de su correo electrónico pedrogardner90@gmail.com si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

En memoria de Jan Kuehnemund
(1961 – 2013)

Índice

1. *Livin' on a prayer* (Bon Jovi)
2. *Come out and play* (Twisted sister)
3. *Heaven's on fire* (Kiss)
4. *Get out of here* (Thin Lizzy)
5. *Vamos muy bien* (Obús)
6. *Eyes of a stranger* (Lizzy Borden)
7. *Never say goodbye* (Bon Jovi)
8. *I won't forget you* (Poison)
9. *Love ain't easy* (Steelheart)
10. *One step from paradise* (Danger danger)
11. *Rock the night* (Europe)
12. *Now you're gone* (Whitesnake)
13. *Nacido para ganar* (Sangre Azul)
14. *Good girl gone back* (Pretty boy floyd)
15. *Rock and roll rebel* (Ozzy Osbourne)
16. *Intuition* (TNT)
17. *Only the good die young* (Iron Maiden)
18. *Cryin'* (Vixen)
19. *Loneliness* (Hiroshima)
20. *The final countdown* (Europe)

Prólogo

El vinilo gira. Su música evoca a un tiempo y a un lugar aún desconocidos para muchos. Para otros, las notas son sinónimo de otra época, de otras costumbres, de otro período. Período que algunos desean volver a vivir, a disfrutar, a sentir. Pero no sólo ellos. Todos hemos soñado con despertar en una época en la que no nos ha correspondido vivir. Una época que nos es evocada a través de las diferentes facetas que la vida nos muestra.

El mundo de la música es un mundo perdido, al igual que el mundo en el que nos encontramos. Nos encontramos perdidos, y nos perdemos para encontrarnos; aunque perderse no es sinónimo de perdición. Al contrario, deseamos perdernos para perder de vista la perdición a la que nuestra sociedad está sentenciada. Una sociedad llena de suciedad. Una suciedad que sólo puede ser limpiada con música. Y es ahí donde nos vemos capaces de formar nuestra identidad, aunque ésta no se equivalga con ser idéntico; sino todo lo contrario, algo que nos haga únicos e irrepetibles y nos ayude a superarnos día a día.

Y para llevar a cabo esa maniobra de superación, el perderse es necesario. Perderse, que no perder. Y hablo de perderse en un sentido amplio, porque, ¿no es necesario perderse de vez en cuando para poder encontrar y encontrarse? Y es en el sentido pronominal del verbo «perder» en el que baso este prólogo; en el significado de perder los sentidos tangibles para poder llegar a ver lo que los demás no son capaces. Ver y vivir una realidad que nos ayudará a afrontar la nuestra propia de una manera más valiente y adulta. Sin duda, podremos encontrarnos en el camino hacia la búsqueda de identidad, por muy perdidos que nos encontremos. Y hablo de encontrarse en el sentido de hallarse, de sentirse. Porque encontrarse no es sinónimo de encontrar, aunque una acción lleva a la otra. Algo así como una consecución de acciones. Y de esto, precisamente, nos habla *Perdida en los 80*.

Mientras, el vinilo sigue girando. Gira como lo hace la vida. Gira siempre en la dirección hacia donde enfocar nuestros deseos. Y es en ese momento cuando abrimos el libro. Nos perdemos en sus letras. Buscamos una salida para nuestras inquietudes, al mismo tiempo que nos encontramos imbuidos con las maravillas a las que evoca la lectura.

Victoria Cánovas, filóloga.

Livin' on a prayer

*Tommy used to work on the docks
Union's been on strike
He's down on his luck
It's tough, so tough...*

*Gina works the diner all day
Working for her man
She brings home her pay
For love, for love...*

El vinilo giraba y giraba mientras el tocadiscos rezaba la canción. El gigantesco póster de papel de Jon Bon Jovi, cantante de Bon Jovi, brillaba con luz propia en la pared de la habitación, justo encima del aparato. A su lado aparecía también, en papel, el rostro de una cantante con el pelo cardado y claro, una chaqueta vaquera con tachuelas y un micro en la mano, en cuya esquina ponía: «Janet Gardner (1989, Vixen)», junto a un centenar de pósteres, además de un calendario del año 2052, de un movimiento totalmente olvidado y extinguido llamado *heavy metal*.

Janet había regresado a Zaragoza (España) la noche anterior después de haber hecho un viaje con sus padres a Suecia para ver un minúsculo concierto de *rock*. Allí se había juntado con Roxy, la única amiga *heavy* de su edad que tenía y que era de Madrid.

Hacía muchos años que para poder asistir a un concierto de *hard rock* o de *heavy metal*, normalmente, había que ir muy lejos: a una mini sala cuyo aforo apenas llegaba a las veinte personas, y en ocasiones no podían entrar por ser menores de edad.

Había pasado demasiado tiempo, pero las preguntas que rondaban en la cabeza de Janet siempre eran las mismas: ¿por qué razón nadie luchó en su día para que los menores pudieran entrar en salas de conciertos? ¿Qué ley absurda había para que tuvieran que esperar a ser mayores de edad? Ahora era demasiado tarde: la ley parecía estar implantada con cemento y nadie la podía abolir.

Y, con ello, muchísimas normas y malas costumbres impuestas en una injusta sociedad que nada tenía que ver con la de «los ochenta», su época más añorada en todos los sentidos, no sólo por la música, cuando todo era más sencillo y la tecnología no los rodeaba por todas partes.

Aquel extraño movimiento del *rock* no existía en el año 2052. Muchos lo desconocían, otros lo ignoraban e incluso había gente que lo utilizaba para reírse de forma ignorante por sus atuendos y su música ruidosa.

Por si parecía poco, básicamente, estaba prohibido, al igual que otros movimientos similares como el *punk* y sus vertientes. El terrorismo internacional, la libre circulación de armas y el constante miedo en los medios de comunicación y el rechazo al diferente, consiguieron su objetivo. Y es que cualquier tipo de manifiesto, de reivindicación o rebeldía era considerado delito para evitar revueltas, por lo que toda camiseta negra de *rock*, pelos largos, chaquetas de cuero, pantalones vaqueros rotos, calaveras, tachuelas, cadenas..., en 2052 estaba relacionado

con el odio y la violencia llevado totalmente al extremo. En la calle, las pocas personas que se atrevían a acordarse del movimiento pensaban que el término se había extinguido varias décadas atrás, pero no era así. Al menos, no como la sociedad creía.

En menos de una semana, Janet iba a viajar a la capital para ver a Roxy. Conocidos de su amiga madrileña iban a dar un concierto de versiones en una pequeña y privada casa de campo en las afueras de Madrid durante la tarde. Si intentaban tocar en una discoteca que también tuviera licencia como sala de conciertos, la mitad se habría quedado fuera por ser menor, y si ya de por sí el público era escaso en un concierto cualquiera, no saldría rentable y no podría hacerse. Además, muchos dueños de salas no se atrevían a dar conciertos de *rock* con la excusa de «por si aparece la policía». Por supuesto, habría de hacerse por la tarde, ya que, salvo contadas excepciones, el toque de queda nocturno obligaba a la gente a permanecer en sus casas y a no salir a la calle bajo ningún concepto.

Eran las seis de la tarde y Janet había quedado con Roxy justo a esa hora para hablar por Skype. El programa había sustituido al teléfono fijo tradicional que apenas se usaba en los hogares.

—¡Janet, te tengo que contar una cosa! —exclamó Roxy nada más conectar con su amiga.

—Estoy acostumbrada a que me sorprendas, pero bueno —rio.

—En serio, esta vez te va a sorprender. ¡Viene mi tío abuelo de Nueva York!

—¿En serio? ¡Por fin! —contestó Janet.

El tío abuelo de Roxy había sido guitarrista de *rock*, ya jubilado de la vida laboral y retirado de la música. Y aunque nació en la época que ellas conocían como «los ochenta», colaboró con muchísimos artistas grandes cuando fue músico y logró ver a todos los grupos que ahora eran una leyenda: Iron Maiden, Motörhead, Judas Priest, AC/DC, Barón Rojo, Rolling Stone, Gary Moore...

Roxy le había hablado a Janet un centenar de veces de éste; de mil anécdotas de conciertos y músicos que conoció y colaboró. También de cómo eran las cosas cuando el *heavy* aún vivía en la sociedad y cómo todo cayó de repente y no hubo grupos ni festivales al quedar las bandas nuevas en el olvido. Para colmo, la represión de aquellos años crecía cada vez más y más, y poco después llegó una estúpida ley que prohibía todo lo relacionado con el movimiento, en una caducada democracia desde hacía muchos años atrás.

Janet, durante aquella noche, comenzó a prepararse las cosas para el viaje a Madrid. Aún faltaban cuatro días para que fuera viernes pero no podía esperar: cogió varios cedés y vinilos nuevos, de los pocos que se habían reeditado en la clandestinidad de su época (ya que el formato físico había desaparecido), y otros cuantos que había heredado de su padre y que aún conservaban en una enorme estantería establecida por orden alfabético. Twisted Sister, Black Sabbath, Kiss, Guns n' Roses, Poison, Iron Maiden, Dio, Quiet Riot, Europe, Whitesnake o Def Leppard eran muchos de los cientos de grupos que se podían ver en las carátulas de aquellos discos de *hard rock* y *heavy metal*. Tras guardarse varios, no quería irse a la cama sin antes ponerse alguno de sus favoritos.

Después de la cena, se dio cuenta de que hacía mucho tiempo de que no escuchaba uno con el que nació bajo el brazo: el primero de Vixen. Su padre era fanático del grupo, al igual que Carlos, el padre de Roxy. ¡De ahí que se llamaran de tal manera las dos amigas! Y es que Janet Gardner y Roxy Petrucci fueron las componentes originales del grupo de *hard rock* a finales de los ochenta y principios de los noventa. Janet Gardner fue la cantante y Roxy Petrucci la batería de Vixen, ya que el cuarteto estaba formado por cuatro féminas que lucharon durante casi toda la década para hacerse un hueco en la industria y, desgraciadamente, fueron rechazadas durante años,

precisamente, por ser mujeres.

Era, pues, muy habitual y obvio que Janet escuchara Vixen, se sintiera identificada con sus letras y le apasionara su música desde que era bien pequeña, y todo gracias a su padre. No parecía que hubieran pasado casi setenta años desde que se publicó aquel vinilo que acababa de coger. No estaba reeditado en el presente; era el original del año 1988. Su padre lo compró de segunda mano cuando era chaval y, desde entonces, lo intentaban conservar lo mejor que podían. Janet siempre cuestionó lo que hubiera pasado si el *rock*, con todas sus vertientes, hubiera tenido el apoyo que realmente se merecía, tanto a la hora de renovar bandas como a la hora de protestar por unos mínimos derechos y justicia en la sociedad. Las cosas podrían haber cambiado, porque entonces, quizá, podría conseguir ese disco original aunque fuera reeditado y tampoco tendría que irse hasta tan lejos para ver un solo concierto de *rock* duro.

Lo que también añoraba era la época de los grandes festivales, donde muchísimos *heavies* de todas las partes de España se juntaban para ver a multitud de grupos. En 2052 eso era inimaginable en muchas partes del mundo. En realidad, no echaba de menos a los grupos clásicos, que también, sino al hecho de que hubiera grupos sin más, aunque fueran nuevos; una renovación para que todo volviera a surgir. Lo pasado, pasado estaba y no se podía hacer nada. Su abuelo no fue *heavy* de joven pero tuvo algunos amigos que sí, y le pudo contar cómo al retirarse muchos de los clásicos, el *heavy metal* desapareció al no apoyar nadie, durante las giras de despedida de los más grandes, a los que empezaban y lo daban todo por salir adelante.

Aun siendo una chica muy conformista y razonable, su forma de pensar le hacía dar lo que fuera por volver a la mejor época de la música: los años ochenta del siglo veinte.

Llegó el día siguiente y Janet se levantó pronto para ponerse a estudiar.

Al mirarse en el espejo, pudo verse reflejada: llevaba el pelo rubio, la piel y ojos claros y su delgado cuerpo hacían recordar a la mismísima Janet Gardner de Vixen en los años ochenta.

Al lado de un montón de vinilos y cedés que yacían en la cama, y de espaldas a un póster de Sangre Azul, entre otros, y del mencionado calendario de 2052, Janet reemplazó su pijama por unas mallas negras y brillantes, un cinturón con pequeñas cadenas que caían formando semicírculos, y por un chaleco de cuero encima de una camiseta roja sin mangas.

Estaba orgullosa de tener personalidad; de pertenecer a un movimiento con el que realmente se sintiera identificada y estaba eternamente agradecida a su padre por habérselo enseñado. Nadie, absolutamente nadie que había conocido de su edad sabía qué era eso del *heavy metal*, excepto Roxy.

Era verano y aún no había instituto, pero le habían quedado tres asignaturas para septiembre y tenía que recuperarlas. En su barrio y en su clase, muchas veces, la tomaban por un bicho raro. Todos llevaban una moda, pero por alguna extraña razón, cuando pasaba una temporada, había cambiado radicalmente. La muchacha, desde siempre, pensaba y sentía que el *rock* no era una simple moda, sino un modo de vida que no moriría mientras hubiera gente que lo escuchara y no lo hubiera olvidado, como era su caso.

Aquella tarde, Janet se acercó a una tienda que habituaba ir, donde aún vendían algunos discos remasterizados y, de vez en cuando traían, con alevosía, algo de *rock*. Cuál fue su sorpresa al preguntarle al dependiente, un amigo de su padre de toda la vida, por el *Dr. Feelgood* de Mötley Crüe que tantísimo tiempo llevaba esperando. Era una reedición del vinilo original, traído de Estados Unidos. El dependiente esperó a que la tienda se vaciara para llevarla a un pequeño almacén y enseñárselo en un rincón, de una forma similar a como antiguamente se trapicheaba con droga, pero vivían tiempos locos en los que no quedaba otro remedio.

–¡Es increíble! –alucinó Janet mientras sujetaba y observaba la carpeta en alto.

–Menuda joya, ¿eh? Había fanáticos de Mötley Crüe que se lo tatuaban –le contestó, señalando la portada. En el cartón aparecía una serpiente abrazada a una espada con alas y una calavera en la parte superior.

Después de hacerle una oferta por ser la clienta estrella, además de la hija de un amigo suyo, Janet fue a casa y lo puso en el tocadiscos.

Al escucharlo en vinilo, todo cambiaba; no era lo mismo que oírlo en CD, que ya tenía. Era como escucharlo en su versión original tal y como se hacía en los ochenta; directamente del plástico y no en digital como se haría posteriormente, que perdía todo su encanto aunque la calidad del sonido fuera mejor. Y, por supuesto, aquella portada que parecía todo un cuadro al poder observar sus detalles y colores. Lástima que la discográfica que reeditó el disco no añadió letras ni fotos en el interior; sólo el papel blanco donde estaba guardado el disco de vinilo.

La cara A terminó de sonar cuando Janet estaba tumbada en la cama, disfrutando de la música, como si fuera todo un ritual en el que sentía y gozaba cada acorde.

Se había hecho ya de noche y, por la poca luz que entraba desde la calle, podía ver el póster de Ronnie James Dio que tenía en la pared de enfrente. Se fijó en su ropa por un instante. Janet amaba desde los pantalones de pitillo, las mallas de colores, las chaquetas de cuero, hasta las botas camperas. Más de la mitad de su armario era así, aunque aquella indumentaria ya ni siquiera se fabricaba. Alguna la tuvo que conseguir de segunda mano, aunque otra, por suerte, aún la vendían en el extranjero, pero le costaba una barbaridad adquirir una simple pulsera de pinchos o un chaleco vaquero. La otra mitad era ropa para ir a clase, aunque también, en más de una ocasión, se atrevía a vestir bastante *rockera* y fueran los días que más destacaba por encima de la multitud.

Se podría decir que había nacido en la época equivocada; no pertenecía a la mitad del siglo veintiuno y sentía tanta pasión por el *hard rock* que daría lo que fuera por volver atrás en el tiempo.

Estaba a punto de quedarse dormida cuando su padre, Mario, que acababa de preparar la cena, la llamó. Era otro *rockero* de pelo moreno y largo pero que lo disimulaba siempre en el trabajo con una coleta engominada hacia atrás, oculta en la espalda por dentro del traje, y vistiendo lo más arreglado posible. Arriesgaba también de que cualquier día la policía lo parara y lo detuviera por su melena; por su rebelde e ilegal imagen que no estaba permitida. Sin embargo, era científico y había trabajado en diversos sectores de la empresa. Sus conocimientos y profesionalidad superaban a cualquiera que se le hubiera puesto por delante.

Aunque había tocado muchas ramas de la ciencia, su especialidad era la astronomía y la química. Tenía su propio laboratorio y despacho en la sede de la internacional Quimetry, en el centro de Zaragoza. Su gran intelectualidad en el mundo de la ciencia hizo que las empresas le dejaran trabajar aun con su melena larga que muchos no podían ver.

Era habitual que tuviera que irse fuera varios meses por trabajo, e incluso en una ocasión, siendo Janet pequeña, había estado dos años fuera, viéndose sólo en Navidad y dos semanas en verano.

–¿Qué tal llevas los exámenes, Janet? Espero que mejor –preguntó éste en mitad de la cena.

–Bien, Mario, bien –declaró sin levantar la cabeza, con severidad y cansancio.

–¡Mira que te ha dado por lo de Mario! ¿A qué esperas para llamarme papá de una vez, como sería lo normal? –sonrió.

Janet no levantaba la cabeza y parecía que no escuchaba.

–Te veo cansada. No termines de cenar si no quieres. Vete a la cama que mañana tendrás que rendir bien.

Su mujer, que estaba sentada a su lado, intentó regañar a Janet, pero Mario logró frenarla con un breve gesto para no volver a lo mismo de siempre.

—Tú sabrás la hija que estás creando —murmuró ella, bordemente, mientras Janet salía.

La madre de Janet, Flor, por el contrario, era panadera. Trabajaba a escasos cinco minutos desde su casa y siempre traía el pan y bollería industrial. Raro era que su única hija estuviera tan delgada. Y paradójicamente, Flor era diabética desde poco después de nacer Janet. Aun así, la joven no la apreciaba como debería.

Janet quería una barbaridad a su padre, quizá por lo unidos que siempre habían estado y por toda la música que había aprendido gracias a él.

Con Flor nunca fue lo mismo: no se solían llevar bien, normalmente discutían y Janet apenas tenía recuerdos agradables, e incluso le daba la sensación de que su madre no sabía respetarla por cómo era. Sonaba extraño decir que Flor se hubiera casado con Mario, amante del *heavy metal* y con melena larga, y ésta repudiara todo lo referente a dicho movimiento.

Poco después, Janet se hallaba acostada de nuevo, observando el póster de Dio y con la mítica Heaven and hell en su cabeza, como si estuviera en un concierto de Black Sabbath.

Pensando, como cada noche, en la época dorada de su forma de vivir, se durmió...

Janet se despertó al día siguiente. Tenía la cabeza cargada y sentía una extraña sensación en el ambiente. Se había quedado dormida y se había levantado más tarde de lo habitual para ponerse a estudiar en aquellos días de verano. El despertador le habría vuelto a fallar, pensó.

Se vistió y miró a su alrededor, cansada, ojerosa y adormilada, pero su ordenador no estaba. La mesa de madera estaba vacía, pero era normal porque hacía tiempo que el portátil no funcionaba bien y Mario lo habría llevado a arreglar aquella mañana sin despertarla. Sólo deseaba que esta vez le instalara el Windows 21 y no el 22 (que era nuevo y a nadie le gustaba).

Volvió a vestirse de forma muy parecida al día anterior.

Sin fijarse mucho, se dirigió a la cocina, cuya puerta estaba pegada a la de su habitación. Antes de atravesar el umbral, dudó, mirando al suelo. No tenía nada de hambre, además no tenía ordenador, por lo que volvió a su habitación a poner algún vinilo.

Cogió uno de los que mejor conservados había tenido Mario: el mítico *Walls of Jericho* de Helloween. Janet se quedó mirando la portada. Pocas veces se había fijado en los detalles que podía distinguir gracias al formato físico.

El cartón del vinilo estaba plastificado; sin abrir. Al parecer, tenía un significado especial para Mario y lo guardaba como oro en paño, sin entender la joven por qué.

Janet estuvo a punto de poner algo de música cuando pensó de nuevo en desayunar algo, pero seguía sin apetito.

Así pues, se quedó dudando un instante hasta que decidió bajar a la tienda de electrónica donde vendían discos, para ver si José había recibido alguno más de un día para otro por muy raro que fuera.

Sin prestar mucha atención a su entorno, salió de su casa, todavía con esa extraña sensación en el ambiente.

Al partir, miró la puerta y se dio cuenta de que era de madera, de las que se llevaban décadas atrás y salían en las películas. No entendía qué habría pasado. Cuando era pequeña, en su casa tenían una pero la cambiaron por otra de acero, como era normal poseer en todo hogar corriente y moderno.

Sin darle más importancia, siguió marchando hasta llegar al ascensor. Bajó en él aunque sólo fuera un piso, mientras miraba al suelo y pensaba en el pedazo de viaje que se iba a pegar en un

par de días con Roxy y le entraban los nervios de pensar en el concierto de versiones que iba a ver en la casa de campo.

Al salir del ascensor, se dio cuenta de que había tardado más de lo normal; además notó una ligera vibración en él que nunca se había percatado.

¿Estaba paranoica o realmente el mundo estaba raro?

Había dormido demasiado, aún no había abierto del todo los ojos, estaba ojerosa y tenía la cabeza cargada. Era la única razón posible.

En el exterior, al girar a la derecha para llegar a la tienda de electrónica, pasó, como era habitual, por la puerta de la tienda de ropa de moda que siempre había repudiado. Ahí compraban las modernas de su clase toda la indumentaria que se ponían para ir al instituto y para los fines de semana que salían y no había toque de queda.

Cuál fue su sorpresa al mirar de reojo el escaparate: toda la ropa estaba cambiada. Los maniquies eran diferentes y ahora llevaban una chaqueta vaquera ajustada, y lo mejor: ¡unos pantalones de pitillo elásticos! ¡Hasta las maniquies llevaban el pelo cardado! Y a sus pies, unos pequeños botines con tachuelas. Janet pegó la cara y las manos al cristal con los ojos como platos.

Estaba alucinando. Toda la ropa parecía estar sacada de aquellos videoclips prohibidos que veía en su ordenador. ¡De repente, toda la ropa era ochentera!

Por dentro, la tienda estaba oscura y no alcanzaba a ver lo que había en su interior, pero aparentemente había cambiado. Al mirar hacia arriba, vio que el cartel también había sido modificado. Ahora, con una letra mucho más casera, ponía «Ropa y complementos» en vez del anterior nombre con luminosidad y efecto 3D.

¿Por qué de ese cambio tan radical?

Quizás habría cambiado de dueño la tienda, aunque también era posible que, por su tozudez de no saber ni por dónde andaba en más de una ocasión, hasta entonces ni se había fijado en que había cambiado, ¡y de esa manera!

Desde luego aquello le había alegrado el día totalmente, y cuando se lo contara a Roxy iba a alucinar. ¡Una tienda con ropa ochentera debajo de su casa! Eso sólo se veía en algún negocio minúsculo de Londres o Nueva York.

Con una ligera sonrisa, quitó la mirada del único escaparate y entró dentro.

El cambio había sido supremo: había aparecido un muro pintado en mitad de la tienda y ahora era una cuarta parte de lo grande que era antes. E incluso así, estaba vacía de gente, algo raro teniendo en cuenta que siempre la veía llena.

Lo bueno era que habían cambiado prácticamente todo y no había nada que le pudiera gustar a sus compañeras de clase.

Se acercó a la ropa y sonrió sin disimularlo, y es que había chaquetas vaqueras con tachuelas, todos los pantalones eran de pitillo, había camisetas de cebra y leopardo, e incluso una preciosa chaqueta de cuero roja al lado de varios anoraks de colores que le importaban menos.

Janet sonreía con la mandíbula caída y los ojos bien abiertos.

Se dio la vuelta hacia donde se encontraba el mostrador y una dependienta con el pelo largo y liso le sonrió.

La joven alucinó:

—Menudo cambio, ¿no?

—Veo que te gusta mucho la ropa —contestó ella.

—Sí, nunca me imaginé que se abriera una así, ¡y menos al lado de mi casa!

La dependienta sólo supo mostrar una ligera sonrisa por no saber qué exponer, mientras Janet se despidió, alegre y entusiasmada, y dejó la tienda. La empleada borró su sonrisa y dibujó una

pequeña mueca amarga mientras levantaba una ceja, sin comprender qué tenía de extraño una tienda corriente en un barrio vulgar.

Fue tal la emoción, que Janet no se dio cuenta de un par de coches que hacían un ruido fuera de lo habitual y se movían a trompicones, al contrario de como solían pasar por su calle a diario.

Inconscientemente, se percató de que la acera era más estrecha de lo normal y el suelo era de otro color más oscuro, pero no le importó porque era la muchacha más feliz que podía existir después de ver la tienda que acababan de abrir en su misma acera.

Siguió caminando con la vista en el suelo hasta girar una esquina y llegar a la tienda de discos.

Sin embargo, al llegar al escaparate, ¡no lo podía creer! Tras el cristal ya no aparecían impresoras, televisores, ordenadores y algún disco. ¡Todo eran vinilos!

Pegó la cabeza al cristal y pensó que se podía tratar de una broma del dueño de la tienda al leer en grande, con la letra de Iron Maiden en un cartón blanco:

*IRON MAIDEN, "KILLERS" (ASESINOS)
NUEVO LP DE LA BANDA BRITÁNICA DE ROCK*

¿Existía el día internacional del *heavy metal*? De ser así, era posible que aquel día fuera, porque hasta Navidad no llegaba el tradicional día de los inocentes y aún hacía demasiado calor.

Era también poco lógico que pusieran lo que significaba *Killers* entre paréntesis con el nivel básico de inglés que tenía la sociedad en 2052.

Había vinilos de muchas clases. También de Michael Jackson, Mocedades, Mecano, Cyndi Lauper o Radio Futura, que eran grupos de pop de Estados Unidos y de España, de principios de los ochenta. Junto a ellos, nada más y nada menos que *Too fast for love* de Mötley Crue, *Larga vida al Rock and Roll* de Barón Rojo, *For those about to rock* (con la portada negra de colores invertidos) de AC/DC, *Point to entry* de Judas Priest, entre otros, lucían en una sección que ponía «Novedades». Debajo de estos, *Highway to hell* y *Back in black* de AC/DC, *Dynasty* de Kiss, un extraño recopilatorio de Jimi Hendrix, *IV* de Led Zeppelin, *Made in Japan* de Deep Purple...

Aún sin creerse lo que veía, entró a la tienda: toda estaba bañada de vinilos. Paredes, estanterías, vitrinas... Y, al igual que la anterior tienda, parecía un lugar diferente.

Se acercó al chico que había tras el mostrador: un muchacho con una barba exagerada y abultada, y el pelo graso y largo. No había nadie más en la tienda.

—Perdona, ¿José no está? —preguntó por el amigo de Mario.

—¿Perdón? —respondió, frunciendo el entrecejo.

—José, el dueño de la tienda —insistió Janet.

El muchacho la miró de forma extraña, aun viendo su inocente rostro.

—Me parece que te equivocas. A ver si te has confundido de tienda porque aquí sólo trabajo yo.

—No lo entiendo. O sea, ¿que José ha traspasado la suya? —contestó Janet con mucha ingenuidad.

—Esta tienda la monté yo. No sé cuál habría antes, pero desde luego no hay ningún José —contestó el barbudo, empezando a asustarse.

Janet se despidió y salió de la tienda, pero cuando fue a llamar por teléfono a José, se dio cuenta que se había dejado su iPhone 18S en casa.

Dudando un poco de lo que hacer, de casualidad levantó la vista y descubrió que los edificios de su barrio ya no eran altos y sólidos de metal, como antes. Ahora eran de ladrillo anaranjado y cemento, y había algunos, incluso, que eran de planta baja. Los coches que pasaban eran muy antiguos y olían a contaminación, dejando un ruido que nunca antes había escuchado en ningún

vehículo. Las calles y aceras eran más estrechas y de diferente color.

Miró hacia arriba, y lo único que seguía exactamente igual era el sol y el cielo azul.

Llevándose las manos a la cabeza y sin saber dónde estaba, entró de nuevo a la tienda de discos y se dirigió al dependiente:

–¿¡Qué coñ...!?! ¿¡Qué ha pasado aquí!?

El muchacho se quedó blanco.

–Eeeeh..., perdona, voy a cerrar –manifestó, tomando una decisión.

–¡Pero en el horario pone que hasta las dos no cierran, mira! –exclamó Janet, señalándole el horario que aparecía en la puerta.

–Pues hoy voy a cerrar a la una. Márchate.

–¡Espera, espera! ¡Que lo digo en serio! ¿Dónde estamos?

El dependiente dudaba y miró a la chica de forma rara. El resto de la tienda estaba vacía, por lo que no era alguien que le estuviera entreteniendo para que otro le robara discos.

–¿Qué tramas, niña?

–¡Saber dónde estoy! O, en todo caso, ¿en qué año estoy!

El joven siguió mirando el espectáculo que estaba montando Janet.

–No saber en qué año ni en que sitio está uno, es preocupante –continuó sin perder la seriedad.

–¡Es que eso mismo es lo que quiero saber! ¡Es preocupante, pero el problema es que no lo sé!

–Bueno, mil novecientos...

–¿¡QUÉ!?! –gritó Janet, abriendo bien los ojos y la boca.

–...ochenta y uno –terminó de contestar, temerosamente.

Janet se quedó paralizada, pero con la duda de saber si le estaba tomando el pelo o no. Era muy ingenua y enseguida se creía cualquier cosa, pero aquello era evidente que no era una broma del dependiente al contestarle con tanta seriedad.

–Ah, y estamos en Zaragoza, España –concluyó él sin quitarle ojo.

Se quedó todo en silencio. Sólo se oyó el ruido de una ensordecedora moto de marchas que pasaba a poca velocidad y que dejaba un pequeño rastro de humo por la calle.

–Niña, ¿recuerdas si tienes algún trastorno? ¿Tienes amnesia? ¿Paranoia?... –preguntó el dependiente.

–N-no... No, qué va –dijo Janet, tras cambiar su cara de inocencia por otra de horror.

Metió la mano en el bolsillo interior del chaleco y sacó su cartera. Al buscar el DNI, encontró otro diferente que aparentemente era un simple papel plastificado. En él aparecía su mismo nombre, dirección, foto y fecha de nacimiento (17 de marzo), pero ponía que había nacido en 1965 en vez de en 2036.

–Y estamos en... eh... ¿no estamos en 2052? –preguntó la fémica sin bajar el documento de identidad.

–Anda, ¿quieres que llame a tu casa? Dame tu teléfono que llame a tus padres. ¿Vives muy lejos?

Janet quiso decirle que no le pasaba nada, que no vivía lejos y que sabía cuidar de sí misma.

Pero si realmente era un trastorno, era la primera vez que le ocurría.

¡Pero no le pasaba nada! ¡Todo era real!

Se hizo el silencio nuevamente.

–Me tengo que ir –concluyó Janet.

Ya con la cartera en su chaleco, salió corriendo de la tienda y se tropezó con el escalón que daba a la acera y cayó al suelo de boca, dándose un buen batacazo. Al tocarlo, Janet se despertó en su cama en aquella postura y con cara de horror.

Creyó que, aunque muy real, había sido un mero sueño.

Come out and play

Janet había tenido sueños enormemente extraños algunas veces. En aquella ocasión, había sido el más raro de todos.

Miró a su mesa y su ordenador estaba en su sitio. Fue a por su cartera, agarró el DNI, y, ahora sí, era una tarjeta digital con su verdadera fecha de nacimiento: 17 de marzo de 2036, en vez de aquel extraño papel plastificado que decía que había nacido en 1965.

Su sueño había sido tan real que se había sentido totalmente despierta y consciente en él. Era la primera vez que lo vivía tan intensamente. Era como si, en vez de ver las imágenes en su mente, su cuerpo hubiera sido transportado al lugar, ¡aunque aquello era imposible!

Por la tarde, Janet y Roxy hablaron por Skype y, por supuesto, la primera de las mencionadas se lo contó todo a su amiga.

–Hoy tengo que sorprenderte yo. Menudo sueño he tenido, había viajado a los ochenta.

–Pues no me sorprendes, porque yo lo he soñado muchísimas veces, tía –contestó Roxy, riéndose.

–Bueno, yo alguna vez también. Pero éste ha sido diferente... Ha sido súper real –contaba Janet, emocionada, mientras su amiga escuchaba–. A ver, que normalmente suelo acordarme de escenas sueltas o tiendo a tener una imagen fija de lo que he soñado. Pero me acuerdo de cada uno de los detalles: cómo me levantaba de la cama, bajaba en el ascensor, andaba por la calle... No sé. Aparte, todo lo tocaba y sentía... Creo que demasiado me he emocionado como para creer que me había despertado en los ochenta.

–¿Sí? ¡Pues yo también quiero soñar eso! –exclamó repentinamente, esta vez, la voz burlona de su padre, que había entrado en la habitación de Janet y se reía. Había estado detrás de la puerta y había escuchado parte de la conversación.

–¡Ay, Mario, vete! –regañó Janet, volviéndose y empujándole hacia fuera.

–Hola, Roxy –saludó éste, asomándose para que le viera por la *webcam*. Roxy le devolvió el saludo y, en ese momento, entró Flor también a la habitación.

–¡Buf! –resopló Janet, perdiendo la paciencia–. ¡Iros, joder, que estoy hablando con Roxy! –refunfuñó.

Mario no se lo tomó a mal (a diferencia de Flor), sino que rio y se despidió en aquel instante al saber ponerse en el lugar de su hija.

–¡Bueno, nos vamos! ¡Hasta luego, Roxy! Y cuídamela el sábado, ¿eh?

Mario y Flor, esta última con su cara habitual de malhumorada, salieron.

–Qué *pesaos* que son. A veces mi padre no me deja en paz –manifestó Janet tras cerrar la puerta.

–¡Tía! –carcajeó Roxy–. ¡No llames Mario a tu padre! ¡Llámale *viejo*, si hace falta, o papá! ¡Pero no Mario!

La conversación entre ambas duró poco más. Aún era de día a pesar de ser casi las nueve de la noche, ya que en verano oscurecía bastante tarde.

Un rato después, cuando Janet ya había dejado de hablar con Roxy, se asomó por la ventana de su habitación mientras escuchaba el primer elepé de Winger en CD.

Observó los coches eléctricos que dejaban un ligero ruido al pasar y sin ningún rastro de humo, por unas calles lisas de *cementohielo* (palabra admitida en la RAE de 2052), que así se le llamaba al cemento cien por cien llano y liso que se usaba en las carreteras. Detrás, un par de construcciones de acero y otras cuantas más pequeñas y antiguas.

Se acordó de la calle que aparecía en su sueño, con sus edificios mucho más pequeños, de ladrillo y adobe, y no parecía la misma vía.

Bajó la mirada y percibió la puerta de la tienda que en su sueño no dejaba de ser una tienda típica, pero de los años ochenta. Ahora había vuelto a aparecer el letrero fosforito y moderno, y estaba llena de chicas mayores que ella, comprando abusivamente ropa moderna.

Podía recordar perfectamente cómo era el letrero de su sueño y cómo era la tienda por dentro.

¡Lo que hubiera dado por conseguir aquella chaqueta de cuero rojo!

Pasaron los días y Janet, al viernes siguiente, se iba a Madrid. Era jueves por la tarde cuando estaba preparándose ropa para pasar los tres días restantes, hasta el lunes por la mañana que cogería el avión de vuelta a Zaragoza.

El viernes por la mañana, el padre de Janet llevó a su hija al aeropuerto en coche. No les había dado tiempo a desayunar, como ocurría cada vez que viajaba, y él tenía que ir a trabajar poco después.

Al dejar el vehículo, Janet bajó con una mochila, una bolsa de tela con varios cedés y vinilos, y Mario otra maleta de ruedas que iba arrastrando. En su otra mano, una pequeña bolsa de papel con algo de comida que le había preparado a su hija.

—¡Ay, Mario..., digo, papá! ¡Que sólo es media hora de viaje, hemos cogido un vuelo barato! — se quejaba Janet mientras caminaban por el aeropuerto abarrotado de gente.

—Bueno, pero por lo menos no te morirás de hambre —bromeó su padre entre risitas.

—¡Ni me voy a morir me lo tome o no!

—No has desayunado, Janet. Además, deberías comer algo. Ten, anda —dijo, serio, ofreciéndole coger la bolsa de papel. Janet la agarró, resoplando.

—Pero no tengo hambre —contestó con cabezonería.

—¡Bueno, pues para más tarde, Janet!

Después de dejar el equipaje, y teniendo consigo la bolsa con los vinilos y la otra con la comida, se despidió de su padre con un beso y subió al avión.

—Lláname cuando llegues, que quiero saber que llegas bien.

—Claro, Mario, si siempre lo hago —dijo Janet, mencionando su nombre a propósito para fastidiarle.

Al cabo de diez minutos, el avión despegó de una forma que nada tenía que ver como se hacía en los ochenta ni en años posteriores.

Janet dejó la comida a sus pies, cogió la bolsa con los discos y se puso a ver la portada y el libreto de algunos cedés.

El viaje duró media hora. En el Aeropuerto Adolfo Suárez Madrid-Barajas la esperaba Roxy con su madre, María, para llevarla a su casa, que estaba en el barrio de Chueca, muy cerca de la Gran Vía madrileña y en pleno centro de la capital.

Al aterrizar, los pasajeros comenzaron a levantarse para salir del enorme aparato volador. Janet se quedó de las últimas porque tuvo que ponerse a guardar discos que había estado viendo durante el viaje y que se habían quedado fuera.

Cuando se levantó para irse y comenzó a andar por los pasillos del avión, un hombre a sus espaldas la llamó.

–¡Chica! ¡Oye! –gritó entre la multitud.

Janet se volvió y vio que el varón levantaba una bolsa de papel que se había dejado, donde tenía la comida que le había preparado Mario. Tuvo que regresar para cogerla mientras el hombre avanzaba también hacia ella.

Durante aquellos segundos que tuvo que ir contracorriente, si no fuera por no dejar mal al señor que le ayudaba a recuperarla, habría dejado la comida de Mario allí.

Seguía sin hambre.

–¡...uf! ¡Y casi me dejo la comida en el avión, Mario! –le contaba Janet por el iPhone. Ya estaba en el coche con Roxy y María e iban de camino al centro de la ciudad.

–¿Entonces no has almorzado? –le preguntó Mario.

–¡No, si te he dicho que no tenía hambre!

–Bueno, bueno... Pues para más tarde.

Poco después, la conversación terminó y Janet concluyó en voz alta:

–Se preocupa demasiado por mí. No sé por qué me prepara algo de comer si sabe que siempre que vengo a Madrid, con los nervios, nunca desayuno ni como nada en toda la mañana.

–Todos nos preocupamos por nuestros hijos –rio la madre de Roxy mientras conducía.

–Ya, pero es que..., vamos... No lo entiendo. Si sabe que nunca como nada hasta llegar a Madrid y voy a vuestra casa que hay comida. No sé qué sentido tiene.

–Pues eso, que se preocupa. Yo hago lo mismo.

–Por cierto, Janet, ¿qué te ha preparado? –preguntó Roxy.

La chica abrió la bolsa y destapó algo cubierto con papel de aluminio y servilleta de papel. Un alargado bollo de crema y chocolate crujiente, aún caliente, y con un aroma exquisito, llenó de babas la boca de Roxy y Janet al instante. En otra ocasión, las muchachas se comieron uno que les había preparado Flor y a ambas le encantaban desde entonces, y siempre que podían le pedían que les hiciera otro.

–Pues ya me podía haber dicho lo que era. Menos mal que esta vez no me lo he comido en el avión porque, entonces, tú ni lo hubieras olido –comentó Janet con gracia, dirigiéndose a Roxy–. Pero bueno, mi madre ha acertado, porque supongo que lo habrá hecho ella. Mi padre no tiene ni idea de panadería, aunque haya sido el encargado de envolverlo y dármelo.

El diálogo sobre el bollo de crema y chocolate terminó ahí. Janet volvió a taparlo, aunque daban ganas de comérselo. Lo guardó en su mochila, con cuidado para que no se chafara, y en ese momento se acordó de algo de lo que se sobresaltó.

–¡Anda, se me había olvidado! –exclamó. Roxy pegó un pequeño salto y le preguntó qué pasaba.

Janet se agachó y cogió la bolsa que tenía a sus pies. Le enseñó el vinilo de *Dr. Feelgood* de Mötley Crüe. Roxy se quedó con la boca abierta.

–¡Lo has conseguido, tía! ¡Ya era hora!

Roxy, que también tenía el pelo cardado y liso, pero moreno, y estaba igual de delgada que Janet, cogió el vinilo y observó su portada.

–Es increíble... –susurró, alucinando, mientras sujetaba el cartón en alto–. ¿Viene algo más dentro?

–No, sólo viene la foto ésta de la contraportada –contestó Janet, dándole la vuelta. En ella se veía una foto en grande de los cuatro componentes, y abajo la lista de canciones.

–En llegar a mi casa lo ponemos –concluyó Roxy, y se lo devolvió.

Durante el resto del viaje siguieron viendo varios discos más que Janet se había llevado a

Madrid y, cómo no, hablando de música sin parar.

La madre de Roxy era como la de Janet: no le gustaba *esa música rara*, según decía, pero sabía respetarla mucho más que Flor, como Janet podía comprobar cada vez que iba a la capital. Ni siquiera en la juventud de María fue un género que se tendiera a llevar, pero casándose con un *heavy*, al igual que Flor, tuvo que asimilarlo. Y el tener una hija que había salido igual que él, también.

Al cabo de un rato sentadas en el coche eléctrico, llegaron a casa de Roxy: un piso particular de ladrillo en el centro de Madrid, en una de las calles paralelas a la Gran Vía.

Durante aquel día y también durante parte de la noche, estuvieron encerradas en casa escuchando discos, viendo algún concierto y comentando los atuendos relacionados con la década que ambas amaban.

Al día siguiente iba a ser el concierto de versiones. Décadas atrás, habría sido un concierto tributo cualquiera, pero sólo el hecho de ver gente de su *rollo* en la multitud y tocando temas que les gustaban, significaba mucho para ellas en una época en que los conciertos de *rock* ya no existían.

Cuando llegó la tarde del sábado, ambas se vistieron y se prepararon para partir al evento. Iban a pasar toda la noche fuera y ni a los padres de Roxy ni a los de Janet les hacía gracia por ser tan jóvenes, pero lo importante era que iban con gente mayor que ellas y que sabrían cuidarlas bien.

Janet se puso sus habituales mallas negras, un cinturón de cadenas y una camiseta con el logo de Skid Row en letras rojas. Roxy, por el contrario, fue con unas mallas verdosas, un cinturón de cuero, una camiseta blanca sin mangas de White Lion y el pelo levantado con laca.

Cuando estaban colocándose las zapatillas J'hayber, manifestó Janet:

—No hay nada más *heavy* que unas deportivas —bromeó—. Lo que daría por conseguir unos botines con tachuelas como llevaban las Vixen en sus videoclips.

Fue en ese momento cuando se acordó de los que vendían en la tienda de su sueño. En los ochenta, en una tienda cualquiera los vendían. ¿Por qué había nacido en la época equivocada?

—Pues da gracias a que hemos logrado conseguir éstas de importación... —manifestó Roxy.

Tras terminar de vestirse, cada una se preparó su mochila con las cosas que se querían llevar al concierto.

Luego, bajaron a la calle hasta llegar a la Gran Vía, que no había cambiado casi nada en setenta años: sólo el asfalto, ahora de *cementohielo* y con un tráfico horrible, y los carteles publicitarios que eran grandes, luminosos y en tres dimensiones, pero la mayoría de los antiguos edificios continuaban allí, muy bien conservados. También permanecían las aglomeraciones de gente por las anchas aceras y el consumo desorbitado.

Las dos amigas pasaron al lado de la puerta de una famosa marca de ropa y un vagabundo entrado en años intervino:

—Por favor..., un euro para respirar... Solamente un euro..., es injusto...

—No llevo nada —explicó Janet, sintiendo pena.

—Yo tampoco —se encogió Roxy de hombros, sincerándose.

Continuaron su marcha y Janet miró su antebrazo, tocándose un sólido rectángulo que tenía dentro de la piel y donde algunas venas entraban.

—¿Hasta cuándo lo recargaste en el Centro de la Privatización del Oxígeno?

Roxy miró su antebrazo y encontró el mismo rectángulo.

—Hasta junio. ¿Y tú?

—Hasta diciembre —respondió Janet.

—¡Vamos, de momento tienes cuatro meses asegurados de vida! —rio Roxy.

–¡Es triste, pero sí! De momento tengo oxígeno hasta diciembre. Hay gente que consigue recargárselo uno e incluso dos años. Yo me parto siempre que veo a la presidenta del gobierno por la tele.

Roxy cambió el tono de voz e imitó a una mujer mandona y ultra conservadora:

–La privatización del oxígeno hará, en nuestra sociedad, un lugar más agradable para vivir, donde el progreso y la igualdad estarán en todos los hogares de los españoles.

–¡Uf! Y a principios de siglo su abuela ya fue presidenta, pero de la Comunidad de Madrid –rio Janet–. Qué ironía: una se llamaba Esperanza y ésta Dolores Aguirre, y no sé cuál es peor.

–¡Son clavaditas! ¡Si hasta hablan igual!

Después cogieron el metro en dirección Leganés, donde las iban a recoger en coche e irían al concierto al aire libre.

Bajaron las anchas escaleras de la boca del metropolitano, destacando entre la multitud: algunos las miraban raro, otros hacían como si no hubieran visto nada y las personas mayores preferían no caminar por su lado. E incluso parecía que había quien reía por lo bajo al ver la forma en que vestían y sus pelos levantados con laca.

Eran tiempos difíciles y el movimiento (más concretamente, no vestir como la mayoría consideraba «correcto») estaba peor visto que nunca.

Siguieron bajando escalones hasta llegar al andén. La máquina llegó enseguida y, al entrar al vagón, un hombre de piel morena que pasaba los cuarenta años, las miró descaradamente de arriba a abajo y se puso a cantar con voz rasgada y con aliento a alcohol el estribillo de *Highway to hell*, pronunciando y vocalizando mal. Éstas lo ignoraron y se fueron a otra parte del metro mientras el individuo reía sin quitarles ojo.

En pocos minutos habían llegado a la parada de Leganés. En los ochenta, hubiera sido más de una hora lo que hubieran tardado en llegar, pero la tecnología había avanzado mucho. No todo era nefasto en el año 2052.

Al terminar de subir las escaleras que llevaban a la calle, se quedaron un rato dudando y Janet se acordó de algo.

–Oye, ¿no es en Leganés donde hay una calle dedicada a AC/DC?

–Había. La quitaron hace unos años porque se hacía muy confuso para algunos, ya que decían que no sabían lo que era. Hace cuarenta años hubiera sido diferente porque todo el mundo sabía qué era eso de AC/DC, pero hoy en día... –negó con la cabeza–. Seguramente fuera una excusa, a saber, pero es una lástima.

El rato que permanecieron esperando cerca de la boca del metro se les pasó rápido. El sol empezaba a ponerse en el horizonte cuando un coche color verde esmeralda, y con cuatro plazas, paró delante de las jóvenes.

Roxy se acercó al vehículo, reconoció al conductor y la rubia la siguió. Al entrar, Janet y éste se saludaron con dos besos, montándose las dos chicas en los dos asientos de detrás.

–Yo soy Andrés, encantado –se presentó el muchacho, de pelo por los hombros, liso y moreno, pero recogido en una disimulada coleta.

–Yo soy Janet –contestó la chica.

–¿Cómo?

–Janet, como la cantante de Vixen.

–Anda, ¿sí? Qué curioso –contestó éste mientras el coche empezaba a moverse y no quitaba la vista al frente. No había ningún tipo de vibración dentro y el automóvil parecía estar resbalando sobre una placa de hielo.

–Sí, bueno, mi padre es fanático de Vixen y me puso ese nombre, aunque no me quejo porque a

mí me encanta. Y, bueno, Roxy también, ¿no?

—¿Roxy también? —preguntó el conductor sin quitar la vista al frente.

—Claro, tío. ¿No lo sabías? —intervino.

—No, qué va. Nunca me lo había preguntado. De hecho, si os soy sincero, ni siquiera sé por qué me pusieron Andrés, ya que estamos —rio—. Pero qué va, no lo sabía.

Continuaron circulando por una carretera que les sacó de Madrid con el molesto sol de cara, que se ocultaba. Nadie dijo mucho más, salvo Roxy que le preguntó por gente que iba a ir al concierto.

Janet no conocía a nadie. Había salido alguna vez con Roxy pero no recordaba a ningún amigo *heavy* de la madrileña.

Cuando Andrés terminó de nombrar gente, Roxy se puso a explicarle a Janet:

—No los conoces. Vienen dos amigas de Castellón, uno de Alicante, dos colegas de Barcelona, otro de Sevilla con su novia y el resto somos todos de Madrid. En total seremos... eh... unos veinte o así.

—Para ser exactos, veintitrés —contestó Andrés mientras conducía, ahora, con las gafas de sol puestas e intentando evadir la potente luz cegadora—. Bueno, sin contar a los del grupo, que son cuatro. Si a lo mejor van familiares de ellos, el número aumentará. Pero no lo sé con certeza.

—Janet, una vez conociste a Sonia y a Pilar. No sé si te acordarás, fue el verano pasado.

Janet recordó, entonces, una vez que fue a Madrid un año atrás. En casa de Roxy habían estado dos amigas con las que hablaron de música, pero sólo fue una tarde. Fueron las dos únicas chicas que le había presentado Roxy que eran *heavies*.

En ocasiones diferentes, le había presentado a más muchachas que no eran igual que ellas; que no les gustaba el *rock*. Aun así, le habían caído muy bien a Janet y la habían respetado aunque no compartieran gustos musicales, algo muy difícil de encontrar.

—Por cierto —preguntó el conductor poco antes de llegar a su destino—, luego os dejo en la puerta de casa, ¿no? Hoy no hay toque de queda pero, aun así, es peligroso ir las dos solas por la noche. Además, ya no habrá metro para volver a la Gran Vía.

—Lo que quieras —contestó Roxy—, pero si nos dejas allí, te lo agradeceremos. De todas formas —se volvió a un lado y rebuscó en su bolso—, siempre llevo esto conmigo.

Y sacó un pequeño tubo negro de *spray*.

—¿Qué es eso? —preguntó Janet.

—*Spray antivioladores*. Es ilegal, por supuesto. Pero si rocías a alguien con esto, lo dejas ciego y atontado por unos minutos —explicó, y Janet rio—. Sí, en serio, lo digo en serio. Pero siempre lo llevo encima por si me hiciera falta algún día. Me lo trajo mi padre de Amsterdam.

Al llegar a la casa de campo, resultó ser un chalet de ladrillo con más de medio siglo de antigüedad pero muy bien conservado.

Al abrirse la puerta por la que entró el coche, se pudo ver un gran suelo de piedrecitas pequeñas y al fondo una casa de dos pisos con una terraza de alta como un escalón, delante de la puerta principal, donde tres grandes amplificadores y una batería (ésta en una tarima), yacían. A la derecha, bajo la terraza y sobre las piedrecitas blancas, cinco chicos: cuatro melenudos y uno de pelo corto.

—Esos cuatro —señaló Roxy a Janet desde el coche— son los del grupo.

Janet nunca había visto tantos *heavies* juntos dentro de España. Eso sólo se veía en el extranjero; en festivales puntuales y debidamente organizados.

Aunque parecía que eran los primeros en llegar, le encantaba ver gente de su mismo estilo. De esos cuatro melenudos, le sorprendió ver a dos con un cigarro en la mano.

Bajaron del coche, se acercaron y Roxy le presentó a los cinco. Efectivamente, cuatro eran del grupo y el quinto de pelo corto era el que había organizado el pequeño concierto: al parecer la casa era de sus abuelos y ya nadie iba por allí.

Al momento, uno de los que estaba fumando terminó su cigarrillo y lo tiró a la terraza, pisándolo después.

—Tío, no lo tires al suelo porque luego no lo recogeremos y mis padres verán que alguien ha fumado —le llamó la atención el muchacho de pelo corto.

El joven de pelo moreno, rizado, con flequillo y olor a tabaco, lo miró con rabia y en silencio.

—Mira, tío, porque eres tú —se atrevió a decir con voz rasgada. Se agachó y cogió el cigarro mientras su amigo daba la vuelta—. ¡Esto es una mierda! ¡Me cago en Dios! ¡Antes se podía fumar tranquilamente y nadie te miraba mal! —gritó, soltando toda su ira hacia su compañero.

El muchacho tampoco parecía tan mayor. Pero en aquellos tiempos fumar había pasado a la prehistoria: estaba muy mal visto y, cómo no, legalmente estaba prohibido.

Luego la gente fue llenando el terreno. Janet fue conociendo chicos y alucinaba al verles con el pelo largo y con camisetas negras de grupos. Muy pocas veces había visto nada igual en su vida.

—Mola, ¿eh? Parece que nos hayamos reunido todos los *heavies* que somos en España —bromeó Roxy, y Janet se rio también, aunque seguramente fuera la triste verdad.

—El concierto empezará sobre las diez, chicas. Gracias por haber venido, ahora después nos vemos —les comentó un joven con el pelo largo, castaño y liso a las dos. Era el cantante del grupo.

Andrés pasó por allí cerca y se soltó el pelo.

—Ya no hay peligro ni hay maderos. Melena suelta. ¡Qué gusto! —miró a las dos amigas, que le habían visto gozar—. Es que llevaba toda la semana deseando poder soltarla...

Acto seguido se alejó, y el macarra que habían visto tirar la colilla pasó por su lado con rostro severo y las miró.

—¿Tú qué tocas? —le preguntó Janet, superando su timidez ante gente que no conocía. El joven se acercó a ellas.

—La guitarra, por supuesto. Desde que nací la llevo tocando, mi padre fue guitarrista y me enseñó a rasgarla —explicó a las chicas. Se metió la mano en el bolsillo y sacó una delgada y plateada caja metálica. Sacó de ella un cigarro de liar, se lo puso en la boca y se lo encendió con un mechero de gasolina con total tranquilidad. Janet y Roxy se quedaron embobadas, ya que era la primera vez que alguien se encendía un cigarro delante de ellas. El quinquí tragó el humo y lo soltó poniendo cara de alivio—. Supongo que os sorprenderá que fume, pero no es culpa vuestra. No habéis elegido que en esta sociedad se vea mal que alguien tenga vicios. A mí me encanta fumar. ¿Que se ha muerto gente por esto? Sí, pero eso los políticos lo supieron durante décadas, y sin embargo, el tabaco siguió siendo legal hasta que el número de fumadores descendió y descendió, hasta que al gobierno no le daba beneficios, y como era algo que mataba, con la excusa... ¡Prohibido! ¡Como si fuera una droga más!

—No sabía yo eso. O sea, en videoclips y en películas he visto gente fumando, pero claro, eran de otra época. Tanto en la calle como en mi casa siempre se ha visto mal eso de fumar, aunque, como dices, bien es verdad que es lo que nos ha vendido la sociedad actual —dijo Janet.

—¿Queréis uno? —ofreció, mostrándoles la caja abierta.

—¡NO! —gritaron las dos a la vez, al mismo tiempo que pegaban un bote hacia atrás.

—Vale, vale, perdonad —contestó, sintiéndose culpable y pegándole una larga calada después al suyo—. Como os decía, antes se veía bien el fumar o, si no, mirad los videos de los años ochenta cuando todo el mundo lo hacía. Pero es decisión mía el fumar o no. Soy consciente de los efectos secundarios que tiene el tabaco. ¿Qué mata? Pues vale, pero es mi decisión, además que no todo el

mundo ha muerto por enfermedades causadas por el tabaco. Mucha gente fumaba por moda hace décadas y no porque realmente amaban el hecho de tener un vicio. A mí me encanta fumar, no sé qué hay de malo. Realmente hemos sido muy pocas las personas que, durante años y años, hemos amado el hecho de tener un cigarro en la mano. Y repito: soy consciente de que se pueden tener cánceres o enfermedades, pero es mi responsabilidad y sólo yo decido en mí. ¿Conocéis un grupo de *punk* español llamado Eskorbuto? Ellos quisieron morir a base de heroína a pesar de que estuviera prohibida e hiciera una matanza en los jóvenes de los ochenta por SIDA y sobredosis. Desde luego yo no tomaría ejemplo, por el caballo –haciendo alusión con esa expresión a la heroína, la droga más dura que había existido– yo no pasaría. Pero ellos preferían vivir así y evadirse de la sociedad a pesar de que fuera tan mala y tan ilegal. Pues ahora fumar resulta que es heroína pura. ¡Y dad las gracias que a día de hoy no se ha ilegalizado todo el alcohol, también con la excusa de que puede ser mortal!

Aquel chico hablaba y parecía que sabía todo lo que narraba. Decía cosas que no se habían planteado Roxy ni Janet.

–¡Luego es normal que uno acabe en el talego, no me jodas! –exclamó.

–¿Estuviste en la cárcel? –se interesó Roxy.

–Estuve, sí. Mi hermano sigue en la de Carabanchel.

–¿Qué hiciste? –preguntó Janet, también con interés.

–Os vais a reír: saludar a mi primo sacando los cuernos desde el otro lado de la calle. Yo era un pimpollo, ¡si todavía llevaba el pelo corto! Pero la policía rondaba por allí, me vio hacer el gesto y «al coche, chaval».

»Ahora te detienen por cualquier cosa, ya no sólo por fumar o por las pintas que lleves. Ahora les ha dado por pillarte por la calle y medirte el nivel de azúcar que lleves en la sangre.

–Es verdad. Yo lo he comentado con mi padre. Lo hemos visto por internet –dijo Janet.

–Así es. Ahora te controlan hasta eso por si desarrollas una diabetes... y si te pasas del nivel permitido, estás detenido.

Roxy intervino:

–Lo comentábamos antes ella y yo. Menuda mierda de época nos ha tocado vivir, tío. Y ya no sólo por la música...

–Ni en la clandestinidad quedan músicos. Lo que vais a ver hoy aquí es lo único que queda –explicó el chico.

Más tarde, mientras seguían escuchándole, llegó el joven de pelo corto y le ofreció una cerveza a cada uno. Roxy y Janet la rechazaron porque no bebían; nunca habían probado nada de alcohol. El guitarrista, sin embargo, cogió el tercio y, de un trago, se bebió casi toda la botella.

–Qué sed tenía. Ahora nos vemos, voy a coger la guitarra y a comprobar que anda todo afinado y bien –Janet y Roxy sonrieron sin decir nada. Entró dentro de la casa con cuidado de no pisar ningún cable y el cantante le siguió.

–Menudo *quincorro* está hecho –comentó Roxy a su amiga–. Ya no queda gente así.

–¿Es colega tuyo? ¿Le conocías?

–Sí, desde hace un par de años. Le llaman el *Richi*, es buen tipo, muy macarrilla y de Vallecas. Ya ves que ha estado, incluso, en la cárcel –le contaba Roxy.

La gente estaba bebiendo y todos hablaban de música. A alguno más también se le veía con un cigarro en la mano. También a Andrés, el joven que les había llevado en coche. Janet y Roxy se quedaron cerca de la terraza, esperando a que empezara el concierto.

Un instante después, los cuatro músicos se subieron a la terracita donde estaban los altavoces e instrumentos. Los pocos que allí había, aplaudieron, mientras los chicos se enchufaban y

comprobaban que todo sonaba bien.

—¡Hola a todos, somos Bad boys! Y este tema nos da nombre —recitó el cantante mientras comenzaba a sonar el *riff* de guitarra de *Bad boys* de Whitesnake por el quinquí con el que habían hablado antes. Tenía un cigarro en la boca mientras tocaba.

La primera impresión mientras comenzaba a sonar la canción fue que era un concierto de clásico *heavy metal*, el género que Janet más añoraba. El bajista, que era el otro que estaba fumando cuando llegaron, también tenía una colilla en sus labios.

¿Quién lo diría? Aquello sólo se podía ver en videoclips o en conciertos de setenta años atrás.

El muchacho castaño apareció de un salto delante del micro y empezó a cantar:

*I know you, you know me
I'm the black sheep of the family
I'm in an' out of trouble
I'm the talk of the town
I get wild in the street
When the sun goes down
I steal around, like a thief in the night
Dancing 'til the break of day*

*Bad boys,
Running undercover of moonlight
Bad, bad boys
Getting wild in the street,
Wild in the city*

El concierto fue ameno y variado. Los allí presentes parecían pasarlo bien. Disfrutaban de un concierto con buenos músicos y rodeados de buena gente.

Sonaron temas como *You really got me*, la mítica *Born to be wild*, o *Come out and play* de Twisted Sister, con salto incluido de *Richi* desde la tarima donde estaba la batería. La gente le aplaudió después.

El concierto acabó con *The gods made heavy metal* de Manowar. Janet agradeció que no sólo tocaran canciones en inglés, sino también en español, como fue el caso de *Hijos de Caín* de Barón Rojo o *Reencarnación* de Santa.

Aunque no tocaron ninguna de Vixen, Janet tampoco lo echó de menos al haberle gustado todas las canciones.

Desde luego, fue un gran concierto de los mejores (y pocos) que había visto.

Bad boys se llevaron una gran ovación al terminar y toda la gente se lo había pasado como pocas veces, escuchando *rock* duro en directo sin tener que recurrir a conciertos grabados y valorándolo de una forma que muchos no quisieron apreciar a principios de siglo cuando el movimiento parecía morir poco a poco.

La noche continuó con música por los altavoces y con la gente hablando, donde entre la multitud estaban los componentes del grupo socializándose y bebiendo cerveza.

Ni Janet ni Roxy habían cenado todavía y el estómago empezaba a pedirles algo.

—Andrés, ábrenos el coche que queremos coger las mochilas para cenar —pidió Roxy.

El chico les abrió el vehículo y cada una cogió su mochila. Se sentaron en la terracita que hacía de escenario y sacaron cada una un bocadillo.

–Ha estado bien, ¿no? –comentó Janet a su amiga.

–La verdad, ha sido de los mejores a los que he ido.

Continuaron hablando del concierto y se terminaron los bocadillos. La noche siguió avanzando y el pan a cada una les había sabido a poco. No sabían a qué hora volverían a Chueca, pues dependían de Andrés para que las dejara en Madrid de nuevo. La suerte era que no tenían hora de vuelta, pero era de las únicas veces que habían estado trasnochando fuera de casa y empezaron a notar el cansancio.

Aunque después se levantaron y hablaron un poco con la gente (parecía que eran de las pocas que ni fumaban ni bebían), a partir de las tres de la mañana el cuerpo de las dos muchachas se hacía más pesado, al igual que sus párpados. Andrés parecía estar pasándoselo bien, por lo que aún les quedaba bastante para volver a Madrid.

–¿Vamos a sentarnos un rato? –preguntó Janet, señalándole el escalón de nuevo.

–Creo que será lo mejor –contestó Roxy.

Ambas se quedaron pensando. Volvían a tener hambre y ya no les quedaba tema de conversación para esa noche.

–Anda, ahora que me acuerdo –dijo Janet de repente–. Creo que se lo agradeceré a mi padre.

Y sacó de su mochila el largo bollo de crema y chocolate que le había preparado aquella mañana.

–¡Qué grande eres, tía! Ni me acordaba ya –sonrió Roxy al verlo.

Janet partió el bollo en dos y cada una se comió una parte. No era mucho, pero por lo menos había algo con qué rellenar el estómago para el rato que les quedaba.

La noche seguía avanzando y el sueño aumentaba cada vez más exagerado.

Roxy, cansada de esperar sentada, fue a llamar a Andrés.

Cuando volvió, le dijo a su amiga, que le faltaba casi nada para quedarse dormida, que se irían enseguida.

Y por fin, sin que se dieran cuenta, estaban en el coche de camino a Madrid.

Durante el trayecto, comentaron el concierto y el buen ambiente que hubo:

–La verdad es que ha estado muy bien, a mí por lo menos me ha encantado. Mucha actitud y muy buenos músicos –comentaba Andrés mientras conducía.

Janet estaba quedándose dormida hasta no aguantar más. Le hubiera gustado disfrutar más la noche, pero desde hacía un rato ya no podía ni mantenerse en pie. Las dos chicas no hablaron mucho y hacían lo posible por no quedarse dormidas.

–¡Qué poco aguante tenéis! –bromeó Andrés al ver sus caras.

–No me encuentro muy bien... –recitó Roxy en voz baja para que sólo la oyera su amiga, que estaba sentada a su lado. Janet también se sentía mal.

Al llegar a casa de la madrileña, ambas se cambiaron de ropa y se quedaron profundamente dormidas, cada una en una cama de las dos que había en la habitación de la anfitriona.

Se hizo de día y el cuarto se iluminó con el sol que entraba por la ventana de cristal.

–Roxy..., parece que tenga resaca –confesó Janet, riéndose en mitad de la mañana mientras su amiga parecía despertarse.

–¿Y tú cómo sabes lo que se siente cuando se bebe? –contestó Roxy con voz ronca y aún dormida.

–No lo sé, me han dicho que sueles estar mareada y con dolor de cabeza.

–Algo así... El día que bebas lo comprobarás –hizo una pequeña pausa–. Aunque yo ayer no bebí y también me siento así. Si quieres tomarte algo para que se te pase...

—No..., no te preocupes. Tampoco es para tanto.

Aún adormiladas y con cara de resaca, se vistieron y salieron a desayunar, muy en plan *zombie* y, en ocasiones, sin ni siquiera saber dónde estaban.

Sin embargo, no había nadie en el piso y estaba todo en completo silencio.

—¿Mamá? —preguntó Roxy en voz alta y entrando a la cocina—. Bueno, da igual, si nos viera se reiría de nosotras al ver nuestras caras y nos preguntaría por lo que hicimos ayer...

Durante los cinco minutos restantes se prepararon cada una un vaso de leche y se lo tomaron. Pero ni la leche ni nada pudo hacer que ambas se espabilaran. Parecía que ni siquiera se percataban de que muchos electrodomésticos ahora eran diferentes y los más modernos habían desaparecido.

Después de dudar, bajaron a la calle. Janet no conocía casi nada de la casa de Roxy, ni tampoco de su escalera ni ascensor que bajaba desde el tercer piso. Aun así, notaba el ambiente algo extraño...

Cuando pisaron el vestíbulo del edificio, Roxy se quedó parada como una estatua... Algo raro pasaba.

Miró hacia la puerta del ascensor.

—¿Eh...? ¿Qué ha pasado aquí? —preguntó en voz alta, aún con voz ronca y con las ojeras marcadas.

La puerta del ascensor era diferente y éste había tardado más de lo normal en bajar.

Janet se despertó de golpe. Aquella situación le resultaba muy familiar.

—¡Roxy...! ¡ROXY! —gritó en la escalera, dejando eco en ella, y la otra muchacha parecía haberse despertado también de repente—. ¿No lo ves? ¡Está pasando como te conté!

—¿Eh...? ¿Qué dices? —preguntó.

—¡Que sí! ¡Mira! —exclamó Janet. Cogió a su amiga de la mano y salieron a la calle.

Corrieron un poco más y llegaron a la Gran Vía. Pero estaba irreconocible.

Heaven's on fire

La cara de ambas fue de alucinación y a Janet le recordó al momento en que salió de la tienda de José y fue consciente de la época en que se encontraba.

Los establecimientos de ropa que había eran de indumentaria vaquera y cualquier cosa que se vendiera llevaba tachuelas. Las aceras eran de un color y forma diferente y la carretera ya no era de *cementohielo*. Los coches eran antiguos, menos seguros, hacían un ruido molesto, dejaban un pequeño rastro de humo y un fuerte olor a contaminación.

Sin embargo, para ellas aquello parecía el paraíso.

—¡Roxy...! ¡Roxy! ¡Te lo dije!

Pero la otra joven no podía decir nada. Estaba totalmente asombrada con la boca abierta.

—E... Estamos en... en los...

—¡Ochenta!

Pero Roxy seguía sin dar crédito.

En ese mismo instante, dos chicos con melenita, flequillo y chalecos vaqueros con espalderas de Judas Priest e Iron Maiden pasaron por su lado. Las dos se quedaron embobadas con el trasero de sus pantalones vaqueros ajustados.

—Roxy, saca tu DNI y verás —sugirió Janet.

Ambas sacaron su documento de identidad y, tal y como ya le contó Janet a su amiga, tenían un papel plastificado, pero esta vez en vez de poner que habían nacido en 1965, aparecía 1968

—Qué raro. Eso significa que seguimos teniendo 16 años, ¿no? Eso se ve que no cambia nunca... ¡Disculpe!

Janet se dirigió a un hombre mayor que pasaba por su lado. Llevaba boina, un bastón y un estrecho bigote blanco debajo de la nariz. El señor se paró y no cambió su cara.

—¿Puede decirnos en qué año estamos?

Pero el viejo no contestó. Siguió andando, apoyándose en su bastón. Después susurró para sí mismo algo que sonó a:

—Gentuza rara... ¿Dónde estás, Generalísimo...?

Aunque no le hicieron caso y no sabían quién era aquel «Generalísimo», cruzaron la calle y anduvieron.

Los edificios de la Gran Vía se mantenían muy fieles a los de 2052. Por ejemplo, no había ni uno solo de acero.

Al cabo de un par de minutos, se volvieron a topar con los melenudos que se habían cruzado y estaban mirando el cartel de un concierto de *rock*.

—¡Tío, tenemos que ir! ¿Has escuchado Ángeles del Infierno? Mi hermano se compró el otro día el casete y es una pasada. Puro *heavy metal* —decía uno de los chicos.

Janet y Roxy se asomaron entre los dos y pudieron ver un cartel con un toro de metal en el que arriba ponía:

*SÁBADO 2 DE JUNIO DE 1984
PABELLÓN DEL REAL MADRID
9 DE LA NOCHE*

Y, debajo del animal, los tres grupos que iban a tocar:

*BANZAI
ÁNGELES DEL INFIERNO
CELESTE CARBALLO*

—¡Hola! —sonrió uno de los dos jóvenes a las chicas, repentinamente. El otro muchacho también se volvió. Éstas se sobresaltaron y se pusieron rojas—. ¿Vais a venir también?

Janet y Roxy se quedaron sin palabras. Esperaban a que la otra contestara.

—Bueno, eh..., nos acabamos de enterar... ¿Cuándo es? —habló Roxy.

—¡Hoy! ¡Esta noche! —exclamó el otro melenudo.

—¡Anda, pues genial porque no tenemos plan! —le sonrió Roxy, repentinamente, siendo más agradable de lo que sería en una conversación normal. Sin embargo, Janet seguía roja y muda por el momento—. ¿Vosotros vais?

—Sí, iremos. Eso espero yo, me tienen que levantar el castigo para que me den la paga de este fin de semana —sonrió el joven.

—¡Claro, podemos vernos allí y...! —exclamó Roxy mientras se acercaba lentamente...

Pero al momento, Janet saltó de golpe y, por educación, habló antes de hacer nada:

—De acuerdo, pues por allí nos vemos —concluyó mientras agarraba a Roxy del brazo y se la llevaba rápidamente de allí.

Los dos *heavies* se quedaron mirando la escena y Roxy cambió la mirada entre la de ambos con la de Janet, que la alejaba.

Como pudo, la morena se despidió de los chicos con su mano libre y, al cabo de un instante, cruzaron una esquina hacia una estrecha calle.

Janet soltó a su amiga y se quedó mirándola muy fijamente. Roxy estaba apoyada en la pared, analizándola con el ceño fruncido.

De repente, la rubia empezó a tocarle la cara y a manosearle.

—¡Ay! ¿Qué haces, tía? ¡Para! —exclamó Roxy, molesta.

Janet la miraba fijamente. Observaba su alrededor y subió la vista al cielo, donde estaba el mismo color celeste y el mismo sol de su...

—¡Dime que no estoy soñando! ¡Puedo tocar y sentir las cosas! —exclamó Janet en un acto de locura. Las pocas personas que pasaban cerca miraban de reojo la escena.

—Pues... no sé, yo creo que tampoco estoy soñando —dijo Roxy—. Pero sería demasiado irreal y ficticio el... ¡Janet, no!

Janet iba a darse un cabezazo contra la pared cuando su amiga la agarró y la apartó.

—¿¡Qué estás, loca o qué!? ¡Que te vas a abrir la cabeza!

—Es mi intención, tía. En los sueños, siempre que me caigo de algún sitio o me hago algún tipo de daño, me despierto. Si me doy, me quitaré la duda de si es un sueño o es real.

Para volverse locas. Roxy estuvo un rato reteniéndola para que Janet no hiciera ninguna locura.

—¡La que debería retenerte soy yo, que soy la que ya ha vivido esto! —le dijo Janet—. Pero, espera..., ¿y si estoy soñando?

Y lo volvió a intentar, pero Roxy la frenó nuevamente.

Después Janet dijo por fin:

–Está bien, está bien... No sé si será un sueño o no. Desde luego, la otra vez fue sólo un rato y no me quedé encerrada para siempre porque me desperté. Pero si nos despertamos, recuérdame todo esto y sabré que no ha sido un sueño.

Aquel soleado día no podía ir mejor. Estaban las dos amigas en plena «fiebre *heavy* ochentera», ¡y en Madrid!

Fueron a comer a una hamburguesería cualquiera en la misma Gran Vía.

Se sentaron en una mesa mientras sonaba en un radiocasete cercano los éxitos de Los 40 Principales, que ya existían en esa época y que todavía seguían en 2052.

Una hamburguesería cualquiera no tenía nada de interesante en los años ochenta. Lo bueno estaba fuera y, sobre todo, en las tiendas, en los bares y en los conciertos. No se podían creer que estuvieran de verdad en la época pasada que durante toda su vida soñaron vivir.

Era tal el hambre que tenían y la emoción de vivir aquellos tiempos, que cuando ya estaban comiendo se dieron cuenta de algo.

–Huy..., no sé cómo vamos a pagar –dijo Roxy.

–Yo llevo dinero.

–Yo también, pero vamos a pagar con... ¿euros?

El euro aún no existía. Por aquel entonces, una extraña moneda antigua llamada la peseta.

–Pues yo creía que la peseta era el nombre de una parada de metro –comentó Roxy.

Al terminar de comer, se quedaron las dos con cara de no saber qué hacer.

En ese mismo instante, en la radio empezó a sonar un *riff* muy macarra y conocido por las dos que les subió la energía y rebeldía.

Comenzaba a sonar *Casi me mato* de Barón Rojo.

–¿Algo de postre? ¿Café? –preguntó el joven camarero que les había atendido y veía que habían terminado.

–Dos cafés solos, sí –contestó Janet, y el camarero se fue con los platos vacíos.

–¿Qué haces, tía? Que no me gusta el café –regañó Roxy en voz baja a su amiga.

–Ni a mí tampoco, pero calla y hazme caso.

Justo cuando el joven entró en la cocina y sonó el solo de guitarra de *Casi me mato*, las dos salieron como flechas de la hamburguesería y buscaron la parada de metro más cercana, que era Plaza de España.

Corrieron entre la multitud y bajaron las escaleras. Parecía que no las seguía nadie.

Pero no se percataron de que el muchacho que les acababa de recoger los platos, en el instante que ambas habían salido volando, éste había vuelto la vista de pura casualidad y las había visto marcharse.

Dejó la cerámica de cualquier manera y corrió detrás.

–¡Por los pelos! –exclamó Roxy, aún con el corazón palpitando rápidamente y tras terminar de bajar escalones, sin ser consciente de que el joven camarero sí se había dado cuenta.

–Pues más vale que entremos rápido al andén.

–Sí, mejor –contestó Roxy. Pero no tenían con qué pagar el billete único de metro. Encima, había un trabajador del metro allí y custodiaba que nadie se colara, mientras una multitud entraba con su correspondiente billete.

–¿Qué hacemos? –preguntó Janet.

–Vamos fuera y busquemos una alternativa. Dudo mucho que haya salido a buscarnos pero, por si acaso, vamos rápido –contestó Roxy, y ambas salieron del subsuelo.

En el instante en que terminaron de subir las escaleras, encontraron al joven camarero que había salido a buscarlas. Se las topó de frente y las reconoció al momento.

—¡Oh, mierda! ¡Corre! —gritó Roxy, llevándose a su amiga del brazo escaleras abajo, otra vez, y con *Casi me mato* en su cabeza sonando todavía, como si fuera la herramienta que les daba la energía suficiente para afrontar la situación.

—¡Eh, ladronas! ¡No escapéis! —gritó el joven que las seguía, pero al ser más bajas y ágiles, pudieron camuflarse entre la multitud.

Siguieron corriendo hasta colarse por una de las pequeñas puertas por los que se entraba a los andenes, sin prestarle ninguna atención al trabajador del metro. Éste, al ver la escena fue tras ambas, quedándose el camarero detrás y confiando en que las atrapara por entrar sin pagar.

Janet y Roxy seguían corriendo escaleras abajo. Encontraron un par de pasadizos que llevaban a diferentes andenes. Atravesaron el primero que vieron sin ni siquiera mirar dónde llevaban.

Alcanzaron uno con muchísima gente esperando a que apareciera el tren. No dejaban de volver la vista al pasillo que acababan de dejar.

—Espero que lo hayamos despistado... —dijo Janet, aún faltándole el aire y cogiéndolo rápidamente, al igual que Roxy. Ésta no contestó. No dejaba de mirar y era posible que se hubiera ido por el otro andén y lo hubieran despistado. Mientras, iban buscando hueco entre la gente para que no se les viera fácilmente.

—Sí, se habrá equivocado porque debería haber aparecido...

Pero cuando iba a recitar la palabra «ya», el trabajador uniformado surgió. Comenzó a buscarlas rápidamente.

—¡Joder, mierda! ¿Ahora qué hacemos...? ¡Que ni siquiera estamos en nuestra época, tía! —exclamó Roxy.

El mismo hombre mayor que un rato antes se había cruzado con ellas y las había llamado «gentuza rara», estaba a su lado y las miró con cara de locura, abriendo mucho los ojos.

Janet y Roxy se pusieron enfrente de las vías cuando a la derecha las dos luces del vagón se acercaban con un ruido ensordecedor.

—Creo que nos da tiempo a entrar sin que nos descubra... Tú no mires atrás y ya está —sugirió Janet con miedo.

El tren estaba parando y las puertas abriéndose, cuando Roxy dijo:

—El problema viene ahora, porque tiene que salir y después entrar la gente, y en esa pequeña fracción de tiempo nos puede pillar... Lo mejor será pasar con naturalidad.

Pero los nervios hicieron que, en vez de dejar salir a la muchedumbre y después meterse ellas, se adentraron al abrirse las puertas y destacaron entre todos los demás. Luego corrieron por el vagón. Por detrás, el hombre las distinguió y apartó a la gente para ir hacia ellas.

—Janet, creo que nos ha visto —murmuró Roxy. Volvieron la mirada y descubrieron al trabajador dentro, que había entrado por otra puerta.

—¡Uf! ¡Tú corre y no mires atrás!

Las dos avanzaron, esquivando a la gente mientras los pasajeros entraban.

—Cuando yo te diga tenemos que salir, ¿de acuerdo? —Roxy miró hacia atrás al terminar sus palabras. El varón les seguía cada vez más de cerca. Continuaron corriendo por el largo vagón hasta que un pitido empezó a sonar, símbolo de que las puertas se iban a cerrar.

—¡Ahora, Janet! —gritó Roxy, cogiendo a su amiga de la mano y lograron salir. A Janet le pilló con las puertas casi cerradas.

Miraron hacia atrás y el chico se había quedado dentro, pero había logrado colocar un pie en el último momento y, después, estaba abriendo las puertas a la fuerza con el tren todavía parado.

Las jóvenes avanzaron ágilmente y subieron escaleras. Si iban a la salida del metro, estaría el camarero esperándolas. No tenían escapatoria.

–Vamos al otro andén, tengo una idea –exclamó Roxy. Janet la miró sin entenderla–. Es una locura, pero confía en mí. Hay que ser ágil, ¿de acuerdo?

–Y yo me pregunto –dijo Janet, faltándole el aire mientras sus piernas se movían–, ¿por qué tanto jaleo por habernos colado?

–¡Porque nos quieren poner una multa! ¡Así es Madrid! –contestó Roxy. Se notaba que Janet era de Zaragoza–. ¡Y a eso súmale que hemos hecho un *sinpa* en una hamburguesería!

Cuando llegaron al otro andén, había bastante gente esperando, símbolo de que hacía un buen rato de que el metro no pasaba. Enfrente había dos vías y, después, el andén que acababan de dejar y que ahora era el contrario.

–Bien, escúchame –expuso Roxy mientras avanzaban entre la gente. A la derecha ya se veía la máquina llegar–. Tenemos que saltar... –Janet puso cara de susto–. ...y tenemos que llegar al otro andén. No es muy alto. El otro acaba de pasar y tardará varios minutos en llegar otro tren. Nos da tiempo de sobra. Si hace falta, cuando estemos allí, volvemos a repetir la operación para marearle.

–Es una locura –el metro se acercaba–, ¿merece la pena todo esto?...

–¡AHORA, VAMOS! –gritó Roxy. Pero alguien las agarró por detrás y no era el trabajador del metro, sino dos hombres que las estaban escuchando.

–¿Os queríais tirar a las vías o qué? ¡Estáis locas!

–¡N-no! –negó Roxy intentando soltarse.

Pero era demasiado tarde: el vagón estaba entrando en la estación y no les daba tiempo.

Miraron hacia atrás: el uniformado apareció y se acercó a ellas. Los dos hombres no las soltaron.

–Vamos a ver, señoritas, vamos a ver, y vamos a ver... –parloteó a ambas.

–¿Ha ocurrido algo? –preguntó el varón que sujetaba a Roxy.

–Que se han colado –contestó.

–No tenemos dinero. Bueno, sí... pero..., eh... –intentó explicarse Roxy.

–Pero es que no somos de aquí y no nos ha dado tiempo a cambiar de moneda –continuó Janet. Se quedaron un segundo dudando, como si no se fiaran de ellas.

Roxy pegó un pequeño y disimulado codazo a Janet para que no dijera nada más y empezó a hablar en una lengua rara que no se podía entender.

–¿De dónde sois? –preguntó el trabajador del metro.

–De... esto... *Rishtovyah* –dijo Roxy, poniendo un acento raro, y siguió hablando en esa lengua extraña mientras Janet escuchaba sin saber qué decir.

–No te hagas la tonta, si te hemos escuchado hablar en castellano neutro –dijo el trabajador del metro.

Los otros dos varones escuchaban sin decir nada y las iban soltando poco a poco, de manera inconsciente, en el transcurso de la conversación.

–Pero muy poco, señor –repitió Roxy con un forzado acento inglés. Se metió la mano en el bolsillo, sacó su cartera y le enseñó un par de monedas de euro–. ¿Lo ve? Tenemos dinero, pero no hemos tenido tiempo de cambiarlo... ¡Y era una urgencia!

El trabajador dudó. Los cinco aún estaban en el borde de las vías y las puertas del metro estaban abiertas de par en par.

Roxy siguió hablando para disimular, hasta que las puertas empezaron a cerrarse. En ese instante, ágilmente agarró a Janet y ambas cayeron al suelo del vagón mientras las puertas se

cerraban.

Pero no ocurrió nada más. Las dos muchachas miraron a través del cristal a los dos señores y al uniformado, que ya parecía haberse rendido. El tren reanudó su marcha hasta que en las ventanas se vió todo oscuro.

Aún tiradas en el suelo y descansando de la larga carrera que se habían pegado, la gente se les quedaba mirando de forma extraña. Ni siquiera sabían dónde iban, pero por lo menos se habían librado de una buena, ya que ni tenían a sus padres allí siendo menores, ni tenían dinero.

—A propósito —dijo Janet, aún tirada en el suelo y cogiendo aire—. ¿Qué hora es?

Miró su reloj de pulsera y eran las cuatro y media. Debía de ser la hora real.

Durante aquella tarde, si hubo algo claro que hicieron fue ver ropa. Alucinaban viendo cómo era la que se llevaba en aquella época. Era inexplicable que estuvieran allí y ni siquiera sabían si realmente era un sueño o era real, ¿pero qué más daba? Era una gozada, aunque no podían comprar nada porque nadie sabía qué era eso del euro.

También pasaron por varias tiendas de discos, y en una de ellas volvieron a ver el cartel del concierto de aquella noche. Preguntaron al dependiente por cómo llegar. Había que coger el metro, pero no les importaba volverse a colar si era por una buena razón.

Siguieron viendo tiendas para hacer tiempo. Aquello era como recorrerse el paraíso: fácilmente podían encontrar ropa vaquera y de cuero en la tienda más normal. Incluso las mochilas, bolsos y botines llevaban pequeñas tachuelas; todo estaba relacionado con el *rock*.

Otros compradores se les quedaban mirando, como si no fuera normal en dos muchachas de dieciséis años alucinar de aquella manera con la indumentaria más corriente de 1984.

La tarde pasó volando. Faltaba poco para las nueve y comenzaron a pensar en ir al concierto de esa noche. No tenían ni idea de a cuánto estaban del pabellón, pero Roxy sabía llegar porque el método para ir en metro era el mismo que en 2052.

—No sé si llegaremos puntuales, lo mejor será que salgamos cuanto antes —le contestó Roxy.

—Pero no hemos cenado nada... Aunque para volver a tener que escaparnos...

Cogieron el metro exactamente a las nueve. Mientras pensaban en el concierto y ya estaban dentro del vagón, a Janet le vino algo a la cabeza que no se había planteado.

—Roxy, que con tanta emoción...

—¿Qué? —preguntó Roxy sin entenderla.

—¿Conoces alguno de los grupos? ¡Porque yo sí!

—Sí, algo he escuchado de Ángeles del Infierno.

—Yo conozco a esos y a Banzai. Pero nunca llegué a imaginarme que los vería en directo y en su mejor época, aunque... ¿y si nos vamos a Inglaterra a buscar a Coverdale? —bromeó Janet, haciendo referencia a David Coverdale, cantante de Whitesnake.

—No es mala idea porque acabará de salir el *Slide it in*.

Pero al recitar esas palabras, Janet abrió los ojos y se vio tumbada en la cama que había en la habitación de Roxy.

Era imposible que todo hubiera sido un sueño. Había sido demasiado real. ¿O quizá es que no quería que se acabara?

—¡Roxy! ¡Roxy! —chilló, y meneó a su amiga en la cama de al lado, pero estaba profundamente dormida y no parecía reaccionar—. ¡Roxy, despierta!

—¿Eh...? ¿Qué te...? Déjame... dormir... —y lo poco que Roxy había abierto los ojos, los cerró y siguió durmiendo.

Janet se sentó decepcionada en su cama.

Había sido un sueño. Menuda desilusión.

Volvió a tumbarse mirando al techo. ¿De verdad estaba tan obsesionada con los años ochenta que podía tener sueños de ese tipo? ¿Y tanto para pensar que eran de verdad? No tenía ni idea, pero desde luego podía recordar todos y cada uno de los hechos y hasta la ropa que habían visto las dos amigas en las diferentes tiendas.

Sin embargo, Roxy, de repente, se despertó y se sentó. Abrió los ojos de par en par y pasó a mirar a Janet.

—¡Janet! —exclamó, sorprendida. La rubia giró la cabeza hacia ella y cambió su cara de mustia por otra de asombro.

Janet también se incorporó y sólo con su mirada entendió lo que le estaba queriendo decir.

Ninguna de las dos sabía qué ni cómo expresar lo que habían soñado.

Pero no había sido un sueño. Había sido real y ambas podían coincidir perfectamente en los mismos detalles que les habían ocurrido.

Get out of here

Había llegado el lunes por la tarde y Janet se encontraba en el avión de regreso a Zaragoza. Las dos amigas habían pasado deprimidas el resto del fin de semana. Cuando la madre de Roxy (que se empezó a preocupar por cómo se comportaban) les preparaba la comida o la cena, ninguna parecía tener hambre y se tiraban el resto del tiempo en la habitación, encerradas, escuchando música y hablando sin parar.

El avión aterrizó el lunes y, al cabo de un momento, Janet llegó al aeropuerto, cargada con su mochila y su maleta de ruedas. Allí la esperaba Mario con el pelo recogido y disimulado debajo de una chaqueta de terciopelo. Janet no dijo nada ni le sonrió al encontrarse con él. Mario sí se alegró de verla.

Comenzaron a caminar por el aeropuerto, ya que tenían que atravesarlo para llegar hasta el coche, al igual que tres días atrás.

—Anda, dame tus cosas que veo que no puedes más —sugirió Mario—. Te veo cansada, hija —se preocupó, pero Janet no reaccionaba. Mario siguió insistiendo—. ¿Qué tal todo? Según me dijiste ayer, el concierto fue bien, ¿no?

—Sí, papá, bien —contestó Janet, incómoda por tener que responderle.

—¿Estás bien, Janet? —preguntó más preocupado—. Es que te veo decaída... A ver si no habéis dormido bien, porque sólo salisteis el viernes para el concierto, ¿no? ¿Ayer os acostasteis muy tarde?

Pero Janet no respondió. No sabía qué contestar y ni mucho menos iba a entrar en detalles, pues Roxy y ella habían acordado no contar absolutamente nada a nadie de lo ocurrido. Había sido tan real aquel *sueño* que se preocupaba con que tuviera alucinaciones y realmente fueran imaginaciones suyas, pero esta vez era diferente porque Roxy también lo había vivido y estaba de testigo.

Durante el resto de la semana las dos amigas hablaron absolutamente todos los días. Janet, cada mañana que se levantaba, lo hacía con la esperanza de que despertara en los años ochenta como la primera vez, pero los días pasaban y no volvía a ocurrirle nada fuera de lo común. Incluso estudiar cada vez se le hacía más cuesta arriba y septiembre se acercaba, pero aquello le había dado tan fuerte que ponerse a empollar se convertía en una tarea imposible.

Cuando sólo había pasado media semana, había sido tal la emoción y las vueltas que le había dado desde entonces que parecía haber pasado una eternidad. ¿Realmente habían viajado en el tiempo? Era algo irreal e imposible por mucho que la tecnología hubiera avanzado.

Una tarde, cuando ya había pasado poco más de una semana y seguía sin poder concentrarse, se puso a mirar discos en su estantería y halló uno que todavía no se había atrevido a coger. Parecía mentira que estuviera a punto de haber visto a Banzai en directo, aquel grupo mítico de *heavy* español.

Roxy y Janet habían seguido hablando el resto de días, y aunque intentaban conversar de otra cosa, siempre salía el tema del *sueño*. Lo llamaban así para que ellas mismas no se hicieran la idea de que estaban locas y habían viajado en el tiempo. Ambas guardaron la esperanza durante

todos los días de despertarse y no encontrarse en su época, pero no fue así. Y aunque hasta entonces cada disco que escuchaba ya le transportaba a dicha década, ahora que había estado allí sentía la música y la emoción aún más.

Aprovechando que dentro de poco iba a ser el cumpleaños de la madre de Janet y le querían dar una pequeña fiesta sorpresa familiar, Roxy iba a ir a Zaragoza para el siguiente fin de semana. Roxy era como parte de la familia; como una hermana que vive lejos. Sobre todo cuando Janet y Roxy eran pequeñas estuvieron muy unidas gracias a Mario y a Carlos, el padre de Roxy, que quedaban y viajaban constantemente con ellas. Incluso las llevaban a conciertos al extranjero, como el último que estuvieron en Suecia.

Janet estaba desayunando una mañana con su madre cerca, que limpiaba. Aún era miércoles. Faltaban dos días para que llegara Roxy y Mario había ido a trabajar. Al parecer, Flor no tenía que ir a la panadería ni ese día ni el siguiente.

—Janet, no te estoy viendo estudiar nada últimamente. Falta menos de un mes para los exámenes y tendrás que ponerte las pilas a última hora como te pasa siempre. ¿Cuándo los tienes?

—Pues... los días dos y tres de septiembre —contestó ésta.

—Lo que decía, menos de un mes. Y mañana vendrá Roxy y no harás nada hasta el lunes —se quejó su madre.

Janet no dijo nada, prefirió callarse por evitar comenzar una discusión. Pero Flor continuó.

—¡Empiezo a estar harta de los dos, de ti y de tu padre! ¡No sabes cuánto!

Era lo más normal. Flor siempre se quejaba una y otra vez de todo. Aquel día soltaba su ira mientras limpiaba y Janet terminaba de desayunar rápido para no escucharla más.

Poco después, Janet ya estaba delante de su ordenador hablando con Roxy y haciendo los pequeños planes que hacían siempre que se iban a ver.

—¿Has conseguido algún disco o vinilo nuevo? —preguntó Roxy en mitad de la conversación.

—Pues ahora que lo dices, tengo que pasarme hoy sin falta. Me dijo que recibiría algo estos días —contestó Janet.

—Aquí tampoco. Lo que hay es de segunda mano y está muy viejo, no merece la pena ni comprarlo por muy baratos que estén ya.

Continuaron hablando sobre los discos que se iba a llevar Roxy y qué cosas harían una vez estuviera allí. Nunca salían de casa y menos por la noche, no sólo por el toque de queda nocturno (que se abstenía la mayoría de viernes y sábados para que muchas discotecas y bares nocturnos pudieran hacer su negocio), sino porque no compartían gustos con los amigos de Janet y preferían quedarse en casa.

Janet llegó en poco menos de cinco minutos a la tienda de José, pasando al lado del asfalto liso y de un par de edificios (entre ellos el suyo) de ladrillo que aún quedaban en pie. El resto eran altos y modernos edificios de acero.

En la tienda, la única novedad que le pudo traer el comercial fue *Denim and leather* de Saxon, aparentemente muy viejo y desgastado. Seguramente la primera versión original de 1981 sin reeditar.

—¡Uf...! Me tienta, pero si está muy viejo tampoco sé si llevármelo... —murmuraba Janet mientras lo observaba y sujetaba con las dos manos.

—Lo que quieras. Ya sabes que puedo conseguirte alguna reedición, que hace unos cuantos años sacaron unas dos mil copias nuevas para venderse en Inglaterra y Estados Unidos.

Finalmente, Janet salió de la tienda con las manos vacías. Tenía la suerte de vivir cerca de allí y no tener que irse lejos, así podía ir de vez en cuando y poder ver qué le había traído.

Tras subir en el ascensor a su piso en apenas tres segundos, abrió la puerta de acero de su casa con la sensación de que algo raro ocurría dentro, pero esta vez no era por haber cambiado de época ni mucho menos.

Se asomó al salón y vio a sus padres de pie, separados por tres palmos, con cara agria, y a la vez tensos y nerviosos. La miraron cuando cruzó el umbral de la puerta y la cerró tras de sí. Janet no dijo nada; estuvo a punto de preguntar lo que ocurría pero, finalmente, pasó de largo y entró a su habitación, desde donde podía oír a Flor continuar la discusión:

—Y ahora qué, ¿eh? ¡Otro medio año fuera de casa!

—Pero que ya te he dicho lo que hay y no puedo dejar pasar esta oferta. Además, sabes que aun así intento venir siempre que puedo —contestó su marido, con un tono de voz algo temeroso.

Janet entró a su habitación y dejó la puerta entornada, oyendo la conversación desde dentro.

—¡Como la última vez! ¡Tuve que recordarte que tenías familia! ¡CUATRO MESES! ¿Me entiendes? ¡TE FUISTE Y ESTUVISTE CUATRO MESES SIN VENIR!

—¡Bueno, pero sólo ha pasado aquella vez, esta vez intentaría venir por lo menos cada mes un par de días!

—¡AH, O SEA, QUE YA DAS POR HECHO QUE TE VAS A IR! —gritaba Flor.

—¡Te he dicho que no puedo dejarlo escapar! Es fundamental para mi carrera profesional. ¡Deberías alegrarte por lo menos!

La casa se quedó en silencio. Janet no se atrevió a poner música ni a hacer algo de ruido. Dio al botón de encender su ordenador portátil y en apenas medio minuto ya estaba buscando cualquier programa para entretenerse y no quedarse quieta en el silencio.

Se oyeron unos pasos. Era Flor entrando en la cocina con Mario detrás.

—Me tienes harta, ¿lo entiendes? ¡Harta! —recitó su mujer, intentando mantener la paciencia—. Siempre igual, siempre lo mismo. No puedes quedarte aquí. No puedes montar tu propia empresa. ¡Estoy harta de tener que estar siempre así!

Mario no dijo nada. Se quedó todo en silencio hasta que por fin, mientras su mujer intentaba coger algo para empezar a preparar la comida, éste contestó.

—No es mala idea... —dijo, y Flor se volvió para reprochar, pero Mario fue más rápido—. Ya, ya sé que no es la primera vez que me lo dices y te he contestado siempre que no. Bueno, mira, tendré que irme. Pero intentaré que sea la última; intentaré que cuando vuelva no me toque irme de nuevo, y ahora de verdad. Como dices, puedo intentar buscarme la vida por mi cuenta... —contestó por compasión.

—¿Sí? ¿Y qué harás? —preguntó Flor, estúpidamente.

—Bueno, no creo que sea fácil para mí irme de aquí, estoy desde que acabé la carrera con *veintipocos* años. Pero intentaré hacer lo que pueda...

Parecía que su mujer captó que intentaba hacer algo por solucionar las cosas y hasta le cambió la cara.

Janet seguía en su ordenador sin quitar oído a la conversación. Sabía que sus padres discutían constantemente (discusiones que, al parecer, Flor siempre empezaba) y habían tenido anteriormente alguna tan fuerte como la que estaba ocurriendo aquel día. De pequeña no recordaba nada parecido, pero desgraciadamente parecía que con el paso de los años aumentaban en número y en intensidad.

Pasaron los días y, al llegar el viernes, Roxy aterrizó en Zaragoza. No se habían visto desde hacía dos semanas atrás, desde aquel fin de semana traumático en que las dos se despertaron en 1984.

Llegada la noche, se encontraban los tres en casa y Flor llegó poco después. Al día siguiente iba a ser su cumpleaños y, a la hora de la comida, una amiga de ella, de fuera de la ciudad, iba a venir de sorpresa con un pastel de su misma panadería que había encargado Mario un par de días antes y Flor no se había enterado. Al ser diabética, quisieron partir la tarta redonda en dos partes separadas: una sin azúcar para que comieran su amiga y ella todo lo que quisieran (Janet desconocía si también por algún caso de diabetes) y otra para los otros tres (Janet, Roxy y Mario), y como tenían la oportunidad de encargar algo así, parece ser que Mario no quiso dejarla escapar.

Aquella misma noche, cuando las dos amigas se iban a dormir, se quedaron mirando con gesto entre preocupación y miedo ante lo que pudiera pasar. Todavía no habían hablado en todo el día de nada relacionado con los supuestos sueños que habían tenido.

¿Sueños? No, no eran sueños. Era demasiado real: podían tocar y sentir las cosas, y luego acordarse de todo como si lo hubieran vivido realmente.

—Roxy, escucha... Si por lo que fuera hoy... ¿viajáramos? —dijo Janet y Roxy se rio—. Bueno, bueno, *soñáramos* con lo de la otra vez... mañana al despertarnos volveremos a comparar los dos sueños. Y, dentro de ellos, intentaremos traernos algo de allí, quizá alguna marca en nuestro cuerpo o algún objeto, a ver si realmente es algo que vivamos o una simple... *visión* en nuestra cabeza.

La idea parecía gustar a Roxy, pero a ninguna de las dos se le pasaba por la cabeza el contárselo a alguien más porque las podían tomar por locas. Sólo ellas dos lo sabían y era su intención, al menos, para un largo tiempo.

Janet se hallaba junto a su amiga Roxy y un montón de fans locas e histéricas enfrente de una valla. Era 1987 y estaban a punto de entrar a ver a Whitesnake en la gira que presentaban uno de los discos más importantes de su carrera, conocido por el nombre de ese mismo año en que había salido.

Un instante después, David Coverdale hizo acto de presencia rodeado de escoltas, con su pelo y cardado, y su peculiar chaqueta de cuero llena de tachuelas.

Todas parecían locas y no paraban de empujar a Janet y Roxy que estaban pegadas a la valla y veían pasar a Coverdale en primera fila. En cualquier momento parecía que iban a tirar las vallas de los empujones...

Llegó la mañana siguiente y Janet se levantó. Esta vez descansada y con poco que contar. Sabía que había estado soñando pero sólo recordaba la escena de ella y su amiga viendo al cantante de Whitesnake entrando en el Palacio de Deportes de Madrid antes de dar un concierto. Pero de aquello estaba segura de que había sido un sueño típico, ya que no era tan real como los otros y sólo fueron imágenes que percibió en su mente.

Aun así, se lo contó a Roxy, pero esta vez no coincidían en nada.

—Creo que eso de ver a Coverdale ya es parte de mi obsesión. La verdad es que no era la primera vez que lo soñaba —rio Janet.

—Yo no recuerdo qué he soñado, pero desde luego no era nada musical porque tendría algún pequeño recuerdo...

Al parecer Roxy se había despertado poco antes que Janet. Ya era casi medio día y habían tenido la suerte de dormir casi toda la mañana al ser sábado. Por un lado, era algo decepcionante que en esta ocasión no hubiera ocurrido nada fuera de lo común, pero por otro les asustaba que así hubiera sido. Ya asimilaban que el estar juntas les podría afectar para que ocurriera, pero esta vez no había funcionado.

Después de vestirse y comenzar sus habituales conversaciones sobre *hard rock*, el padre de Janet abrió la puerta de la habitación tras tocar.

—Ahora que tu madre no me oye —dijo en voz baja—, su amiga vendrá dentro de nada, me ha escrito al iPhone. ¿Estáis preparadas? —ésta asintieron rápidamente con la cabeza—. Creo que no se espera nada, está preparando la comida para los cuatro tranquilamente... y me parece que está mosqueada porque aún no le hemos felicitado nadie.

Janet y Roxy se quedaron preparadas mientras seguían conversando entre las dos, y Mario continuó ayudando a Flor en la cocina.

Al buen rato sonó el timbre, Mario abrió y apenas diez segundos después, gracias a la velocidad del ascensor al subir, la amiga de Flor ya estaba cruzando el umbral de la puerta.

Fue la madre de Janet quien abrió y se encontró con su allegada. La felicitó mientras entraba entre sonrisas y pequeñas palabras, aunque no pudieron darse un abrazo porque llevaba la tarta envuelta en sus manos.

Las dos amigas salieron de la habitación hasta llegar al salón, donde ya estaban todos allí. Fue en ese momento cuando tanto Mario como Janet y Roxy la felicitaron. Era evidente que se había pensado que ya se habían olvidado todos de su cumpleaños.

Con el pastel encima de la mesa y la comida sin terminar de hacer, Flor y su amiga Carla, una mujer de su misma edad y estatura, delgada y de pelo corto, empezaron a conversar sin dar tregua.

Al rato de ver que no pintaban nada, se aburrían y no entraban en sus conversaciones, Janet y Roxy se fueron lentamente. Mario parecía estar en las mismas, pero estuvo riéndose mientras veía cómo las dos jóvenes abandonaban el comedor con cara de aburrimiento.

—Si acaso me voy con vosotras, que la conversación va para rato y eso que hablan mucho por *Skype* —bromeó Mario.

Instantes después, la comida estuvo hecha, pero esta vez para los cinco. La conversación entre las dos adultas continuaba, aun estando todos en la mesa. Mario de vez en cuando miraba a las dos jóvenes e intentaba unirse a ellas en una conversación diferente sobre música.

Terminaron de comer y sacaron el pastel que había traído Carla. Mario la preparó en la cocina con sus cuarenta y tres velas y la sacó para que su mujer soplara. Estaba dividida en dos colores perfectos que se diferenciaban en que uno tenía azúcar y el otro no, lo cual Flor agradeció.

Mientras comían, las dos mujeres seguían conversando de sus cosas y Mario no dejaba de quitarles ojo a las muchachas jóvenes.

Al buen rato, aún sentados y con el plato con la porción sin azúcar que había sobrado, Mario se levantó, lo cogió y lo guardó en la nevera.

—Para la noche, si queréis —dijo, refiriéndose a Flor y Carla.

Pero parecía que estaban tan inmersas en la conversación que no lo habían oído.

—¡Mamá! —chilló Janet.

—¿Qué? —se volvió ésta de repente—. ¿Me dices a mí? Vale, vale... —susurró, y con las mismas se volvió y continuó charlando.

Mario volvió a aparecer en escena y de repente dijo en voz alta, aunque sabía que sólo le escucharían Janet y Roxy:

—Creo que yo me voy a tumbar un rato, a bajar la comida. Pero me voy a mi cama en vez de al sofá, no hay quien duerma con este par de loros... —bromeó, y aun así, las adultas parecían ignorarle.

Janet y Roxy se metieron en la habitación de la anfitriona y se pusieron a escuchar música.

Buscando algún vinilo que poner, Janet cogió un disco de color negro y se lo pasó a Roxy entre toda su gran colección.

—¡Tía, no sabía que lo tenías! —exclamó, observándolo. Parecía ser original de los ochenta y estaba muy bien conservado. En la portada salían los cuatro músicos en una oscura y siniestra celda, entre los cuales, una mujer vestida de cuero, que era la que cantaba, estaba en medio.

—¿Cómo que no? Pero si juraría que te lo conté, lo tengo ya un año por lo menos.

Arriba a la derecha ponía en letras rosas: *SANTA*. Y abajo del todo, formando cada letra una casilla: *REENCARNACIÓN*.

—Pues no sabes lo que tienes. Menudo clasicazo, vaya mujer era Azucena...

Alucinaba Roxy, emocionada, mientras miraba la portada y sacaba el disco.

—Pues vamos a ponerlo, ¿no? —continuó.

Comenzó a sonar el himno del disco, *Reencarnación*, mientras conversaban sobre grupo y de los tres discos que llegó a sacar.

—Creo que me he hinchado a tarta... —murmuró Roxy cuando terminaba la canción.

—Sí, creo que yo también. A mí me está entrando sueño, me pasa muchas veces después de comer... —contestó Janet.

—Yo estoy en las mismas. Si acaso descansamos un rato mientras lo escuchamos.

Pero sin obtener respuesta, Janet ya se había acercado a su cama y estaba acostándose boca arriba con las manos en la barriga.

*Fuera en la calle
Hay algo muy fuerte que tira de ti
¡Huye de aquí!...*

Rezaba, ahora, la voz de Azucena en el disco. Sonaba el estribillo de la siguiente canción, titulada *Fuera en la calle*.

Y, entonces, eso mismo fue lo que ocurrió...

Roxy fue la primera en despertarse. Viendo a Janet aún dormida, salió de la habitación y buscó la cocina por la silenciosa casa para beber agua. Seguía cansada y no parecía haber dormido nada. No tenía ni idea de la hora que era, pero aún era de día. Sin embargo, al no ser su casa, no fue consciente de muchos detalles que ahora habían cambiado.

Al entrar a la cocina, al ver los muebles de madera, la puerta principal del mismo material y la piel de los sofás débil y antigua, fue cuando se hizo una idea de lo que acababa de ocurrir.

Los ordenadores, tablets y móviles habían desaparecido, y la televisión era pequeña y de tubo en vez de plasma, además de color gris y tenía un solo altavoz a la derecha junto a los botones para cambiar de canal. La casa estaba vacía de gente.

Volvió a la habitación y Janet se acababa de despertar. Tenía cara de asombro: era posible que al no ver su ordenador y no notarse descansada, se diera cuenta de que ya no estaban en su época.

Ambas permanecieron mirándose sin decir nada. Roxy en el umbral de la puerta y Janet sentada en el colchón. Un instante después y sin quitar ojo alguno, ambas sonrieron.

No tardaron ni dos minutos en salir a la calle. Parecía que habían vuelto a su real época, donde para ellas todo era perfecto, la tecnología no inundaba la vida cotidiana y aún había mucho que investigar y descubrir. Pero sobre todo, la época donde más libertad había existido y donde había predominado el movimiento que las ha impulsado para vivir día tras día y hacerlas felices: el *rock*.

Zaragoza no era Madrid. Janet no tenía ni idea de adónde podían ir, aunque lo primero que hicieron fue mirar sus carnés de identidad.

Haciendo cálculos, en esta ocasión se encontraban en agosto de 1987, ya que el papel plastificado decía que habían nacido en 1971.

—Buena época, desde luego. Todo sea calcularlo, ya que el hecho de que tengamos 16 años no nos lo quita nadie —dijo por primera vez Roxy al mirar el carné de ambas.

Bajaron a la tienda de ropa que había debajo de casa de Janet, alucinando con toda la que había, de la misma forma que la mañana cuando entró por primera vez. Le recordó a aquel primer viaje en el tiempo mientras veía la indumentaria ochentera y, por supuesto, allí seguía aquella chaqueta roja que le encantaba. O era la misma, o había allí una igual que la que hubo en 1981.

La dependienta, la misma pero con varios años más, las observaba sorprendida, una vez más, por verlas tan motivadas en una tienda común de los años ochenta.

Un rato después fueron a la tienda de discos. Ya no estaba el barbudo de 1981 pero allí seguía el negocio. Llena, sobre todo, de melenudos con indumentaria de cuero y vaquera: el movimiento de mayor popularidad en aquel momento, el *rock* en estado puro.

—Creo que no puedo salir a la calle... —murmuró en voz baja Janet a su amiga, una vez en la tienda.

—Lo sé, esto de veniros a otra época y ver esto, no debe de ser muy bueno para nuestra salud mental... —bromeó Roxy.

Continuaron viendo discos y más discos de la época, encontrándose con más de una joya impensable que verían algún día.

—¡Mira, el *Walls of Jericho* de Helloween! —exclamó Roxy—. Lo tenéis, ¿no?

—Sí, pero sólo para mero coleccionismo... Vamos, que no lo puedo escuchar. ¿Me va a explicar Mario algún día por qué está plastificado?

Al cabo de casi dos horas en la tienda que pasaron volando, salieron buscando algún sitio donde poder encontrar más cosas del movimiento, ya que no podían comprar nada.

—¿Buscamos algún bar *heavy*? —preguntó Roxy—. Aunque no tengo ni idea de donde puede haber...

Janet miró a los lados de la calle y vio un bar típico que hacía esquina. Estaba lleno de cuarentones y cincuentones que seguramente no entenderían lo que significaba eso de *heavy* a pesar de que estaban en la época de mayor esplendor *rockero*. Sin embargo, las dos amigas entraron sin miedo.

Notaron que el ambiente estaba lleno de humo: la gente fumaba como algo normal y corriente, y bebían hasta reventar, mientras una pequeña televisión al fondo mostraba un partido de fútbol cuyos colores de pantalla eran débiles y costaban verse. Pero todos allí parecían no quitar ojo y disfrutaban, cada uno con su cerveza y su cigarro en la mano.

—Espero que por respirar esto no me de cáncer de pulmón —comentó Janet, poniendo cara agria al respirar, por primera vez, ese horrible y desagradable humo.

En las paredes del bar había cuadros llenos de toros bravos de distintos tamaños que corrían en plazas de toros. También un torero, un picador o la plaza circular roja de fondo acompañaban al toro, y alguna que otra bandera de España en las paredes, con el mismo escudo y colores que aún se llevaba en 2052.

Se acercaron las dos amigas a la barra. Esperando que el camarero les atendiese, Janet dijo a su amiga:

—Habla tú.

—¿Yo? Ay, *Dio*... Venga, vale —contestó Roxy, entendiendo que ésta era demasiado tímida.

El camarero, un hombre calvo y con muy poco pelo, que aparentemente rozaba los cincuenta años, se acercó despacio y mirándolas extrañado por sus camisetas de grupos, sus pelos cardados,

sus chalecos, sus cinturones con cadenas y sus labios pintados de rojo; como si no fuera el lugar idóneo para ellas.

–Perdone, ¿sabe de algún bar de nuestro rollo?

El camarero sonrió aun más mientras apretaba los ojos y los volvía a abrir.

–¿Perdón?

–¡Algún bar de *rock*, nuestro rollo! Ya sabe, gente vestida de negro, pelos largos, guitarras...

Pero en mitad del partido, y sin que Roxy parara de hablar, todo el mundo se calló y escuchó lo que recitaba, dejando de fondo nada más que al comentarista del partido.

–...cadenas, chupas de cuero... Ya sabe, de *heavy metal*.

La muchedumbre seguía en silencio. Allí había por lo menos veinte personas y parecía que no sabían si reírse o no.

–¡Ah, ya! –contestó el camarero en voz alta para que todo el bar lo oyera–. Sí, pero creo que os habéis equivocado, ¡aún quedan varios meses para *Halloween*!

Esta vez sí, y como era de esperar, todo el bar lleno de hombres maduros rompió a reír de manera ignorante (aunque no supieran que era eso de *Halloween* porque en España no se celebraba, entonces).

Las dos se quedaron quietas sin saber qué decir. Janet sintió vergüenza y humillación pero Roxy se mosqueó.

–¡Mira, tío! ¡Vete a tomar por culo! –soltó Roxy con voz macarra.

–¡A tomar por culo os vais vosotras! ¡Venga, a la calle, mujeres! –algunos seguían riéndose de las palabras del camarero–. ¡O a la cocina, donde prefiráis!

Mientras el resto continuaba carcajeando, Janet tiró del brazo a su amiga para salir. Estaba claro que no había sido el mejor sitio para entrar.

–¡Eh! ¡Ni la toques! –exclamó de repente y por encima del vocerío la voz de un joven que salía del baño.

Se acercó cabreado y con paso firme. Era un muchacho delgado y alto, de piel blanca y de pelo largo, bufado y moreno. Lucía una camiseta de AC/DC, un chaleco vaquero desabrochado y unos vaqueros que no llegaban a ser de pitillo.

–¿De qué vas, tío!? –chilló al camarero–. ¡Eres lo peor! ¡Machista de mierda!

Janet y Roxy esta vez se sentían más protegidas. Aunque no lo conocieran de nada, sólo viéndole físicamente ya podían poner toda su confianza en él.

Al pronunciar esas palabras, todo el bar volvió a guardar silencio salvo algún murmullo de voces graves que quedó de fondo. El camarero se quedó mudo y dudó en un primer momento.

–¿Con esas vamos? –preguntó finalmente–. Venga, todos a la calle. ¡A la puta calle, venga! –chilló al ver que nadie se movía.

–¿Me echas a mí también? –preguntó el joven, sin esperar respuesta–. De acuerdo, ¡gracias por la comida y por las tres cañas! –ironizó.

Esta vez fueron Janet y Roxy quienes rieron. Al instante, tomaron paso hacia la puerta y pisaron la calle. El joven comenzó a andar hacia arriba.

–Venid, vamos a alejarnos un poco –sugirió mientras caminaba.

Las dos lo siguieron unos cuantos pasos calle abajo hasta llegar a un parque. Siguieron andando hasta encontrar un banco de madera donde se sentó el muchacho y luego ellas.

–¿Estáis bien? No teníais que haber entrado ahí.

–Era la primera vez que íbamos, sí –contestó Roxy por romper el silencio.

El joven sacó un paquete de tabaco de su bolsillo. De él, un cigarro, luego un mechero y se lo encendió. Les enseñó el paquete abierto a ambas amigas, gesto con el que les ofrecía un cigarro, y

ambas negaron intentando mantener la calma y la normalidad ante tal propuesta que para ellas era una locura.

El joven le pegó una calada mientras cerraba el paquete con la otra mano y las observó mientras echaba el humo por la boca.

—¿Sois de aquí? No tenéis mucha pinta —las dos permanecieron en silencio. Janet no era capaz de decir que vivía a un par de minutos—. Bueno, supongo que andaríais buscando algún *garito heavy*, pero están algo lejos de aquí —declaró con voz barriobajera.

—Eso es lo que ha pasado —contaba Roxy, superando su timidez—. Que hemos entrado preguntando por uno, y vamos...

—No sé por qué me lo imaginaba —contestó, suspirando y mirando al cielo. Después se apoyó en el respaldo—, y eso que sólo he visto el final. Habéis ido al peor bar de toda la ciudad, ¡si sólo había que ver cómo estaba decorado!

Se quedó todo en silencio por un momento mientras de fondo varios niños jugaban en columpios oxidados de hierro y suelo de gravilla.

—Yo es que por Zaragoza no salgo mucho —continuó el varón—. En verdad salgo más por Madrid. Mi novia es de allí y aquí no suelo salir mucho; prefiero ahorrar, que luego me esperan unos cuantos kilómetros con el coche. ¿Alguna vez habéis estado por allí?

Las dos muchachas negaron con la cabeza.

—¡No sabéis lo que os perdéis! Ya veréis el día que vayáis, ya. Ya os digo que allí tengo a mi novia. A veces voy yo y a veces viene ella. Lo típico. Y por cierto, ¿cómo os llamáis? —preguntó el muchacho.

—Yo Roxy y ella Janet —y su amiga asintió, sonriéndole al muchacho mientras lo miraba—. ¿Y tú?

—Yo soy Santi —se presentó. Se acercó a Janet que era la más cercana para darle dos besos, e incluso se levantó del banco para dárselos a Roxy—. ¡Genial el conoceros!

—Igualmente, igualmente... —murmuraron las dos casi a la vez. El placer de conocer a un *rockero* auténtico de los 80 era mucho más para ellas.

Ambas lo observaban detenidamente. No perdían ni un detalle de sus gestos y se fijaban en él como si estuvieran en un museo arqueológico disfrutando de lo que podían percibir con la mirada.

El *heavy* volvió a apoyarse en el respaldo. Le pegó la última calada al cigarro y lo tiró a un par de metros al suelo, como si de algo tan normal y corriente se tratase.

—¿Entonces nunca habéis estado en Madrid? ¿Para conciertos tampoco? —insistió.

—No... bueno... ¡Sí! —contestó Roxy.

—¿Ah, sí? ¿Habéis estado en los bajos de Argüelles?

—Eh... A ver, espera... No, estuvimos en un concierto, en el 84, viendo a Banzai en el Pabellón de Deportes. Bueno, o más bien casi...

El chico sonrió y le interrumpió:

—¡Pues a mí me hubiera encantado ir a ese! Pero aún no tenía el carné ni coche... ni novia por allá. ¿Y ya está? ¿No habéis salido por allí? —continuó insistiendo.

—No, la verdad es que salir no —contestó Roxy mientras Janet negaba, dándole la razón a su amiga.

Al nombrar Santi a Argüelles como una zona de marcha *heavy*, Roxy recordó que en una ocasión le contaron que una vez hubo unos Bajos de Argüelles en Madrid, lleno de bares *heavies* que murieron poco a poco a consecuencia de la presión del ayuntamiento, y que ya en 2052 era todo un centro comercial.

Santi se tocó la barbilla con la palma de la mano.

—Pues algún día os tendréis que venir. ¿Sois de aquí, de Zaragoza?

Improvisadamente, las dos asintieron con la cabeza.

—Pues lo dicho, ¡un día que vaya, os venís!

Janet y Roxy sonrieron sin tenerlo muy claro. Parecían haber conseguido confianza con él muy rápido, pero si las llevaba a Madrid, para ellas sería todo un placer.

Santi, mientras tanto, se fumaba otro cigarro con total naturalidad.

—Oye, por curiosidad —preguntó Roxy al fin—, ¿y tú qué hacías en aquel bar?

El chico rio, aunque tenía la respuesta clara.

—Ver el partido, sin más. He ido alguna vez, y sí, se me han quedado mirando por las pintas y seguramente también se habrán quedado a punto de soltar alguna *chorrada*. Esperaba que lo hicieran algún día, porque cuando ocurriera no iba a volver, hasta que ha pasado lo de hoy. Tú estás muy callada que no dices nada, ¿no? —sonrió, dirigiéndose a Janet que era la que más cerca tenía y no había hablado todavía. Janet rio e intentó decir algo.

—¿Yo? ¿Qué quieres que diga? —preguntó, sonriente.

—No sé, ¡un cigarro, lo que sea! —exclamó, y al oír la palabra *cigarro* las dos amigas se estremecieron—. Bueno, imagino que no viviréis por aquí. Yo soy de este barrio. No hay mucho, salvo el parque para unos litros, la tienda de discos y poco más. ¿Tenéis prisa? ¿Se os ocurre algo que hacer?

Ninguna estaba acostumbrada a que alguien fuera tan extrovertido ni que preguntara tanto. Al oír sus últimas palabras, las dos se miraron.

—No tenemos prisa, no. En verdad no habíamos quedado con nadie, sólo salíamos a dar una vuelta —volvió a contestar Roxy, dándole Janet la razón con la cabeza.

—Yo vivo aquí enfrente, si queréis vamos a mi casa y os enseño mis elepés y casetes —sugirió el joven.

Ambas asintieron. Santi tiró el cigarro a varios metros tras darle la última calada y se levantó, rumbo a la acera por la que habían venido. Janet y Roxy le siguieron, cruzaron la calle y pasaron por la puerta de tienda de música.

Un par de minutos después, se encontraron en un portal de cristal débil, como el que predominaba en toda la ciudad y de los que se llevaban en la época. Santi abrió la puerta con las llaves que llevaba en el bolsillo interior de su chaleco vaquero y subieron las estrechas escaleras poco iluminadas. Ascendieron varios pisos; cada rellano tenía una puerta a cada lado que se miraban de frente, y en medio de las dos, en la pared perpendicular, un número negro con el piso en el que se encontraban. En la parte superior del mismo, una luz amarilla que iluminaba débilmente el rellano.

Llegaron al cuarto piso, donde Santi abrió la puerta de madera.

—¡Mamá, vengo acompañado! —exclamó al acceder. A lo lejos, ésta le contestó que se encontraba en la cocina y que le había escuchado.

Accedieron y Santi cerró la puerta. Anduvieron por un pasillo, dejando atrás varias puertas, hasta llegar a una pequeña habitación llena de pósteres de AC/DC, Accept, Judas Priest, Dio o Scorpions, entre otros. En el techo, una bandera de Iron Maiden con la portada de *Piece of mind*. Al fondo, la cama bajo una ventana. En la pared derecha, varias lejas con vinilos y casetes, y a la izquierda un pequeño pupitre.

—Pues nada, ésta es mi guarida —presentó.

Abrió la ventana y les enseñó su colección de casetes y vinilos. Encima de una leja tenía un radiocasete. Le dio al botón *play* y la cinta que había en su interior comenzó a reproducirse. Estaba a mitad de canción y *Armed and dangerous* de Anthrax comenzó a sonar.

–Bah, esto mismo. No sabía ni lo que había puesto –murmuró el joven–. Bueno, pues aquí tenéis. Podéis mirar lo que queráis.

Y así pasaron el resto de la tarde, escuchando música y comentando discos. Janet por fin empezaba a atreverse a hablar, aunque era una desgracia para ella, y seguramente para su amiga, no poder nombrar a su grupo favorito, Vixen, debido que no fue hasta 1988 cuando el grupo lanzó su álbum debut y en aquel instante todavía no eran conocidas. De todas formas, aquel muchacho no parecía poseer muchos discos con el estilo *glam* similar al de Vixen.

–¿Os gusta Led Zeppelin? –preguntó, y las dos chicas asintieron–. Mirad esto.

Les sacó el que era el cuarto LP, pero estaba firmado. Santi esperaba alguna reacción por parte de ellas.

–¿Qué os parece? Firmado por Robert Plant antes de que se separaran. Se lo pillé a uno de mi pueblo, de hecho éste está comprado en su momento de importación. Me costó una barbaridad, 1300 pesetas creo que fueron, hace ya algunos años.

Siguieron viendo discos y comentándolos sin parar. Parecía que la confianza entre ambos seguía aumentando. *Restless and wild* de Accept fue otro de los que le enseñó. Janet lo tenía también en vinilo, en una reedición que habían sacado años antes de que ella naciera. Sin embargo, el plástico que estaba viendo, junto a todos, eran los cien por cien originales de los años ochenta.

Cuando se acabó la tarde y parecía que empezaba a anochecer, Janet dijo:

–Bueno, creo que es hora de irnos, Roxy.

Su amiga asintió sin ni siquiera acordarse hasta ese momento de que estaba en 1987 y no sabía cuándo volvería a 2052.

–Vale, chicas. De acuerdo. Lo dicho, yo en un par de semanas voy a Madrid, si os queréis venir os hago un hueco en el coche. Allí me junto con varios amigos y saldremos de marcha. Miraremos si coincide con algún concierto y vamos, ¿os hace?

–Claro, sin problema –contestó Janet, contenta.

–Bueno, pues dadme vuestro teléfono y os llamo para quedar por si no nos vemos.

Las dos volvieron a quedarse en blanco, sin saber qué decir.

–¿Ocurre algo? –preguntó Santi.

–Bueno, es que ella no tiene teléfono –dijo Roxy, señalando a Janet– y en mi casa estamos en obras. Mejor déjanos el tuyo y te llamamos desde una cabina aunque sea.

–De acuerdo, esperad.

Fue a buscar un papel y un bolígrafo y les anotó su teléfono fijo (no existían los teléfonos móviles). Se lo dio a Janet y añadió:

–Llamadme en una semana y ya quedamos en lo que sea.

Las dos asintieron, contentas por la amistad que acababan de hacer. Éste les acompañó al umbral de la puerta y se despidieron con dos besos.

–Pues nada, a ver si os venís a Madrid. Llamadme y lo vamos planeando todo.

Se volvieron a despedir y bajaron las escaleras. Una vez en la calle, Janet le preguntó a su amiga mientras caminaban sin rumbo ni dirección:

–Oye, Roxy, ¿qué es una cabina?

Ésta rio. Pero cuando fue a contestarle, Janet estaba tumbada en su cama boca arriba, con una mano en la barriga y en su ventana oscureciendo.

Roxy se despertó a la vez que ella y se miraron sin saber qué decir, aún cansadas pero con el recuerdo del sueño muy, muy reciente. Como si acabaran de viajar, al instante, a sus camas y a su año real.

El silencio lo rompió la madrileña al decirle:

—Una cabina era un teléfono público que había antiguamente, sobre todo en los ochenta, que podías encontrarte por la calle. Echabas dinero y llamabas a quien querías cuando marcabas su número. Lástima que se perdiera con tanta tecnología...

Vamos muy bien

Todo podía ocurrir inexplicablemente tan sólo quedándose dormidas. Aunque en más de una ocasión se planteaban si realmente aquello ocurría de verdad, siempre llegaban a la conclusión de que sí, ¿pero qué más daba? Disfrutaban como nadie, y nunca mejor dicho al ser las únicas que podían viajar en el tiempo.

El verano se acababa y los exámenes de Janet se iban acercando. Roxy ya se había ido el día anterior y, si quería concentrarse, no podía seguir dándole vueltas.

¿Para qué complicarse? Ni Roxy ni ella ya los llamaban *sueños*, ya eran viajes en el tiempo. En el bolsillo de su pantalón aún tenía, inexplicablemente, el teléfono de Santi. Si volvían a viajar en un par de semanas, ¿Santi se *acordaría* de ellas? ¿Dejaban huella al pisar los ochenta de la misma manera que habían podido traer al presente el número de teléfono?

Era todo tan paradójico como irreal. Aunque Janet quería mantenerse al margen de todas esas preguntas; quería darle menos vueltas de las que le rondaba y disfrutar de aquello cuando tuviera la inexplicable oportunidad.

Mientras estudiaba e intentaba dejar de lado la música, la muchacha oyó a sus padres discutir una vez más. Se estaba convirtiendo en algo habitual y por lo que pudo escuchar (y parecía que les daba igual que su hija los oyera) era por el próximo viaje de empresa que tendría que hacer Mario, como muchos otros en los que se tiraba meses fuera de casa.

Janet cerró la puerta del todo. Llevaba toda la tarde estudiando y ya no podía más. Miró a su alrededor, buscando una alternativa que hacer: por supuesto, poner música, porque era su mayor afición y así no oiría a sus padres.

Se levantó de la silla hasta ir a su colección de discos, cogiendo uno con la portada negra en la que ponía:

MURO TELÓN DE ACERO

Un CD de *speed metal* español, de los pioneros en la península, grabado y lanzado en aquel 1987 al que habían viajado el pasado sábado.

Sonaba el disco y aun así Janet buscó alguna que otra cosa que hacer mientras lo escuchaba. Se puso a mirar hojas que tenía en un cajón viejo que abría pocas veces, y sacó un montón de folios usados que puso encima de la mesa. Algunos eran antiquísimos: podían ser incluso de cuando estaba en preescolar. Había dibujos a mano, su primera caligrafía, sus primeros dibujos gráficos por ordenador y ejercicios de su primera mecanografía.

Siguió pasando hojas y más hojas. Tenía curiosidad por saber qué se encontraría; incluso aparecían cartas de su infancia y algunos dibujos. Hacía años que no metía la mano en aquel cajón.

Pasando más folios, encontró una carta de cuando tenía siete años para el chico que le gustaba. Parece ser, por lo que ponía, que había días que le hacía caso y días que no, y en ella se le daba un ultimátum intentando alejarse definitivamente de él.

En un fragmento de la carta, a mano ponía:

...ni te creas ser el chico ideal que me gustaría tener, ni que aguanto ese falso rock moderno suave y con sintetizadores –palabra que el muchacho no iba a entender– que te gusta. ¡Pijo de ojos azules!

Esa carta nunca fue entregada, aunque poco después recordó la razón, y es que aquella misma noche de aburrimiento en su casa que la había escrito, había hecho un dibujo por detrás que recordó al instante.

Le dio la vuelta al folio, mostrando el dibujo de un chico de pelo cardado y moreno que al verlo le recordó a su padre. Con la cara alargada, las cejas hermosas, sonriente y con estética *hard rockera*: con las manos llenas de anillos, varios colgantes en el cuello, cadenas en los vaqueros de pitillo, una camiseta con el logo del grupo noruego TNT...

En la parte superior, con letras de una niña de siete años, ponía:

Mi chico ideal, perfecto y, por supuesto, heavy.

Aunque no pudo evitar reír al leer aquello, lo suyo es que tenía razón.

Reflexionó sobre aquella frase, y aunque habían pasado años y un grandísimo cambio de madurez desde que escribió aquello, sin contar que ya era toda una mujer, lo cierto es que era verdad: aquel hombre de su dibujo, muy bien hecho para su edad y lleno de detalles, seguía siendo su chico. Pero aún no había tenido oportunidad de conocerlo y menos teniendo en cuenta que podía contar con una mano los varones de tal estética y actitud que había visto en su vida...

Se oyó un portazo. La música seguía sonando en la habitación pero parecía que alguien había cerrado la puerta del cuarto de sus padres que había tras una breve escalera de mármol. Seguramente aquel portazo debió de ser de Flor a causa de la discusión, pensó.

Al rato Janet consiguió ponerse a estudiar, y después de cenar se conectó a *Skype* a hablar con Roxy. Le contó la curiosidad del dibujo que se había encontrado y a recordar la tarde del sábado que vivieron por la ciudad de Zaragoza de los años ochenta.

Pasaron los días y seguía sin ocurrir aquella primicia de viajar por el tiempo. Salvo el primer día, las dos otras veces Janet había estado con su amiga, por lo que no tenía nada que ver que se juntaran las dos para aparecer en otra época diferente a la suya. Tampoco el estar en Zaragoza, en su casa, porque en Madrid también les había ocurrido, por lo que no dependía del lugar tampoco en el que se encontraran. Tarde o temprano lo averiguaría, pero quería seguir sin darle muchas vueltas al asunto y dedicarse a disfrutarlo, sin plantearse también que podría estar volviéndose loca.

Aquella misma semana, la última tarde antes de empezar el fin de semana, vio el número de Santi encima de la mesa y se le ocurrió hacer algo que, por muchas vueltas que le había dado, no se le había ocurrido.

Fue hasta el salón, cuando su madre estaba en la cocina haciendo la cena, cogió el teléfono fijo y se le ocurrió marcar el número de Santi. Le temblaba la mano, marcó el número y comenzó a sonar...

Alguien lo cogió a los pocos timbrazos.

–¿Diga? –dijo la voz de una mujer.

–Hola. ¿Está Santi?

Se produjo un silencio.

—¿Hola? —insistió Janet. Con lo tímida que era, increíblemente había perdido la vergüenza.

—¿Cómo? ¿Santi? ¿Santiago Martínez, dice?

—Em, sí, ese —contestó Janet por probar suerte.

—Bueno, hace varios años que no vive aquí, ahora se encuentra en el asilo San Bernardo. ¿Quiere que le diga la dirección? De todas formas, no recuerda ni su nombre, por si quiere un consejo... Pero si quiere pasar a verlo...

Janet se quedó atormentada, pero le salieron enseguida palabras.

—No, no se preocupe. Muchas gracias.

Y la muchacha colgó.

El teléfono no había viajado a los años ochenta, aunque parecía que con eso de que en las últimas décadas se había alargado la vida de las personas, hacía que Santi, aquel chaval de veinte años que había conocido el sábado anterior, tuviera ya casi cien y siguiera vivo. Por supuesto, lo primero que hizo fue conectarse a *Skype* y hablar con su amiga para contárselo.

Los días transcurrían y estudiaba todo lo que podía de las tres asignaturas que le habían quedado. No tenía claro qué haría con su vida en el futuro y su madre seguía presionándola en que tenía que aprobar en septiembre y que cada vez la veía hacer menos.

Fue un día que Janet estaba comiendo sola porque su padre tenía que trabajar y Flor comía más tarde en una comida de la gente de la panadería, cuando empezó a rechistarle.

—¿Qué, los exámenes qué? —preguntó a mala leche.

—Bueno, los llevo bien —contestó la muchacha, que veía la televisión en la pantalla de plasma. Tenía efecto 3D y la mayor alta definición del momento. Parecía que tuviera profundidad y todo un mundo interior.

—Ya, claro, eso mismo es lo que me has dicho durante todo el curso.

—¡Mamá, déjame! —exclamó Janet.

—¡No quiero! ¡No te veo nada centrada y luego suspenderás! ¡Te repito que es lo que te llevo diciendo todo el curso!

—¡Ya, y todo el verano! ¡Déjame en paz, no voy a suspender! ¡Y si suspendo, es mi problema! —chillaba.

La discusión se alargó un poco más y su madre parecía cabrearse por todo.

—¿Y qué me ha dicho tu padre? El sábado a Madrid, ¿no? —preguntó Flor a mala gana.

—Si tienes algún problema, háblalo con él —vaciló.

—¡Bastantes tengo ya con él!

Se produjo un silencio y concluyó la mujer con ira:

—Tú verás lo que haces con tu vida. Tú verás.

Y abandonó el salón, mosqueada, en dirección a la cocina. Janet no dijo nada más. Terminó de comer y fue a su habitación directamente.

Aquel sábado se cumplirían dos semanas exactas desde el último viaje en que conocieron a Santi. Pero, al mismo tiempo, había una pequeña cena y reunión de los *heavies* de Madrid y parte de España. La mayoría, los que fueron al concierto un mes atrás en la casa de campo.

Una vez llegado el sábado e instalarse Janet de nuevo en casa de su amiga, Roxy le explicó los planes para la cena que iban a tener esa noche, el lugar exacto y hora a la que habían quedado. Iba a ser una «cena *heavy*» con los atuendos propios y detallados que llaman la atención y al más puro estilo ochentero en el centro de la ciudad, en un lugar acostumbrado a cenas de empresa, bodas y gente trajeada e incluso adinerada.

—Como ves, vamos a ser unos cuantos. E ilegales.

Janet se quedó en silencio, dudando. Tragó saliva sin saber qué decir.

—Oye, si te asusta la idea —continuó Roxy—, lo dejamos, ¿eh?

—No, no. Si yo encantada, sólo espero que...

—¿Qué va a pasar? ¿Que llamen a la policía? Pues salimos por patas. Pero que sea una forma de vernos todos y dar un poco por saco, una forma de decir que a pesar de que nos hayan dado tantos palos, los *heavies* seguimos estando aquí, en la sociedad. Si solo somos veinte, pues veinte, pero destacaremos fijo.

Janet se quedó dándole vueltas a lo que le acababa de contar su amiga, cuando comenzó a gustarle la idea.

—Pues sí, creo que tienes razón, sí.

Y ambas amigas se sonrieron, rebeldes, gustándoles la idea.

Llegaron al lugar de quedada y parecía que estaban casi todos. Todos excepto el *Richi*, el macarra de flequillo con su chupa de cuero, pantalones negros de pitillo, zapatillas azules y varias cadenas colgando desde la cintura hasta las rodillas, que se acercaba calle arriba y les miraba, llegando el último poco después que ellas. Tenía en su mano izquierda un cigarro de tabaco y marihuana.

—¡Vaya pintas lleváis! Bueno, y llevamos todos —rio, enseñando los dientes amarillos—. ¡Rezad para no cruzarnos con ningún madero ni ningún paisano!

Y empezó a saludar a todo el mundo, incluidas las dos amigas.

Entraron al restaurante, y una chica pelirroja con un chaleco vaquero y varios parches en él se acercó a un hombre que por allí atendía, bien vestido con camisa y pajarita, y le preguntó por la mesa que tenían reservada para todos. Se sorprendió al ver los atuendos contrastados con los que había en el restaurante, e intentando ignorarlos; les guió por el comedor («Por aquí, por favor») hasta llevarlos a su mesa reservada. Alrededor, cada grupo de personas reaccionaba de una forma: miraba de reojo, ignoraba totalmente u observaban todos y cada uno de los detalles, fueran las cadenas, los pelos, las botas o los parches y chapas de los chalecos.

El jaleo del comedor aumentó al entrar ellos, en contraste con la tranquilidad que había antes. Pidieron de beber, de picar y finalmente los platos que cenarían un rato después.

Avanzó la noche pero daba la sensación de que la cena iba a ir para largo. Janet y Roxy estaban sentadas juntas y los demás no hacían más que beber cerveza, excepto ellas.

Seguían picando y los platos de la cena parecía que nunca los iban a servir; tardaban una barbaridad. Por ello, el resto de gente seguía bebiendo y bebiendo conforme pasaban los minutos.

—¡Eh, atención todos, escuchad! —gritó una muchacha rubia de pelo corto y camiseta de Iron Maiden, levantando las manos en medio de todo el vocerío de la mesa—. Vamos a jugar a algo, si armamos jaleo que se jodan. Pero vamos a matar un poco el tiempo. Si no, que no tarden tanto. ¡Venga!

Todos empezaron a murmurar entre risas y otros empezaron a decir nombres de juegos que se les ocurrían.

—¿Al *veo-veo*? —rio un chico de pelo corto cercano a Roxy, señalando a su alrededor a modo de burla.

—¿A *palabras encadenadas*? —volvió a reír un melenudo que estaba, esta vez, más cercano a Janet.

—¡Venga va! ¿Somos *heavies* o no somos *heavies*? ¡Pues cosas atrevidas! ¡Más atrevidas, venga! ¡Pensando mal! —reía ella.

Se explicó sobre lo que se le acababa de ocurrir. Los demás la escucharon atentamente y aquel

juego que propuso parecía gustar.

Comenzaron a hacer apuestas de dinero sobre si una persona era capaz de hacer lo más atrevido que se les ocurriera a los demás, y si así era, ganaba todo el dinero que apostaban; desde insertar una bola pequeña de papel en un vaso de cristal de una punta de la mesa a la otra, hasta partir por la mitad el mango de un cuchillo de madera tras arrancar el filo.

Así estuvieron durante un buen rato que se pasó rápido, haciendo cosas atrevidas, bebiendo y *armándola* muchísimo en medio del tranquilo ambiente.

—A este paso, a este restaurante no volvemos —comentó en voz baja Janet a Roxy.

Al cabo de un rato, la rubia se dirigió a las dos amigas:

—¡Os toca a vosotras, que algunos ya han repetido varias veces! ¿O no?

Las dos amigas se rieron y se miraron sin saber qué decir.

—¡Venga va, vamos! —insistió otra vez. Y todos los *heavies* de la mesa empezaron a pegar golpes y a hacer voceríos para insistir en que hicieran algo.

—De acuerdo, de acuerdo... —cedió Roxy, poniéndose en pie. Se pegó un golpe en el pecho y se tiró un fuerte y largo eructo que retumbó por todo el salón, mirándola parte de la gente de otras mesas (algunos incluso no habían dejado de ojear desde que llegaron por el espectáculo que tenían montado).

Toda la mesa rio a carcajadas y montaron un gran escándalo, incluida Janet.

—Pero... ¡eh, eh! —exclamó la joven rubia entre todo el alboroto—. ¡No nos has dejado tiempo para apostar!

—¿Pero ha molado o no? —rio el macarra de flequillo.

—¡Bueno, pero venga, vamos a apostar algo! —siguió insistiendo entre risas ya menores la muchacha que se había inventado el juego—. ¡Vosotras elegid!

Pidieron a la gente un poco de tiempo para pensar en algo pero parecía que ya estaba todo hecho y no se les ocurría nada atrevido.

Al cabo de un rato, Janet dijo por fin:

—¡Roxy, ya lo tengo! Voy a llamar a mi padre —todos rieron. «¿A tu padre?», carcajearon algunos—. Mi padre era muy gamberro de joven, es posible que se sepa algo provocativo.

Sacó su iPhone y lo llamó. Janet le contó la situación y las apuestas que habían hecho.

—¡Madre mía! Vaya gamberras estáis hechas las dos —se oía decir a Mario a través del auricular puesto en *manos libres*, por lo que toda la mesa oía su voz, atentos a lo que decía—. Vamos a ver... ¡Ah, Janet! Vamos a ver, te habrás llevado el sobrecito de ketchup que te di, ¿no? Por si no tenían en el restaurante para la hamburguesa que te sugerí pedirte si no tenías mucho apetito o dinero. La verdad es que, pensándolo mejor, en este momento lo que interesa es que tengamos un pequeño sobre, no la botella. ¿Lo tienes?

—Sí, aquí lo tengo —contestó, sacando del bolso un sobrecito rojo, pero era tres veces más grande del habitual que solían dar en restaurantes.

—Bien, genial. Pues mira, esto lo hice yo una vez: tienes que coger el sobrecito, mantenerlo en vertical y, apretándolo por abajo muy, muy fuerte, hacerlo explotar en menos de treinta segundos.

La muchedumbre de la mesa empezó a chillar, algunos a reír (ya se empezaban a notar los efectos de la cerveza) y a sacar dinero para apostar.

—¿Te hace, Janet? —insistió su padre. Ella se quedó mirando el sobre y riéndose, y los demás empezaron a insistir también para que lo hiciera.

—¡Venga, de acuerdo! —exclamó por fin, y todos aplaudieron y gritaron.

—Venga, yo empiezo a contar —enunció la muchacha rubia anteriormente mencionada.

Janet dejó el teléfono encima de la mesa con el *manos libres* puesto y sujetó el sobrecito de

ketchup en vertical, agarrándolo por la parte de abajo y sosteniéndolo en alto. Todos estaban mirando expectantes.

Mario dio la salida por el altavoz del teléfono:

—¿Preparada?... ¡Ya!

Comenzó a contar con su reloj de pulsera y la atrevida de Janet empezó a apretarlo y a hacer fuerza desde abajo.

—¡Venga, las Vixen ya lo habrían explotado! —exclamó Andrés riéndose, el chico que las llevó en coche al concierto de la casa de campo. Janet no podía evitar reírse mientras hacía fuerza y alguien le decía algo.

Pero tan sólo quince segundos después, el sobre reventó como si de un petardo se tratara, llenándose de ketchup casi toda la cara, pero también ropa, pelo, parte de la mesa e incluso los que estaban alrededor de ella.

Todos empezaron a aplaudir y a gritar.

—¡Espera, Janet, espera! —insistió Mario por el teléfono antes de que la muchacha se limpiara—. No te lo quites que tengo la prueba para Roxy.

Todos callaron y volvieron a poner atención en el teléfono, con intriga.

—El tuyo, Roxy, es algo más radical. Tienes que lamerle toda la cara a tu amiga para limpiársela y, con la boca llena de ketchup, luego plantarle un beso —todos sonrieron y comenzaron a gritar—, pero no un roce de labios, sino con lengua, ¡y que lo vean todos! ¡Y no vale escupir después, hay que tragar!

Todos se echaron a reír de nuevo (excepto Roxy) y dieron golpes en la mesa al mismo ritmo. Ella no parecía muy convencida, pero hasta Janet le sonreía, queriéndole decir de que se atreviera, con toda la cara resbalándosele el ketchup y llenándose entera según se le caía en la ropa. La gente empezó a sacar dinero, y Mario por el auricular también se le oía decir que no esperara más y lo hiciera.

—¡Uf! ¡Está bien! —accedió Roxy, riéndose.

Y la mesa entera se volvió a volcar en aplausos y gritos, mientras la gente sacaba pequeñas cantidades de dinero, haciendo otro diminuto montón en medio.

—¡Venga, va o qué! —chilló la rubia. Un camarero vio la escena completa desde la lejanía.

Las dos amigas se acercaron. Con todos expectantes y en silencio, Roxy sacó la lengua y empezó a lamerla entera, incluido el ketchup que le había caído en la ropa y en el pelo y, finalmente con la lengua entera llena de salsa de tomate y vinagre, se quedó mirando a Janet y le plantó un beso con lengua.

Todos volvieron a gritar y a aplaudir. El camarero del fondo comenzó a acercarse rápidamente y con mirada severa de no muy buenos amigos. Un beso en la boca en un lugar público y entre dos mujeres pasaba de castaño oscuro y moralmente era inaceptado, además de ilegal en 2052. Por ello, al restaurante podía caerle, como mínimo, una buena multa de estar allí la policía en aquel momento.

—¡Eh, eh! ¡No vale escupir, lo habíamos dicho antes! —exclamó el joven de pelo corto.

Las dos amigas tragaron. El resto volvió a aplaudir, y cuando Janet estaba cogiendo su dinero y Roxy el suyo, el camarero alcanzó la mesa.

—Panda de gamberros todos. Ya estáis largándoos de aquí. ¡Venga, fuera! —gritó, señalándoles la puerta.

—¡Hostia, qué bien! ¡Ciego gratis! —exclamó el *Richi* mientras se levantaba junto al resto, que seguía riendo por lo bajo.

—¡Y no volváis, me he quedado con la cara de todos! —insistió el camarero.

Salieron por la puerta y, al pisar la calle, carcajearon una vez más, con la llamada de Mario todavía activa.

—¡En serio, habéis estado genial! —exclamó una muchacha a las dos amigas, cogiendo a Janet del hombro.

—Gamberros, ¿eh? —murmuró Mario por el teléfono—. Sí, vaya gamberros estáis hechos todos.

—¿Pero y lo de *reputísima* madre que lo hemos pasado? —preguntó Roxy, aún riéndose.

—Ya lo veo, ya. Yo me voy a dormir, chicas, que son las tantas de la noche ya. ¡No tardéis en acostaros no os pillen los maderos!

Se despidieron de él y Mario colgó el teléfono.

—Bueno, ¿y ahora dónde vamos? —preguntó una rubia con el pelo rizado.

—¡Vámonos a bailar *electro pop* de moda con pijos de blanco! —rio un melenudo de pelo largo y liso a mitad de espalda, y le siguieron la risa.

—A cenar... Estará todo cogido o irán a chapar —recordó otro de pelo corto—. Pero después de picar y beber, y de las risas, ahora no tengo hambre.

—Yo tampoco, y eso está bien porque me he ahorrado la pasta de la cena —le contestó la rubia de antes.

Finalmente, teniendo en cuenta que, aunque no hubiera toque de queda esa noche, la policía estaba muy presente los viernes y sábados que muchos jóvenes salían, por lo que decidieron volver a casa.

Así pues, cada uno regresó a sus respectivas guaridas porque en teoría iba a ser tan solo lo que habían vivido: «una cena *heavy*». El objetivo era pasarlo bien, y lo habían pasado mejor de como esperaban en el rato que se vieron.

Era ya tarde, y cuando Roxy y Janet subieron al metro, estuvieron a punto de quedarse dormidas, controlándose apenas. Sin embargo, no fue hasta poco antes de llegar a su parada cuando se miraron las dos y vieron que lo de quedarse durmiendo las dos juntas y de aquella forma, las últimas veces había significado algo. Algo que les había encantado...

Sin embargo, tras salir por la boca de metro que les llevaría hasta casa de Roxy, por los altavoces instalados en las calles de la ciudad, una voz de mujer recitó:

—Se ha decretado el toque de queda por su seguridad. Repetimos, se ha decretado el toque de queda de manera improvisada por su seguridad. Todo civil que se encuentre en la vía pública sin autorización, será detenido.

Las dos amigas se miraron sin gustarles lo que habían escuchado. Era sábado y tal día no había toque de queda, al igual que los viernes. Además, tampoco era muy tarde: apenas faltaban diez minutos para llegar a las doce y hasta la una y media aún había metro, cuando entre semana, hasta que el metro no se cerraba, no comenzaba el toque de queda.

Sin embargo, llegaron al piso de Roxy, se cambiaron de ropa tranquilamente, se acostaron y al instante estaban dormidas sin darle más vueltas al asunto.

Janet fue la primera en levantarse, y aunque los primeros segundos no sabía muy bien ni siquiera dónde se encontraba, no tardó mucho en reaccionar.

Despertó a su amiga; el ordenador de Roxy no estaba, y todo tenía un aire diferente (además de sus cuerpos cansados). Volvieron a la ya tradicional mirada y posterior risa. Se vistieron rápidamente y pasaron por la casa vacía. Se sentaron en el sofá, pensando qué hacer.

Era sábado y a las dos se les ocurrió lo mismo a la vez: Santi.

Antes se percataron de mirar sus documentos de identidad para asegurarse: estaban en 1987, justo en la misma situación que la última ocasión, pero dos semanas después, como si hubiera

pasado el mismo tiempo real de un viaje a otro.

Janet volvió a la habitación a por el papel con el número. Regresó al salón, cogieron el teléfono y llamaron a su casa.

Eran las nueve y media de la mañana. A no ser que se hubiera ido a Madrid el día anterior, lo pillarían en casa.

—¿Diga? —dijo una voz de mujer.

—Hola. ¿Está Santi? —preguntó Janet.

—Sí, ¿quién es?

—Una amiga suya de Zaragoza...

La mujer parecía quedarse igual y llamó a gritos a su hijo, que poco después estaba cogiendo el teléfono.

—¡Santi, que soy Janet! ¡La que conociste en aquel bar de fachas!

—¡Ah! ¡Si os dije que me llamarais varios días antes! Estoy ahora mismo preparándome las cosas.

Las dos amigas se alegraron. No porque aún pudieran contactar con él, sino porque se acordara de ellas.

—Ya, tío, es que no hemos podido. Escucha, que estamos ya en Madrid, nos hemos quedado en casa de una amiga. Lo digo porque cuando vengáis podemos quedar para salir y todo eso, ¿no?

—Por mí genial, me viene perfecto porque de hecho hay dos huecos libres en el coche, por si queréis que pase a recogeros y para que no tengáis que coger el metro. Os presentaré a mi novia y a un colega más que vendrá conmigo desde Zaragoza. Podemos salir por la ciudad esta noche.

Eyes of a stranger

Aquel mismo día, después de comer, quedaron en la Gran Vía para moverse por la capital.

Viajar en coche hasta Madrid desde Zaragoza era muy tardío, y si había de ser recorrido medio siglo menos que en su época, más todavía. Cuando se encontraron con sus nuevos amigos, parecían cansados después del largo viaje. Pararon como pudieron en la Gran Vía con la gran avenida abarrotada de coches de gasolina y soltando un negro humo y contaminante.

Las dos amigas subieron al coche y, en la parte trasera, ya había un muchacho que ellas no conocían. Delante se encontraba Santi conduciendo y a su derecha su novia, una joven de pelo rizado y castaño con mucho volumen, al más puro estilo de la época, y con unas gafas de sol.

—¡Hola, mujeres! —exclamó Santi, tan alegre como siempre después de cerrar Janet la puerta tras de sí y el coche empezar a circular, haciendo el conductor hincapié, bromeando, en el día que el camarero del bar de fachas las llamó *mujeres* de modo despectivo—. Pues aquí nos tenéis, después de unas seis horas de viaje. Bueno, y contando el habitual parón...

El joven que estaba al fondo del todo se les presentó a las dos. Se llamaba Manu y al parecer también era de Zaragoza. La copiloto, Patricia, llevaba varios días allí también y habían decidido ir los tres a la capital.

Marchando por la Gran Vía y sus calles contiguas, podían verse altos edificios de ladrillo y cemento parecidos a los que aún había en el barrio de Janet. Nada de acero por ningún lado como solían construirse en 2052.

—Bueno, chavales —concluyó Santi dirigiéndose a Manu y a su novia—, pues ya hemos llegado. Ahora voy a dejar el coche en Lavapiés y a partir de ahí nos podemos mover en metro. Aunque ahora tendremos que volver a la Gran Vía..., pero es imposible aparcar por aquí.

Nadie dijo nada pero joven conductor lo dio por oído. El resto de componentes del vehículo miraban por las ventanillas: algunos asombrados por estar en la capital, y otras alucinadas por ver tantísimos coches antiguos y edificios que razonadamente no tenían nada en especial, pero estaban en los años ochenta y parecía que por ello todo tenía mucho valor.

No mucho después llegaron al barrio de Lavapiés. Se encontraban prácticamente en el centro de Madrid y, al ser verano, oscurecía más tarde. Era mitad de tarde y tanto Janet como Roxy parecían perdidas, y aunque esta última fuera de aquella misma ciudad, no la reconocía. Lo que más había cambiado era la forma de moverse en metro.

Un instante después, anduvieron hasta la parada de metro más cercana para volver a la Gran Vía y hacer un par de compras que querían hacer Santi y Patricia antes de que cerraran. Al subir las escaleras y salir por la boca del metro, dicha avenida era lo que menos había cambiado y seguía abarrotada de gente, como habían comprobado desde el coche. Prácticamente ya estaban los mismos antiguos edificios de 2052, según pudo comprobar Roxy. Aunque algunos, evidentemente, habían desaparecido con el paso de los años.

Tras caminar el grupo un par de minutos entre la muchedumbre, llegaron a una tienda que ponía en lo alto:

DISCOS MADRID ROCK

—Roxy, yo he oído hablar de esta tienda —le dijo a su amiga mientras se acercaban—. Mi padre me ha hablado de ella... Años después la cerraron y abrieron un Bershka.

—¿Y eso qué es? —preguntó Roxy con alusión al negocio posterior.

—Una tienda del estilo que hay debajo de mi casa... Vamos, para las modernas de mi clase.

Roxy puso cara agria al oír las palabras de su amiga. Pero ella vivía al lado de la Gran Vía y no le sonaba haber visto ningún negocio así.

—No me suena haber visto ninguna tienda así, tía. Ya no estará, ¿no?

—No, qué va. Mi padre dice que cuando era joven aún llegó a verla por la nostalgia del Madrid Rock, aunque cuando la cerraron ni siquiera había nacido, pero era lo único que quedaba del recuerdo de la mítica tienda. Después tiraron el edificio para construir uno nuevo.

A veces las dos amigas parecían una enciclopedia relacionada con el *rock* y aprendían mutuamente. Roxy no tenía ni idea de qué tienda era esa y, aunque Janet sólo había oído hablar de ella, le hizo ilusión poder entrar a un lugar tan emblemático y ver tantísimos discos en su versión original.

Al salir, aunque las dos amigas lo hicieron con las manos vacías, se pudo distinguir a Santi con varios vinilos en dos bolsas cogidas con una mano. Se quedó un momento dudando en medio de la gente y manifestó:

—Bueno, podemos volver a Lavapiés, aún hay tiempo. Más que nada para dejar esto en casa de mi tía —haciendo alusión a las bolsas con los discos. El resto asintió y un santiamén después el grupo se encontraba entrando por la boca de metro.

Una vez dentro, cada uno se sentó en un asiento del vagón y Santi sacó uno de los vinilos. Se quedó observando la portada mientras Janet y Roxy lo miraban asombradas.

—¿Sabéis qué? El año que viene sale la segunda parte. Éste, el primero, lo escuché en casa de mi vecino en cinta. Es una pasada. Es como un estilo de nuevo *metal*... Parte del *speed* y del *heavy*, haciendo algo más melódico y a la vez cañero. Dicen que tienen otro disco más que sacaron antes, pero no lo he conseguido todavía. Éste, según *la heavy rock* —haciendo alusión a la revista de *rock* duro—, salió en mayo.

El disco que tenía Santi en las manos no era ni más ni menos que el mítico *Keeper of the seven keys* de Helloween. Un grupo innovador de Alemania que estaba subiendo mucho desde que habían sacado aquel disco. Si había salido otro antes, muy pocos lo llegaron a conocer en 1987, al menos en España.

Una vez en Lavapiés, Santi dejó los discos y fueron a cenar algo por allí cerca. El metro hasta más tarde no cerraba, por lo que tenían tiempo de sobra. Así pues, fueron a un restaurante que poco o nada tenía que ver con los melenudos de cuero. Al entrar, una vez más, muchos se quedaron mirando a los cinco con diversos rostros y reacciones, a pesar de encontrarse, ahora, en la época en que tales pintas eran más habituales. Parecía que nunca, ni siquiera en los años ochenta, los *heavies* eran bien recibidos al cien por cien en la sociedad por su imagen extrovertida.

¿Qué habían hecho ellos para que aquello fuera tan habitual? Sólo el hecho querer llevar un estilo propio con el que identificarse. A pesar de todo, al cabo de un rato ya estaban sentados en una mesa tranquilamente, cada uno con su bebida. Todos pidieron cerveza excepto Janet y Roxy, que nunca habían bebido ni muchísimo menos fumado.

Santi y Manu, con naturalidad, lo primero que hicieron fue encenderse un cigarro y dejarlos apoyados en un cenicero que había en el centro de la mesa, como si fuera lo más normal del mundo. A su alrededor, en varias mesas yacían varios ceniceros con cigarros y todo el ambiente

estaba lleno de humo. Parecía algo tan normal que las dos muchachas no eran capaces de entenderlo. ¿Qué pensarían si las dos amigas les contaban que en su época fumar era todo un opio prohibido y perseguido?

Después de pedir la cena, continuaron bebiendo y hablando un poco. No tenían ni idea de adónde iban a ir, pero confiaban en que sus nuevos amigos sabrían guiarlas muy bien.

—Oye, que con todo esto aún no os lo he preguntado, aunque ¡espero que sí! —exclamó Santi, dirigiéndose a Janet y Roxy, que estaban sentadas juntas. Ambas lo miraron con temerosidad—. No, tranquilas, no pasa nada. Pero tenéis dieciséis años, ¿no? —ambas asintieron—. Y el DNI espero que también lo llevéis encima, ¿no? —las dos amigas lo confirmaron con otro gesto—. Ah, vale, tranquilas. Es que al sitio al que vamos lo piden en la puerta y hay que tener los dieciséis...

Santi siguió hablando pero Janet dejó de oírle. A pesar de odiar el humo del tabaco, aquello se estaba convirtiendo en el paraíso. No sólo toda la ropa y complementos le volvía loca. Acababan de estar en una tienda que cumplía uno de sus sueños hechos realidad: todos los vinilos nuevos y en edición original, como los que ella coleccionaba en su casa y que tanto le costaba conseguir una mera reedición o uno viejo que hubiera sobrevivido al paso de los años. Aparte, era mayor de edad para poder entrar en *pubs* y sitios donde en su época no hubiera podido ni intentándolo, además de las complicaciones de la policía constante, presente siempre, y del toque de queda. Sabiendo cómo eran sus nuevos amigos, las iban a llevar a buenos sitios. Se sorprendía a sí misma porque odiaba todo lo relacionado con la fiesta nocturna, pero tenía ganas de salir sólo por el hecho de pensar que se iba a lugares *heavy* como aparecían en los videoclips y canciones que había escuchado desde que nació.

Siguieron hablando y cenando durante una hora. Al terminar, pidieron la cuenta, pagaron todo, Santi y Manu se fumaron sus últimos cigarros y salieron a la calle. Subieron paso arriba hasta llegar a la parada de metro más cercana. Una vez ya en el vagón, el grupo se dirigió hacia el norte de Madrid desde la Gran Vía.

—Santi, ¿dónde vamos? —preguntó Roxy, por fin.

Éste se rio y miró su reloj digital de muñeca, marca Casio.

—Ahora lo veréis. Os va a gustar, seguro. Son las once y media, es buena hora. A las doce y cuarto o así llegaremos.

Aunque Janet se quedó igual, no pudo evitar pensar que le había sonado muy bien aquella frase.

Permanecieron un rato esperando a que el metro llegara y sus amigos les avisaran. Tuvieron que hacer un trasbordo en el que tenían que bajarse del tren, andar hasta otro andén y esperar el siguiente. Acto seguido, alcanzaron una estación donde ya había varios melenudos con chaquetas de cuero.

—Janet, Janet —llamó Roxy a su amiga en voz baja—. ¿Has visto a esos dos de allí?

Su amiga miró a los dos chicos y ambos poseían el concepto de *chico ideal* que Janet había tenido en la cabeza desde que le gustaba el *heavy*, es decir, desde que se acordaba de tener conciencia, tal y como había retratado en el dibujo que se había encontrado. Aunque uno vestía más *hard rock* y el otro más *heavy*, el primero nombrado, moreno y con el pelo a rizado y cardado, era el que más le llamaba la atención. Por allí cerca, un par de chicos más y un grupo de varones y mujeres que vestían muy *heavies*, mezclando pantalones de cebra, vaqueros de pitillo y mallas rojas, estaban en el andén y no parecían ni saludarse entre ellos. Pero aquella era otra época, y en la de Janet haberse encontrado por la calle tan sólo a una persona así, hubiera sido motivo de, como mínimo, una sonrisa o un par de palabras ante su movimiento en peligro de extinción.

A pesar de todo, la joven ignoraba lo que iba a pasar en un par de minutos, al llegar el convoy

que estaban esperando.

Ya por las ventanillas se vio mucha ropa negra y vaquera, pero al abrirse las grandes puertas del vagón y entrar las dos amigas, se quedaron boquiabiertas al ver que absolutamente toda la gente, excepto algún caso contado, eran *heavies*, varones y mujeres mezclados. Decenas de ellos; todos iguales o muy parecidos. Algunos ya habían empezado la fiesta antes de hora con un par de *litronas*, es decir, botellas de cerveza de un litro y medio, como si fuera algo normal y corriente el hecho de estar bebiendo cerveza en un lugar público.

Ninguno miraba a su alrededor; todos estaban con su grupo de amigos, hablando entre ellos y bebiendo, a diferencia de Janet y Roxy que no paraban de quitar ojo descaradamente a todos y cada uno de los chicos *heavies* que había por allí. Si Janet un rato antes pensaba estar en el cielo, ni se imaginaba que algo así pudiera pasar después. E incluso Santi no miraba a su alrededor, pero él solía frecuentar Madrid bastante y nada era nuevo para él.

Parecían haberlo visto todo, pero no. Aún tenían que llegar a su destino, y posteriormente, incluso sin que Santi les avisara, Janet supo que tenían que bajar porque todos los melenudos se acercaron a las puertas del vagón antes de que se abrieran.

Al salir, Janet pudo leer el nombre de la estación en la pared: «El Carmen».

Todos los melenudos parecían acudir automáticamente por unas escaleras a la derecha, siguiendo un recorrido habitual. Las dos amigas salieron del metro, subiendo las estrechas escaleras delante del resto de sus amigos hasta llegar al nivel de la calle.

Entre un montón de cuero que vomitaba la boca del metro, salieron Santi, Manu y Patricia. Varios pasos después, Janet levantó la vista a la derecha y leyó el nombre de la calle:

Calle del Alcalde López Casero.

No supo por qué aquel nombre le había resultado muy familiar. No podía recordar a qué. Le sonaba haber leído por internet algo relacionado con el nombre de aquella calle, pero no lograba acertar.

Todos los melenudos siguieron calle arriba por aquella acera de la derecha. Alrededor, ya había *heavies* sentados en bordillos de portales bebiendo, fumando y riendo entre ellos en pequeños grupos. Incluso en algún vulgar bar cercano se veía bastante gente de negro. Así, continuaron caminando calle abajo por una calzada que desembocaba en otra perpendicular vía con coches en los que sonaba mucho *heavy metal* y lleno de melenudos por todas partes.

¿Quién se lo iba a decir a Janet? Aquello parecía que nunca lo iba a vivir y lo estaba sintiendo en sus pieles. Algo gordo tenía que haber más adelante con tanto escándalo y tanto cuero en esa zona.

Avanzaron por la vía y al par de minutos, por fin, llegaron a su destino. Cruzaron al lado izquierdo de la calle y se toparon con una entrada que tenía tres grandes puertas negras. Arriba, con luces de neón rosas, Janet leyó:

SALA CANCELLER

Fue entonces cuando entendió por qué le sonaba la travesía. Había leído cosas sobre la Sala Canciller; antiguos artículos escritos en internet por testigos que llegaron a estar allí de jóvenes y quizá había visto también alguna foto. No era consciente que lo que se cocía dentro era aun mucho mejor de cómo se la imaginaba desde fuera, por muy feliz que ya fuera.

En las tres grandes puertas negras había dos porteros, a la derecha de forma perpendicular una

taquilla y en el lado izquierdo una vitrina de cristal con precios. Santi se acercó a la taquilla y los demás le siguieron.

—Cinco para esta noche.

La mujer que había en taquilla le dio cinco papelitos del tamaño de un palmo, Santi se los pagó y, tras contarlos y repartirlos, dijo que nadie le debía nada (haciendo alusión al dinero).

Lo que dentro se cocía parecía algo surrealista para Janet. Cada vez que la negra puerta que tenían enfrente se abría, el escuchar la música a lo lejos le hacía sentir un cosquilleo en el corazón de la emoción. No sólo nunca había estado en ningún bar *heavy*, sino que además iba a entrar en el lugar más grande de toda España y posiblemente uno de los más grandes que haya habido en toda Europa.

—Chicas, nunca habéis entrado, ¿no? —preguntó Manu, volviéndose a las dos muchachas. Éstas negaron con la cabeza—. Bueno, pues entraré yo primero.

Manu se acercó a la puerta que estaba a dos metros de la taquilla y las dos amigas le siguieron, y detrás de éstas, la otra pareja de amigos. La puerta ya estaba abierta y éste pasó sin problemas, al igual que Janet, Roxy, Santi y Patricia, sin pedirles su documento de identidad ni preguntarles por la edad.

Al atravesar la puerta, todo eran escaleras abajo iluminadas. Las dos amigas descendieron mientras la música sonaba a lo lejos, pero cada vez más cerca a cada paso que daban. Se podía sentir el calor y la emoción de llegar a un lugar paralelo a la sociedad; a un lugar donde sólo reinaba la música y la evasión de todos los problemas, sin ninguna preocupación.

Según descendían, la música cada vez sonaba más cerca y casi podía reconocer la canción.

Siguieron bajando hasta que encontraron el ropero a mano derecha, pero al ser verano, nadie dejó nada y había poca ropa (algunas chupas de cuero o chaquetas vaqueras para el frescor de altas horas de la madrugada), por lo que continuaron adelante, abriendo una puerta metálica más, bajaron cuatro peldaños, y el grupo de amigos llegó a la planta de arriba de la Sala Canciller.

En aquel lugar, con copas y cubatas en las manos y un ambiente inmejorable por todos lados, había chicos y chicas *heavies* disfrutando cada instante y deleitando con la música, que podía percibirse fuertemente. Era un grupo de *hard rock* formado por mujeres, pero no era el caso de Vixen. Janet pudo ver varios sillones cerca que daban a pequeñas mesas, todas ocupadas por gente tomando algo. El techo no era muy alto, de unos tres metros, y unos cuantos metros más adelante, se apreciaba lo que parecía un piso inferior. Janet y Roxy, junto al grupo de amigos en el que iban, llegaron a medio muro de ladrillo que hacía la función de valla donde, al acercarse, se podía ver el mencionado piso inferior con otra multitud que se movía sin parar, y en la pared del fondo una gran pantalla con el videoclip simultáneo a la canción. Aquello, que parecía una gran sala de cine reconvertida en discoteca *heavy*, parecía ser el lugar idóneo para ellas y no podían dejar de alucinar.

Fox on the run, versionada por Girlschool, era la canción que sonaba mientras toda la pista de baile no dejaba de moverse ni un instante de una forma u otra. También podían diferenciar una multitud de luces de colores que cambiaban el tono de sus pieles y camisetas, y una bola en lo alto que giraba dejando pequeñas luciérnagas alrededor de toda la sala. Estaba abarrotado de *heavies* mirando en dirección a la pantalla gigante que tenían las amigas enfrente; similar a un cine, en el que se podía ver el videoclip de la canción mientras sonaba. Todo el mundo tenía una copa o un cigarro en la mano, la gente estaba muy animada, voceaban y se movían todos a la vez al ritmo de la canción, como si se encontraran en un concierto.

—¿Os mola, chicas, o qué? —pregunto Santi, volviéndose a las dos amigas.

Las dos le habían escuchado pero no tenían palabras. Estaban viviendo un sueño, gozando de lo

que para ellas era su pasión y su modo de vida desde que nacieron. ¡Una discoteca *heavy*! Esta vez el ambiente volvía a estar lleno de humo pero no parecía importarles.

Mientras terminaba la canción y comenzaba a sonar *Too late for love* de Def Leppard, Manu preguntó a ambas si querían algo de beber, ya que podía ir él a pedir con los tickets que había comprado en la taquilla. Las dos no sabían qué responder, hasta que Roxy fue la primera en decir que de momento no les apetecía nada.

La emoción era demasiada. ¡Todo lo que había alrededor era totalmente surrealista! Principalmente viniendo de una época con toque de queda, donde estaba prohibido fumar, donde beber alcohol estaba muy controlado y perseguido y, sobre todo, era ilegal escuchar música ruidosa y pisar lugares públicos con la imagen que allí poseía la mayoría.

Continuó la noche y, mientras los *heavies* del piso superior hablaban entre ellos y alguno movía la cabeza hacia delante y hacia atrás (esta vez, al ritmo de *La Grange* de ZZ Top), los individuos del piso inferior parecían disfrutar más y no dejaban de moverse ni un segundo.

Así avanzó la velada, sin moverse del sitio y pegadas al medio muro; disfrutando tan sólo con el hecho de estar entre el ambiente.

El siguiente tema en sonar fue *Freedom* de Alice Cooper, con su videoclip incluido en la pantalla gigante que tenían enfrente. Ambas amigas tardaron en darse cuenta de que el disco con el mismo nombre había salido hacía poco, por lo que muy pocos *heavies* se movieron con esta canción y la gran mayoría, que antes no paraban de moverse, esta vez se quedaron viendo el video sin perder detalle. Era otra época e internet aún no se llevaba de forma casera, por lo que mucha gente para poder disfrutar de los videoclips de los grupos, iba a pasar tardes enteras al Canci (diminutivo que vulgarmente se le daba a la discoteca) o a cualquier sala de la capital para verlos.

Transcurría la noche muy rápido y ambas amigas no se movieron ni dijeron nada, aunque la emoción era la misma en todo momento. Solamente Roxy fue la primera que se atrevió a decir algo.

—¿Vamos a pedirnos algo de beber? —preguntó. Janet la miró, temerosa y sin saber qué decir.

—Pero ¿tú qué quieres?

Roxy sonrió y Janet no captó qué significó aquella sonrisita.

—Bueno, creo que es un momento especial... —hizo una pausa—. Y hay una primera vez para todo.

Janet al principio no sabía a qué se refería su amiga, pero observando su rostro satisfactorio y percatándose de la situación, pareció captarlo.

—Ya, creo que te entiendo... —dijo esta vez con más ganas.

—¿Te hace, entonces? ¿Pido dos cervezas?

Janet sonrió y asintió con la cabeza. Se metió la mano en el bolsillo de su chaleco y sacó el ticket que valía como consumición que habían comprado para poder entrar a la sala.

Roxy fue hasta una barra que había en aquel piso superior y su amiga le siguió.

Pidió las dos cervezas y la camarera le puso dos botellines marrones de un tercio.

Con las frías y mojadas *birras* en la mano, las dos amigas volvieron a su hueco anterior, echaron un vistazo alrededor y se miraron.

—Bueno, ¿vamos? —preguntó Roxy haciendo referencia a las bebidas.

—Venga, va —contestó Janet, animada. Roxy le sonrió y levantó el tercio.

—¡Salud! —brindaron con ambos botellines, su amiga le devolvió la palabra («¡Salud!»), sonriéndole también, y ambas pegaron un trago a la cerveza.

La primera sensación que tuvo Janet fue de amargura. Nunca antes había probado nada de alcohol, pero aquella ocasión lo merecía. ¿Dónde y cuándo mejor si no para probar nuevas

experiencias y ponerse al nivel de los demás?

Miró a su amiga y se dio cuenta que a ella le había pasado lo mismo, pero ambas intentaban ocultar la cara de haberle pegado su primer trago amargo. Se quedaron mirando y unos segundos después se rieron. Janet levantó el botellín para que Roxy volviera a brindar y engulleron de nuevo.

Diferenciaron a lo lejos a Manu, que estaba con sus otros dos amigos que habían venido desde Zaragoza. Éste les devolvió la mirada, levantándoles un cubata que tenía en la mano y sonriendo, simulando un saludo. Éstas hicieron lo mismo, devolviéndole el gesto.

Janet y Roxy se quedaron apartadas mientras seguían mirando alrededor, sin atreverse a hacer algo más o bajar a la pista de baile. Aquello era un sueño para las dos: todo tema que sonaba en la sala les encantaba.

—¿Pues sabías que aquí tocó Iron Maiden? —recordó Janet a su amiga

—¿Sí?

—Sí, tía. En la gira de despedida de Bruce Dickinson.

Un melenudo delgaducho que pasaba por allí, con un cigarro en la mano, camiseta de Metallica y los ojos medio cerrados, se paró delante de ellas, observándolas con desprecio.

—¿Gira de despedida de Bruce? ¿Qué aquí ha tocado Iron Maiden? Estáis flipadas. A saber de dónde habéis salido.

Y, con las mismas, se marchó, indignado.

—Bueno, es que estamos en 1987. Según sé, hasta 1992 no fue el año que trajeron a Maiden a esta sala, Roxy... —aclaró a su amiga y ésta se rio.

Manu parecía que había visto algo raro desde la lejanía y se acercó.

—¿Ha pasado algo?

—No, nada. Un comentario que ha hecho ella, se ve que lo ha oído y se ha parado a pegarnos un pequeño vacile —contestó Roxy.

—Ah, bueno. Aquí hay muy buen rollo, pero hay algunos que van en otro plan y enseguida se ríen de los parches de tu chaleco o piensan que el grupo de tu camiseta está pasado de moda. O lo típico al oír Europe o, como antes, Def Leppard, que te dirán que eso es «para maricones». Ni caso, chicas.

Tras aquella aclaración de Manu, las dos siguieron en su sitio pero sin decir mucho más.

Pasó un buen rato hasta que se les acabó la cerveza. Pero volvieron a la barra, dejaron los botellines y pidieron otros dos más.

—¡Salud! —exclamó esta vez Janet, levantando el tercio para que su amiga brindara, y esta vez sí: lo recitó mucho más animada a causa del alcohol.

—¡Salud, tía!

Y ambas volvieron a beber tal y como lo habían hecho antes. Parecía que el sabor de la cerveza empezaba a cuajar aunque en un primer momento pareciera amargar.

—¡Bueno, ¿qué?! ¿Nos animamos y nos vamos a la pista? —preguntó de repente Santi, acercándose a ellas.

Los cinco bajaron en grupo hasta la pista de baile por unas escaleras que había a los costados. Allí todos estaban animados y llevaban el ritmo de *We're not gonna take it* de Twisted Sister. Se pusieron al lado de la cabina del DJ y se volvieron a topar con el varón que había escuchado un rato antes lo de Iron Maiden.

—¿Tienes algo de *thrash* o qué? —preguntó al chico melenudo y moreno que estaba dentro de la cabina.

—Más tarde —contestó el DJ, como si se tratara de una respuesta automática, y el *thrasher* se

alejó, arrastrando los pies.

—¿Ése era el de antes? —preguntó Manu a las dos amigas—. ¡Porque menuda lleva!

Janet y Roxy se rieron mientras lo veían irse a lo lejos y la música sonaba a todo volumen.

Continuaban allí sin atreverse todavía a hacer poco más que moverse lo mínimo mientras ellas, poco a poco, se iban soltando, aún con una cerveza en la mano cada una y pegándole tragos de vez en cuando.

De repente, Roxy vio algo fuera de lo normal, casi en el centro de la pista de baile, y rápidamente avisó a su amiga, dándole un par de golpes con el codo.

—Janet, tía. Eh...

Roxy se cortó de golpe sin dejar de mirar.

—¿Qué? —y Janet examinó donde ojeaba su amiga.

—¿No son aquellos chicos los que hemos visto en el metro? Los dos primeros con los que hemos... *babeado*, vamos.

Janet analizó bien y el corazón se le aceleró.

—Sí, esos eran...

—¡Pues el *hard rockero* moreno no te quitaba ojo! —manifestó Roxy. Janet puso cara de asombro y poco después se le subieron los colores—. Te lo juro, cuando ha visto que le estaba mirando y que te he hablado ha desviado la mirada, ¡pero te juro que te estaba analizando con una sonrisita!

El muchacho llevaba unas mallas y unas botas de cuero que casi le llegaban a las rodillas. También un cinturón lleno de tachuelas, una camiseta de *Whitesnake* con la portada de *Love Hunter* y el pelo moreno, largo, rizado y cardado. En una muñeca se le podía ver una cadena que se la rodeaba. En la misma mano, varios anillos en los dedos y otra cadenita de plata en el cuello. Su amigo, sin embargo, era también moreno y llevaba el pelo por los hombros, liso y recto, una camiseta de Saxon y un pantalón de cuero con botas negras. Las dos estaban analizándoles con admiración mientras éstos miraban la gran pantalla.

—Estas cosas no se ven todos los días..., y nunca mejor dicho... —comentó Janet a su amiga sin desviar la vista, empezando a notarse en ellas el efecto de la cerveza, pues era la primera vez que bebían alcohol y su efecto era mucho mayor que el que tenía en el bebedor habitual.

Casualmente en aquel momento, los dos melenudos las miraron, percatándose de que éstas no les quitaban ojo y les sonrieron, devolviéndoles ellas la sonrisita.

Pero no pasó nada más. Los dos muchachos permanecieron donde estaban, tal y como se encontraban hasta aquel momento: a su rollo y moviéndose lo mínimo al ritmo de la música. Janet y Roxy, sin percatarse de lo que había sucedido, siguieron en las mismas con los pies en el sitio, contentas a causa del poco alcohol en sus venas que empezaba a tener un gran efecto.

Janet fue a pegarle un trago a su cerveza pero apenas quedaba un dedo, por lo que se quedó con el botellín vacío en la mano.

—¿Ya? A mí aún me queda un poco —comentó Roxy.

Un rato después se encontraban con Santi, Patricia y Manu, los cinco juntos al lado de la barra, pero esta vez las dos muchachas de nuevo con dos cervezas en la mano invitadas por Santi. Janet no le quitaba ojo al *hard rockero* que le había sonreído, esperando que le volviera a mirar o se acercase.

Pero pasaba el tiempo y lo único que cambiaba era la música y su cerveza, que ya era la tercera. Fue en ese instante cuando se percató de que Roxy tampoco le quitaba ojo al otro varón.

—Creo que si no nos acercamos nosotras... —comenzó a murmurarle a Janet—. Y estamos aquí para pasarlo bien, no para quedarnos plantadas al lado de la barra mientras todo el mundo mueve la cabeza.

–Como quieras, podemos acercarnos.

–¿Cómo quiera? Lo estás deseando –dijo a su amiga, y le sonrió–. Venga, vamos a buscar un poco de acción –le dijo mientras daba dos pasos y le hacía un gesto con la mano.

Anduvieron entre la gente («Ahora venimos», dijo Janet a los demás) hasta entrar entre la muchedumbre de cara a la pantalla, cerca de los dos *heavies* que habían comenzado a admirar.

Disimulando ver el videoclip de *You shock me all night long* de AC/DC, se mantuvieron bebiendo alcohol y a la vez perdiendo la vergüenza.

Dudaron un buen rato de cómo llamar su atención y comunicarse con ellos.

Finalmente, caminaron justo por delante de ambos, avanzando primero Roxy. Sin embargo, por desgracia para Janet que iba la segunda, una *hard rockera* cercana, hizo un movimiento rápido con el codo (en el instante que Janet pasaba por detrás de ella) tirándole la cerveza de la mano, llenando a los dos melencidos del líquido, golpeando al joven del pelo rizado en la cabeza y rompiéndose, después, el cristal en el suelo.

La joven del codazo se volvió, declarando un mísero «bah», y retornó la vista hacia la pantalla, bailando lo hacía hasta entonces.

Janet se quedó plantada, con las manos en la boca y mirando a los dos individuos mojados de cerveza. Daba igual que hubiera bebido; estaba pasando mucha vergüenza mientras Roxy, que había frenado la marcha, veía la escena no muy lejos.

–¡Ay...! ¡Lo siento...! –exclamó por fin, sin quitarse las manos de la boca y entendiéndosele muy poco, pero los muchachos le sonrieron. Ambos le sacaban una cabeza en cuanto a la altura.

–No te preocupes, si lo he visto. Ha sido sin querer... –comenzó a decir el *hard rockero* del pelo rizado.

–De verdad que lo siento...

–...y tampoco nos has mojado mucho, sólo por aquí un poco...

–...en serio, lo siento...

–...no ha sido mucho, pero eso, que no te preocupes.

–...lo siento, de verdad....

–Bueno, tranquila –dijo sin dejar de sonreír mientras Roxy se mantenía todavía al margen–. Bueno, ¿cómo os llamáis?

–Janet... pero lo siento, en serio....

El *hard rockero* empezó a borrar su sonrisa y a sentirse molesto.

–No sois muy habituales de por aquí, ¿no?

–No, es la primera vez, y mira las cosas que pasan... En serio, que lo siento... que no quería...

Harta ya de oír a su amiga, Roxy negó con la cabeza, se acercó a ella rápidamente mientras le pegaba un codazo en las costillas y se puso delante.

–Hola, yo soy Roxy –le dio dos besos al *heavy*– y ella es mi amiga Janet –le dio dos besos al *hard rockero*.

–¡Ah, vale! Pues yo soy Jorge y él es Juli –se presentó el muchacho del pelo rizado y las mallas. Después señaló a Janet–. ¿Me has dicho que se llama...?

–Janet. Es... Es un nombre inglés –contestó Roxy, mientras a Janet no le salían las palabras y todavía no se había quitado las manos de la boca. Parecía que el alcohol le había afectado pero para subirle la timidez aún más.

Janet no fue capaz de recordar mucho más. El alcohol le había hecho estragos en su memoria a pesar de la poca cantidad que había bebido, por lo que sólo guardó para el día siguiente (que fue en su época) pocas imágenes de la velada que continuó después.

Never say goodbye

Llegó el día siguiente, que resultó ser más de medio siglo después, y fue Roxy la primera en despertarse. Aún lograba recordar algo de la noche anterior pero su sensación volvió a ser de cansancio y de dolor de cabeza. En un primer instante pensó que podían haber vuelto a viajar en el tiempo, pero todo aparentaba ser el año 2052. Además, su ordenador estaba allí.

–Esto de viajar en el tiempo no tiene que ser muy sano... –recitó en voz alta para sí misma mientras Janet seguía durmiendo.

A los pocos minutos su amiga se despertó con la misma sensación que Roxy.

Se miraron a la vez como solía ser habitual, haciéndose preguntas con la mirada.

–Me siento como si no hubiera dormido nada... Pensaba que aún no habíamos vuelto aquí... –dijo Janet con una mala voz.

–Eso se llama resaca, me parece a mí, pero por lo que veo vas tú peor que yo, ¿eh?

–Sí, eh... bueno... Aunque dicen que la cerveza no da resaca.

Janet comenzó a recordar y a rememorar todo lo que habían hecho antes de despertarse. Recordó el metro, subiendo las estrechas escaleras hacia el exterior, la calle abarrotada de *heavies*, la entrada de la discoteca, luego bajando las escaleras... Y, por supuesto, del *hard rockero* y su amigo, pero hubo puntos que no logró encajar ni recordar.

–Roxy –mencionó a su amiga al par de minutos intentando recordar y, ahora, un poco más espabilada–, no recuerdo cómo acabamos ayer. Es decir, estuvimos bebiendo, hablando con dos chicos...

Haciendo memoria, por fin, logró recordar la imagen de ella con Jorge por un costado de la barra, el cual pidió un cubata para cada uno, y por otro lado, Roxy con Juli.

–Sí, yo sí que me acuerdo... Creo, más o menos –contestó su amiga.

Janet siguió haciendo memoria. Recordó hablar mucho con ese chico moreno de pelo cardado. Era de Madrid y le sacaba tres años: tenía diecinueve.

–¿Nos despedimos, Roxy? No recuerdo ninguna despedida de ningún tipo, no recuerdo una sola imagen del final.

–Bueno, hubo un segundo que te pusiste tensa y pálida, nos asustamos todos. Pensábamos que había sido del alcohol, aunque es posible... –explicaba Roxy, y Janet puso cara de horror. No recordaba nada de aquello–. Aún te mantenías en pie y te llevé corriendo al aseo de las chicas, ellos se quedaron fuera, yo empecé a encontrarme también mal...

Pero se quedó pensativa y callada.

–¿Y? ¿Qué pasó? –insistió, deseando saber más.

–Pues no lo sé. Es el último recuerdo claro que tengo. Creo que directamente hemos aparecido aquí, porque hasta ese momento me acordaba de todo.

Janet empezó a hacer memoria y recordó alguna pequeña imagen de las dos amigas entrando al baño de las chicas y encerrándose.

–¿Iba a vomitar? –preguntó.

–¡Sí, justo! Te encontrabas mal pero sólo querías ir a dormir, y lo curioso fue que al momento yo me encontré igual... Y ahí ya... No recuerdo nada más.

—Entonces debe de ser que... Bueno, por así decirlo, era la hora de volver...

Y se hizo el silencio; un silencio mustio y nostálgico.

Tanto sus nuevos amigos como los dos chicos se hubieran quedado preocupados si acabaron esperando a que salieran del baño o volvieran a la barra donde estaban en un principio. Santi sabía quienes eran cuando le llamaron por teléfono el día anterior, por lo que si volvían a 1987 era posible que todo tuviera continuidad tal y donde lo dejaron.

Aunque el dolor de cabeza y el cansancio permanecieron, Janet estaba triste por el hecho de haber tenido que volver a su época y dejar de nuevo los años ochenta. Ya ni siquiera se preguntaba el porqué del sentido que ocurría todo: simplemente intentaba disfrutar cada momento.

Llegó el lunes por la mañana y los exámenes estaban a la vuelta de la esquina para Janet. Su madre la despertó forzosamente para que empezara a estudiar e incluso la notó más borde de lo que solía ser.

—¡Janet, venga, no te lo vuelvo a repetir! ¡Cada vez te veo más vaga!

—¡Mamá, déjame que sabes que estudio!

—¡Luego suspenderás!

La mañana de aquel lunes empezó con mal pie y ya con mala leche para la muchacha debido a la forma de haberla despertado. Aun así, intentó hacer el esfuerzo de mantener la calma y empezar a estudiar desde bien temprano.

Después de desayunar, y a pesar de ser lo que menos le apetecía en aquel momento, cogió los libros y apuntes y empezó a estudiar y estudiar. Aún le duraba la resaca de aquella noche loca, corta pero intensa.

Aquel chico... ¿Qué tenía aquel chico que había conocido? No era como cualquier otro...

La primera vez que lo vio en el metro... Sí, no era un melenudo más. Ya en aquel instante sintió algo diferente al resto.

¿Por qué no se pudo despedir de él?

Podía preguntarse mil cosas mientras se ponía a recordar, como cuando Roxy le dijo que él no le quitaba ojo en la pista de baile.

Sin querer darle muchas vueltas al tema, la única pregunta clara y que a la vez más rabia le daba era un cuándo lo iba a volver a ver. ¡Si es que iba a existir una segunda vez!

¿Se estaba empezando a obsesionar o, de repente, sentía algo fuerte por una persona que apenas conocía?

¿Debería pensar en futuro por ser algo que iba a ocurrir más adelante en su vida, o en el pasado por el hecho de viajar atrás más de sesenta años?

Todo era tan paradójico como irreal.

Pasó aquella mañana intentando concentrarse en sus apuntes sin quitarse al muchacho de la cabeza. Y aunque le rindió para bien, ahí estaba su imagen constantemente: aquellos instantes mientras hablaban y se veían a través de las luces de colores que cambiaban constantemente..., la música de fondo..., las pequeñas luciérnagas... Pero no era lo único.

Tenía la sensación de que tan sólo con haberlo visto en el andén mientras esperaban el metro hubiera sido suficiente para no poder quitárselo de la cabeza. Tenía también la sensación de querer más; de querer conocerlo y saber cómo sería, si realmente pudiera merecer la pena ir más lejos, si realmente era lo que ella había estado buscando y, desde luego, por su aspecto y sus gustos musicales podía estar segura de que sí. De eso no tenía duda.

Pero ¿qué tenía?... ¿Cuándo lo volvería a ver y volverían a conversar, y se podría inventar cualquier excusa por no volver a aparecer?

Era inevitable sentirse mal por irse de repente y sin despedirse.

Pasaban los monótonos días y todo continuaba como si hubiera conocido a Jorge meses antes. Transcurría el tiempo muy despacio y no lograba quitarse las imágenes de su cabeza. Incluso se arrepintió de haber bebido aquella noche porque, entonces, podría recordar más. Aunque por otro lado, la loca idea de Roxy al fin y al cabo tampoco era tan mala teniendo en cuenta la situación en la que se encontraban, que era todo un sueño hecho realidad, ¡y nunca mejor dicho porque tenían que quedarse durmiendo para viajar en el tiempo!

Era jueves y agosto se acababa. Y, con él, el verano. Quedaba poco más de una semana para los exámenes y, aun habiendo estudiado, no lograba centrarse del todo como le gustaría. Necesitaba escuchar música en cada descanso, ver algún video en directo o videoclip para curar su ansiedad.

Pero no lo podía evitar. Echaba demasiado de menos a aquel chico y cada vez se obsesionaba más y más. Y es que las cosas no se miden por su duración, sino por la intensidad con que ocurren.

Las canciones parecía que durante toda su niñez y juventud le habían hablado de él y no se había dado cuenta.

¿El destino? No, Janet no creía en el destino.

Inconscientemente, las letras en inglés le llevaban a él; a aquella noche que se miraron y se sonrieron en la lejanía, cuando su tozudez le hizo tirarle la cerveza encima...

¿Por qué? ¿Por qué parecía estar condenada a algo tan irreal? ¿Cuándo lo volvería a ver? ¿Él la habrá echado de menos como ella a él?...

*You caught my eye and I will never be the same
I'm ready, I'm willing, I'm anxious to know your name*

*Could you be tempted to give me a chance?
And a few other things I need to know:
Do you know love and leave 'em?
When you got them believin' that you'll never go*

Rezaba la canción *Waiting* de Vixen mientras aquella noche de jueves estaba tumbada en la cama de lado, tras haber dejado de estudiar por un rato. Quería llegar a más, quería conocerlo... Le daba la sensación de que daría cualquier cosa por volver a verle. No hacía más que preguntarse si algún día volvería a vivirlo todo como le había pasado días atrás. Y por las vueltas que le había dado, aumentaba el número de meses que sentía que habían transcurrido, cuando, en realidad, sólo habían pasado días.

Al día siguiente, viernes, solamente pudo rendir una hora de estudio por la mañana. Los viernes que no iba Roxy o no se iba ella a Madrid solían ser deprimentes como un día de la semana más. Estaba nublado, lo cual era de agradecer para que no cayera el sol abrasante veraniego en la ciudad de Zaragoza.

Aquel mismo día, estaban comiendo los tres en el salón de su casa con la radio puesta escuchando las noticias (Mario era muy tradicional en ese sentido y no había perdido la costumbre de escuchar la radio a diario) pero Janet notó una ligera mala sensación en el ambiente. Como si no era tan normal que Flor y su marido no pronunciaran palabra alguna, ni comentaran nada, ni hicieran el más mínimo gesto de aprecio entre ellos. Hacía varios días que no se les oía discutir y era posible que no lo hubieran hecho en su presencia, pero Janet no había salido en todo el día de

casa.

Por la tarde la joven salió a dar una vuelta. Sin saber qué hacer e intentando desconectar un poco, aquella tarde prefirió no quedarse en casa escuchando música, sino salir a recordar aquel sueño en que ella y su amiga recorrían las calles de la Zaragoza de los años ochenta con estrechas aceras, coches antiguos ensordecedores, bajos edificios de ladrillo... La misma ciudad más de sesenta años atrás. Pero la mayoría de las vías se encontraban irreconocibles y ahora había altos edificios de acero donde estaba el parque en el que se sentaron con Santi o donde estaba también aquel bar de fachas. Ya no quedaba nada de aquello, pensaba con nostalgia.

Después de dar un rodeo sólo por salir a andar y no permanecer en casa, pasó por la tienda electrónica donde vendían discos, que en los años ochenta era una tienda de vinilos y cintas. Solamente habían recibido discos de Europe en cedés, que Janet ya tenía. No podía creer que le resultara tan difícil encontrar los discos que le gustaban. Sobre todo después de ver aquella tienda en la Gran Vía, Madrid Rock, plagada de discos hasta arriba y en su versión original. ¡Qué depresión sólo de pensarlo!

De vuelta a su casa pasó por la tienda de ropa moderna que había al lado de su portal y miró el escaparate. Recordó los pitillos preciosos (en vez de aquellos pantalones de campana o semi ajustados rosas que había en 2052), las mallas negras brillantes, los maniqués con el pelo cardado, los chalecos y las chaquetas vaqueras con tachuelas... Los botines que llevaban las Vixen, y sobre todo, ¡aquella preciosa chaqueta roja!

Menuda ansiedad. La razón que le había impulsado a ser feliz ahora la estaba torturando. Echaba de menos a aquel joven que se llamaba Jorge y que apenas conocía, pero también echaba de menos otro tiempo en que el *heavy* se llevaba, en que había y salían nuevos grupos, en que había conciertos y festivales, y sobre todo, donde en cualquier tienda normal vendían ropa medianamente *rockera* con la que ella se conformaría.

Llegó a su casa y lo primero que hizo fue tirarse en la cama, nuevamente. Necesitaba pensar, darle vueltas a todo, organizar sus ideas... Pero sobre todo, dormir y desconectar. Se estaba haciendo ya de noche y todavía no había cenado.

Poco después, Flor llamó a su hija para que saliera a cenar.

—Uf... No tengo hambre.

—Vamos, Janet, no digas eso y vamos —contestó Flor—. Además, hoy la cena la ha hecho tu padre.

Una vez en el salón, Janet miraba con adversidad la comida: una tortilla a la francesa, un par de salchichas y un vaso de leche. Miró a su padre, que le sonrió y le guiñó un ojo, animándola.

Janet se sentó.

—Mario, no tengo hambre —dijo con rotundidad.

—Lo sé, cariño, lo sé —contestó éste, resoplando—. Pero si cenas hoy, no engordarás mañana, eso te lo aseguro.

Janet no se rio. Estaba cansada y sólo tenía ganas de tumbarse en la cama con música.

Al momento sus padres empezaron a cenar y ella hizo lo mismo, ya que no le quedaba otro remedio.

Acto seguido, nada más terminar y recoger su plato, fue hasta su ordenador y se conectó a Skype para hablar con Roxy. Poco tenía que contarle, ya que no había sido un día muy interesante en ningún sentido. Ni habían recibido nada en la tienda de José, añoraba a aquel extraño *hard rockero* y su barrio no hacía más que recordarle al de los años ochenta.

Sin muchas más novedades, y con poco que contar, ambas se fueron pronto a dormir.

Janet fue la primera en despertarse. Adormilada y en su mundo, como siempre, observó a su

amiga, durmiendo en la cama de al lado, pero era normal porque Roxy solía dormir mucho y se habituaba despertarse la segunda. El sol la deslumbraba y la casa de Roxy en la que se acababa de despertar se encontraba desértica y en silencio. Se moría de sed, pero de camino a la cocina, el corazón se le aceleró de golpe y vio que algo no era normal.

Se dio la vuelta, fue hasta el umbral de la puerta por el que acababa de pasar y Roxy abrió bastante los ojos. Se acababa de sentar en la cama.

—¿Qué COÑO haces aquí? ¡Si estabas en Zaragoza!

—¡Eso mismo pienso yo, joder! —exclamó Janet, asustada.

Las dos se quedaron mirando, primero temerosas sin entender nada y, unos segundos después, sonrieron, entendiéndolo todo.

—Así que en Madrid, es sábado y en el año... —empezó a recitar Roxy.

Janet sacó su cartera de su chaleco (¿Había dormido vestida? ¿Dónde estaba su pijama?... ¡Qué más daba!) y miró la fecha de nacimiento. Acto seguido pegó un salto de alegría.

—¡Toma! ¡Seguimos estando en 1987, ha pasado sólo una semana desde la última vez!

Roxy puso cara de alucinación, como si no se lo pudiera creer.

No tardaron nada en comer algo y salir a la calle. El ascensor tardó una eternidad en bajar, pero daba igual: tenía su encanto al ser de los años ochenta.

Como locas pero sin dinero, comenzaron a ver tiendas y más tiendas en la Gran Vía y las calles de alrededor. Fue tal el disfrute de ambas que los minutos volaron sin que se dieran cuenta e ignorando que estaban en 1987.

Volvieron a casa de Roxy un par de horas después y comieron algo de lo que había en la nevera sólo por el hecho de rellenar el estómago. Había sido tal la emoción que Janet se había olvidado cuál era la razón principal.

—Roxy —dijo a su amiga—, esta tarde o noche tenemos que volver a la Sala Canciller.

Ésta seguía comiendo patatas de una bolsa que se había encontrado y le asintió con la cabeza mientras comía y comía.

—Claro, tía, por mí vamos, a ver si te encuentras con tu chico.

Janet se puso nerviosa, se le aceleró el pulso de nuevo y se le quitó por completo el hambre.

—¿Llamamos a Santi? —preguntó Janet con una felicidad en su cuerpo que pocas veces había sentido.

Al momento, tenía su número en la mano y estaba cogiendo el teléfono fijo que había en casa de Roxy.

—¡Santi! —exclamó cuando contestó él—. Que soy Janet de Zaragoza.

—¡Ah, Janet, al final no nos despedimos ni nada la semana pasada, mujer!

—Ya, tío, nos tuvimos que ir, no me encontraba bien. Me pasé bebiendo.

—Ya, bueno —contaba Santi—, pero es normal que no nos despidiéramos con aquel movidón.

Janet se quedó callada y miró a su amiga con cara de preocupación.

—¿Por qué? —se atrevió a preguntar—. ¿Qué pasó?

—Joder, ¿no os habéis enterado? Primero hubo una pequeña movida, uno que ni era *heavy* ni nada se ve que a punta de navaja intentó robar a uno en el baño de los chicos y tuvieron que entrar varios porteros y peña a echarlo de allí. Luego supongo que como venganza, a los cinco minutos llamó desde una cabina diciendo que era de la ETA y que había una bomba en la sala. Yo sabía que no había ninguna, pero nos obligaron a desalojar el sitio. Seguro que fue el mismo hijo de puta para jodernos la fiesta por el hecho de haberle echado.

Santi contaba todo con tal naturalidad que Janet no se atrevió a preguntarle nada. ¿Qué era eso de la ETA?

—¡Joder, tío! Sí, ahora que me lo cuentas —improvisó— nos fuimos cuando pasó aquello del aviso de bomba que quitaron la música y empezaron a echar a la gente, pero yo me encontraba muy mal. Al principio no entendíamos nada, pero es que estaba claro que era una falsa alarma.

—Por eso te lo digo. Menudo hijo de puta aquél, seguro que fue él. La policía registró el lunes la sala al completo y ni bomba ni nada de nada. La ETA se encargó de mandar un escrito a la COPE, diciendo que no tenían nada que ver, ¡si hasta salió en las noticias el domingo! Y a *los heavies* nos pusieron de vuelta y media, como siempre, pero peor fue en el ABC. Vamos, ése no vuelve. Nos quedamos con su cara cuando lo echaron, la mayoría lo vimos. Como vuelva, sale a hostias. Con gentuza camuflada así entre nosotros, para que los periódicos no generalicen o los vecinos del barrio no se quejen... —ironizó.

—Ya ves, joder... La verdad es que nos asustamos mucho.

—Ya, claro. Quieras o no, salimos con el miedo en el cuerpo aquella noche. Aunque había peña que iba tan pedo que creo que no se enteró de nada.

—¡Ya ves! Yo también me di cuenta de eso subiendo las escaleras.

Roxy miraba a su amiga, levantando una ceja y preguntándole con la mirada, ya que sólo oía lo que decía Janet y no entendía prácticamente nada de la conversación.

—En fin, ¿por el resto todo bien? —preguntó Santi.

—Sí, tío. ¿Estás en Madrid? Esta noche queremos volver al Canci.

—¡Ah! No, qué va, este *finde* lo pasamos en Zaragoza. Pero oye, ¡me alegro si os gustó! ¿Os acordáis de volver allí? Recordad: metro El Carmen.

Janet se quedó pensativa y miró a Roxy, que seguía sin entender nada.

—Sí, creo que sí. De todas formas Roxy es la que vive en Madrid y se acordará de llegar.

La conversación duró poco más. Quedaron en verse la próxima vez que coincidieran en el Canci y, si no, por Zaragoza alguna tarde, aunque Janet supiera que, por el momento, aquello no iba a poder ser.

Entraron a la habitación de Roxy e increíblemente, como si ella misma se hubiera hecho la maleta, Janet la tenía allí con toda su ropa preferida en el interior, como si hubiera ido a Madrid un fin de semana más.

—¿Preparada para quemar la noche? —preguntó Janet, sonriente.

—¡*We'll set the skies on fire!* —exclamó Roxy, haciendo alusión a la canción de Pretty boy floyd, *Wild angels*, cuya letra recitaba esa cita.

Ambas siguieron sonrieron y acto seguido fueron a vestirse, a maquillarse y a arreglarse el pelo.

Más de una hora después, estaban listas para partir. Las dos se habían echado casi un bote de laca y se lo habían cardado mutuamente hasta quedar perfecto, como a ambas les gustaba. Janet sacó su camiseta negra del grupo TNT por la mítica portada de *Intuition* del año 1989, se había puesto su habitual cinturón con tachuelas y semicírculos con cadenas, sus mallas negras brillantes y unas vulgares zapatillas blancas.

Roxy iba muy parecida, con unas mallas de leopardo, un cinturón de tachuelas, una muñequera de pinchos y una camiseta toda negra del *Agent provocateur* de Foreigner.

Ya con sus pintas y listas para darlo todo, pisaron la calle a pesar de ser mitad de tarde aún. Pero un rato después, anoecería y *el Canci* se pondría a tope.

—¿Qué hacemos? —preguntó Roxy—. ¿Vamos ya al Canci o a algún otro sitio?

—Yo te digo una cosa. Esta semana, buscando información sobre la sala, leí que por la tarde ya estaba abierta y había gente —explicó, y Roxy sonrió—. ¡Es otra época! Ahora se sale por la tarde, sobre todo los domingos, y por la noche.

Roxy seguía sonriendo.

—Entonces, tía, yo no me lo pensaría más.

Janet le devolvió la sonrisa y cinco minutos después estaban saltando la barrera del metro con total normalidad, con rebeldía y alevosía.

—Mira, tía —expuso Roxy, bajando las escaleras que llevaban al andén y mezclándose entre la multitud—, mejor. Mejor que no haya nadie vigilando. No tenía ganas de correr como la otra vez.

—Pero, espera, ¿adónde vamos sin dinero? ¡No tenemos ni un euro!

El mismo viejo de fino bigote canoso que se toparon en el primer viaje en el tiempo, se cruzó con ellas en ese instante y escuchó las palabras de Janet. Volvió a mirarla con cara de locura y se alejó rápidamente, esta vez sin susurrarle a aquel «Generalísimo».

—Un duro, Janet, se dice un duro. Aún no hay céntimos ni euros...

Subieron al vagón del metro, dirección El Carmen, repitiendo la misma ruta. Roxy sabía llegar, ya que era de Madrid.

Llegaron a la parada donde Janet vio por primera vez a Jorge y Juli, esta vez con menos *heavies*, pero ya había varios de ellos con un par de litronas y empezando la fiesta antes de hora. Por el momento, ni rastro de los dos muchachos pero tampoco quería obsesionarse con verlo. Aunque eso sí: aunque fuera mucho más tarde, tenía que encontrarse con él.

Cogieron el metro, llegaron hasta la línea que llevaba a El Carmen y ya se veían varios melencidos, chalecos de cuero y vaqueros, botas, zapatillas blancas, camisetas de Iron Maiden y cadenas colgando de los vaqueros de pitillo. Las dos estaban emocionadas, viviendo los ochenta en su ambiente, con sus *pintas* con total normalidad y siendo legales, a diferencia de 2052 que tenían que caminar con cuidado y con miedo de que no se toparan con la policía.

Bajaron en la parada junto al resto de melencidos que en el vagón había, hacia la derecha, hasta subir escaleras arriba. Ya estaban en la calle de la Sala Canciller, y poco después, en un par de minutos, en la puerta de la sala. Aún era de día, ya que era verano, y las luces de neón rosas estaban apagadas. Había menos ambiente que el sábado anterior pero ya parecía haber algo de movimiento.

—¡Eh, tronco, he pillado los litros, vamos al parque y nos los bebemos antes de entrar! —se oyó decir a uno con unos pantalones de cuero a otro joven con el pelo rapado y una espaldera en su chaleco vaquero de *Ride the lightning* de Metallica, y se alejaron de la puerta.

Las muchachas quedaron paradas sin saber qué hacer.

—¿Ahora, qué? —preguntó Roxy—. No tenemos dinero para pagar la entrada.

Janet resopló. Pero después descubrieron a un chaval cercano con el pelo rizado y no muy largo con una camiseta de Kiss que estaba también en la puerta, como esperando a alguien. Entonces pasó una pareja de jóvenes, un chico y una chica, con apariencia *heavy* y éste se acercó.

—Perdonad, ¿tenéis 200 pesetas para entrar? Es lo único que me falta.

Con total naturalidad, el otro muchacho se metió la mano en el bolsillo, sacó la cartera, y le dio las 200 pesetas que le acababa de pedir.

—Claro, tío. Toma —comentó como si se conocieran, aunque era la primera vez que se veían.

—Gracias, tronco. Otro día te invito a algo que ahora estoy sin un duro.

—¿Ves? *Ni un duro*. Lo leí en internet el otro día —añadió la madrileña.

Con total normalidad, el muchacho fue a la taquilla, sacó una entrada y entró a la sala. La pareja siguió andando calle para arriba, seguramente porque entrarían a la sala más tarde y ahora se encontraban dando una vuelta por allí.

—Qué fácil lo ha tenido, ¿no? —exclamó Roxy.

—Aquí parece que suele haber buen rollo y, si te falta algo, te ayudan.

Y se quedaron esperando y esperando. Entraba más gente y casi nadie salía de la sala, pero todo chico, chica o pareja que pasaba, ninguna de las dos se atrevía a preguntarle ni a pedirle dinero.

Así estuvieron por lo menos una hora mientras seguía caminando gente de un lado para otro, entrando y saliendo a la sala. El sol ya se había ocultado y el cielo empezaba a oscurecer poco a poco. Encendieron las luces de neón rosas con el letrero «Sala Canciller». Pero ninguna se atrevía a decir nada a nadie. De vez en cuando buscaban alguna solución, mirándose entre ellas u ojeando la puerta, buscando alguna forma de poder entrar sin pagar.

Buscando soluciones y quitándose por un segundo el dinero que necesitarían de la cabeza, que ni siquiera sabían la cantidad que era, Janet miró hacia arriba, levantando la cabeza, justo en la pared a la izquierda del Canci y echó una carcajada al aire.

—¿Qué pasa? —preguntó Roxy.

—No, nada, nada —contestó Janet, apartando la vista y aún riendo. Roxy miró donde acababa de mirar su compañera.

—¿Qué? Pone *garage*, ¿qué pasa?

Janet miró.

—¿No te has fijado?

—¿En qué? —insistió Roxy sin entender nada. Janet la cogió del brazo y se la llevó de frente de aquel garaje contiguo a la discoteca.

—¡Fíjate bien! Pone *garage* con «G».

Roxy se quedó mirando y pensativa.

—Ya, es que *garage* es con «G».

—No, no, Roxy. No lleva «G», es con «J».

Roxy siguió analizando el letrero con cara dubitativa.

—Que no, tía, que es con «G», ¿cómo va a estar mal escrito?

Se quedaron las dos mirando hacia arriba sin decir nada, pensando.

Un ligero olor extraño que nunca habían percibido antes les llegó de golpe, y un chico con un cigarro en la mano que estaba apoyado en un coche cercano se acercó a ellas.

—¡Hola! —saludó a Janet un *heavy* moreno de pelo corto y el blanco de los ojos convertidos en rosa. Janet sorprendió y no dijo nada—. ¡Eres la primera persona que veo que se da cuenta de que está mal escrito!

Janet volvió a quedarse sorprendida.

—¿Ah, sí? ¿Entonces está mal escrito?

—¡Pues claro! ¡La de veces que me duele a la vista leer *garage* con «G»! ¡Hasta fijate qué ojos se me han quedado por ello!

Ambas se sorprendieron. Roxy había quedado mal porque era la que no le daba la razón a su amiga.

—¿Seguro que es con «J»? —preguntó Roxy, incrédula.

—¡Soy de hispánicas, dejaré de saberlo! —exclamó con su sonrisita.

Janet y Roxy levantaron la vista una vez más.

—Pues menos mal que alguien se ha dado cuenta, la mayoría de gente lo veía como algo normal, pero en fin. Esto ya me está afectando... —y levantó el extraño cigarro, pero ninguna de las dos amigas parecía oírle—. ¿Queréis? —les preguntó acercándose a apenas unos centímetros.

—¡NO! —exclamaron las dos a la vez pegando, un salto hacia atrás y mirando el cigarro como si fuera una aguja infectada de SIDA.

—Es un *porrito* de hierba, ¿seguro que no...?

–¡NO! –volvieron a chillar las dos a la vez, horrorizadas y pegando otro salto hacia atrás aún mayor.

–Esto es ilegal, ¿eh? Pero no pasa nada, no hay maderos por aquí.

–Pues si esto te parece ilegal... –asintió Janet, recuperándose del susto.

–¡Qué sanas! –continuó el muchacho–. Eso es bueno, dicen. Luego hay otros que se meten de todo, acaban dándole a la vena y acaban en una tumba, como mi ex compañero de piso. Menudo personaje estaba hecho, luego dicen de los *heavies*, y él era de la movida y todo ese rollo popero que sólo ha traído yonquis.

Janet conocía algo de música de la movida madrileña de los años ochenta. Cómo no, también vetada en 2052. Supuso que el chaval estaba exagerando con aquello de que el pop sólo había traído heroinómanos.

–Bueno, ¿cómo os llamáis? Yo me llamo Carlitos –y le dio dos besos a Janet y después a Roxy.

–Yo soy Roxy y ella Janet –dijo la morena.

–Ah, qué bien. ¿Y por qué no entráis? –señaló a la discoteca.

–Digamos que... –empezó a declarar Janet, y pasó la vista a Roxy–. No tenemos dinero.

–¡Qué me cuentas! ¿Que no tenéis dinero? –preguntó, y le pegó una calada al porro, acabándoselo y tirándolo a poca distancia–. Eso se soluciona fácil.

Fue hasta la taquilla y las dos amigas lo siguieron.

–Dame tres –pidió Carlitos a través de la vitrina.

Le dieron tres entradas y se los pasó a las dos amigas, uno a cada una y el tercero se lo guardó él.

No se lo podían creer. Ambas le sonrieron y éste les devolvió la sonrisa.

–Nada, no tenéis que dárme las, que ya os veo agradeciéndomelo. –Se produjeron varios segundos de silencio–. Bueno, yo ya tengo la entrada para luego, he quedado ahora con un colega en la puerta de la iglesia de atrás para bebern los unos litros. ¿Hasta qué hora estaréis?

Las dos amigas se volvieron a quedar en silencio.

–Pues ni idea, hasta que el cuerpo aguante, como la canción –se atrevió a decir Roxy.

Janet le pegó un codazo a Roxy, pero Carlitos no se percató de que tal canción de Mägo de Oz todavía no existía.

–¡Eso está muy bien! –exclamó el joven, cerrando los ojos y apretándolos después–. Pues eso, yo me piro que he quedado. Luego nos vemos. ¡Encantado, eh!

–Venga, tío, igualmente. ¡Hasta ahora! –se despidió Roxy, y Janet hizo lo mismo con la mano.

Entraron por la puerta, bajaron los primeros escalones donde todo era luz, quedando un pasamanos de escalera de madera en medio de éstas, hasta llegar al piso superior de la sala.

Miraron a su alrededor y la discoteca estaba más vacía que el sábado anterior. Avanzaron hasta donde pudieran ver la pista de baile, que estaba por la mitad de aforo.

–Bueno, ¿vamos a pedirnos algo? –preguntó Roxy, impaciente. Janet la miró de sorpresa–. ¡No me mires así que sé que lo estás deseando! –exclamó mientras se reía.

Fueron hasta la barra de aquel piso superior y se pidieron dos cervezas, tal y como habían empezado la noche anterior.

–Por nosotras –comenzó a recitar Roxy cuando tenían las cervezas en la mano–, por esta noche, por los ochenta y por el *heavy metal* –y brindaron.

–¡Salud! –exclamó Janet. Y fue tal el trago que le pegó cada una a la suya que las dejaron por la mitad.

Se atisbaron con satisfacción y felicidad que aumentaba con cada segundo.

–¡Qué ganas tenía, joder! –volvió a exclamar Janet.

Fueron a dar una vuelta entre la multitud, buscando algún sitio donde sentarse. Pero los sillones que había por allí, con su mesita enfrente, estaban ocupados.

–Espabila a ver si alguien se levanta o encontramos alguno libre –manifestó Roxy.

Siguieron andando, dando vueltas cada una con su cerveza en la mano y sus pelos *enlacados* y cardados, en un ambiente ligeramente lleno de humo de tabaco. Bajaron por las escaleras al ritmo de *Turbo lover* de Judas Priest hasta llegar a una pista con una moderada multitud. Divisaron la discoteca, pero no había ni rastro de Jorge ni de Juli.

–Bueno, espero que bajen más tarde... –susurró Janet, y le pegó otro trago a la botella de cristal para matar un poco la pequeña ansiedad.

Siguieron atisbando a la multitud. Algunos pegaban *cabezazos* al ritmo de la música, otros bailaban sin más y el resto bebía, fumaba y hablaba con total normalidad. Al poco rato se terminaron las cervezas, las dejaron en una barra y volvieron a subir escaleras arriba.

Marchando las dos amigas por el piso superior, y buscando con la mirada a los dos conocidos individuos, Roxy vio una imagen graciosa que le llamó la atención y avisó a su amiga, dándole un par de palmadas en el hombro.

Entre todos los melenudos de ropa vaquera, de cuero y todas aquellas jóvenes con mallas y cinturones con tachuelas, destacaba una que superaba más que de sobra la edad media y no tenía muchos atuendos *heavies*.

–Janet, ¿has visto a la anciana ésa que está pegada a la barra? ¿Qué pintará aquí? –preguntó Roxy-. ¡Hasta... sí, tiene un cubata en la mano!

–¡Roxy, es la abuela *rockera*! ¡La abuela Ángeles! ¡Es una leyenda del *heavy* ochentero de Madrid! –explicó Janet con emoción.

–¡Anda, sí, sí, sí! ¡Es verdad! ¡Si yo he oído hablar de ella! ¿Nos presentamos? –preguntó esto último entre risitas, y las dos amigas se acercaron.

Ángeles las percibió enseguida y les sonrió.

–¡Hola! –saludó Janet, feliz, seguido de un gesto con la mano que Roxy también hizo.

–¡Hola, hijas! ¿Cómo estáis? –y se dieron dos besos con la mujer.

–¡Bien, abuela, de fiesta! –voceó cariñosamente Janet-. ¿Y tú?

–Pues como siempre, hija, aquí con una amiga tomando un zumito.

Las dos amigas se rieron con la gracia que tenía al hablar la mujer y la marcha que llevaba en el cuerpo para ser una anciana de casi noventa años.

En ese momento, otra fémica que rozaba la treintena y vestía con un chaleco de cuero, unas mallas negras y un cinturón de balas, de pelo moreno y con volumen y blanca de piel, miró a Janet y Roxy.

–¡Hola! –saludó agradablemente.

Janet se quedó paralizada y pensativa. Aquella cara le resultaba muy familiar pero Roxy no parecía reaccionar.

Se dieron dos besos con ella y se presentó al instante:

–Yo soy Azucena.

Las dos jóvenes se quedaron totalmente sin habla. Sin saber qué decir ni qué hacer, ni cómo reaccionar, ni qué cara poner, si presentarse, si actuar con normalidad... No eran capaces.

Semanas atrás, habían estado escuchando el disco y comentando la portada en que aparecía y cantaba dicha mujer: el disco *Reencarnación* de Santa, y tenían delante de ellas a la vocalista Azucena Martín Dorado.

–¿Y vosotras? –preguntó, sonriente, mientras la abuela no les quitaba ojo tampoco.

–Yo-yo-yo soy Ja-Janet... Y ella Ro-Ro-Roxy.

A Roxy no le salieron las palabras y agradeció que su amiga la presentara por ella.

—¿Cómo? —cuestionó, intentando haber entendido los nombres y no quedar borde por no escucharlos bien. Las dos asintieron con la cabeza—. ¿Son nombres ingleses?

Y las dos muchachas volvieron a asentir con la cabeza sin tener más habla.

—¿Ocurre algo? ¡Hace un momento erais más abiertas! —exclamó Azucena con una risita, intentando quitarles la timidez, pero todavía no se atrevía ninguna a hablar.

—Chica —dijo la abuela, acercándose a Azucena, que se agachó un poco y puso el oído—, creo que se acaban de percatar quién eres y por eso están así. Vamos, digo yo.

Azucena se incorporó.

Janet y Roxy no podían evitarlo. Tenían delante de ellas a alguien a quien admiraban; a quien veían en el cartón del vinilo y, de repente, había aparecido en carne y hueso. Y lo mejor: ¡acababan de conocerla!

—¡Pero chicas —continuó riendo— que aquí estamos entre colegas! No sois de aquí, ¿verdad? ¿No venís al Cançi habitualmente?

Janet y Roxy negaron con la cabeza, todavía sin habla.

—Bueno, pues hoy estamos las dos solas, uníos si queréis —cedió, pero las dos amigas siguieron sin soltar ni una palabra—. ¡Chicas, pero por lo menos decidme que vale!

—Sí-sí... ¡Vale! —exclamó rápidamente Roxy, riendo forzosamente para intentar arreglar la situación, y Janet asintió.

—Os tendré que invitar a algo. ¿Qué queréis? —preguntó Azucena, y Janet y Roxy se miraron—. Va, no os cortéis, ¿qué queréis?

—Nos da igual, lo que prefieras —se atrevió a contestar Janet.

—Mirad —señaló Azucena a la otra mujer, que estaba pegándole el último trago a su cubata—, a la abuela se le ha acabado. ¿Otro vodka con naranja, Ángeles?

Ésta asintió con decisión.

—¿Y vosotras? —preguntó la cantante.

—Yo... un vodka con limón —susurró Janet, insegura.

—¡Yo otro! —exclamó corriendo Roxy, por decir algo. Ninguna de las dos solía beber alcohol y ni siquiera entendían de ello. Hasta aquel momento, lo único que habían probado eran las cervezas de la semana anterior.

Azucena pidió cuatro cubatas.

Antes de que Janet le diera el primer trago, ya empezaba a notarse afectada por la cerveza. Y es que en verdad tenía el estómago completamente vacío; ni habían comido ni habían cenado nada. Encima, no estaba acostumbrada a beber y le subiría antes, ¿pero qué más daba?

Le dio el primer trago y lo mismo hizo Roxy.

Le encantó. Aquél vodka con limón le sedujo desde el primer trago.

—Bueno, chicas —se atrevió a decir Azucena—, ¿y de dónde sois? Ya os digo que no parecéis habituales de los garitos de Madrid.

—Yo soy de Zaragoza y vengo algunos fines de semana —se atrevió a soltar Janet—. Ella sí que es de aquí, pero no solemos salir mucho.

Janet miró a su amiga y ésta sonrió dándole la razón.

—¿Sabéis —intervino la abuela, señalando a Azucena— que aquí la moza está a punto de sacar su primer disco en solitario?

Las dos se quedaron calladas. Lo cierto era que de los dos discos que sacó Azucena, el primero salió en 1987 y el segundo en 1989.

La conversación musical sobre la salida de Azucena de Santa y su reciente carrera en solitario

duró y duró. Con el alcohol, el tiempo para Janet pasaba volando y no se daba cuenta.

Más tarde, decidieron moverse un poco.

–Bueno, la sala empieza a llenarse. ¿Vamos a la pista? –preguntó Azucena, y las dos amigas asintieron alegremente–. Id vosotras delante, ahora bajamos nosotras.

Janet y Roxy avanzaron hasta bajar las escaleras que llevaban a la pista de baile al rimo de *If you want blood* de AC/DC con su videoclip en la pantalla del fondo. En la pista, cuatro melenudos iguales, con un chaleco vaquero cada uno, movía la cabeza al ritmo de la canción y por allí se podía ver a varias chicas más que ojeaban la pantalla y bailaban. Pero por más que Janet mirara a su alrededor, Jorge no aparecía y ya empezaba la noche a avanzar.

–Parece que hoy no hay tanta gente como la semana pasada –dijo Roxy a su amiga mientras se acercaban a la barra.

–No sé, no creo que se haya visto afectado por la tontería del sábado pasado, ¿no?

–También es que aún es pronto, supongo que la sala se llenará a partir de las cuatro.

–¿Como *after*? –preguntó Janet.

–Quiero decir, cuando la gente venga de los garitos. Antes no se usaba esa expresión. Hasta 1992 los bares no estaban obligados a cerrar, y sólo a partir de entonces las discotecas podían abrir hasta las siete.

Janet y Roxy permanecieron apoyadas en la barra, mirando hacia las escaleras que acababan de bajar para esperar a Azucena y a Ángeles.

Así se mantuvieron un par de minutos hasta que las vieron descender. Las buscaron con la mirada hasta encontrarlas y empezaron a caminar.

Sin embargo, un rostro familiar apareció detrás de ambas y a Janet se le aceleró el corazón. Era Juli, y detrás de él ni más ni menos que tenía que aparecer Jorge.

Fue avanzando entre la poca gente que había, mirando a Juli, pero éste parecía no haberla visto. Así, hasta toparse con él de frente y contemplarse los dos. Juli la reconoció, se alegró de verla y se dieron dos besos. Roxy le siguió y alcanzó a su amiga.

–¡Ey, me acuerdo de vosotras! –exclamó Juli–. Ahora viene Jorge, estaba en el parque con varios colegas más, pero venía enseguida.

Pero fue tal aquel *enseguida* que Jorge apareció por las escaleras.

Se encontraron de frente, se dieron dos besos y cuando Roxy pensaba que también se los iba a dar a ella, analizó la camiseta de Janet.

–¿¡De dónde has sacado esa camiseta?! –preguntó, señalándosela–. ¿Qué disco de TNT es ése? Janet creyó por un momento que le estaba vacilando.

–Tío, el *Intuition* de TNT, ¿no lo conoces?

Jorge se sorprendió.

–¿Qué *Intuition* de TNT? Que tengo todos los discos, ¡ése no existe!

Roxy se llevó las manos a la cabeza por no haberse dado cuenta antes, pero aun así Janet no lo captaba.

Jorge continuó, riendo con la paradójica situación que no entendía.

–En la Discoplay está la discografía y te lo digo yo. ¡Que ese disco no existe! ¡Yo no lo conozco!

–¡Tío, pues el disco que tiene la de *Forever shine on*, *Tonight I'm falling*, la de... la de... de...!

Pero, de repente y mirando la cara de incredulidad de Jorge, Janet razonó.

Acababa de meter la pata hasta el fondo.

–Eh... ¡No...! ¡No me miréis así! –pidió a los tres con una sonrisita, pues Juli también estaba

poniendo cara extraña. *Intuition* de TNT no salía hasta 1989 y estaban en 1987—. ¡Estaba de coña, este disco no existe! —y siguió riéndose—. ¿Ha colado, eh? —dijo a Jorge, y éste rio algo forzado.

—Sí, claro, mira que yo tengo todo lo que han sacado TNT y estaba flipando, te lo juro —y se echó a reír con la muchacha.

Roxy, con cara severa, negó con la cabeza mientras ojeaba a Janet.

—¡Bueno, vamos a pedir algo! —exclamó Jorge, olvidando el tema.

—Vale, vamos también —contestó Janet.

Los cuatro avanzaron hasta la barra. Por allí cerca estaban Azucena y la abuela, observándolos.

—Mira qué bien acompañadas están ahora —enunció Azucena—, ¿no crees, abuela?

—Desde luego —respondió la abuela *rockera* con el cubata en la mano.

Pero el alcohol seguía afectando más y más al vacío estómago de Janet, y aunque intentaba mantener la normalidad, cada vez le costaba más.

—Ponme una *birra* —pidió Jorge a la camarera, entregándole dos entradas, el suyo y el de su amigo— y un *whisky* con limón. —Se volvió a Janet y continuó hablando—. ¿Qué os pasó el sábado pasado? No nos vimos al final.

—Ya, es que me encontraba mal —se excusó Janet—. Y además, bueno, ya sabes... Tuvimos que irnos todos por lo que pasó —se atrevió a añadir.

—Ah, bueno, es normal, aunque yo estaba preocupado porque no salíais. Pasaba el tiempo... seguí esperándoos y no aparecíais. Y al final me marché.

—Ya ves, y eso que yo me fui por ahí —añadió Juli y señaló el piso de arriba— y cuando volví por lo menos a la media hora, aún estaba éste esperándoos en la puerta del baño.

—¿Ah, sí? —intervino Roxy—. ¿Estuvisteis mucho esperándonos?

—Pues no lo sé... Pero yo bastante, hasta que pasó aquello.

Las dos amigas se sentían cada vez más en un aprieto porque no sabían qué responder. Tampoco era normal no salir del baño en tanto tiempo.

Fue en el momento en que les pusieron la cerveza y el cubata, cuando Janet decidió cambiar de tema para disimular.

—¿Qué es —preguntó señalándole el cubata a Jorge—, *whisky* con limón?

—Sí. ¿Y lo tuyo?

—*Vodka* con limón.

Roxy y Juli se pusieron a hablar entre ellos quedándose el pequeño grupo separado en dos.

—Mira a esos —los señaló Jorge—, ya tienen conversación.

—Sí, eso parece —los contempló Janet—. ¿Me dejas probarlo? —preguntó, esta vez, señalándole su *whisky* con limón.

—Sí, claro —y se lo ofreció. Janet le pegó un pequeño trago pero no le gustó tanto como el suyo. Intentó poner buena cara y se lo devolvió.

El alcohol cada vez le afectaba más y más.

—¿Lleváis mucho aquí?

—Bastante rato. Ya me he tomado una cerveza y ahora éste, que lo llevo por la mitad.

—Ah, yo vengo del parque de tomarme unos litros con unos amigos que vienen ahora después. He salido detrás de Juli, ya que venía a la sala pero parece que ni se ha dado cuenta.

Janet sonrió; quería decir algo. Había perdido la vergüenza pero no le salió expresar nada más, solamente dio un trago a su cubata al que cada vez quedaba menos.

—¿Has visto a esos dos? —preguntó de nuevo el chico, señalando a Roxy y Juli, que estaban detrás de Janet—. Me da la sensación de que cada vez están más cerca.

Janet se volvió y lo corroboró.

Sin embargo, en aquel momento empezó a sonar *Smoking on the boys room* de Mötley Crüe y a la pista empezó a bajar gente del piso superior. Encima, estaban poniendo el videoclip en la pantalla grande.

—¿Lo has visto? —señaló Jorge la gran pantalla—. ¡Porque yo no!

—No, yo tampoco —mintió Janet para quedar bien.

—Vamos más adelante —sugirió Jorge, avanzando entre la gente, y Janet le siguió.

Se quedaron embobados, como la mayoría de *heavies* en la pista de baile.

Cuando terminó, Janet y Jorge retrocedieron a la barra. Juli y Roxy no se habían movido del sitio; ni se habían inmutado con el video y seguían hablando como si nada.

Janet y Jorge se apoyaron de nuevo en la barra, contemplándose por segundos. Ya no tenían nada más que beber.

—¿Quieres algo? —preguntó a la joven rubia. Janet estuvo a punto de contestar que no porque cada vez le afectaba más. Se lo pensó un poco.

—Bueno, vale. Aunque yo ahora mismo no tengo dinero.

—No te he dicho si tienes dinero, te he preguntado si quieres algo —bromeó, y giró la cabeza para pedir—. Oye, perdona, ponme dos *birras*. —Le pidió el muchacho moreno a la camarera cuando pasó. Al momento se las puso y le pagó.

—Otro día te invito yo a algo —sugirió la muchacha ya con su cerveza, sintiéndose culpable.

—No hace falta, si con que vengas por aquí, para mí ya es suficiente —sonrió. Janet se puso colorada, bajando la vista.

—Venga, ¿brindamos por algo? —preguntó Jorge, levantando un poco la cerveza.

—Por supuesto —contestó la joven cada vez más feliz—. ¿Por nosotros?

Jorge carcajeó.

—Pues por nosotros.

Brindaron y cada uno le pegó un trago. Tanto Janet como Roxy se habían olvidado la una de la otra e iban a lo suyo.

La sala se llenaba progresivamente, tal cual avanzaba más y más la noche. Jorge y Janet siguieron hablando de música y ésta intentaba no caer de nuevo como le había pasado con la camiseta de TNT. Las conversaciones tenían que ser anteriores a 1987. ¡Lo que le gustaría hablar de Vixen! Pero aún faltaba un año para que saliera el primer disco con el que debutarían. Con el gusto musical que tenía Jorge, seguro que Vixen le iban a encantar cuando se hicieran populares.

—De Bon Jovi los tengo todos —explicó—. El primero me costó una barbaridad, no lo encontraba por ningún lado.

A Janet se le pasó por la cabeza lo que le costaba adquirir discos de segunda mano bien conservados o reediciones que vinieran del extranjero; nada que ver con conseguir un disco que se había estrenado tan sólo unos años antes.

—Ah, pues yo sólo tengo ése de Bon Jovi.... En casete, me lo grabó mi prima —se inventó.

—¿Y Europe te gusta?

—¡Sí, por supuesto! —y estuvo a punto de nombrar *Out of this World*, su disco favorito, pero no salía hasta 1988.

—A mí también, la verdad es que los primeros me gustaban mucho. Pero el último no tanto, es muy comercial.

—¿Cuál, *The final countdown*?

—Sí, ése. Qué por culo con la canción en la radio.

Janet carcajeó.

Lo cierto es que a ella le encantaba el disco y opinaban de forma diferente, seguramente por no

valorar las cosas de la misma forma. ¡Lo que daría por que una canción como *The final countdown* sonara en la radio comercial en 2052!

—A mí me gusta —contestó enseguida—. Es un buen elepé; ese tema está muy oído, pero no sé... El disco y, por qué no, el grupo en sí, tiene buenas canciones...

—La de *Ninja* está bien —contestó Jorge—, es de mi favoritas, no lo voy a negar.

—Mi favorita es *Ready or not*.

—¿Cuál? —se extrañó Jorge.

—Nada, nada...

Continuaron charlando de lo mismo, hasta que Jorge volvió a susurrar:

—Mira a esos dos —y Janet se volvió—. Cada vez están más cerca, ¿no?

—Sí, la verdad es que sí —rio Janet, y regresó a su posición inicial, de cara a Jorge...

Fue, entonces, cuando Janet se percató de que ellos también se encontraban cada vez más unidos...

Sabía que el aliento le olía alcohol y se mareaba si cerraba los ojos, pero la poca cordura que le quedaba le decía que no podía negarlo: también se acercaba a él inconscientemente, atraída por una magia invisible...

Janet y Jorge se miraron a los ojos. Pero después, la rubia desvió la vista rápidamente, avergonzada. Nunca se había encontrado en una situación similar, y aunque le resultaba incómoda, estaba deseando lanzarse y que le rodeara con sus brazos, la besara y le acariciara; sentirle más cerca, percibir su olor y su calor.

El muchacho también había desviado la mirada. Entre ellos no había palabras, sólo el silencio.

Nadie los observaba. Azucena y Ángeles ya no se encontraban en la barra.

Y se volvieron a mirar y a Janet se le aceleró el corazón una vez más. Necesitaba romper el silencio y no se le ocurrió otra cosa que preguntar:

—¿Qué hora es?

—Las cuatro y cuarto —contestó mirando su reloj de pulsera.

—¿Ya? —se sorprendió—. ¿Las cuatro y cuarto ya?

—Sí...

—La verdad es que se me ha pasado volando la noche.

—¿Por qué, tienes que irte? —preguntó él.

Por un momento, Janet se había olvidado de que había pasado casi un día entero y aún seguían en 1987.

—No, por el momento, no... Y espero que siga siendo así.

—Pero ¿te esperas a que salga el metro?

—Lo más seguro es que sí —enunció, y Jorge parecía aliviado al escuchar sus palabras.

—Ah, menos mal. La verdad es que a mí la noche se me ha pasado volando también...

Pero ya parecía inevitable. No había nada que fingir.

Janet tenía sus labios pegados a la barbilla de Jorge, con el corazón a mil, y aun así no pudo evitar decir:

—Es normal, estamos aquí, entretenidos... hablando... y...

Pero sus palabras se interrumpieron al juntarse los dos labios. Janet hizo un pequeño esfuerzo en ponerse de puntillas y el resultado fue un húmedo beso con devoción, ternura y cariño.

Roxy sonrió al ver la escena. Sin embargo, Juli fruncía el entrecejo.

—¡Fíjate! —alucinó Roxy.

—Veo que Jorge hoy ha tenido suerte... Qué cabrón —enunció el otro, aparentando indignación.

Janet, a pesar de disfrutar al máximo, se sintió mareada con los ojos cerrados. Todo le daba

vueltas.

No mucho después, el suave canto de sus bocas se separó. Se apoyaron en la frente y se miraron a los ojos, muy cerca, sonriéndose. Como si llevaran esperando aquel momento toda una eternidad.

Para Janet significaba mucho más que un beso; era infinitamente feliz y nada ni nadie le iba a arrebatarse aquel momento de alegría suprema.

Y, por si parecía poco, comenzó a sonar en la discoteca *Looking for love* de Whitesnake.

Nada podía ir mejor.

Janet volvió a besarle con intensidad y con pasión, disfrutando del momento al máximo.

Jorge se separó con suavidad no mucho después.

—Espera, ¿no estamos en medio de todo el mundo? —preguntó éste. Janet volvió la cabeza a un lado y a otro y asintió—. Mira, vente.

Y comenzó a caminar con Janet cogida de su mano, pasando por al lado de Juli y Roxy.

—Ahora venimos —dijo a su amigo—, vamos al reservado a ver si está libre.

Siguieron avanzando por la pista hasta subir las escaleras. Caminaron hasta llegar a una zona apartada, lejos de la mirada de los demás.

—Oh, mierda. Está ocupado —se resintió él—. Da igual, vente.

Y se la llevó al lado opuesto del piso superior hasta alcanzar una mini sala donde hacía algo más frío del normal. Allí se encontraba el conducto del aire acondicionado y, apoyados en la pared, ya había otra pareja besándose.

Jorge y Janet se miraron y sus labios volvieron a unirse. Esta vez con más pasión, disfrutándolo más, dejando atrás posibles miradas de anónimos y conocidos...

Janet no tenía palabras ante lo que seguía viviendo. Solamente podía describirlo como que estaba cumpliendo todo un sueño hecho realidad y estaba siendo la persona más feliz del mundo... En aquel momento, daría cualquier cosa por que aquel instante de felicidad no se acabara jamás... y fuera eterno...

—Entonces, ¿os gustaron los pastelitos que os preparamos Mario y yo? ¡Ya era hora de que los probarais! ¡Estaba claro que a Roxy le iban a gustar los de nata, es a la única que le gustan! —reía por teléfono Flor a María, la madre de Roxy, que estaba hablando muy cerca de la puerta de la habitación de Janet a un alto volumen.

—¡MAMÁ, CÁLLATE, JODER! —gritó su hija por haberla despertado.

La voz de Flor había surgido de repente, la había despertado y Janet había aparecido en su cama una mañana más, en Zaragoza, en 2052.

I won't forget you

Era domingo por la tarde y las dos amigas volvieron a verse las caras y a hablar por micro a través de Skype. Ninguna sabía por dónde empezar, ni ninguna sabía qué decir primero... No se atrevían a preguntar cómo habían acabado la noche.

–Bueno, eh... –empezó a susurrar Roxy–. Bueno... ¿Mucha resaca?

–No me lo recuerdes...

–¿Cómo acabamos?

–¿Me lo preguntas a mí? –vaciló Janet.

–Yo de ti me acuerdo que te perdiste con éste, os fuisteis al piso de arriba. Hasta ahí llego. No recuerdo mucho más que estar un rato con Juli en la barra.

Janet mantuvo la boca cerrada sin saber qué responder.

–Pues yo tampoco me acuerdo. Nos fuimos arriba y... poco más recuerdo... No sé cómo terminamos.

–El problema es que esta vez no tenemos a Santi ni a terceras personas para que nos ayuden o nos lo cuenten.

–¡Ostras, es verdad! –exclamó Janet–. ¿Y la abuela y Azucena?

–No sé qué fue de ellas, pero tampoco estaban por allí cerca.

Janet se quedó pensativa.

–A ver qué decimos cuando volvamos... Si es que volvemos.

–Volveremos, ya verás –le animó su amiga–. En serio, la misma duda teníamos la semana pasada y hemos regresado al Canci.

Y así era: el deseo de Janet se había vuelto a cumplir. ¿Y por qué no iba a repetirse más veces?

Las dos amigas se despidieron sin descubrir cómo habían terminado la noche, pero prefirieron no profundizar ni filosofar mucho o podrían perder la cabeza.

Se empezaba a hacer de noche y Janet no sabía si irse a dormir sin cenar, salir a prepararse algo o aguantar un rato más despierta. Se levantó de la silla y cogió de su estantería *Look what the cat dragged in*, el primer álbum de Poison. Acto seguido, agarró un radiocasete de Mario que también había heredado y que funcionaba a la perfección y que leía tanto cintas como cedés.

Agarró un boli BIC, lo introdujo en uno de los agujeros del casete y empezó a girarlo una y otra vez, con suavidad y naturalidad.

Enchufó el radiocasete a la corriente e introdujo la cinta. Pulsó *Play* y comenzó el ritual...

Tras unos segundos de leve ruido ininterrumpido, se oyeron los primeros golpes de la batería de *Cry tough* sin cesar dicho zumbido molesto.

Jamás nadie la entendería si decía que tenía su encanto escuchar música de aquella manera, como en los años ochenta, donde todo era imperfecto pero satisfactorio.

Por un momento creyó encontrar la razón de los viajes en el tiempo: vivía tan intensamente los ochenta que una magia descomunal la enviaba a la época constantemente junto con Roxy.

Tenía que ser eso. No había otra razón.

Subió el volumen, deseando quedarse dormida y regresar a Canciller...

Cuando la canción acababa, Mario llamó a la puerta de su habitación y entró.

–Ah, esta cinta. No me acordaba que la teníamos –murmuró después de avisarle de que ya había terminado de preparar la cena.

Janet la paró y salió de su cuarto hasta llegar al comedor. Una cena habitual sin nada fuera de lo común. Pocas palabras y la radio de Mario sonando de fondo con noticias.

–Mario –dijo Janet de repente–, el casete de Poison, ¿de dónde lo sacaste?

–Me lo compré de segunda mano cuando ni habías nacido, aún se podía ver alguno en tiendas de compra y venta. Veo que sigue sonando, ¿no? Y el radiocasete funciona también.

–Sí, bueno, a la cinta a veces le dan pequeños bajones de sonido. Pero se puede oír. Me gusta escuchar la música en casete también.

–El vinilo sí que ha sobrevivido algo –continuó Mario– pero el casete por desgracia parece que no, a mí también me gustaba.

–Dejad de hablar de esos inventos y poned los pies en la tierra –intervino Flor a mala gana–, que estamos en 2052 y hemos avanzado.

Mario resopló, manteniendo la calma.

–¿Algún problema? –preguntó, desafiante. Mario guardó silencio.

–Mamá, por favor... –intervino Janet–. No empieces.

Se produjo un silencio incómodo entre ellos en el que Mario seguía cenando con normalidad. Solamente podía oírse la radio de fondo.

Janet regresó a su habitación, deseando pulsar el botón *Play* del radiocasete y evadirse de la irritable voz de Flor.

*I want action tonight
Satisfaction all day*

Pero un domingo, después de salir la noche anterior y beber, lo que menos le apetecía era salir de fiesta de nuevo.

El zumbido junto con la música no cesaba, ni tampoco el ruido del casete girando.

Se tumbó en la cama, poniéndose de lado. La puerta de su cuarto estaba cerrada. Una semana antes había estado dándole vueltas al joven que acababa de conocer sin poder quitárselo de la cabeza. Pero aquella noche de domingo parecía ser mortal.

La intensidad con la que podía llegar a obsesionarse por alguien había aumentado más que nunca. Era como cumplir un sueño hecho realidad; un sueño que siempre había deseado y que nunca se imaginó que ocurriría. Y no sólo él: también la situación de vivir los años ochenta en el auge de su forma de vida día y noche.

La cinta seguía sonando y había llegado a la tercera canción...

Pero ¿qué tenía aquel muchacho? Su físico le encantaba, no tenía ninguna duda; también sus gustos musicales, faltaría más. ¡Pero solamente lo conocía de dos noches!

–Solamente de dos noches –se dijo Janet a sí misma–, solamente dos noches. Pero intensas.

No lograba saber la razón por la que llegaba a encontrarse así, nunca había sentido nada parecido.

Parecía como que aquello del amor era la primera vez que lo vivía; la sensación de necesitar estar con alguien irremediablemente, dar cualquier cosa por estar junto a él e intentarlo por el medio que fuera posible.

I won't forget you, baby

I won't forget you...

Janet no se había dado cuenta de la canción que había empezado a sonar (la tercera del casete) hasta que llegó al estribillo. Conocía la canción desde hacía tiempo pero hasta entonces nunca se había sentido identificada de tal forma con ella. Parecía que estaba predeterminado que algún día, como le estaba ocurriendo en aquel momento, esa canción le sirviera para recordarle el duro momento por el que estaba pasando al echar de menos a alguien que, para colmo, se encontraba en otro tiempo diferente.

Contarle a alguien todo lo que le estaba ocurriendo a ella y a Roxy, ¿de qué serviría? ¿Habría llegado la hora de plantearse seriamente todos aquellos extraños viajes en el tiempo?

Terminada la canción, se levantó y paró la cinta. No quería escuchar más música.

Se tumbó en la cama y se puso a pensar y a meditar todo. ¿Quién le iba a creer al decir que la persona de la que se había enamorado estaba en 1987?...

Se quedó durmiendo al instante.

Janet se despertó por la mañana bien temprano al haberse acostado pronto la noche anterior. Pasó parte de la mañana estudiando, pues los exámenes llegaban en breve y al final su madre acabaría teniendo razón con lo de que no estaba haciendo nada. Pero, aunque fuera por cabezonería, quería cerrarle la boca.

Llegó la soleada y calurosa tarde de finales de agosto. Continuó en su habitación durante todo el día hasta que bajó un poco el sol y la joven salió a la calle con tal de no estar encerrada todo el día o en cualquier momento podía volverse loca. Aunque fuera a dar una vuelta: simplemente por andar, moverse y no pensar.

Pasó, como era habitual, por la tienda electrónica de José, pero no había nada interesante relacionado con la música.

Siguió caminando calle arriba, alejándose de su barrio para ir marchando hasta otra tienda que había en su ciudad donde aún vendían cedés originales, algunos de segunda mano y otros reeditados.

La tienda estaba más lejos y había un pequeño paseo hasta llegar. Pasó por varias vías que le recordaron, de nuevo, a aquel viaje que hicieron Roxy y ella y conocieron a Santi, aquel parque donde se sentaron en los bancos y él se puso a fumar con total naturalidad. El caso del bar de fachas prefirió no recordarlo esta vez.

Siguió moviéndose hasta llegar a una ancha avenida con coches eléctricos y silenciosos donde estaba la tienda de cedés. Dentro vendían mucha electrónica de segunda mano, como ordenadores y accesorios, y en un estante había discos.

—Perdone, ¿ha recibido discos de *heavy*? —preguntó la muchacha al dependiente, un hombre mayor y totalmente calvo a punto de jubilarse. Éste se le quedó mirando, dubitativo, como si le hubiera hecho gracia.

—¿Sabes que esa música volvió a los adolescentes locos? ¿Sabes que los *heavies* eran todos unos sucios? ¿Y sabes que los que no, fueron todos unos maricones y unos drogadictos?

Janet se quedó perpleja, pero no dudó en contestarle a mala gana:

—¿Sabes que el *heavy* se hizo con guitarras? ¿Sabes que un grupo para sacar un solo disco tuvo que trabajar muchas más horas que tú y mucho más duro? ¿Y te has parado a escuchar o a analizar mínimamente alguna letra?

—Venga, lo que digas —contestó vacilando—. El *rock* de ahora tiene mucho más estilo que el que había antes.

–¿¡Rock de ahora!? ¿A eso de llevar dos rayas en el pelo... a ese *rock* electrónico que las guitarras suenan súper limpias y raras, que no hay frases melódicas...? ¿A esa música facilona hecha sólo para vender, bailar y que solamente con escucharla se te queda grabada en la cabeza...? ¿En serio a eso llamas música? ¿A eso llamas *ROCK*?

–Niña, qué vacilonas estamos hoy, ¿no?

En aquel instante una mujer madura entró a la vacía tienda y vio la escena.

–¿Vacilona? Yo te he hablado bien cuando he llegado. ¡Vacilón tú que no sabes respetar! ¡Y si te he dicho lo último es porque tú me has provocado!

Y Janet, con las mismas, salió de la tienda después de perder el tiempo. Suficiente conversación le dio al dependiente.

–¿Qué ha pasado? –preguntó la mujer. Era la primera vez que entraba allí y no conocía al vendedor de nada–. Vaya con la niña, ¿no? Vaya pelos llevaba. ¿Le has visto la camiseta negra con ese dibujo? ¿Qué era, una hija de ésas de Satán?

–Seguramente.

–Bueno, a lo que venía: quiero el vol. 4 de *Reggaeton 2010–2015*, está descatalogado.

El hombre se dio la vuelta y cogió un pequeño *pendrive* de una caja de cartón. Tenía la portada del disco en diminuto, casi inalcanzable para la vista.

–Tenía aquí una copia en formato físico. De chaval me lo descargué de internet –comentó mientras lo metía en una bolsa de papel–, menos mal que los han reeditado o no lo podríamos escuchar ya, a ver quien es el valiente que consigue descargarse hoy algo de internet.

–Pues sí –prosiguió la mujer–. Antes todo era muy diferente: te podías bajar la música que quisieras sin pagar nada, algo inimaginable de hacer hoy en día. O las míticas sesiones de YouTube que me ponía en mi casa...

–El gran imperio YouTube..., nada que ver con el de entonces que era una mera página de videos de todo tipo. Mi hijo, de hecho, estudia Comunicación y Ciencias de YouTube en Madrid. Le da clases el Rubius y Zorman.

»Pero sí: yo también lo utilizaba como reproductor de música, no lo voy a negar. ¿Y quién no? Entonces era lo normal. Pero bueno, menos mal que la buena música ha sobrevivido –dijo el dependiente, y le entregó el dispositivo USB dentro de la pequeña bolsa–. Disfruta del disco.

–Muy bien –concluyó la fémica, y partió ágilmente.

El dependiente se apoyó con sus manos en el mostrador. Sonrió al acordarse de Janet y de su pelo enlacado y cardado.

–Ingenua... –susurró– ¿*Heavy metal*? –soltó una carcajada.

De repente, se le borró la sonrisa. Salió del mostrador a la velocidad de la luz y partió al exterior.

Vio a la mujer de espaldas, que andaba muy rápido y ya se encontraba muy lejos, y le chilló:

–¡Oiga, que no me ha pagado el disco!

La fémica volvió la cabeza, se despidió levantando la bolsa y salió corriendo hasta girar una esquina. El hombre no pudo dejar su tienda vacía para perseguirla.

–Mierda –concluyó, derrotado.

Llegó el siguiente amanecer y lo primero que hizo fue hablar con Roxy. Estuvieron toda la mañana conversando hasta que llegó el medio día.

Por la tarde, Janet no sabía si dar una vuelta, quedarse en casa viendo alguna película, algún concierto o escuchando música. No tenía ninguna gana ni motivación para estudiar, aun teniendo los exámenes cerca.

Salió de nuevo a dar una vuelta, por andar y airearse o descubrir alguna tienda que le interesara, pero esta vez en dirección opuesta a la de la tienda de la tarde anterior a la que estaba claro que no pensaba volver.

Regresó a su casa casi de noche, habiéndose despejado un poco, pero su motivación para estudiar era nula. Había perdido todo el día haciendo otras cosas y al final no había hecho nada de nada.

Solamente había una diferencia que hizo el día especial: Roxy le confirmó que el próximo viernes iría a Zaragoza. Lo malo era que la semana pasaría lentísima estudiando... y esperando a que llegara su amiga.

El jueves, un compañero de la empresa de Mario fue a cenar a su piso. Escuchaba algo de *heavy*, como ellos, pero no tenía ni la más mínima imagen física del movimiento. Aun así, en su casa poseía algún antiguo CD de Kiss o de Black Sabbath. Mario si tenía que hablar en casa de algún compañero de trabajo, hablaba de él al ser el único que sabía lo que era aquella música horrenda y desconocida para la sociedad de mitad del siglo XXI.

—¡Janet! —llamó Mario a su hija en el vestíbulo de su casa.

La rubia salió de su habitación.

—A Richard ya lo conoces, ¿no? —preguntó.

—Sí, claro —contestó, acercándose, y le dio dos besos.

—¿Qué tal, Janet? Veo que a tope como siempre, ¿no? —interrogó con una sonrisa, apreciando su pelo cardado y su camiseta de Warrant.

—Eso siempre —manifestó.

Cenaron los cuatro entre risas y largas conversaciones, la mayoría de ellas fuera de lo musical. Cuanto terminaron, Richard, por fin, habló de música:

—Pues sabéis, me han pasado el concierto de Metallica en Seattle en 1989.

Mario abrió la boca.

—Una vez lo vi, tenía 16 años. Desde entonces, ¡me vuelvo loco por buscarlo! ¡Menudo directo! Pero es imposible de encontrar.

—Pues has tenido suerte —dijo Richard. Se metió la mano en el bolsillo y le dio un *pendrive*—. Aquí tienes el concierto.

—¡Ohhh...! —gimió Mario, observando la vulgar memoria USB—. ¡Gracias, tío!

Richard sonrió. Janet no reconocía a su padre valorando un *pendrive*, que era el objeto lo más anti ochentero que podía existir en su presente.

Un rato después se encontraban los tres en la habitación de Janet, ojeando y comentando discos y vinilos. Flor se quedó fuera viendo la tele, rechistando entre dientes.

—Éste lo tengo —señaló Richard el *New Jersey* de Bon Jovi en vinilo. Lo cogió y miró su portada—. Claro que lo tengo en CD, en una reedición algo más moderna. De los últimos cedés que se fabricaron.

Mario hacía años que no veía el *New Jersey* y sintió una emoción muy fuerte por dentro que supo disimular. Los recuerdos le inundaron por completo en un santiamén.

Continuaron dialogando sin parar sobre *rock*. Era obvio que Richard entendía también de música y, por tanto, era evidente que se llevara tan bien con Mario dentro y fuera del trabajo, pensó Janet.

Y, por si las cosas no pudieran ir mejor, al día siguiente, viernes, Roxy llegaba a Zaragoza y se quedaba allí..., para salir por la noche por Canciller.

Love ain't easy

El vinilo de Steelheart seguía dando vueltas y vueltas mientras sonaba y las dos amigas miraban por internet un par de imágenes que habían encontrado en un blog.

Mario entró en la habitación.

–Steelheart, ¿eh? Me encantaban cuando era como vosotras.

Pero ninguna de las dos dijo nada, maravilladas por las imágenes del quinteto, pasando una detrás de otra y deteniéndose ante el más mínimo detalle.

–¿Qué veis, imágenes de ellos? –preguntó. Y las dos asintieron débilmente con la cabeza—. Tengo por ahí algún concierto grabado en un DVD. Janet, una vez te puse uno hace ya unos añitos.

–Ah pues –intervino Roxy– yo nunca he visto ningún video en directo de ellos.

–Bueno, eso tiene fácil solución –y dibujó una moderada sonrisa en su rostro—. Ahí tengo unos cuantos, no sé si tu padre conservará alguno.

–No creo –prosiguió, embobada–, los conoce y tiene algún disco original en la estantería, pero nunca me ha enseñado nada en video de ellos.

Mario asintió y resopló.

–Mala época os ha tocado vivir... La mía ya era nefasta, pero la vuestra está siendo aún peor. Cuando yo era pequeño, YouTube no tenía nada que ver con lo que es ahora. ¿Habéis oído hablar de su era dorada?

–Yo sí, algún amigo de Madrid me ha contado algo –expuso Roxy.

–Si os lo cuento, alucinaríais. Antes era una web donde... Bueno, ¿cómo explicároslo? Para vosotras sería el paraíso –las dos amigas lo miraban y escuchaban atentamente—. Tenías, pues... Todos los videos que pudierais imaginar. Raro era el video que no estuviera en YouTube.

Janet y Roxy se estremecieron sutilmente.

–No, chicas, no estoy exagerando. Así era. Raro era el video que no se encontrara subido. Y si no estaba, alguien lo acabaría subiendo tarde o temprano. Se le sacaba mucho jugo; también podías escuchar discos completos, maquetas de grupos, con un solo clic. Acaparó bastante terreno en lo musical, la verdad... Sinceramente, a estas alturas lo único que os puedo aconsejar es que disfrutéis lo que tenéis ahora antes de que os lo arrebatan, como pasó con la era buena de YouTube.

–¿Y qué pasó? –preguntó su hija, impaciente.

–Pues que cambiaron normativas, también se modificaron muchos temas de privacidad, cerraron una barbaridad de canales de una sacudida... Entonces también acabaron con muchos otros servicios que ofrecía antes internet. Megaupload, Megavideo, Goeat, Emule... Si os cuento para qué servían muchos de ellos, no os lo creeríais. Hoy en día internet lo utilizamos para mandar correos, recibir facturas –levantó las cejas un santiamén–, comunicarnos por un Skype muy controlado..., mirar páginas webs, escribir en blogs –y señaló la pantalla del ordenador–, consultar el tiempo, mirar las noticias... No sé, abarca mucho terreno, no lo voy a negar. Pero antes, en YouTube, podías ver el video que quisieras: videoclips, conciertos, conciertos inéditos y caseros que subiera la gente... Vamos, subir cualquier grabación en video que hicieras. Fuera en tu casa, en la calle o donde te apeteciera –las dos amigas abrieron mucho los ojos y se quedaron

boquiabiertas—. Sí, en serio, no exagero. Eso se podía hacer con YouTube. También escuchar música; ¡discografías enteras si hacía falta! Bastaba con enviar el enlace a algún amigo tuyo y, automáticamente, al abrirlo empezaba a escuchar la canción

»Claro que tenía su parte mala. Aumentó la piratería y se le perdió valor, por norma general, a esto —y señaló la estantería de Janet llena de vinilos y discos—. La gente tenía a su disposición cualquier disco que se quisiera escuchar... Raro era el disco que no estuviera allí. Al final acabaron cerrando webs de descarga directa, seguida por Mediafire, Goeat y, años después YouTube llegó a cerrar por una temporada. Lograron reabirla, pero nunca fue lo mismo. ¡No te dejaban subir prácticamente nada! ¡Todo era ofensivo, todo era inapropiado!

Janet no daba crédito a lo que contaba su padre. Nunca se imaginó que internet tuviera una época en que abarcara tanto. Para ella sonaba totalmente inimaginable.

—Y luego, por otra parte —prosiguió Mario—, había muchas redes sociales, pero eso pasó cuando yo nací y también cuando era bien pequeño. Comunicarse era mucho más fácil que ahora y YouTube ayudaba mucho a las redes sociales. Se combinaban muy bien y la gente lo disfrutaba a tope. Pero mirad lo que es ahora Facebook... con mil normas y prohibiciones, lleno de ciber espías y sin poder hacer prácticamente nada a diferencia del Facebook de antaño.

—¿Y qué pasó con las demás redes sociales? —preguntó Roxy—. ¿Por qué las cerraron y hoy en día ya nadie utiliza ninguna?

—Cuestión de privacidad. Oí decir que en las redes sociales no tenías ningún tipo de privacidad. Acabaron cerrando la mayoría y ya te digo que mirad Facebook que tiene un tope de tres fotos personales por día. ¿Antes? ¡Antes podías subir las que tú quisieras! ¡Todas las de una noche de fiesta, si hacía falta! Y bueno, los eventos desaparecieron. Dicen que por lo mismo: cuestión de privacidad, cuando antes hacías mil eventos para cualquier tontería y podías invitar incluso a miles de personas. Pero fueron limitando el número de invitaciones, hasta que se terminó.

Mario parecía que no iba a terminar nunca de hablar, pero dio dos pasos hacia el umbral de la puerta para salir.

—Yo sólo os digo —añadió para finalizar— que mi vida es mía y yo hago lo que quiero con ella, no me tiene que manejar nadie de ninguna forma. Siempre salimos perdiendo los de siempre: nosotros.

Y se fue. Janet y Roxy se quedaron sin palabras.

Durante el resto de aquella noche de viernes, aunque aquellas palabras de Mario les había dejado sin habla, en mente tenían el hecho de volver a viajar a la época dorada de su cultura y forma de vivir.

Pero no fue así. Al menos, en aquella ocasión.

El sábado por la mañana, ambas se levantaron y, sin haber desayunado todavía, ya habían puesto música en la habitación de Janet.

Apenas había empezado a sonar la primera canción, y aunque el volumen no estaba muy alto, Flor abrió la entornada puerta del cuarto, miró a las dos muchachas con mala gana durante unos instantes.

Sin decir nada, se marchó dejando la puerta otra vez entornada.

Se produjeron otros dos segundos de silencio donde solamente sonaba de fondo *We rock de Dio*.

—¿Qué le pasa? —preguntó finalmente Roxy.

—No lo sé, pero no me hace ninguna gracia —contestó Janet—. La noto rara últimamente, incluso más de lo normal. Sé que no le gusta esta música, pero tampoco está tan alta como para

molestarla.

Bien era verdad que a Flor no le había gustado nunca la música que ellos escuchaban y Janet siempre había cuestionado la razón por la que se habría casado con Mario teniendo en cuenta que llevaba el pelo largo y escuchaba música que ella no había soportado nunca. Parecía que, a pesar de ser sus padres, eran dos polos opuestos que pocas cosas tenían en común y últimamente la relación parecía ir peor que nunca.

Llegada la noche, la situación no había cambiado apenas a como se habían despertado. Acababan de terminar de cenar y se encontraban, de nuevo, sentadas cada una en la cama escuchando, música, pasándose diferentes vinilos y comentándolos.

—Éste creo que nunca lo he escuchado —comentó Roxy sosteniendo en sus manos y mirando la portada del *Love you to pieces* de Lizzy Borden.

—¿No lo has escuchado? Es un clásico de ellos —respondió Janet quitándole el la carpeta de cartón de las manos—. Pues eso se soluciona pronto.

Quitó el disco que estaba sonando y puso el siguiente a dar vueltas.

Escucharon el primer tema del disco, *Council for the cauldron*, con algún pequeño salto en el sonido pero sin mucha importancia.

—Ya, no está perfecto —comentó Janet haciendo referencia a los pequeños saltos que daba de vez en cuando el sonido en el vinilo—. Es muy difícil encontrar uno de segunda mano y que se oiga perfecto.

—Da igual —contestó Roxy—, se aprovecha mientras se pueda oír.

—Ojala hubiera otra forma de escuchar esta música —continuó Janet—. Pero, o lo compras de segunda mano, sea en vinilo o CD, o no hay otra.

—¿Recuerdas lo que nos comentó ayer tu padre, tía?

—¿Referente a qué? —Preguntó Janet.

—A la web esa... Ah, sí. YouTube. Podías escuchar la música que quisieras y compartirla con un solo clic.

—¿Te imaginas? Qué fácil sería ahora mismo enchufar el ordenador, poner la página ésa de videos y que comenzara a sonar este disco tan fácilmente —y sonrió, asintiendo con la cabeza, como ironizando la situación que mencionaba—. Pero por lo menos nosotras podemos escucharlo en vinilo; en versión original. Es una pequeña ventaja, podría decirse...

—Pues sí, tía, pues sí. Nada que ver con escucharlo en vinilo —contestó su amiga.

Cuando el vinilo llegó a la canción *American metal*, Roxy reaccionó de golpe.

—¡Claro! Esta canción ya sí que la conozco, es muy conocida.

—Debería sonarte, menos mal —manifestó Janet.

—Me estaba quedando durmiendo sin que me diera cuenta y me he despertado de golpe al sonar el primer acorde —continuó Roxy.

—Yo también, de hecho me has despertado tú —y Janet levantó las cejas, intentando decirle algo a su amiga con la mirada.

Las dos se contemplaron. Y, sin haber terminado de sonar el mencionado tema, ambas se quedaron profundamente dormidas sin que lo buscaran.

Ya era habitual el despertarse en otra época que no era la suya. Esta vez sí: el dúo había amanecido en los años ochenta, a diferencia de la noche anterior que no ocurrió nada. Y, paradójicamente, se habían despertado en casa de Roxy, en Madrid, en vez de en casa de Janet, en Zaragoza. Parecía como si estuvieran predestinadas a ir otra noche más a Canciller; como si alguien controlara sus viajes según las ocurrencias que habían tenido en los años ochenta. Pero

era magia pura.

Ambas se contemplaron al despertarse, abriendo los ojos y la boca, quedándose sin habla. Habían amanecido en otro lugar y época en la que estaban antes de quedarse dormidas. Todo aquello era ilógico e irreal pero empezaba a convertirse en habitual.

Cuando sacaron los DNIs para ver en qué época estaban, haciendo cálculos, habían viajado al primer trimestre del año 1988.

–Janet, fíjate –dijo Roxy mirando su documento de identidad mientras Janet hacía lo mismo con el suyo–. Ahora estamos unos seis meses después de la última vez.

Janet se quedó sorprendida. Cuando volviera a ver a Jorge, había pasado medio año, cuando para ella tan sólo una semana. Atisbó a su amiga con cara de incredulidad y preocupación.

–No puede ser... –pero Janet seguía sin guardar su DNI, sin poder creérselo.

Cuando por fin fue a guardarlo, abrió su cartera y se dio cuenta de un detalle que había dentro y del que no se había percatado antes.

–Janet –continuó Roxy mirando hacia otro lado–, deberíamos aprovechar el día e ir a ver lugares, discos... Y por la noche vamos a la Sala Canciller.

Se produjo un silencio que volvió a romper la morena.

–¿Janet? –preguntó, volviendo la cabeza.

Por fin, Janet, contestó:

–¿A ver cosas, o a comprar? –alucinaba ella.

–Pues si tuviéramos dinero, podríamos aprovechar. Pero como no tenemos no nos queda más remedio que...

Pero en aquel momento, Janet sacó varios billetes de mil pesetas de su cartera mientras las dos amigas alucinaban.

Varios rectángulos verdosos yacían en la cartera de Janet por arte de magia. Las dos chicas desconocían el valor de aquellos extraños papelitos pero, aun así, eran las personas más felices del mundo porque poseían dinero en sus manos.

Salieron a la calle. Caminaron por delante de la hamburguesería que se escaparon semanas atrás, observando al camarero en la puerta. Se les quedó mirando con una ceja levantada, reconociéndolas pero sin entender cómo en cuatro años que habían pasado (aquellas carreras ocurrieron en 1984) no habían cambiado absolutamente nada. Dudó de acercarse, pero no ocurrió nada. Desde luego, quedó claro que no las había olvidado.

Las dos amigas siguieron avanzando, visitando tiendas de ropa. Cualquier cosa que hubieran imaginado comprarse en 2052, ahora se encontraba a su alcance por la Gran Vía madrileña.

Paseando por tiendas, Janet se compró una falda de cuero con tachuelas en el borde y dos camisetas: una de cebra y otra de Twisted Sister. Roxy varias pulseras de plata, un chaleco vaquero, camisetas para chica sin mangas de diversos grupos (Led Zeppelin, Ozzy Osbourne, Megadeth...) e incluso un pañuelo para la frente de color rojo con el logo de Poison.

Prosiguió su habitual recorrido de anteriores ocasiones por la capital madrileña, gastándose dinero pero dejándose lo justo para acabar de nuevo aquella noche en la Sala Canciller.

Por la tarde, viendo vinilos en Madrid Rock, Janet se encontraba ojeando parte de la discografía de Rainbow cuando levantó la vista y descubrió, entre varios varones de su edad, a Jorge.

Su corazón se aceleró. Se puso colorada y bajó la mirada por vergüenza después de estar seis meses desaparecida. Él no la había visto. Sin embargo, la muchacha, con su timidez, se acercó a Roxy, llamándola a poca voz.

Roxy se rio cuando vio que Jorge estaba por allí y a Janet le daba vergüenza acercarse.

—Anda, vente —rio su amiga, cogiéndola de la mano para que Janet se acercara a Jorge. Juli no estaba con él esta vez.

Jorge las vio poco antes de que llegaran a él. Para sorpresa de Janet, su cara se iluminó por completo y sonrió sin que lo pudiera obviar. Tampoco pudo impedir darle un fuerte abrazo a Janet, en lugar de los dos besos habituales que se habían dado las veces anteriores que se vieron.

—Pero, pero... ¡Cuánto tiempo! —exclamó Jorge sorprendido y contento, contemplando a las dos—. ¡Hacia mazo que no nos veíamos!

Janet, como era habitual, mantuvo los labios apretados. Fue Roxy la que tuvo que animarse a conversar.

—Ya, tío. Es que hemos estado fuera y eso. Pero esta noche saldremos.

—¿Venís al Cani? —preguntó él.

—¡Sí, claro! —saltó Janet. Roxy miró a la rubia, sorprendida por su reacción repentina.

—Perfecto —sonrió él—, pues luego nos veremos por allí, ¿no?

—Claro, tío —contestó Roxy, adelantándose a Janet—, por supuesto que nos veremos. ¿Irá Juli, el chico que hemos visto otras veces contigo?

Y la rubia carcajeó sin poderlo evitar.

—¿Qué pasa? —preguntó con una sonrisita a Janet.

—Sí, vendrá, suele venirse la mayoría de fines de semana con nosotros.

—Genial, tío —continuó Roxy—, pues nos veremos por allí los cuatro.

—Bien, muy bien —asintió Jorge, y después señaló las bolsas que tenían las dos amigas en sus manos—. ¡Veo que estáis de compras!

—Sí, ahí estamos. Aprovechando...

La conversación duró poco más. Después de ver y comprar varios vinilos y casetes en Madrid Rock, las dos amigas se despidieron de Jorge y volvieron a casa de Roxy. Cenaron de lo que había en la cocina y después entraron a la habitación donde habían despertado: la de Roxy.

—Hoy tenemos que darlo todo —manifestó Janet, decidida. Su amiga asintió.

—Entiendo por dónde vas. Tenemos que triunfar esta noche; tenemos la ciudad a nuestros pies.

Y las dos dibujaron una sonrisa malévola mientras se miraban a los ojos.

Modificaron su indumentaria, cambiándola por la que se acababan de comprar. Janet se puso su falda de cuero y su camiseta de cebra, se echó laca en el pelo, levantándose con un peine de púas, y se pintó la raya de los ojos. Roxy hizo lo mismo que su amiga: cambiarse de ropa por la que había comprado esa tarde, levantarse el pelo y maquillarse un poco.

Se habían acercado a las doce de la noche y partieron. Cogieron el metro, atravesando el recorrido habitual que ya habían hecho anteriormente.

Un rato después se plantaron en la parada de El Carmen, en medio de un montón de *heavies* que las rodeaban y empezaban a hablarles. Luego accedieron al vagón del metro hasta llegar a la Sala Canciller. Sacaron cada una su entrada en la taquilla y entraron sin problemas.

—Menudo gusto —declaró Roxy mientras bajaban las escaleras y la música sonaba de fondo cada vez más cerca— poder entrar a una discoteca con dieciséis años.

—Si a ti las discotecas de nuestra época no te gustan —rio Janet.

—Ya, pero también hay que comprender al público que sigue yendo. En 2052 los días que se puede salir de fiesta, está prohibida la entrada en discotecas a los menores de 21 años. Igual que a las salas de conciertos.

Janet razonó. Una década después de 1988, el límite ascendería a los 18 y en 2052 ya se encontraba en los 21.

¿Por qué la sociedad había permitido que esto ocurriera? No entendía cuál era el problema.

Ella era la persona más feliz del mundo con dieciséis años; plena libertad y el mundo a sus pies.

Fueron bajando escalones hasta llegar a la planta superior de la discoteca. Allí se respiraba un gran ambiente enérgico al ritmo de *Panama* de Van Halen, con su videoclip incluido. Janet y Roxy pidieron dos cervezas para comenzar a animarse.

Apenas había pasado un cuarto de hora cuando ya vieron las primeras caras conocidas en aquel piso superior de la sala: Azucena y la abuela Ángeles. Se acercaron a saludarlas y parlotearon sin tregua.

—La verdad es que —continuó Azucena, hablando, ahora, de su breve carrera en solitario— las ventas del disco que acabo de sacar van bastante bien, aunque no sea tan *rockero* como lo que hacía en Santa. Admito que es más comercial, pero estoy satisfecha con el resultado.

Azucena les comentaba aquello con un cubata en la mano a las dos amigas mientras éstas escuchaban atentamente. La abuela atendía, alegre, también con su vaso de cristal apoyado en la barra.

—He tenido que juntarme con músicos fuera de lo habitual en el mundo *heavy*. Pero como ya os digo, parece que de momento las ventas del disco van bien. Y me alegro, porque con ese dinero, el siguiente que saque más adelante espero que suene más duro. Os va a gustar.

»Y, bueno, cambiando de tema —prosiguió la cantante—, ¡hoy se os ve algo más sueltas que la otra vez!

Y las otras tres, incluida la abuela Ángeles, rieron.

—Bueno, es posible —declaró Roxy, carcajeando—, ya vamos soltándonos un poco. La otra vez era de las primeras veces que veníamos aquí y estábamos un poco perdidas...

Perdidas, y nunca mejor dicho.

—¿Y os gusta el sitio? —preguntó Azucena. Roxy miró a Janet, quien fue la encargada en contestar.

—Nos encanta. Desde que descubrí el *heavy*, llevaba toda mi vida esperando para pisar un sitio como éste.

Azucena la miró sorprendida. No se esperaba tampoco una respuesta tan profunda.

—¿Cómo que escuchabas *heavy* de pequeña? ¿Algún hermano tuyo importaba discos de Black Sabbath a principios de los setenta? ¡Porque aquí no llegaba nada!

Janet sintió que había metido la pata otra vez.

—Sí, eso es —afirmó rápidamente, y volvió la vista para evitar más preguntas. El movimiento tan sólo tenía 18 años en 1988, y nació de la mano del primer álbum de Black Sabbath en 1970.

Un rato después comenzó a sonar *Still of the night* de Whitesnake y la pista de baile se llenó. Desde el piso superior se podía contemplar el videoclip y las dos amigas bajaron. Mucha gente bailaba al ritmo de la música y otra se quedaba embobada con la gigantesca pantalla, ya que era una de las pocas oportunidades que tenían de ver el video.

El piso inferior estaba a tope. Comenzaron a caminar entre la apretada muchedumbre hasta alcanzar el lado contrario de la pantalla gigante, donde parecía que había algún hueco.

Para sorpresa de ellas, allí se encontraban Jorge y Juli, a quienes saludaron con dos besos.

Janet se olvidó de Roxy y Roxy se olvidó de Janet; Jorge se olvidó de Juli y Juli se olvidó de Jorge. Volvían a estar separados, como si no se conocieran, mientras hablaban en profundidad y admiración.

—¡Es que hacía un montón que no te veía! —exclamó Jorge, emocionado, superando el volumen de la música.

—Hemos estado fuera, ya te digo.

Janet intentaba evitar el tema por no parecer redundante, pero no sabía qué excusa ponerle.

Comenzó a sentirse en un pequeño apuro, ya que para Jorge habían pasado seis meses; para Janet, solamente una semana.

—Ah, bueno, no te preocupes. Si yo también he estado por lo menos medio año fuera.

La cara de Janet cambió y levantó las cejas, sorprendida. Era lo último que se esperaba de él.

—He estado de viaje. Mi padre y mi hermano viven en Estados Unidos y suelo frecuentar bastante el país.

Janet asintió. Su sueño era visitar y vivir en Estados Unidos antes que en España, como le ocurría a cualquier amante del *hard rock*. Sabía que, algún día, viajaría a los ochenta para descubrir la cuna y esencia del *rock* ochentero.

—Imagino que te sorprenderá —explicó él—. No tienes ni idea de lo que es pasar un sábado noche en el Whisky a Go Go, en Sunset Strip de Los Ángeles. ¡A tope! Además, he visto grupos raros, muy raros. Algunos incluso hoy en día son grupos ya con nombre, de los que aparecen en la MTV, cuando hace unos años no los conocía nadie. Yo comencé viéndoles en pequeñas salas.

—¿Desde cuándo llevas yendo a Estados Unidos?

—Toda mi vida. Mi padre es estadounidense y mi madre española. Poco después de nacer yo, él se fue a su país, y cuando legalizaron el divorcio en España, hace siete años, se divorciaron y ya nos quedamos mi madre y yo viviendo aquí. Pero, aun así, suelo frecuentar el país. Me voy a ver a mi padre y puedo llegar a pasar meses allí. Pero es una maravilla. Si el Canci te gusta, vas a alucinar cuando vayas a Sunset Strip.

Si Janet valoraba los ochenta por encima de todo, vivirlos en Estados Unidos seguramente fuera la bomba, y ni punto de comparación con España. Aun así, era feliz conformándose con lo que ya tenía a su alrededor, ya que si le contara a Jorge la época de la que venía, iba a alucinar y comprendería por qué Janet valoraba todo aquello; aquel ambiente y aquellos años ochenta, únicos para ella, pero habituales y corrientes para Jorge.

—¿Y tu hermano? —preguntó la joven.

—Me saca bastantes años, es mayor que yo. Es productor de cine, no muy reconocido, eso sí. La película más grande que ha producido fue en el ochenta y cuatro, se llamaba... —se quedó en silencio—. No recuerdo el nombre original, venía a significar algo así como... *cuerpos calientes* —Janet soltó una carcajada—. ¡No, no es nada de cine erótico! —rio también—. Se estrenó en Estados Unidos pero no llegó a España. Además, yo estuve colaborando y ayudando en todo lo que podía: aproveché del primer al último día de rodaje sin perder ni un detalle.

—Suenan muy bien —asintió Janet.

—¡No te lo voy a negar! Además, un grupo de *hard rock* colaboró en la película. Tenían un cameo e hicieron la banda sonora.

—¿Un grupo? ¿Conocido?

—No, qué va, por desgracia, porque son geniales y se merecen mucho más. Y así he conocido una barbaridad de bandas de allá. No te imaginas la de grupos que hay. Si te daría nombres no creo que los conozcas. Digamos que son grupos muy pequeños, pero muy buenos, como pasa en Madrid. Pero en Estados Unidos y, sobre todo en Los Ángeles, es exagerado.

—¡Uf! ¡Lo que me gustaría a mí ver mundo!... Yo es que no soy de aquí, soy de Zaragoza. La que sí que es de aquí es ella —y señaló a Roxy que estaba a un par de metros de ellos— y cada vez que vengo, dormimos en su casa y bajamos al Canci. Ya te digo, yo también llevaba varios meses sin bajar por la sala. Me sentía culpable, la verdad.

—Bueno, ¡me gusta tu sinceridad! —manifestó él.

—Que no, tío, en serio. Que me sentía culpable, la última vez...

Jorge negó con la cabeza.

—Que no te preocupes, de verdad. Yo también he estado unos meses desaparecido, y me hubiera gustado venir más por aquí, pero no ha podido ser.

Al cabo de un rato de conversación, ambos subieron al piso superior y pidieron un par de cervezas más mientras no paraban de hablar. Fue tal la confianza que estaban cogiendo, que incluso a Janet se le pasó por la cabeza contarle de dónde venía realmente y lo que le estaba ocurriendo: aquellos inexplicables viajes en el tiempo.

Desde arriba, vislumbraron el video de *Wasted years* de Iron Maiden y se movían al ritmo de los acordes.

—¡Mira, Janet! —señaló Jorge, con la cerveza, a un punto fijo entre la muchedumbre del piso inferior.

—¿Qué pasa?

—¿Ves a Roxy y a Juli? ¿Los distingues?

Janet intentó fijarse y parecía que algo llegaba a diferenciar.

—Sí, creo que sí. ¿No son esos? —preguntó, señalando también con su cerveza.

—¡Sí! ¿No están demasiado juntos? ¡Casi que te diría que están a punto de liarse, si no lo han hecho ya!

Janet sonrió y se alegró por su amiga.

—Bueno, mejor que sea entre ellos y no con algún desconocido o desconocida...

A los pocos segundos, Janet ojeó a su allegado. Éste le devolvió la mirada y fue automático: sus labios volvieron a juntarse, besándose durante varios minutos de manera ininterrumpida.

Azucena y la abuela cotillearon la escena desde la barra.

—Qué bonito —exclamó la cantante—. Quién fuera joven aún...

—¡Pero si tú eres joven! —exclamó Ángeles.

—¿Y tú no, abuela? —rio.

—Yo no, tengo casi noventa años. Voy con el siglo —explicó, y volvió la vista al camarero—. Anda, hijo, ponme otro zumito cuando puedas.

—¿Otro whisky con naranja, Ángeles?! —alucinó Azucena.

—Pero ¿qué más te da? Si luego me toca a mí ayudarte a subir las escaleras, como la semana pasada —explicó Ángeles con una leve indignación.

El camarero sirvió su copa con una ligera sonrisa que no pudo evitar.

La noche seguía avanzando y Janet y Jorge apenas se movieron de su sitio.

De repente, Janet se separó de él, dándose cuenta de que era posible que en cualquier momento volviera a despertar en su cama y no quería quedar mal con su chico.

—¿Qué hora es? —preguntó, improvisando.

—Son las cinco y diez. ¿Tienes que irte, o algo? —se interesó él.

—Pues quizá tenga que irme en breve...

Janet buscó a Roxy con la vista en el piso inferior.

—¿No duermes en su casa?

—Pues... Eh... Sí, en teoría sí...

Jorge la contempló con incredulidad.

—¿Ocurre algo? —preguntó el muchacho.

—No, nada, sólo que... Digamos que no sé el momento en que tendré que marcharme —contestó la joven, pero no terminó de convencerle por la cara que seguía poniéndole—. Créeme, no lo entenderías.

—Bueno, de acuerdo. Entonces, a ver —pensó rápidamente por lo que pudiera pasar—, ¿te veré a la semana que viene por aquí? ¿Mañana, domingo por la tarde? La sala también estará a tope.

—No lo sé... La verdad es que no lo sé. No sé nada. Digamos que no depende de mí —contestó Janet sin querer contarle que dependía de una magia invisible e inexplicable con la que viajaba en el tiempo.

—Imagino que por el hecho de ser de Zaragoza, ¿no?

—Sí, exacto. Algo así.

Jorge guardó silencio mientras *Breaking the law* de Judas Priest sonaba de fondo y la gente caminaba de aquí para allá alrededor de ellos

—Lo intentaré, te lo prometo. Haré lo que pueda —explicó Janet.

La muchacha le sonrió, éste le devolvió la sonrisa y se besaron, cuando Janet notó cómo la vista se le nublaba y comenzaba a desvanecerse poco a poco.

Notándose agobiada, se separó de su chico, intentando hacerlo delicadamente para que no pareciera muy forzoso. En aquel momento, Roxy subió las escaleras, dejando atrás a Juli y buscando a Janet, desesperada.

—Jorge, tengo que irme. Tengo que irme ya, no puedo esperar.

Al melenudo le sorprendió su reacción. Janet negó con la cabeza rápidamente sin sonreír, le dio un fugaz beso en los labios y salió corriendo escaleras arriba con Roxy siguiéndole detrás.

Tanto Juli como Jorge no entendían nada y se limitaban a verlas marcharse repentinamente y sin sentido.

Poco antes de salir por la puerta, ambas se desvanecieron, despertándose Janet y Roxy en Zaragoza, en la habitación de la rubia, de donde habían partido.

One step from paradise

–¿Te liaste con Juli?... No me lo habías contado, ¿o no te acordabas? –preguntó Janet a su amiga por Skype el domingo por la noche, cuando Roxy ya había llegado a casa.

–No, o sea... eh... Si a mí Juli...

–Oye, el chico no está nada mal, ¿no me digas que no te gusta?

–Bueno, o sea... digamos que nunca me lo había planteado. Pero sí, como dices, no está nada mal el chico... No sé...

–No te veo muy convencida.

–Sí, ya te digo: no está mal, pero mejor lo dejamos ahí.

–¡Pero si os acabáis de despedir y ya estáis marujeando otra vez! –interrumpió la voz de Mario, que había entrado en la habitación sin avisar.

–Mario, por favor, vete –autorizó Janet, severa y sin paciencia.

Mario levantó las manos, bromeando para cumplir la orden, e hizo ademán de salir.

–¡Espera, tía! –exclamó Roxy-. ¡No lo echas, pregúntale lo del fin de semana que viene!

–¡Ah, sí! ¡Es verdad! –se volvió a su padre-. Mario, ¿el fin de semana que viene puedo ir a Madrid?

Roxy se llevó las manos a la cabeza. Aunque era lo que quería que le preguntara, aquella no era la manera. Mario tambaleó la cabeza.

–Pues no sé... Quizá le pregunte a tu madre.

Janet se acordó del consejo que le dio su amiga madrileña una vez, dándose cuenta que aquella no había sido forma.

–Mario, olvida lo que te he dicho

Éste levantó una ceja sin entenderla.

–¿Qué tramas? –preguntó Mario con media sonrisa.

–Que lo olvides. ¿Lo has olvidado ya? Vale –manifestó, y Mario alucinó levemente-. El fin de semana que viene voy a Madrid –afirmó ahora con rotundidad.

Roxy desde su casa empezó a reírse a carcajadas. Mario lo captó.

–Divina juventud, yo también le hacía eso a tu abuela: lo afirmaba directamente en vez de preguntarle.

Mario estuvo a punto de decirle que sí, cuando Flor había escuchado lo último y apareció en la habitación.

–¡De eso nada! ¡Janet! –gritó su madre, estúpidamente-. ¡Mañana tienes los exámenes y no has hecho nada en todo el fin de semana! –Mario borró su sonrisa y comenzó a salir de la habitación-. ¡Y ahora otra vez delante del ordenador! ¡Apaga eso de una vez!

Janet también borró su sonrisa y la miró con odio.

–¡Y ya estás planeando escaparte también el fin de semana que viene! ¡Pues ya ha llegado septiembre y las cosas no pueden seguir así! ¡Verás los exámenes de mañana, verás!

Flor continuó reprochándole cosas durante un rato hasta que salió de su cuarto, dando un portazo.

–Bueno, tía –continuó Roxy tras oír a su madre y viendo que Janet estaba a punto de romper a

llorar—, mi madre a veces también se pone así, es propio de ellas, supongo que será porque se preocupa demasiado...

—¡Nada de eso! —chilló Janet— ¡Mi madre siempre ha sido así de imbécil, siempre! Nunca ha estado contenta conmigo ni con nada de lo que he hecho en mi vida. Siempre ha vivido para echarme la bronca y dejarme por los suelos. ¡Nunca me ha mostrado un mínimo de cariño o de aprecio! ¡Ni tampoco de respeto por cómo soy! ¡Estoy harta de ella!

Roxy guardó silencio, escuchando atentamente. Ni Flor ni Mario la oían.

—Además —continuó Janet— esto es un asco. Esta época es una mierda. No quiero seguir aquí. Quiero que llegue el día en que vuelva a los años ochenta y me quede para siempre. Echaría de menos a mi padre, no te lo negaré...

—¿Y a mí?

—¡Tú te vienes conmigo! —aclaró Janet, y Roxy carcajeó.

—Desde siempre he sentido como que no pertenezco a este lugar. Y ahora, cada vez que hemos ido atrás en el tiempo, ha sido como estar en el paraíso; en la verdadera época en que debería quedarme y vivir. No aquí, que no sé qué hacer con mi vida, estoy todo el día discutiendo con mi madre y no me gustan las aficiones y la música moderna...

Poco después, Janet cerró el ordenador y se puso a repasarlo todo para el día siguiente. Se notaba cansada, ya que viajar en el tiempo siempre tenía ese tipo de repercusiones: cansancio y malestar, como si apenas hubiera dormido pocas horas.

No habían llegado las once de la noche cuando la muchacha se echó a dormir, totalmente a oscuras y con la puerta cerrada. Al día siguiente tendría sus exámenes de recuperación de septiembre y ya había echado la suerte al cielo. Desconocía cómo le saldrían, pero aquello no era lo que más le preocupaba en aquel instante.

Los primeros rayos de sol iluminaban la habitación de Janet, totalmente cerrada pero iluminada a través del cristal de la ventana mientras la muchacha dormía, instantes antes de despertarse de golpe.

—¡No tienes ni idea! ¿Te enteras? —chillaba Flor a su marido—. ¡Ni idea!

Janet se despertó confusa y con una extraña sensación en el ambiente, pero no era la misma de cuando viajaba en el tiempo con Roxy, pues esta vez se notaba más descansada.

—Flor, ya vale. Ya está bien —decía Mario, contundente.

Janet cogió corriendo su iPhone encima de su mesa y miró la hora: las diez y cinco de la mañana. ¡Se había quedado dormida! ¡El primer examen empezaba a las nueve y al segundo ya no llegaba!

Fue en aquel momento cuando comenzó a encontrarse mal, se le aceleró el corazón sintiéndose tan, tan decepcionada consigo misma como pocas veces en sus dieciséis años. Sin embargo, por la conversación que oía desde fuera, sus padres no tenían la constancia de que ella seguía en su habitación; pensaban que se había levantado a las ocho de la mañana para irse al instituto.

Se oyeron los pasos de Flor caminando hacia la cocina. Mario seguía en silencio, sin mover un pie. Su mujer volvió a su posición inicial.

—¿Cuántas veces van ya? —preguntó con ira y rabia en sus ojos.

—¿Que tengo que irme? —intentó aclarar Mario.

—Sí. Pero también las veces que acabamos gritándonos.

Mario guardó silencio de nuevo, sin saber qué contestar, mientras también se llenaba de ira y rabia por la última frase escuchada.

—¡Si eres tú la que grita! ¿Quieres irte? ¿Separarte? ¿Divorciarte? Es lo que estás pidiendo

cuando gritas. Si es lo que buscas, aprovecha porque están a punto de ilegalizar el divorcio, ya lo has visto por la tele –comentaba Mario perdiendo la paciencia mientras Flor paseaba de derecha a izquierda.

–¿Qué te hace pensar que quiero separarme o divorciarme de ti? ¿Lo dices por el monstruo de hija que has creado y de la que nunca estuve de acuerdo? ¡Por Dios, Santo Bendito, podría ser una niña normal y mira lo que es! ¡Una antisocial, una vaga, una persona reproachable! ¡No tiene amigos, sale a la calle sola y en su clase apenas se comunica con alguien! ¡No va a ser nada en la vida, no sale de su habitación y de escuchar esa música que tú le has enseñado!

Mario cogió aire, mirando al infinito. Tuvo mucha, mucha paciencia. Apretó los ojos y contestó a su mujer.

–Mira, Flor. Cuando yo te conocí, cuando nos casamos, cuando nació tu hija..., tú no eras así. No haces más –Flor ya estaba negando con la cabeza– que intentar ridiculizar y enfrentarte a todo el que tienes delante de ti. Pones de excusa que no te gusta cómo viste tu hija y que yo tengo que estar siempre de viaje, pero cuando comenzábamos como pareja no ponías ninguna pega e incluso venías a verme aquí y allá. Cuando nos casamos, igual. No eres feliz –su mujer seguía negando con la cabeza, como gesto de que no tenía razón–, lo estás demostrando, pero no entiendo por qué. Tu hija, ahora que no me oye, está hartísima de ti, ¿o es que no lo notas? Sólo espero que nunca se entere de lo que piensas de ella porque si no podría...

No había terminado de recitar su último enunciado cuando Flor estalló:

–¡Estoy harta de estar viviendo con un par de... de...! ¡Cualquier día nos registra la policía la casa y los tres nos vamos a la puta cárcel por vuestros discos y vuestras tonterías!

–¡No era ésa la opinión que tenías cuando nos conocimos! –chilló Mario–. ¡No te gustaba, pero la respetabas! ¡Aceptabas al que era diferente a ti! ¡Te enamoraste de mí a pesar de nuestras diferencias, y yo me enamoré de ti!

–No tienes ni idea.

Y Flor se marchó. Se fue dirección a la cocina y luego a su habitación. Janet no cabía en su asombro escuchando los gritos.

Cuando Mario y Flor se conocieron en 2027, veinticinco años atrás, muchas cosas habían cambiado y otras aún estaban por cambiar en la sociedad. Fue en una manifestación por la educación pública, pocos años antes de que se ilegalizara el absoluto derecho a manifestarse, donde ambos coincidieron, y antes de que se aprobara una nueva Constitución más conservadora y autoritaria que la de 1978. Mario estaba en tercero de carrera y Flor había comenzado a trabajar poco antes en la panadería. De ideas muy parecidas, pero musicalmente opuestas, Flor acabó aceptando a Mario tal cual era. Incluso en alguna ocasión, por entonces, había mostrado interés en su música; en aquellos discos y vinilos que coleccionaba, en aquellos viajes que hacía al extranjero para ver los pocos grupos de *metal* que quedaban en pie. Por supuesto, Flor también acabó aceptando que Mario ya llevara el pelo largo, siempre recogido en una coleta debido a que ya no estaba permitida su imagen rebelde e insumisa al sistema.

A Janet ya se le había olvidado que había faltado a los exámenes que se había preparado durante todo el verano. Sólo eran dos asignaturas, por lo que al menos no repetiría curso, pero aun así las llevaría arrastrando durante todo el curso siguiente. Y, por supuesto, intentaría por todos los medios que sus padres no se enteraran de lo que le había ocurrido o, lejos de una buena bronca que se llevaría, sería echarle más leña al fuego, cuando su situación familiar parecía estar peor que nunca.

Después de una lenta, aburrida y larga semana, el viernes Janet regresaría a Madrid. Mario le

volvió a acompañar como en anteriores ocasiones hasta el aeropuerto, donde llevaba su equipaje para los próximos dos días.

Caminando por el mismo, su padre se atrevió a preguntarle:

—Oye, Janet, ¿vais a salir esta noche o mañana?

—Pues algo me ha comentado Roxy. ¿Por?

Mario puso cara amarga, como si no le gustara que salieran aquella noche.

—Pues porque quiero que tengáis cuidado. Últimamente están dando el toque de queda también los fines de semana y, según he oído en la radio, muchos clubes nocturnos ya no abren por temor.

—¿Temor a qué? —se atrevió a preguntar Janet. Mario se paró en seco.

—Por otra Gran Guerra. Ya lo habrás visto por la tele, está todo muy revuelto por el mundo. Y no nos libramos ninguno de los países que nos encontramos en la OTAN...

Janet tuvo que aceptarlo. Sí que era verdad que había visto por la tele diversas referencias al tema.

—Por lo que —prosiguió el hombre— están enseguida dando el toque de queda en cuanto las cosas se salen un poco de su sitio. Esta guerra que está a la vuelta de la esquina no será entre europeos, sino una Gran Guerra entre oriente y occidente. A eso súmale el caos que significaría que la gente saliera a la calle como está pasando en el este de Europa y con disturbios y muertos a diario. Y más ahora que las desigualdades sociales son más grandes que las que hubo en todo el siglo veinte. Por eso te aviso, hija: las cosas pueden ponerse más feas que nunca estos próximos días si fuera ahora cuando oficialmente estallara la Tercera Guerra Mundial, por lo que puede incluso que den el estado de excepción. El estado de guerra, vamos. Peor que el toque de queda.

Mario miró a Janet, como dándose cuenta del rollazo que le acababa de decir.

—Anda, hija, dame un abrazo, que no va a pasar nada. Tampoco pretendía darte miedo.

Mario se agachó un poco y le dio un abrazo a su hija.

—Siento preocuparte con este tema. Yo lo estoy y mucho, pero ahora toca divertirse, al margen de los difíciles tiempos que estamos viviendo y que, por desgracia, parece que nos va a tocar vivir a partir de ahora. Lleva mucho cuidado, ¿me lo prometes? Y pásatelo muy bien. No nos queda otra que disfrutar del momento.

Janet asintió.

—Te lo prometo, Mario.

—¿¡Me quieres llamar papá de una vez!?

—¡Mario! —exclamó con una sonrisita. Janet no quería perder el sentido del humor.

Mario carcajeó y se dieron otro abrazo, esta vez algo más largo.

—Pase lo que pase, sólo te digo, Janet, que me hagas un favor —se mantuvo callado unos segundos mientras la contemplaba con satisfacción—. Pásatelo todo lo bien que puedas, ¿está claro? —y le guiñó un ojo.

Janet también sonrió y asintió con la cabeza. Acto seguido, Mario le dio a su hija una bolsa de papel con algo de comida que le había preparado, como hacía habitualmente cuando viajaba.

—¡Ufff, papá! ¡Digo, Mario! —rechistó Janet—. ¡Que sabes que con los nervios del viaje no como nada en el avión!

—Cállate y llévatelo a Madrid —dijo, contundente, y su hija cogió la bolsa.

El avión despegó puntual y Janet, poco después, aterrizó en el aeropuerto Adolfo-Suarez Madrid Barajas, donde la esperarían Roxy y su madre. Poco después, llegarían a su piso cerca de la Gran Vía, en pleno centro de la capital.

En la habitación de Roxy, Janet acababa de entrar con la muchacha morena cuando le preguntó por los planes que había para esa noche.

—Hoy he quedado con dos coleguillas que vienen de Galicia, pero que nacieron en Tarragona. Estuvieron en el concierto y en la cena, pero no tuvimos apenas contacto con ellos, por lo que no te acordarás. Quedaremos con ellos un rato aunque sea, rollo después de cenar. Si hay toque de queda nos volvemos a casa, aunque total, si nos ven por la calle seguramente nos detengan igual... Hay que tener cuidado. ¿Crees que esta noche o mañana por la noche volveremos a los ochenta?

Janet asintió con seguridad.

—Hemos de volver. Y sé que tú también lo estarás deseando más ahora.

Roxy no pudo evitar mirar al suelo, lanzar una ligera sonrisa y sonrojarse un poco. Evidentemente, Janet se estaba refiriendo a Juli.

Por la noche, alcanzaron la calle en que habían quedado con los dos amigos de Roxy: Vicent y Gerard, dos catalanes que llevaban varios años buscándose la vida en Galicia. Ambos, hermanos, llevaban el pelo moreno, no muy largo pero suelto. Cada uno con un chaleco plagado de parches de *metal* extremo (Kreator, Napalm Death, Exodus, Pantera, Muro, Accept...), con una muñequera de pinchos, un cinturón de balas y unas zapatillas.

—Vais auténticos, tíos —comentó Roxy mientras se acercaba a ellos para saludarles—. Espero que la pasma no os vea esta noche.

—No, que va —negó Gerard, que estaba a la izquierda—, aunque total, haya o no toque de queda, seremos ilegales de igual manera. Más vale que no nos vean los maderos y punto.

—¡Justo eso le he dicho antes a ella —y Roxy señaló a Janet— en mi casa!

Roxy se los presentó y comenzaron a andar. Las dos amigas, salvo por su pelo enlacado y cardado, no iban tan imponentes como ellos, que hasta llevaban cinturones de balas. Portaban cada una un mero chaleco de cuero con tachuelas y debajo el logo de un grupo en su camiseta.

Llegaron a un pequeño bar que hacía esquina y en el que había poca gente. En el mostrador había dos jóvenes: un chico con el pelo rapado y una muchacha rubia.

—¿Queréis algo de beber? —preguntó Vicent a las dos amigas. Ambas se miraron sin saber qué responder.

—¡Sí! —contestó Roxy, improvisando—. Ponnos dos... cerv... ¡Coca-Colas!

A Janet le hizo gracia y les sirvieron los refrescos.

—O se bebe en los ochenta —explicó Janet a su amiga en voz baja mientras Vicent y Gerard pedían música— o no se bebe nada de alcohol. Veo que estamos de acuerdo.

Comenzó a sonar *Raining blood* de Slayer. Los pocos clientes que había, al instante, abandonaron el local. Los dos catalanes comenzaron a reírse al ver la mencionada reacción de los terceros.

—¡Hale, a casa a dormir! —exclamó Gerard entre risas.

La velada transcurrió en aquel vulgar bar de Chueca, a persiana cerrada, escuchando *thrash metal* y que parece ser ponían en ocasiones puntuales. Y es que ya no existía ningún bar *heavy* en 2052. Aquello era lo que más se le asemejaba a la época en que había a montones y donde, incluso, se podía elegir un pub u otro según el género de *metal* que se quisiera escuchar.

A las tres horas de estar allí, conversar y mover la cabeza un rato con algunas canciones, los cuatro invitados decidieron volver a casa, pues no había mucho más que hacer aunque estuvieran en una ciudad tan grande como era Madrid.

Marchaban por la acera en la oscura y silenciosa noche cuando Vicent fue el primero en hablar.

—¿Vais a casa? —preguntó a las dos amigas, que asintieron— Os acompañamos, aunque esté cerca.

—No hace falta, tío —contestó Roxy, cuando en aquel instante un hombre corpulento se acercó a ellos por su izquierda.

—Perdonad, chavales —éstos no dejaron de andar mientras el varón se aproximaba rápidamente—. No tendréis un cigarro, ¿verdad?

Aquel hombre tenía la cara arrugada pero rozaría los cuarenta años. Aparentaba ser fumador habitual.

—No fumamos, lo siento —contestó Gerard ágilmente.

El extraño se adelantó y se puso delante de ellos.

—¿Qué hacéis en la calle? ¿No sabéis que hoy hay toque de queda?

Todos pararon en seco.

—Toque de queda hubo ayer —respondió Gerard—. Hoy es viernes, hoy no hay.

E hizo el impulso de caminar de nuevo.

—Hoy hay toque de queda. Lo han anunciado por los altavoces hace un rato.

Los cuatro se miraron. Dudaban de si el individuo les estaba engañando o no.

—Venga, hombre. Nos estás tomando el pelo, ¿verdad? —se atrevió a decir Vicent.

—No, os aseguro que no os tomo el pelo —se metió la mano en el bolsillo y sacó su placa oficial de pertenecer a la Seguridad Española, un cuerpo similar al de la Guardia Civil en el año 2052 y que ejercía de autoridad suprema.

Acto seguido, apareció un hombre por un costado de ellos y otro por detrás, acorralándolos.

Los cuatro jóvenes pusieron cara de horror.

—Toque de queda y con esa imagen nos atrevemos a ir por la vía pública —proclamó éste—. Quedáis detenidos.

Como si hubiera surgido una explosión en medio del cuarteto, salieron disparados como rayos simultáneos hacia todas direcciones, saltando coches e intentando pasar por al lado de los policías para escapar. Gerard fue al primero que agarraron de su chaleco, mientras los otros tres lograron huir por el asfalto. Las dos amigas, por su pequeña estatura y agilidad, lograron vencer que las agarraran al pasar cerca de ellos y rozarles.

—¡Gerard! —gritó Vicent a su hermano—. ¡Huid, chicas, huid! —exclamó a las dos amigas mientras uno de los tres agentes corría hacia ellas. Él se atrevió a regresar e intentar rescatar a su hermano pequeño de la autoridad.

Janet y Roxy comenzaron a correr a toda velocidad con el policía siguiéndoles muy de cerca. Janet no sabía llegar a casa de Roxy, por lo que tenía que seguir a su amiga, quedándose un poco atrás y dependiendo de los movimientos que hiciera la madrileña.

Al llegar a una esquina, las dos amigas se separaron sin que fuera intencionado. Janet siguió recto mientras Roxy giró a su derecha, dirección a su casa. El hombre que iba detrás de ellas fue a por Janet, la cual, asustada como nunca, comenzó a correr y correr.

—¡Janet! —exclamó Roxy. Miró hacia atrás pero la calle estaba desértica. Y, con las mismas, fue detrás de ellos, corriendo a toda velocidad mientras pensaba en algo, ya que Janet no sabía llegar a su casa.

Desembocaron en la Gran Vía con sus anchas aceras llenas de gente. Por allí paseaba tranquilamente algún agente más, entre toda la multitud que salía de cenar y se iba de fiesta un fin de semana más.

—¡Era mentira! —exclamó Janet sin dejar de correr— ¡No había toque de queda, era una excusa para asustarnos y detenernos por cómo vestimos!

Janet continuó avanzando a toda velocidad y se metió entre la multitud, intentando camuflarse.

La muchedumbre que había alrededor de Janet intentaba alejarse al verla o la observaba de forma extraña mientras el policía la buscaba entre la gente. Roxy entró en la Gran Vía a través de otra vía, intentando no perder de vista a su amiga. Tuvo que abrir mucho los ojos para que

tampoco la detuvieran a ella mientras marchaba.

Janet seguía camuflándose como podía, hasta que alguien la agarró por detrás.

Un agente la apretó con su robusto y enorme antebrazo y la arrastraba hacia un furgón de la Seguridad Española, ahogando a la joven que se quedaba sin aire.

Roxy los alcanzó y contempló a Janet colorada y asfixiada.

A Janet le hubiera gustado decirle a su amiga que corriera, pero era imposible. A pocos metros se llevaban esposados a Gerard y Vicent, sus dos amigos. Los metieron en un coche corriente, como si hubieran cometido un crimen, y el vehículo se perdió de vista.

El agente que agarraba a Janet carcajeó al ver la escena. El resto de policías de paisano que custodiaban la zona se acercaban en todas direcciones. Roxy estaba paralizada y no podía mover ni un músculo. No quería intentar escapar porque tampoco podía marcharse sin Janet.

Sin embargo, cuando todo parecía estar perdido, de la nada, una gorda y pesada cadena de metal golpeó en la cabeza al agente que tenía cogido a Janet. Ambos cayeron al suelo. El agente estaba inconsciente y Janet cogía el aire rápidamente. Las dos amigas giraron la cabeza para ojear de dónde venía la cadena: de un joven de pelo corto y con camisa, fuera de todo *look heavy* y que tenía la cadena en la mano.

Los agentes comenzaron a correr hacia ellos. El muchacho les hizo un gesto con la mano y comenzaron a correr por el único hueco que tenían libre.

—¡Corre, Janet! —gritó Roxy, más preocupada por su amiga que por ella misma.

Continuaron a toda prisa hasta encontrarse de frente con otro paisano que les amenazó con su porra en alto, pero que gracias a su agilidad consiguieron esquivar y sólo golpeó el aire.

Alcanzaron Plaza de España no mucho después.

—¡Seguidme! —gritó el desconocido con camisa, que iba delante.

Voltearon por una calle silenciosa y apartada y, al final de una fila de coches, el joven abrió el suyo y accedieron los tres.

Intentó arrancar el coche, pero por alguna extraña razón, fallaba.

Los agentes se aproximaban por la vía.

—Vamos... Vamos... —murmuraba el desconocido mientras intentaba arrancar.

Janet, temblando de terror, miraba a los policías cada vez más cerca.

—¡Vamos! —chilló.

El coche arrancó y salió como una bala cuando los agentes estaban a punto de alcanzarles.

Callejeó ágilmente, apartándose de aquel lugar, hasta que paró en mitad de una calle silenciosa y solitaria.

—¿Estáis bien? —preguntó el conductor a las dos amigas. Éstas asintieron—. Lo he visto todo y no he podido evitarlo...

Las muchachas estaban sorprendidas. Aún estaban los tres respirando hondo. No sabían quién era ni por qué había hecho aquello.

—Me llamo Rober —se presentó—. ¿Y vosotras?

—Yo soy Roxy —dijo mientras seguía cogiendo aire— y ella es Janet.

—Pues encantado.

—Tío, ¿cómo lo has hecho? ¡Nos has salvado, te lo juro! —exclamó Roxy, agradecida, y miró a su amiga, que asintió.

—Ya, si lo he visto todo. Iba entre el grupo de gente.

—¿Y eso, qué hacías con una cadena en la mano? —se atrevió a preguntar la morena.

—Digamos que estoy en contra de muchas injusticias que hay ahora. Este país se ha ido a la mierda. Mi abuelo fue *metalero* y a mí me da mucha lástima que ahora el movimiento sea esto:

gente considerada ilegal porque tu imagen a los capitalistas de mierda les haya dado por pensar que sois unos vagos y unos piojosos.

Las dos amigas escuchaban atentamente mientras éste se confesaba.

—Lo que es la música *heavy*, la verdad es que me da igual porque no me gusta. Pero no tolero ninguna injusticia. Iba con un amigo que está muy unido a la cultura *punk* y siempre lleva una cadena como ésa encima, por si le ocurriera cualquier desgracia. La porta oculta en sus vaqueros, en forma de cinturón, de manera que la camiseta se la tapa. Lleva el pelo rapado y él pasa desapercibido para la policía.

—¿Y la cadena? —cuestionó Roxy.

—*Buah*, no sé ni dónde la dejé caer, pero es lo de menos.

Rober se volvió a las dos amigas.

—¿Os llevo a casa? —preguntó para concluir—. Creo que ya está bien por hoy y me quiero ir a la cama.

Roxy le indicó dónde se encontraba su portería y la llevó a la escondida calle de Chueca. Le agradecieron unas seis veces al anónimo lo que acababa de hacer por ellas. Las había salvado de una buena.

Las dos amigas, cansadas, fueron a la habitación de Roxy sin creerse lo que acababa de pasarles.

—Espero que, por lo menos esta noche, para compensar, viajemos a los ochenta —comentó Janet todavía algo aterrorizada.

—Eso espero yo también —contestó Roxy mientras se quitaba las zapatillas y se tiraba en la cama.

Rock the night

Amaneció una vez más en Madrid, en 2052. No se habían despertado en los ochenta, pero a Janet le tranquilizó que fuera en el colchón de la habitación de su amiga antes que en una fría celda.

–Roxy, yo no quiero volver a salir a la calle –sollozó Janet.

–¿En serio? Bueno, tan sólo tendrías que cambiar de imagen para volver a hacerlo.

–No puedo –negó–, esto es parte de mí. No puedo cambiarlo por nada, pero tengo miedo de volver al exterior. Otra carrera así no la aguanto, y ésta ha estado muy cerca: hasta me agarraron del cuello. Pensaba que me iba a morir ahogada.

Todavía estaban impactadas por lo que habían vivido la noche anterior; nunca antes habían tenido a la Seguridad Española tan cerca de detenerlas.

Respiraron hondo y comentaron el tema que realmente les importaba.

–¿Por qué hoy no hemos despertado en los ochenta como otras veces? –preguntó Roxy. Janet no contestó.

–Bueno, paciencia –respondió–, hay otras ocasiones que hasta el sábado por la noche las cosas no han cambiado. Dale tiempo.

Y así fue como pasaron aquel sábado: encerradas en casa. Después de comer, los padres de Roxy habían salido de boda y no volverían hasta por la noche después de cenar, o quizá más tarde debido a que aquel día no había toque de queda y se podía circular libremente por las calles de Madrid.

Las dos muchachas estaban en la habitación de Roxy, sentadas en la cama, sin música (por muy raro que fuera). La noche anterior las había dejado marcadas.

–Roxy –dijo de repente Janet en medio del absoluto silencio–, ya no tengo miedo.

–¿Que no tienes miedo? ¿A qué?

–A salir a la calle. No debo tener miedo; no sé qué me ha pasado para sentirlo. Siempre he querido ser yo misma, seguiré siendo así y nadie me va a cambiar ni dirigir.

Roxy abrió más los ojos, sorprendida por las palabras de golpe que acababa de recitar su amiga.

–Pues... ¡Me alegro! –exclamó con una risa forzada.

–Nadie va a dirigir mi vida. Soy libre. No voy a cambiar porque a alguien no le guste cómo soy. Si le molesta, es su problema. Saldré corriendo las veces que haga falta, pero pienso ser siempre yo misma y no cambiar por satisfacer a alguien que me importa una mierda.

–Ahí estamos, tía –asintió Roxy, admirándola.

–Eso sí: hoy nos quedamos en casa, que estoy cansada... –explicó Janet dejándose caer en la cama mientras Roxy carcajeaba de escucharla–. Anda, pon algo de música, lo que quieras. No aguanto el silencio.

Roxy se levantó y fue a su estantería. Allí empezó a ver discos y vinilos hasta que cogió uno con la portada celeste. Se lo enseñó a su amiga desde la distancia.

–¡Perfecto! Ya estás tardando en ponerlo.

Y así fue. A los pocos segundos, comenzó a sonar la primera canción del disco: el tema

Moonchild de Iron Maiden.

*Seven deadly sins
Seven ways to win
Seven holy paths to hell
And your trip begins*

*Seven downward slopes
Seven bloodied hopes
Seven are your burning fires
Seven your desires....*

Fue apenas en la cuarta canción cuando comenzaron a sentirse cansadas. Janet miró a su amiga, sonriente.

—Ha comenzado el ritual. El disco es de 1988 y nos dirigimos en el Delorian a tal año. ¿Preparada? —preguntó con los ojos medio cerrados. Roxy asintió.

Y se quedaron dormidas poco después, con la música sonando.

Janet fue la primera en despertarse. Estaba anocheciendo y el disco, evidentemente, ya no sonaba.

—¡Despierta, Roxy! ¡Despierta! ¡Vámonos al Canci!

—Eh... ¿ya hemos viajado? —preguntó su amiga.

—Pues claro. ¡Vamos a cambiarnos y vámonos! —exclamaba Janet, exaltada.

Roxy se levantó y ambas comenzaron a cambiarse con emoción. Se cardaron el pelo, se maquillaron y se vistieron prácticamente igual que la semana anterior.

—¿Preparada? —insistió Roxy cuando estaban a punto de salir por la puerta, deseando de coger el metro.

—¡Preparada! —exclamó Janet.

—¡Pues vamos! —declaró la madrileña.

Y cuando iba a abrir la puerta, se quedó de piedra.

—¿Qué? —preguntó Janet mirando la puerta. Al no ser su casa no se había fijado en ella.

Roxy volvió la vista a su amiga, cambiando su cara de emoción por una de humillación.

—Que... a ver cómo te lo explico... —narró, mirando de arriba abajo la puerta de acero de su casa.

Janet la contemplaba con ella pero no se daba cuenta. Roxy se llevó las manos a la cabeza.

—¡Que seguimos en 2052!

Janet miró a su alrededor y vio la tele de plasma en el salón, un ordenador portátil... y la puerta de acero. Todo apuntaba a que aquello no tenía pinta de ser los años ochenta. Sacaron sus DNIs y, efectivamente, estaban en 2052.

—Pues nada... Otra vez será —concluyó Janet, vencida.

—¿Cenamos al menos? —preguntó Roxy.

—Sí, será lo mejor... —manifestó con el mismo tono.

Ambas se hicieron dos pizzas pequeñas que había en el congelador y se comieron también, después, el bollo que Mario le había preparado a Janet el día anterior a modo de postre.

Sin cambiarse de ropa, volvieron a su cuarto. Pusieron el único álbum editado de *Femme Fatale* del año al que pretendían acceder, 1988.

Janet sintió cada acorde y cada melodía para que la música hiciera el efecto que estaba buscando.

Cuando estaba terminando el elepé, comenzaron a notarse cansadas. No parecía que hubieran dormido casi toda la tarde.

Sin darle tiempo a razonar, Janet se durmió profundamente...

...y, esta vez sí, se despertaron en los años ochenta.

Tras asegurarse de la época en que se encontraban, salieron dirección al metro, corriendo porque se acercaba la hora de cierre y no tendrían cómo llegar a la Sala Canciller. Con suerte para ellas, había pasado una semana desde el último encuentro con Jorge y Juli.

Hicieron el transbordo hasta llegar a la estación El Carmen con el vagón plagado de cuero y melenas. Atravesaron la calle Alcalde López Casero y llegaron hasta la puerta de la sala, con sus luces de neón en la parte superior y su ya ambiente fiestero en la puerta.

–Bienvenida a casa una vez más –comentó Roxy, alegre, observando la fachada desde la acera de enfrente.

Sin embargo, algo le decía a Janet que aquella noche iba a ser diferente.

Bajaron las escaleras hasta llegar al piso superior y el ambiente era muy parecido al de anteriores ocasiones, principalmente al del sábado anterior que la sala estaba muy llena.

De manera similar, pidieron dos cervezas y esperaron mientras observaban la gran pantalla de cine y veían a la gente del piso inferior moverse al ritmo de la música.

Un rato después, cuando apenas les quedaban dos dedos de su bebida, Janet pegó un codazo a su amiga y señaló un punto fijo del piso inferior: allí estaban Juli y Jorge.

Se terminaron sus cervezas, pidieron otras más y bajaron directas a saludarles.

La timidez de Janet se había borrado y con ella aumentaba la confianza con Jorge, ya que se dieron un beso en los labios al saludarse, como si fueran una pareja estable.

Y, como solía ocurrir, dos bloques se formaron: uno con una pareja, y otro con la otra.

La conversación entre Janet y Jorge comenzó de manera diferente a como había ocurrido en anteriores ocasiones; esta vez, con mucha más confianza. Y, por supuesto, ambos con las ideas mucho más claras.

–Yo es que como te dije el sábado –voceaba Jorge–, he viajado mucho por Estados Unidos y he visto muchos conciertos.

–¡Qué suerte, tío! –exclamó la muchacha que estaba enfrente de él.

–He tenido suerte porque he podido ver muchos grupos, además de conocer el país.

–¿Y ahora vives con tu madre? –preguntó Janet.

Jorge guardó silencio y se borró la pequeña sonrisa que tenía dibujada en su cara.

–No, o sea... No sé si te había contado que vivía con ella o qué. La verdad es que esto es algo que no suelo contar habitualmente –comenzó a explicarle y Janet levantó las cejas, sorprendida–. A ver: en realidad, mi madre nos abandonó a mí, a mi hermano y a mi padre. Desconozco la razón. Yo era pequeño u de aquello hará ya quince años.

Janet puso cara mustia.

–Vaya, no lo sabía... Lo siento.

–Qué se le va a hacer. Yo me acuerdo de muy poco de ella, la verdad. Ahora mismo vivo solo, y me he criado entre mis abuelos y mis tíos –explicaba, y Janet escuchaba atentamente sin perderse ningún detalle–. Cuando mis abuelos murieron, me fui a vivir con mis tíos, pero no duré mucho. Me trataban fatal, no los aguantaba. Y hasta entonces, desde hace dos años, vivo solo. Mi padre me envía dinero desde el otro lado del Atlántico y aquí estoy, estudiando y trabajando, y

cada tanto tiempo voy a verle.

–Pues... No, no tenía ni idea de todo esto –dijo Janet sin que le salieran las palabras.

–Es normal. A ver, ya te digo que no suelo contar esto habitualmente por ahí. Siempre suelo decir que vivo con mi madre y mi padre está fuera. No es un tema agradable de contar. Suelo contárselo... digamos que a la gente que más importa.

Janet se sonrojó y le sonrió tímidamente.

–...como a él –y señaló a Juli que cada vez estaba más cerca de Roxy, sin dejar de hablar con ella. Janet puso cara de indignación–. ¡Y a ti, por supuesto!

Y carcajeó.

–Así me gusta, muy bien –bromeó la rubia, e ingirió de su botella.

Jorge levantó su cristal para que chocaran. Brindaron y Janet volvió a beber.

Fue después de aquello cuando una pareja se acercó a Janet: eran Santi y su novia, sus amigos que habían hecho semanas atrás, que para ellos se habrían convertido en meses.

–¡Pero cuantísimo tiempo, mujeres! –exclamó éste, súper contento de ver a las dos amigas.

Patricia miró a Santi sin aprobación.

–¿Cómo que mujeres?

–Claro, mujeres –ironizó él–. ¡A la cocina!

–Y tú a ver el fútbol, machote –respondió Roxy.

Santi rio.

–¡Has dado donde más duele! Con un par.

Patricia miraba la escena de brazos cruzados, sin entender nada.

–Luego te lo explico, cariño –le dijo suavemente y se volvió a las dos muchachas–. ¿Dónde os metéis? No hemos vuelto a coincidir por aquí.

–*Buah*, tío, es que verás... –comenzó a excusarse ésta–. Las cosas no siempre pueden ser... A mí me gustaría venir más...

–No te preocupes, mujer –y le guiñó el ojo–. Las cosas no siempre salen como a uno le gustaría. Yo estoy viendo de venirme a vivir a Madrid y estoy a punto de conseguirlo. Ya empiezo a cansarme de coger el coche una y otra vez.

–¿De verdad? –preguntó Janet, sorprendida.

–Claro. Y, por cierto, ¿tú no eras de Zaragoza y vivías cerca de mí? ¿Cómo es posible que no te vea por allí y sí que te vea por aquí? –preguntó, curioso.

Janet se quedó pálida y sin habla. Roxy intervino rápidamente para sacarla del aprieto.

–¡Anda, tío, vente a la barra que os invitamos a algo!

Y se lo llevó de allí. Jorge no había quitado ojo a la escena.

–Qué situación más... incómoda, ¿no? Al menos eso he notado, pero no termino de entender por qué.

Janet guardó silencio por unos segundos. Finalmente, negó con la cabeza.

–Déjalo, no lo entenderías –concluyó.

Más tarde, los dos subieron al piso superior. Janet había perdido de vista a su amiga; parecía que había desaparecido de la faz de la tierra.

En esta ocasión, fue Janet la encargada de hablar de ella misma: no le mintió a Jorge en ningún momento, al menos eso fue lo que intentó. Le explicó que su padre era científico, de los más grandes dentro de su empresa internacional. Y su madre panadera, diabética y totalmente diferente a ella, sin nombrarle en ningún momento que su padre también era *heavy*, como ellos. No sería capaz de entender cómo a finales de los ochenta hubiera un varón de más de cuarenta años que fuera amante de aquella música, que aun vistiera como su hija y que coleccionara vinilos. ¡Y más

estando en una empresa que requiere una gran seriedad y formación!

Así fueron pasando la noche en la sala: bebiendo, escuchando música y sin dejar de hablar. Incluso en alguna ocasión que sonaba algún tema importante y conocido, como *Wild child* de W.A.S.P., donde la pista de baile se llenaba de gente que descendía por las escaleras, bajaban también a moverse al ritmo de la música y a ver el videoclip en aquella inmensa pantalla. Jorge parecía alucinar («¡Guau!», mencionaba mientras observaba el videoclip y no dejaba de moverse al ritmo del estribillo).

El tiempo transcurría y volvieron a subir al piso superior.

En un instante de soledad y tranquilidad, el muchacho la contempló detenidamente. Le acarició el pelo rubio cardado.

—¿Sabes? Me recuerdas a alguien —comentó sin quitarle ojo.

—¿Ah, sí? ¿A quién? —preguntó ella.

—Créeme, no lo entenderías si te lo contara. En serio —negó con la cabeza—, no lo entenderás.

Janet se encogió de hombros.

—Olvidalo, no tiene importancia alguna.

Y Jorge se acercó a ella para plantarle un húmedo beso, suave y apasionado. Corto pero intenso.

Se miraron, felices.

—Lo estaba deseando —comentó Janet.

—¡Iba a decir lo mismo! ¡Me lo has quitado de la boca! —exclamó.

La noche se acababa cuando Janet miró a su alrededor y también al piso inferior, pero ni rastro de Roxy, ni de Juli, ni de Santi.

—No sabes nada de ellos, ¿no?

—Qué va, hace ya bastante que no los veo

Janet ojeaba su alrededor, pero ni rastro.

—Bueno, ya aparecerán —dijo la muchacha—. ¿Otra *birra*? —preguntó, levantándole el vacío botellín que llevaba en la mano.

—¡Sí, por favor! Que esto cerrará en breve y nos quedamos sin la última.

Y así fue. Pidieron el último par de cervezas y poco después las luces se encendieron, poniendo la última canción para que la gente fuera saliendo de la sala.

Apoyados en la barra donde acababan de pedir las bebidas, un grupo de chicos que subió por las escaleras desde la pista de baile, se acercó a Jorge.

—¡Eh, tío! Por fin te vemos —exclamó uno de ellos.

—Por aquí he estado.

El amigo miró a Janet y luego a Jorge, alegrándole verles juntos. Después se reunió nuevamente con el grupo que se encontraba enfrente de la pareja.

—Es que he venido con ellos. Hemos empezado a beber en el parque, como otras veces, y ya nos hemos separado cuando has aparecido —le explicó Jorge.

Se terminaron las cervezas mientras seguía la muchedumbre saliendo de la discoteca con todas las luces encendidas. Finalmente la pareja y el grupo de amigos de Jorge subieron las escaleras hasta pisar la fría calle. Allí se quedaron comentando qué hacer.

—Nosotros nos vamos a Pinto —manifestó Jorge a Janet—. Yo tengo el piso allí. ¿Tú qué vas a hacer?

Janet se quedó pensativa.

—Pues yo no tengo ni idea de adónde ir. En teoría... En teoría duermo en casa de Roxy. Pero no da señales de vida.

Hizo ademán de meterse la mano en el bolsillo y sacar su iPhone para llamarla pero, cuando se percató que estaba en los ochenta y la tecnología no los rodeaba, lo disimuló rascándose la pierna.

–Si quieres puedes venirte conmigo –le sugirió él–. Pero vamos, nos piramos a Pinto. Cogemos el metro hasta Atocha y de ahí el Cercanías.

–Sí, vale. Por mí sí –contestó suavemente.

El grupo de *heavies* comenzó a caminar calle arriba, la mayoría de chicos pegando voces aún con una buena borrachera encima, y la pareja en silencio hasta llegar al metro de El Carmen. Llevando el cansancio encima de toda la noche y junto al grupo de *heavies* borrachos, esperaron hasta llegar a Atocha Renfe, haciendo incluso un transbordo en el metro.

Quedaban varias paradas para llegar a su destino cuando Jorge miró su reloj de pulsera. Un chico de pelo rizado y rubio le comentó:

–Me parece que no llegamos a coger el siguiente, tío.

–Ya, eso veo –contestó Jorge con normalidad–. Pues como no lo pillemos, me da a mí que estaremos un buen rato esperando, porque además es domingo y tardan más tiempo en pasar.

–Ya sabes lo que hay que hacer entonces, ¿no? –le propuso sonriendo, y Jorge sonrió con él.

Al cabo de pocos minutos, llegaron a Atocha, deprisa para coger el tren Cercanías dirección Aranjuez que paraba antes en Pinto, mientras algunos iban aún riendo y pegando brincos.

Atravesaron la estación de Atocha entre la gente madrugadora que se movía un domingo por la mañana en Madrid, hasta llegar a la zona de la que partían los cercanías.

–¡Argh! –exclamó uno de los jóvenes, y al mirar todo el grupo el mismo panel, la mayoría hicieron lo mismo que él: pusieron cara de amargura–. Lo hemos perdido.

–¡Pues nada –expuso un anónimo del grupo–, a Fuenlabrada y después a Pinto!

Pero antes de que terminara de decir dichas palabras, la mayoría fue a la taquilla a por un billete dirección Fuenlabrada, como si no fuera la primera vez que les ocurría aquello.

Janet no entendía qué estaba ocurriendo.

–Es que vamos a Fuenlabrada y de ahí a Pinto *a dedo*.

–¿*A dedo*? –preguntó ella, frunciendo el entrecejo.

–Claro, *a dedo*. Qué remedio.

Pero Janet no hizo más preguntas. Tampoco entendía qué era aquello de *a dedo*.

El siguiente tren salía en menos de cinco minutos. Esperaron el tiempo que le quedaba a la máquina para llegar mientras el grupo hablaba y no se desanimaba en ningún momento, en contraste con Jorge y Janet, que se habían sentado en el suelo.

Cuando llegó el convoy, accedieron a él y luego partió. Por la ventana podía verse que ya pasaban de las siete al ser de día y empezar a aclararse la mañana cada vez más. En el ambiente se respiraba un frío helado de septiembre, y por la ventana, entre la claridad, una espesa niebla que tapaba el paisaje.

Más tarde, y Janet aún con la duda en la cabeza de qué era lo que pretendían, alcanzaron Fuenlabrada. Bajaron del vagón y anduvieron varios minutos hasta llegar a una ancha avenida en la que pasaban los coches. Aún riéndose y exclamando pequeñas frases del tipo «¡Venga, todos a sacar el dedo!», sacaron el dedo pulgar señalando la dirección a la que iban los coches en la travesía.

–Vale, ahora lo entiendo. ¿Ir hasta Pinto en un coche de alguien que no conocemos absolutamente de nada? –preguntó incómoda, como si fuera una queja. Jorge se rio.

–¿En serio no sabías lo que era *a dedo*?

Quizá en 2052 era algo impensable y muy peligroso, pero desde luego, allí parecía lo más normal.

–Bueno, algo había visto por la tele en alguna serie, pero nunca me he montado en el coche de un desconocido. Tengo entendido que es muy peligroso.

–Hay gente que viaja en autostop, moviéndose de ciudad en ciudad, incluso. No tiene por qué pasar nada, digo yo... Esta avenida lleva a Pinto, que queda cerca de Fuenlabrada. Y mira, parece que un coche ha parado.

Acababa de detenerse, poniendo los cuatro intermitentes, nada más y nada menos que un clásico Ford Fiesta rojo de mitad de los ochenta. El grupo entero fue hasta el vehículo, que al bajar las ventanillas se oyó nada más y nada menos que *Invaders* de Iron Maiden a todo volumen.

Un melenudo de pelo largo y camiseta de Helloween estaba de conductor. De copiloto una chica rubia de pelo rizado con laca, y atrás otra mujer con el pelo moreno y liso. Aparentemente venían de fiesta y no conocían a ninguno del grupo que había sacado el dedo pulgar.

–¡*Bonjour!* –exclamó alegremente la fémina copiloto, con acento francés. El grupo de *heavies* contestaron a la vez sin entenderse casi nada, con frases del tipo: «¿Qué hay, Rubia?», «¿Tenéis algún hueco pa' Pinto?», «¡¡Esos Maiden!!», «¿Vais solos?»...

El conductor moreno y de pelo largo que le tapaba media oreja, preguntó entre todas las preguntas y exclamaciones:

–¿Qué vais, a Pinto? Nosotros a Ciempozuelos, pero os dejo en Pinto si queréis.

El grupo volvió a estallar en exclamaciones y gritos, pero sólo había dos huecos en el coche

–¿Venís del Canci? –insistió el piloto–. Porque nosotros de la Argenta –refiriéndose a la Sala Argentina del barrio San Blas–. Y antes hemos estado en la Sukursal. Bueno... Sólo tengo dos huecos en el coche... O los que queráis o penséis que podáis caber, entrad –concluyó con una sonrisa pícara.

–Espera, espera –dijo uno del grupo con un cigarro en la mano y una camiseta totalmente blanca, con la chaqueta de cuero encima–, vamos a ver si varios podemos apañarnos.

La copiloto salió y éste se metió en el coche hasta ponerse al lado de la fémina que iba detrás, susurrando un «Hola, preciosa» con voz muy ronca. Un chico más se subió a su lado.

–¡Venga, donde caben tres, caben cuatro! ¡Súbete, Adri! –exclamó gritando el que acababa de entrar y aún con el asiento echado hacia adelante. Se apretujaron y accedió un chico más–. ¡Espera, aún hay hueco para otro!

Y otro muchacho subió, pasando por encima del último *heavy* que se había subido y luego llegando hasta el final donde estaba la morena, sentándose encima de ella.

–Tú tranquila que no peso nada, soy todo huesos –le dijo a ella, que no se lo tomó a mal, aunque puso cara amarga. Aun así, no mintió al decirle que no pesaba nada.

Cuando parecía que el coche estaba a tope y no cabía nadie más, alguien gritó «¡Que voy, que voy!» y un octavo pasajero corrió hasta tirarse de plancha encima de los cinco ocupantes traseros y, quedándose boca abajo y encogiéndose las piernas hacia arriba, supo caber perfectamente.

El conductor estaba alucinando y la copiloto entró, cerrando la puerta tras de sí.

–Agarraos como podáis, ¿eh? –sugirió el conductor. Aún con el casete de *The number of the beast* de Iron Maiden sonando de fondo, puso la primera marcha, subió el volumen y salieron a toda velocidad.

Janet estaba fascinada. Nunca había visto nada igual.

Quedaban cuatro en pie: Janet, Jorge y otra pareja.

Los vehículos pasaban de largo mientras Mario y el otro joven sacaban el dedo pulgar, pero no paró ningún coche.

Al cabo de unos minutos, uno de ellos se detuvo. Iba conducido por un joven de pelo corto y camiseta totalmente negra.

–¿Qué pasa, nadie os para por *heavies*? –preguntó con gracia– ¿Dónde vais?

–A Pinto –respondió Jorge.

–Yo también, entro a trabajar ahora a las nueve. Subid.

Y fue una suerte que hubiera hueco para los cuatro y fueran a Pinto directamente.

Mientras el coche arrancaba, el conductor, que no conocían de nada, con total naturalidad comenzó a charlar con ellos.

–Yo solía ir antes a conciertos y demás, ahora la verdad es que he perdido la costumbre. Incluso una temporada llevé el pelo largo pero me lo corté.

–¿Por qué, tío? –preguntó la chica que Janet no conocía y que había subido con ellos.

–No sé, cambié de aires y perdí la costumbre. ¿Venís del Canci, por casualidad?

–Sí, justo –respondió la joven de antes.

–Yo hará unos dos años que no voy. Fui unas cuantas veces en mi época del pelo largo, solía escuchar Obús y todos aquellos grupos, como la mayoría de mis amigos. Pero bueno, vosotros seguid al pie del cañón, yo tengo muy buenos recuerdos de la época que era *heavy*. Me lo pasaba muy bien, la verdad. Pero es un género que últimamente está en decadencia o esa sensación me da a mí. Ya no se oye tanto *heavy* como antes, quizá más *rock* comercial.

Al cabo de un rato pararon en Pinto y los cuatro ocupantes bajaron. El grupo se separó en dirección opuesta y Jorge abrazó a Janet cuando la vio muerta de frío, sin dejar de caminar, para que entrara en calor.

Alcanzaron su domicilio poco después. Fueron a la habitación de Jorge, decorada con pósters de grupos y carátulas de vinilos, y se sentaron tranquilamente en la cama, agotados por aquella noche que ya se había terminado. Comenzaba a ser de día y a través de la ventana ya se veía el cielo azul.

Jorge contempló a la joven y Janet posó también la mirada en él. El muchacho le sonrió mientras no le quitaba ojo.

–Eres... Eres lo más bonito que he visto nunca –y Janet sonrió sin saber qué decir–. Eres lo más noble y tierno que puedo haber conocido aquí.

Janet se quedaba totalmente sin habla. Surgieron varios segundos de silencio mientras se miraban a los ojos y Janet le sonreía suavemente.

–Tú eres el chico con el que siempre he soñado.

Y continuaron mirándose durante varios segundos más.

–Janet... –dijo su nombre sintiéndolo y deletreándolo bien, como si sólo escucharlo le produjera felicidad–. Es que hasta tu nombre es perfecto y coincide. Llevo esperándote mucho tiempo, no tienes ni idea de cuánto...

Parecía emocionado y sincero. No podía apartar su vista de ella.

–No tengo palabras –continuó él–. Gracias por haber venido a mi vida. No pienso dejarte marchar nunca más.

Janet continuó sonriéndole suavemente, alabada.

Sin embargo, su sonrisa se borró en cuestión de pocos segundos: había olvidado completamente en qué época estaba y dentro de poco tendría que volver a 2052.

–¿Ocurre algo? –preguntó Jorge.

–Sí, por desgracia, sí –contestó rotundamente.

Jorge se sobrecogió y le preguntó qué era lo que ocurría.

–Pues verás, a ver, es difícil de explicar...

Janet pensó rápido. ¿Le iba a creer si decía que había viajado en el tiempo y en realidad pertenecía al futuro?

—A ver, Jorge, verás... Yo no soy de aquí, o sea, sí de Zaragoza, sí, por eso vengo tan poco. Pero aparte, tengo una enfermedad que... —explicaba, y el chico se sorprendió, preguntándose de qué se trataba—. Bueno... Es que es difícil de explicar, pero... Pero hace que tenga que irme a urgencias como una flecha.

—¿De qué se trata? —preguntó deseando saber más.

—Créeme, no lo entenderás... Mi vida no corre peligro, no te preocupes. Pero suelo ir a menudo a urgencias cuando me entran dolores.

—Ya veo —murmuró Jorge, resoplando—. Me puedo hacer una idea.. Eso sí: no quiero perder el contacto contigo ni quiero que vuelva a pasar mucho tiempo hasta que nos volvamos a ver. Créeme que te ayudaré con tu enfermedad o con lo que haga falta, a superar lo que sea que es. Por ti hago y doy cualquier cosa.

Continuaron mirándose y se besaron romántica y apasionadamente, tumbándose en la cama.

Janet quedó boca arriba y Jorge encima de ésta. Poco después, en medio del largo beso, Jorge intentó quitarle el chaleco a la joven. A Janet se le aceleró el corazón.

El joven consiguió quitárselo en mitad del beso y, un instante después, lo intentó con la camiseta, dándose cuenta la joven de lo que pretendía.

Janet se asustó y abrió los ojos, levantándose de golpe mientras éste quedaba a un costado de ella.

—¿Qué?... —preguntó Jorge con inocencia, intentando no haber hecho nada mal.

—Pues... que creo que sé por dónde vas —le explicó—. Y digamos que es la primera vez que hago esto...

Jorge asintió.

—Entiendo... Lo siento.

—¡No, sentirlo nada! —respondió al instante Janet, subiendo el tono de voz—. Sólo que, bueno, no sé si estoy preparada... Son muchas cosas, y tampoco sé si... No sé, he cogido confianza contigo muy rápido, lo cual es bueno, pero por otro lado...

Jorge asintió.

Janet se acercó a él y le agarró del hombro contiguo.

—No, a ver, no te lo tomes a mal... Entiende mi situación y...

—Te entiendo, no te preocupes —respondió ahora algo triste—. Has de tener las ideas claras, es normal. Yo contigo sí que las tengo, no paro de pensar en ti desde que te conocí, y cada vez que te veo, como ya te digo, siento algo por dentro que me conmueve y me irrita a la vez.

Janet se sonrojó. Aunque le parecía muy extraño que alguien hubiera sentido algo tan fuerte con ella tan sólo conociéndola varias noches.

—¿En serio?

—¡Claro que sí! Evidentemente, te respeto si no quieres. Como si me dices que no te vuelva a tocar. Soy capaz de hacerlo —agachó la cabeza durante un instante de silencio—. Al margen de esto, quiero preguntarte algo.

—Dime —respondió Janet.

Jorge, nervioso y deseoso de llegar más lejos, comenzó a recitar:

—Quiero... ¡Quiero llegar a más! Quiero estar contigo... Quiero conocerte. ¡Quiero conocerte más! Puedo dar por ti lo que haga falta. ¡Quiero intentarlo! Para mí eres un sueño hecho realidad. ¿Saldrías conmigo? ¿Serías capaz de darme una oportunidad aunque sea en un futuro?

Y se produjo un silencio en la habitación, en la cual sólo se oía el sonido de algún coche ruidoso que pasaba por la calle contigua a la habitación.

—Pues... —se atrevió a pronunciar Janet después de un pequeño instante incómodo—. No te

quiero decir que no... Es más, no puedo decirte que no –volvió a guardar silencio–. Pero ahora tampoco puedo decirte que sí.

Y de nuevo la habitación se quedó muda de palabras, pero Janet retomó enseguida.

–Digamos que –continuó Janet– es por mi enfermedad, la que te comentaba antes. Pero no te estoy rechazando, no lo interpretes así. Nunca había sido tan feliz con una persona, créeme. Y créeme también que eres un sueño hecho realidad para mí. Pero dame algo de tiempo para pensármelo.

Jorge asintió.

–¿Cuánto tiempo? –preguntó.

–Dame aunque sea una semana para meditarlo todo. En serio, lo necesito. Y, si quieres, podemos seguir conociéndonos y ver hasta dónde somos capaces de llegar.

Jorge sonrió por fin, sabiendo que en una semana tendría su respuesta.

–Claro. Pues el sábado que viene podemos volver a vernos y lo hablamos.

Janet también le sonrió y le dio un abrazo fuerte, cariñoso y afectivo.

–Te quiero –le dijo la joven al oído. Las palabras le habían salido solas, sin medirlas, sin meditarlas. Y fue la primera vez que las recitó.

Jorge se sorprendió y sintió un alivio enorme por dentro.

Todavía no se habían soltado cuando respondió:

–Y yo a ti.

Janet comenzó a encontrarse cansada y a perder la consciencia en cuestión de segundos.

Todavía abrazada a él, sus lágrimas comenzaron a brotar por su rostro. Sabía que era la hora de despedirse y daría cualquier cosa por quedarse con él para siempre, abrazada, sintiendo su cariño y su calor.

Pero tenía que regresar, había llegado la hora.

–¿Nos acostamos? Tengo sueño –le preguntó Jorge poco después.

–Claro...

Se acostaron suavemente y se abrazaron. Jorge no se percató de las lágrimas de la joven, ya que se encontraba tan, tan agotado que no pudo decir nada más y comenzó a dormirse al instante.

Janet estaba agarrada fuertemente a él. Hubiera dado cualquier cosa por quedarse allí.

No quería marcharse, pero estaba perdiendo la consciencia y notaba cómo poco a poco iba decayendo, percibiendo cómo todo lo que había a su alrededor perdía color y se desvanecía..., entrando en un profundo sueño y marchándose, así, del lugar y del tiempo en el que se encontraba.

Now you're gone

Menudo verano. Cada día que pasaba era más surrealista que el anterior.

El domingo amanecieron las dos amigas como si acabaran de jugar un combate de boxeo: aún vestidas, sudadas y sin ganas de ponerse en pie siquiera.

Un buen rato estuvieron despiertas mirando al techo, sin decir ni una sola palabra y sin apenas moverse, pero dándole vueltas a la noche de la que habían regresado.

Después, por fin, Janet fue la primera en hablar.

–Te toca contarme dónde narices te metiste anoche.

–Digamos que me fui con Juli –sonrió Roxy.

–¿Pero fuera? Porque en la sala no te vi durante las últimas horas.

–Pues a ver, que recuerde... Estuvimos gran parte de la noche en la sala. Luego nos fuimos fuera un rato y...

Se quedó callada y pensativa.

–¿Y? –insistió Janet para que continuara.

–Y nos piramos por ahí, sin más.

–¿Juli y tú? ¿Solos?

–Sí. Nos fuimos por ahí a dar vueltas, lejos de las miradas de la gente y donde pudiéramos hablar tranquilamente. Total, no te iba a perder de vista; nos íbamos a encontrar aquí sí o sí.

Y volvió a reír. Janet prosiguió:

–Dando vueltas los dos... Claro, seguro que como niños buenos que se portaban bien, por eso queríais estar solos. ¿A que sí? –enunció Janet con ironía. Roxy carcajeó y no le contestó—. No, pero dime –insistió ella.

–Imagínatelo tú sola y ya está –concluyó Roxy como punto y final sobre el tema, entre risas, pero sin querer contar más.

Aquella misma tarde, Janet cogió el vuelo de vuelta a Zaragoza. Allí la esperaba su padre, que pronto le cogería su maleta de mano.

–Oye, Janet –preguntó Mario mientras conducía de vuelta–, al final los exámenes, ¿cuándo te dan la nota?

Janet se quedó callada por unos segundos. Ya se le había olvidado por completo.

–¿Janet?

–Sí, Mario. Te oigo. Pues...

Y se volvió a quedar pensativa, pero no sabía qué decirle. Solamente podía serle sincera.

–Pues verás... Siéndote sincera... Me quedé durmiendo y no fui.

Y se produjo un silencio en el coche. Janet ya pensaba que Mario se cabrearía y le echaría la bronca.

Pero no. En su lugar, se preocupó e incluso parecía molesto consigo mismo.

–¿En serio? –preguntó– Pues vaya faena... ¿Entonces no los hiciste?

–No, Mario. No los hice. La verdad es que estaba muy cansada... –varios segundos de silencio incómodo regresaron a la escena–. ¿Para qué te voy a engañar? Sí, estaba muy cansada. Ni me

enteré cuando me sonó el iPhone, pero mi intención era presentarme.

—Ay, Janet, qué voy a hacer contigo —finalizó, aún preocupado pero sin irritarse—. Pero no le digas nada de esto a tu madre, ya me encargaré de hablarlo tranquilamente esta noche o mañana con ella.

Al día siguiente, Janet miraba por la ventana desde su casa de ladrillo a aquellos altos edificios de acero que divisaba. La vida en aquella época era muy diferente a la de los ochenta; bien era verdad que había muchas comodidades según todo había ido avanzando en setenta años. Pero otras, la gran mayoría, las echaba de menos, empezando por la música que predominaba.

Tampoco había día que no pensara en Jorge. Ya no era un anónimo a quien estaba conociendo; se había convertido en mucho más. Ahora sabía lo que él sentía y, por lo que le dio a entender, estaba loco por ella y era capaz de dar cualquier cosa.

¿Quién le iba a decir a ella que aquel chico que se quedó mirando en el metro llegaría tan lejos? Pero Janet no lo podía evitar: estaba enamorada de él de manera irremediable e inintencionada. Cuando llegara el próximo fin de semana, aunque no había quedado con Roxy, lo más probable es que volviera a despertar en los ochenta. Al menos, eso esperaba. Y, esta vez, tendría que darle una respuesta y explicación como le prometió que haría.

¿Qué le diría? ¿Le tomaría en serio si le contaba la verdad?

Así estuvo la joven, día y noche dándole vueltas al tema y preparándose para cuando llegara el fin de semana. También hablando con su mejor amiga por Skype todos los días, contándole lo que sentía y sin tener claro qué excusa ponerle o acceder a él y contarle toda la paradójica verdad.

Janet se había olvidado ya de lo surrealista que era aquello de despertarse en los ochenta. Ya no era una mera obsesión como pensaba al principio, ni tampoco un vulgar sueño. Estaba viviendo aquellos años una y otra vez. Estaba creando una doble vida que le importaba más que la suya propia.

Daba igual dónde se quedara dormida. ¿Por qué ahora se despertaba en Madrid aunque estuviera en Zaragoza?

Parecía que el destino quisiera que cada fin de semana se desvelara en la capital del país para que fuera a la Sala Canciller a ver a su chico.

La semana fue larga, muy larga. Janet le daba vueltas a todo, pero no podía decirle nada claro a Jorge si ella tampoco tenía en mente la razón de todo aquello, aunque tenía la sensación de que pronto acabaría descubriéndola. Mientras tanto, sólo le quedaba disfrutar; era lo único que sabía.

Cuanto más se acercaba el fin de semana, más nerviosa estaba. El corazón se le aceleraba sólo de pensarlo y le costaba dormir, dándole vueltas a todo. Para colmo, los discos que escuchaba a diario le estaban marcando más que nunca. ¿Hasta dónde merecía la pena llegar? La joven era consciente de que aquello le estaba tocando profundamente de por vida y, cuando acabara, ella ya no sería la misma.

El viernes por la mañana, Janet oyó gritos fuera de su habitación.

A continuación, pasos fuertes y uniformes de su madre acercándose por el pasillo.

Le abrió la puerta de golpe mientras aún estaba medio dormida.

—¡JANET! ¿¡QUÉ ES ESO DE QUE NO TE HAS PRESENTADO A LOS EXÁMENES!?

Janet, aún dormida, cogió aire.

—Flor, por favor —murmuró Mario de fondo—, que empezábamos a ir mejor y llevábamos tiempo sin discutir...

Los gritos de Flor retumbaban en toda la casa y se oían en parte del edificio.

—¡PUES VENGA! ¡DEFIÉNDELA COMO HACES SIEMPRE! ¡DIOS MÍO! ¡CASA DE

LOCOS!

Y abandonó la habitación. Mario desde el umbral de la puerta se quedó mirando a Janet. Negó con la cabeza y se fue.

La muchacha no pudo evitar querer evadirse y largarse lejos de aquello, muy lejos, y no volver. Soñando, más que nunca, con que llegara el día en que se quedara en los ochenta y ya no volviera más al infierno que era 2052.

Durante el resto del día parecía que las cosas estaban más calmadas. Flor y Mario hicieron la comida pacíficamente, comieron con Janet y con la radio sonando de fondo. Comentando y hablando con calma como si no hubiera pasado nada aquella mañana.

Y lo mismo ocurrió por la noche: el matrimonio hizo la cena y conversó intentando mantener la serenidad. Mario parecía serio e intentaba hablar lo mínimo que se podía permitir.

Un rato después, Janet se metió en la cama mientras escuchaba música de fondo, cuando Mario le tocó y entró a la habitación.

—Hija, escúchame... Sólo me quedaba serle sincero a tu madre..., de verdad.

Janet asintió, entendiéndolo desde el primer momento.

—Tengo que ser sincero siempre, en cada instante de mi vida con cada persona. Incluso aún me quedan cosas que contarle a Flor... que no sé cómo se lo tomará...

La cara amarga que puso Mario no la había visto Janet jamás.

—¿Qué cosas? —preguntó, preocupada.

—Cosas, Janet, cosas. Ya te enterarás en su momento... Pero debería contárselo al margen de cómo se lo tome, de si grita o no grita, que esperemos que no. Pero me queda solamente contarle lo más importante de todo... Entonces, puede que las cosas vayan peor en casa...

Janet guardó silencio mientras Mario abandonaba la habitación.

—¿Es algo malo? ¿Peligroso? ¿Te tendrás que ir otra vez y no volver? —preguntó la joven, asustada y sin querer perderlo.

—No, cariño, no. No te preocupes. Tu madre y yo... Bueno, digamos que tenemos importantes cosas de que hablar... Y todo podría acabar mucho peor de como están, por desgracia mía. Porque yo intentaré calmarla y hablar con ella como si mi vida fuera en ello.

Poco después, abandonó su cuarto sin tener mucho más que añadir.

Janet se quedó meditando, triste y angustiada porque, al parecer, los problemas que tenían sus padres no habían terminado ahí, sino que aún quedaban peores situaciones.

Con otra preocupación más en mente, se quedó durmiendo deseando viajar a los ochenta de nuevo en cuanto se despertara, pero esta vez mucho más intranquila que las veces anteriores a causa de la última conversación que había tenido con Mario.

Y así fue: Janet se despertó en la habitación de Roxy, con su amiga durmiendo en la otra cama, a su costado.

Sin embargo, debido a la preocupación y nervios que rondaban en su cabeza, esta vez Janet no sonrió al despertarse ni pudo alegrarse tanto como anteriores situaciones.

La semana se había acabado y esta vez tendría que darle una respuesta clara a Jorge, pero aún no sabía si contarle la verdad.

Las dos amigas se levantaron haciendo la rutina de siempre. Era medio día y, por el momento, Janet al menos no se había dado cuenta aún de un detalle que le iba a romper todos los esquemas en cuanto a sus ralladuras de cabeza y le iba a traer peores consecuencias.

Estaban terminando de cenar y sin arreglarse todavía cuando se le ocurrió mirar su DNI.

Puso cara de sorpresa, luego de irritación y después de tristeza, una detrás de otra.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —preguntó Roxy, intranquila y acercándose a su amiga para verle el documento de identidad.

Se llevó las manos a la boca y puso la misma cara que la rubia.

—No puede ser... —susurró Janet, triste y débil— ¡No puede ser!

Pero ninguna de las dos terminaba de creérselo. Se encontraban a finales de 1990. ¡Habían pasado más de dos años desde la última vez que estuvieron en la discoteca! Ambas estaban convencidas de que habían viajado solamente a la semana después de los hechos, como había pasado en anteriores ocasiones.

Evidentemente, Janet en quien pensó inmediatamente fue en Jorge. ¡Pero no dependía de ellas el jugar con el espacio y el tiempo! Es más, ¡no sabían de qué dependía!

—Tenemos que irnos... ¡Tenemos que ir a buscarle pero ya! —exclamó Janet, obsesionada y preocupada.

Se arreglaron rápidamente, cogieron el metro y se plantaron en la sala, esta vez más angustiosas e intranquilas. Si ya estaba todo muy torcido, la jugada les había salido mal y se habían despertado donde no querían.

Quizá, demasiado tarde.

Bajaron las escaleras hasta llegar al ambiente fiestero que allí solía haber. Poco había cambiado todo en dos años.

Comenzaron a investigar entre la multitud, buscando a Jorge o a Juli, subiendo y bajando escaleras, pero ni rastro de ellos.

Janet, vencida tras un rato de búsqueda, se sentó en un sillón que estaba libre, negando con la cabeza, humedeciéndose los ojos de manera irremediable y, finalmente, llorando.

Roxy se agachó a su lado e intentó consolarla. «No llores, tía», le susurró, agarrándola del hombro contrario. Pero Janet no podía evitarlo.

Sin embargo, en el instante en que Roxy miró al frente y quitó la vista de su amiga, distinguió a Jorge, con una cerveza en la mano y camino de bajar al piso inferior por las escaleras.

—¡Janet, allí está! ¡Mira!

Alzó la cabeza y divisó a Jorge bajando al piso inferior.

Janet salió corriendo con Roxy detrás, sin saber muy bien por qué ni qué declarar.

Descendieron y se toparon con Jorge enseguida. Éste permanecía sin moverse, con su cerveza en la mano y con cara mustia, mirando el videoclip de Ozzy Osbourne que estaban proyectando en la gran pantalla.

Janet se plantó de frente a él, dibujando el muchacho un rostro enorme de sorpresa, como si no se lo esperara. Y, acto seguido, la abrazó fuertemente hasta cortarle la respiración.

—¡Janet...! ¿Dónde...? —se preguntaba, respirando fuertemente y cogiendo el aliento, ya que se le había encogido el corazón.

Era un tanto extraño que, dos años después, Jorge se comportara de aquella manera. ¡Dos años después!

Terminó el abrazo y Janet intentó excusarse.

—¡Lo siento! ¡De verdad que lo siento...! No dependía de mí y... ¡No quería aparecer por aquí tan tarde!

Éste cambió su rostro iluminado por otro más severo.

—¿Tan tarde? ¿Y habíamos quedado a la semana siguiente? ¡Han pasado casi dos años, Janet! ¡Dos años! —exclamó Jorge sin comprender nada.

Janet no pudo evitar romper a llorar, susurrarle varias veces que lo sentía y darle otro abrazo.

—No puedo... No puedo parar. He llegado aquí llorando, te lo prometo.

Jorge guardó silencio y se relajó poco a poco.

Janet pudo ver cómo a su lado estaban Roxy y Juli abrazándose y besándose felizmente, siendo un bonito reencuentro después de mucho tiempo del que muy, muy difícilmente esta vez se iban a separar.

—Eso me ha parecido. Tenías pinta de haber llorado cuando te he visto enfrente de mí —confesó Jorge.

Volvieron a guardar silencio. Solo se oía la fuerte música sonando en la discoteca.

—Pero... No lo entiendo —negó Janet—. Han pasado dos años... —afirmaba, ahora, algo incrédula.

—No es cabezonería. Tengo mis razones.

—¿Cómo que tus razones? —preguntó Janet, tambaleando la cabeza.

—No sé para ti, pero para mí ha pasado una eternidad. No hay día que no haya bajado esas escaleras buscándote entre la gente. Y raro es el día, incluso entre semana, que no haya pensado en ti —a ambos se les iluminó el rostro de felicidad—. Te he buscado por todas partes. He preguntado a mucha gente, pero nadie te conocía ni sabía cómo contactar contigo.

»Olvida mi rabia de antes, por favor. Olvídalo. No pienso dejarte escapar nunca más. Quiero ayudarte en los problemas que tengas, quiero formar parte de tu vida... Quiero estar contigo para siempre. ¡De verdad, no exagero! Todo este tiempo tenía la esperanza de que reaparecieras algún día.

Resultaba curiosa la forma en que él estaba seducido de ella, ya que la muchacha era capaz de decirle y sentir exactamente lo mismo. Pero para ella había pasado una semana, ¡y para él habían sido dos años! A la joven le costaba explicárselo.

Janet sonrió antes de volver a hablar.

—Te entiendo perfectamente —le dijo, mirándole a los ojos—. Yo tampoco quiero separarme nunca más de ti. De verdad...

Janet le cogió una mano y se la agarró muy, muy fuerte. Sentía no querer soltarla jamás.

Continuaron mirándose a los ojos de manera romántica.

—Te he estado esperando... Sí, dos años y medio —explicó Jorge—, si hace falta soy capaz de esperarte otros dos, tres, diez... ¡Doce años, si hace falta! ¿Te imaginas? ¡El tiempo que haga falta! ¡Doce años, pues doce años!

Exclamó, inventándose tal locura de cifra para darle a entender a Janet lo que sentía por ella.

—Estás loco. ¿Cómo vas a esperarme doce años? —preguntó siguiéndole la broma.

—Era una exageración —aclaró—. Quería decir, que contigo iría hasta el fin del mundo. Y te puedo demostrar que lo que siento por ti es verídico e intenso...

Janet se puso colorada y le sonrió de nuevo. Volvía a estar radiantemente feliz, como en anteriores ocasiones, olvidándosele todos los problemas que tenía apenas unas horas antes.

Sin embargo, no era consciente que lo peor estaba a punto de llegar y se acabaría.

Acto seguido, se volvieron a besar, esta vez más romántica y apasionadamente.

El roce de labios se prolongó mientras la música sonaba de fondo y el tiempo transcurría. Ninguno de los dos abrió los ojos durante todo el largo contacto; intentaban disfrutarlo hasta el final, como si fuera la última vez que se fueran a besar.

No obstante, en uno de los momentos en que Janet abrió ligeramente un ojo, vio a un joven con el pelo largo, muy parecido a Jorge, enfrente de ellos y de brazos cruzados, mirando la escena con descaro. Algo fuera de lo común a lo que Janet no dio importancia. Quizá algún amigo de Jorge o,

simplemente, algún ebrio.

El beso continuó y continuó, incluso cambiando de posición mientras seguían en medio de la pista de baile, mimándose románticamente y con los ojos cerrados

Sin embargo, Janet, al entreabrir de nuevo un ojo ligeramente y ver a Roxy separada de Juli y de brazos cruzados contemplándolos también, fue lo que le confirmó que algo fuera de lo común ocurría en el lugar.

Se separó de su chico pero éste siguió agarrándola de la cintura. Abrió los ojos del todo, ojeando a Roxy. Jorge paseó también la mirada entre los demás.

Roxy levantó las cejas dos veces a Janet. Pero cuando iba a preguntarle por lo que ocurría, su mirada pasó al del hombre de pelo largo y de brazos cruzados que les observaba descaradamente.

Parecía increíble. Janet se quedó petrificada y con los ojos abiertos. Su padre, Mario, se encontraba allí. Chilló su nombre sin quitarle la vista de encima. Jorge se quedó igual, sin saber qué ocurría ni quién era, pasando la mirada de Janet al hombre que pasaba los cuarenta y que no pegaba en aquella discoteca para gente mayoritariamente joven.

El cuarentón suspiró.

—Hola, Janet. ¿Todo bien? —le sonrió, y su hija pensó que podía ser irónico, pero no había sido así. Disfrutaba de ver a su hija feliz. Sin embargo, a ella no le salieron las palabras.

Janet miró a Roxy, que seguía muy confusa y de brazos cruzados.

—Mira, Janet. Escúchame... Bueno, vámonos. Tenemos que irnos —rotundizó Mario esta vez poniéndose muy serio.

—¿Adónde, papá? —preguntó Janet.

Pero Jorge se separó rápidamente al oír su última pregunta, ya que aún la tenía cogida de la cintura.

—¿Que es tu padre?! —gritó, asustándose y mirando al cuarentón.

Algún día le tenía a pasar factura a Janet el llamar a su padre por su nombre real y no por el de papá.

Pero Janet no quería irse y Mario no podía perder mucho tiempo allí.

Se comenzó a proyectar en la pantalla el videoclip de *Now you're gone* de Whitesnake. Toda la multitud se detuvo y miró fijamente el video, sin apenas moverse en la lentitud del principio del tema.

—Janet, en serio, tenemos que irnos. No hay mucho tiempo... —insistió Mario.

—¡No, papá, no me quiero ir!

Su padre reiteró.

—En serio, si no nos vamos podría ser peor. Todo esto... —señaló a su alrededor—. Absolutamente todo, te lo explicaré más tarde.

Roxy, por fin, se movió de su posición para llegar hasta Janet y decirle sinceramente:

—Janet, deberíamos irnos... En serio.

Roxy bajó un poco el tono de voz y prosiguió.

—...es posible que esto se nos haya ido un poco de las manos.

Janet siguió inmóvil. Mario, lentamente, la cogió de la mano y empezó a caminar.

—Vámonos, por favor —añadió con tristeza.

Y comenzó a avanzar con Janet detrás, ésta cogida de la mano y cayéndosele las lágrimas, con Roxy siguiéndoles.

—¡Espera! —chilló rápidamente Jorge, que había dado varios pasos detrás de ellos—. ¿Nos veremos a la semana que viene? ¿Pronto?... ¿Nos volveremos a ver?

El pequeño grupo paró la marcha. Mario parecía pensativo y la última pregunta quedó en el

aire. Janet miró a su padre esperando que le contestara él, aún cogida de su mano.

Varios segundos después, Mario miró al muchacho melenudo y le contestó fríamente:

–Lo dudo mucho.

Y continuaron caminando entre la gente, subiendo las escaleras hasta el piso superior. Jorge permaneció mirando cómo se alejaban, asumiendo la derrota.

–Tío –le dijo un colega suyo de repente– están poniendo el nuevo videoclip del último de Whitesnake y estás de espaldas a la pantalla.

Pero a Jorge, a pesar de ser uno de sus grupos favoritos y estar perdiéndoselo, prefirió ver cómo Janet desaparecía de manera misteriosa e inexplicable una vez más, sintiendo que era última vez que la iba a ver mientras escuchaba la canción de fondo, cuya letra le iba a recordar a aquel difícil momento durante el resto de su vida.

Nacido para ganar

Aquella noche, a través del espejo se podía ver a Mario apoyado por un costado en la pared de su habitación, aparentemente tranquilo, con la melena cardada suelta y una mano en el bolsillo. Llevaba puesto un pantalón y chaqueta negra de vestir, con una camisa blanca que contrastaba con el color oscuro de su traje. Su mujer, también con el pelo suelto y un fino vestido blanco de verano, recogía la ropa que veía en los cajones y que le podría servir en los próximos días. Después, la metía sin ningún cuidado en una gran maleta marrón, dejando su ira en cada prenda que echaba.

Al terminar, la cerró rápidamente y con fuerza. Se dio la vuelta y bajó las escaleras de su habitación sin inmutarse de que su marido seguía apoyado en la pared en la misma posición, rozándole con la maleta marrón al pasar por delante de él.

Fue al bajar las escaleras, cuando por fin Mario decidió caminar. Eran tantos los recuerdos en aquel cuarto que se le hacía imposible creer que estaba prácticamente en el fin de su matrimonio.

Janet, que se acababa de despertar el domingo por la mañana, salió de su cuarto al oír el portazo que había pegado Flor con la gruesa puerta de acero de su casa.

Atravesó el salón en busca de alguna respuesta pero no la encontró. Después Mario bajó también, encontrándose con su hija, que se temía lo peor.

Sin terminar el día, en aquel mismo comedor se encontraban Mario y Janet comiendo solos, en silencio. Sin música, ni televisión, ni ordenador, ni ningún aparato electrónico encendido que les entretuviera. Nada más que el silencio mientras comían y hablaban en un tono totalmente pacífico y de pura confianza.

—¿Entonces mamá no va a volver? —preguntó Janet mirando a su padre, cual primera de las mil preguntas que tenía que hacerle. Pero éste no le devolvió la mirada y tampoco respondió—. Dime algo. ¿Qué te ha dicho? ¿Se va por una temporada? ¿No va a volver? ¿Espera a que habléis de nuevo...?

—Demasiado te importa ese tema —respondió Mario al fin—, creo que deberían importarte e interesarte más otros temas, ¿no? No me esperaba que fuera lo primero que me preguntaras.

—Sí, bueno, también. Pero lo de mamá me ha venido antes a la cabeza.

Mario volvió a guardar silencio mientras comía. Janet continuó mirando a su padre todo lo que podía, esperando respuestas.

—Vamos a ver, Janet: todo viene ligado. Me ha costado y sabría que después de todo este tiempo, no sabía si se lo iba a tomar a bien o a mal... Mamá se ha ido porque le he contado todo.

—Todo..., ¿pero el qué? —preguntó Janet.

—Déjame que te lo explique, por pasos —dijo tranquilamente y sin alzar la voz.

Respiró hondo.

—A ver, Janet. Todos estos viajes por el tiempo, que aunque suene increíble... Sí, has viajado por el tiempo. Y yo también. Y Roxy. Pero nadie más.

Guardó un segundo de silencio para que su hija asimilara conforme le contaba y continuó explicando:

—Vamos a ver, Janet. He dedicado mi vida entera a esto. Al estudio de lo que has vivido. Por eso no he aparecido en casa durante meses y por eso tenía que desaparecer una y otra vez: para seguir investigando.

»Mi afición por los años ochenta, y más concretamente por el *heavy*, me han llevado a cometer tal locura de viajar por el tiempo. Cuando tenía doce años, me dí cuenta que estaba todo creado excepto los viajes en el tiempo. Que se podría decir que siguen saliendo series y películas con dichos viajes, pero es todo ciencia ficción. En el mundo real, nadie lo ha conseguido. En el colegio, por aquel entonces, se lo conté a dos de mis compañeros y se rieron de mí.

—¿Qué les contaste? —preguntó ella.

—Que quería dedicarme a la ciencia, claro, para descubrir en un futuro cómo viajar al pasado; para poder viajar a otras épocas que no pude vivir porque no había nacido aún. Aparte, no entendían nada de lo que era el *hard rock* y quería demostrar que creía fuertemente en esta cultura inaceptada. La ciencia ha avanzado mucho, y las películas del siglo veinte y de principios de siglo ya no son ciencia ficción, Janet. La ciencia y la tecnología han evolucionado una barbaridad y cada vez más rápido. Muchas cosas ya se han creado y siempre tuve fe en encontrar una fórmula para esto; mi motivación era totalmente alta en investigar e investigar y aún sigue como tal.

»Quiero decir, que desde entonces me puse como loco a estudiar; me saqué mis estudios, mi carrera... Me fui a estudiar fuera, sacándome los cuatro títulos que ya conoces. Se me haría imposible trabajar con el pelo largo en una empresa tan importante como en la que estoy, ¿no crees? Bueno, ya te lo he contado muchas veces.

»Sin embargo, Janet, antes incluso de que nacieras, encontré la fórmula que nos ha llevado a ti y a mí a viajar por el tiempo hoy. Es una fórmula química intensa y limitada que lo que hace es alterar y modificar la realidad. Esta ciencia totalmente avanzada y extrema puede, por ejemplo, hacer aparecer y desaparecer cosas si yo lo considerara así, al ingerirlo.

—¡Ingiriéndolo! —gritó Janet sorprendida, que tenía los ojos bien abiertos y no quitaba oído a lo que le contaba su padre.

—Sí, hija. Pero ahora hablaremos de eso... E intenta no gritar mucho —susurró Mario intentando mantener un tono moderado—. Vamos a ver, con esta fórmula se puede alterar la realidad y modificarla. He conseguido muchas cosas, entre ellas viajar al pasado, a la época que yo prefiriera, pero no me he atrevido a hacerlo a más de cien años porque es algo muy delicado. Tantos años no podría ser bueno según he investigado; es más, todos estos viajes, Janet, he arriesgado a que te pasara cualquier cosa desafortunada. No por lo que hicieras allí, sino porque, como te digo, es ciencia muy, muy avanzada y no siempre sale bien. Estaba arriesgando a que tu cuerpo se partiera en dos, ¡que un brazo se quedara por el camino! Pero sabía que viajar a los ochenta era tu sueño y tenía que hacerlo para verte feliz.

—Entonces, ¿ha sido, por así decirlo, comiendo? ¿Cómo que comiendo? Porque has dicho ingiriéndolo, ¿no? ¿El qué? —preguntaba Janet impaciente y sin dejar de prestar atención.

—Espera, espera, enseguida llegamos a esa parte.

»A ver, cuando tenías siete años decidí presentarlo oficialmente y estuve tres meses fuera de casa, no sé si te acordarás. Me fui a Canadá, presenté el proyecto y dije qué intenciones tenía. Estaba empezando a conseguir viajar en el tiempo, todavía sin éxito pero acercándome poco a poco, así como explicando sus pros y sus contras. Pero nadie se lo creyó; me tomaron por un chiflado que hacía experimentos en su casa y veía alucinaciones. Recuerda que ya llevaba yo mi pelo largo y a saber qué se pensaron. Quizá, que era un *hippie* que fumaba porros y flipaba en colores. Nadie, absolutamente nadie creyó en el proyecto. Todos creían en los suyos, en seguir investigando a su manera... Incluso me moví por varios países, pero nadie hizo ni caso, por lo que

he seguido avanzando por mi cuenta. Aún queda mucho por investigar, pero como ves, ahora el proyecto está prácticamente terminado y se puede viajar sin problemas... y sin disgustos.

»Bueno, sin problemas... No tengo todo al cien por cien claro, pero a base de experimentos he conseguido muchas hazañas y también viajar a muchas épocas. Como si se tratara de la programación de un juego de ordenador con mil códigos, ¿entiendes? Pues igual, pero experimentando fórmulas químicas sin parar.

»Créeme, ahora que lo he conseguido, nos podríamos hacer ricos... Podría patentar esto, hacerlo nuestro y presentarlo oficialmente. Es posible que nadie me crea, o es posible que el estado lo tome como peligroso y acabe donde tú ya sabes. Si hubiera sido hace treinta años a lo mejor hubiera colado de otra forma... pero hoy en día... ya sabes que el gobierno todo lo ve y todo lo controla y por cualquier historia fuera de lo normal...

Janet seguía escuchando atentamente. Jamás se habría imaginado que fuera su padre quien estaba detrás de todo, y no sólo eso, sino que lo hubiera averiguado todo él sin ayuda de nadie.

—Ahora, sobre lo de ingerirlo. Al tomarlo, tu cuerpo tiende a modificarse, en este caso a viajar a la época que yo programe, como te he explicado. Si te fijas, todas las veces que has viajado tanto tú como Roxy ha sido por mi culpa... Desde aquel bollo que te llevaste a Madrid y que sabía de sobra que no te ibas a comer en el avión y que lo compartirías con tu amiga porque os encantaban. Desde el día del cumpleaños de tu madre que la tarta estaba dividida en dos al ser diabética ella y Carla: al haber echado la fórmula en un lado y en el otro no, viajamos nosotros tres menos ellas, después de sentir debilidad y cansancio. Tu cuerpo empieza a modificarse y nosotros lo que sentimos es una gran somnolencia repentina. Y qué decir del día que os fuisteis de fiesta en Madrid con vuestros amigos y te había dado antes el sobre de ketchup para la cena. También aquel día cenando... Bueno, digamos el primer día que viajaste, por ejemplo, que hice yo la cena...

—¡Espera, espera! ¿Así que tú has viajado también a la vez que yo?

—Todas las veces que has viajado lo he hecho contigo. Os he estado observando en la lejanía y cuidando de vosotras en la medida de lo posible para que no os ocurriera nada. Vaya par de locas huyendo de una hamburguesería por no pagar... —rio, y Janet le devolvió la malévola sonrisa—. Pero muy bueno. De todas formas no os hubieran hecho nada comparado con lo que os hubiese ocurrido hoy en día si os vais de un sitio sin pagar, pero bueno. ¡Vaya error el mío aquella vez de dejaros por ahí sin dinero! Menos mal que os modifiqué los carnets de identidad, por lo menos para que supierais dónde estabais y la edad que seguíais teniendo, la cual nunca cambia.

»Hay veces que no coordino bien las fechas. Ya te digo que esto es algo muy delicado. Por eso a veces no coincidían los fines de semana y tuvisteis que aparecer seis meses o dos años después. Con los lugares tengo menos problema, lo más difícil es coordinar bien las dos épocas... El punto en el que nos encontramos ahora, nuestro presente, y al que nos dirigimos.

»Y sobre tu madre, pues se lo he explicado. La he sentado tranquilamente, me he puesto a hablar con ella para explicarle el caso, como ahora contigo. Ya te lo hice intuir anoche antes de que te fueras a dormir. Se lo he contado todo desde el principio: la ciencia, los viajes tuyos en el tiempo... Pero ya sabes cómo es... Y ésa ha sido su reacción.

—¿De irse? —preguntó la muchacha.

—Bueno, ojala fuera únicamente de irse... De chillarme, de decirme que sus amigas cuando éramos jóvenes tenían razón y que estaba loco, de que no iba a volver, que qué había hecho contigo... Y en fin, mil cosas similares.

»Janet, antes de nada, te pediría que por favor esto no se lo contaras a nadie. Bastante tenemos ya con toda la tensión que hay en el mundo y con el agua al cuello que nos tienen para que estemos

bien controlados.

»Pero bueno, lo que te decía: para viajar en el tiempo, se ingiere una sustancia ya modificada en el laboratorio, que no tiene sabor y tampoco se ve a simple vista. He conseguido hacerla similar a un líquido que tomado en pequeñas cantidades hace el efecto que has vivido...

Pero en aquel momento, en la puerta de acero sonaron tres golpes, y al momento sonó el timbre. Los dos se miraron atemorizados.

—No me ha gustado nada cómo ha sonado eso —se preocupó Mario, y Janet se asustó.

El varón se acercó para abrir la puerta...

—¡Papá, papá! ¡La camiseta! ¡Cámbiatela!

Por si acaso, Mario se cambió la camiseta que llevaba por una sin ningún dibujo que había encima de una silla. La que portaba era una con la portada de *The number of the beast* de Iron Maiden. Acto seguido, se recogió el pelo en una coleta.

—Gracias, hija, por si acaso es mejor prevenir...

Y efectivamente: Mario abrió la puerta y vio a tres agentes de la Seguridad Española, con sus gruesos trajes negros, sus gafas de sol, su casco puesto con la visera levantada y, en su interior, un chaleco antibalas. Armados con pistolas de última tecnología y con sistema de retención láser en su cintura, un par de porras extensibles y esposas negras de hierro.

—Buenas tardes. ¿Usted es Mario García Fernández? —preguntó el primero.

—Sí, soy yo, ¿algún problema, agente?

El policía lo miró de arriba a abajo, viendo sus vaqueros, su camiseta totalmente negra y haciendo una parada en su pelo cardado que terminaba en una coleta, dejando caer una sonrisa idiota.

—Se lo vamos a decir por las buenas, ¿de acuerdo? Tenemos una denuncia hacia usted y tiene que acompañarnos.

A Janet, que no había quitado el oído en toda la escena, no le gustó nada aquello y se acercó hasta la puerta.

El agente agarró a Mario de las muñecas, haciendo fuerza, y le ató con unas esposas negras.

—Le recomiendo que no ponga ninguna resistencia —explicó.

—¡Papá! ¡No! —gritó Janet con todas sus fuerzas viendo cómo lo arrestaban sin culpabilidad alguna y de forma repentina.

Mario no se opuso, pero sabía que quejarse o resistirse podía ser peor.

—Tú cállate, niña, o, si no, te vendrás también con él.

—Pero quiero tener alguna explicación —manifestó Mario intentando mantener la calma. Janet seguía mirando con ojos de ira y sin poder hacer nada.

—Usted sabrá. Se lo tendrá que explicar al Juez por la Democracia, pero de momento acompañenos. ¡Venga, andando! —exclamó mientras lo arrastraba.

—¡No, espere! —chilló Janet—. ¡No ha hecho nada malo!

—Janet, sí que lo he hecho... —manifestó Mario—. Aunque ni tú ni yo lo veamos mal. Pero por desgracia así es si la autoridad lo ordena.

Uno de los agentes golpeó a Mario en la nuca, haciendo que cayera al suelo.

Janet gritó un «¡Papá!» mientras empezaba a llorar. Mario estaba bien, pero había recibido un fuerte golpe.

—¡Venga, andando y déjate de conversaciones! —obligó el agente principal mientras lo ponía en pie y lo arrastraba escaleras abajo.

—¿Y si lo cogemos de la coleta hasta el furgón? —sugirió uno de ellos intentando ser gracioso.

—Mejor no, no sea que te pegue los piojos.

Janet se quedó mirando a través del umbral de la puerta y lo vio todo.

La rabia, ira e impotencia que sentía no se la recomendaría ni a su peor enemigo.

Le dio igual todo.

Explotó:

–¡Meteos las porras por el culo! ¡INCULTOS! ¡PALETOS! ¡VENID A POR MÍ! ¡PAÍS DE MIERDA! ¡MUNDO DE MIERDA! ¡HIJOS DE PUTA!

Dos de ellos se volvieron, decididos, quizá a golpearle también o a llevársela. Aquella última expresión, en aquella época y aunque todos sabían de sobra lo que significaba, era toda una razón legal para ser castigada por la autoridad a pesar de ser menor de edad.

Janet cerró la puerta de acero rápidamente, echando el cerrojo, quedando los policías fuera.

Un agente dio una patada en el acero. La muchacha escuchó un fuerte estruendo y tembló de miedo mientras observaba la puerta cerrada.

Otro golpe seco sonó, pero no ocurrió nada.

–Déjalo, con estas botas no se pueden tirar este tipo de puertas –escuchó Janet murmurar.

–Da igual, vámonos.

La muchacha escuchó sus pasos alejarse por las escaleras.

Ella estaba muy asustada y paralizada todavía, con los ojos húmedos.

Después corrió hasta el ordenador y llamó a Roxy para contarle lo que acababa de ocurrir y la verdadera razón de haber despertado en los ochenta. Tanto tenía que explicarle que no sabía por dónde empezar.

Good girl gone bad

Apenas habían pasado cinco días desde que Mario fue arrestado y llevado a comisaría. Después, había sido encarcelado temporalmente hasta llegado el juicio, pocos días después, al tratarse de un caso de alto riesgo. Así funcionaban las cosas en 2052.

Roxy y sus padres se quedaron en Zaragoza unos días para hacerle compañía a Janet, ya que Flor había abandonado su casa. Su hija no sabía nada de ella y no se atrevía a intentar ver a su padre, sobre todo después de haberle gritado a los agentes que lo detuvieron.

Evidentemente, todo apuntaba a que había sido Flor quien había denunciado a su marido.

—¿Y tu madre, qué? —preguntó Roxy casi al final de una larguísima conversación sobre el tema.

—¿A mi madre? A mi madre no la quiero ni ver. Ha sido la culpable de todo.

—¡Pero, tía, a algún sitio tienes que ir!

—Mira, me da igual lo que les dije a los policías cuando se lo llevaron. Yo soy menor y el castigo sería mínimo, aunque lo malo es que se pusieran a repartir palos sin mirar... Pero bueno, que me da igual. Intentaré evitarlos si los veo, pero voy a buscar a mi padre. Por lo menos quiero hablar con él.

—No, Janet, no. No hagas eso. Mira, mañana es el juicio, ¿no? Espérate, que también estaremos todos allí y te apoyaremos en lo que haga falta. Y según lo que digan, haremos una cosa u otra, ¿vale?

La joven no sabía qué decir. Pero sabía que al día siguiente iba a ser un día muy duro.

Durante aquella semana, tanto el teléfono de su casa como su iPhone no dejaron de sonar, seguramente por familiares por parte de Mario que querrían contactar con Janet para saber con certeza lo que había ocurrido. Pero era tal su cabreo y depresión que no respondió a casi nadie.

El juicio comenzaba a las diez de la mañana en un soleado día de septiembre. Janet, Roxy y sus padres llegaron al alto edificio de acero en el que se iba a celebrar a puertas abiertas. Allí, una multitud permanecía en la entrada, y entre toda la gente se encontraba Flor. Por su rostro, parecía angustiada y sorprendentemente iba a susurrarle algo a su hija.

—Janet... —comenzó a vocalizar, quedándose callada después.

—Déjame en paz. Olvídame para siempre —manifestó Janet con firmeza y severidad, ojeando a otro lugar.

—Janet, hija...

—Ya la has oído, ¿no? —exclamó Roxy, y al levantar Flor la mirada, vio a los tres con la cara agría, como si no fuera una mujer agradable a la vista.

—¡Venga, largo! —gritó Carlos, el padre de Roxy—. ¡Van a encarcelar a Mario de por vida, como mínimo, por tu culpa!

Flor comenzó a alejarse y Janet no pudo evitar derramar alguna lágrima.

—Tranquila, hija, no te preocupes... —susurró María mientras se agachaba y le secaba las lágrimas con los dedos—. Tranquila, que tu verdadera familia está aquí y no nos vamos a separar de ti.

Aquellas palabras consolaron un poco a la muchacha. Alrededor de su madre estaban tanto sus

amigas como sus familiares, todos aparentemente apoyando a Flor.

Al momento, Mario salió de un furgón de la policía que acababa de aparcar en la puerta. Estaba esposado por detrás, con la misma ropa de la semana anterior y con un gesto muy pálido, arrastrado por dos agentes y tratado como si de un asesino sin piedad se tratara.

Se abrió un pasillo en la multitud. Flor sonrió malévolamente, aunque intentó disimularlo.

—¡Papá! —gritó Janet, y su padre volvió la cabeza para buscarla con la mirada, pero los agentes tiraron de él más fuerte en cuanto aminoró el paso.

Después, la sala del juicio comenzó a llenarse poco a poco.

Janet no lo lograba entender. Un juicio, ¿para qué? Mario no había hecho nada malo, aunque las permanentes legislaciones dijeran lo contrario.

No lo podía creer. No quería aceptarlo. Más que nunca, Janet entendió que las leyes sólo estaban hechas a favor e interés de unos pocos y, al resto, perjudicaban más que beneficiaban.

Varios agentes custodiaban alrededor de Mario, que estaba sentado en una silla de hierro algo más apartado que los demás. En el extremo contrario, su mujer.

Janet había entrado al juicio abierto y estaba sentada entre los demás, sin perder ojo en todo momento.

Cuando el *show* empezó, comenzó Flor dando testimonio de lo que había ocurrido durante todas aquellas últimas semanas, pidiendo el divorcio y a la vez acusándolo de maltrato psicológico a ella y a su hija, poniendo en riesgo su vida con peligrosos y oscuros experimentos suyos.

Janet quería hablar, pero no podía. Según pasaba el tiempo, Mario, débil e indefenso, apenas podía salvaguardarse mientras Flor lanzaba ataques que lo culpaban al cien por cien.

El juicio transcurría y continuaban las conversaciones, como si aquello fuera un debate político de televisión; todo un circo que nada tenía que ver con los juicios serios de antaño. El Juez por la Democracia aparentaba posicionarse en Flor desde el primer momento por el tono de voz y las preguntas que le hacía. Mario no pudo hablar mucho porque no le daban la oportunidad.

Janet cada vez se asustaba más por lo que pudiera pasarle a su padre al terminar aquella pesadilla de mañana.

—Soy científico, sí —comentó Mario, respondiendo a una pregunta que le había hecho el juez—. He dedicado mi vida a esto... He experimentado con multitud de fórmulas. Pero, ¿quién se iba a creer tal aberración con la que ella ataca?

—¡Estás mintiendo! —saltó su mujer enseguida—. Por favor... Sea verdad o mentira... Las cosas están claras.

—Puede haber sido una simple excusa para el divorcio, sin fondo ni argumento —intentó defenderse Mario.

Janet no podía hablar, su palabra no servía.

—¡Una excusa para el divorcio!... Por favor, señor juez, mire, ¿usted cree que esta persona está bien? Mire qué pelos... Debería saber cómo es en realidad, en qué ambientes se junta, lo que habitúa a hacer y esa música satánica que escucha...

Janet estaba ardiendo por dentro de la rabia. Su madre sabía de sobra que *esa música satánica* no era nefasta por mucho que afirmara no gustarle. La conocía muy bien y jamás la había atacado de aquella forma con tal de ganar el juicio a toda costa, encarcelar a su marido y llevarse una indemnización.

—¿Cómo dice? —se interesó el juez—. ¿Música satánica?

—Sí, señor. Música *heavy metal*. De esa que pegan gritos, las guitarras suenan distorsionadas y solo hacen más que hablar de violencia y de Satán.

—Es increíble —alucinó Mario—, es el típico argumento fácil que encontraría alguien que ve las cosas desde fuera sin tener ni idea. ¡Pero tú te has venido a conciertos con nosotros! ¡Conmigo y con tu hija! —señaló a Janet entre el público—. ¡A Suecia, a Londres... incluso al *Headbangers Open Air* de Alemania!

Nació un murmullo en la sala y una pequeña risa, como si Mario hablara un idioma diferente. El juez tambaleó la cabeza.

—Señor juez, por favor. Sí que es verdad —prosiguió Flor— que he ido a conciertos de *heavy metal*. Somos una familia y me ha tocado ir a varios, no lo negaré, pero tenía que cumplir. Ahí tiene a mi hija entre el público —señaló también a Janet— con esos pelos y esa chaqueta vaquera con estampas de dibujos de demonios. Tendría que ver cómo tiene su habitación, llena de... de delincuentes y vagabundos con el pelo largo y música diabólica y antisistema en una estantería. —Señaló a Mario—. Él es el único culpable. Él es el responsable. Él le ha influenciado y ha creado ese monstruo.

Janet ardía por dentro. Roxy y sus padres estaban al borde de la desesperación; no podían hacer nada. Si alzaban la voz, el castigo podría ser algo de lo que se arrepentirían de por vida.

—Además, señor Juez por la Democracia —prosiguió, agachándose y sacando algo de una mochila que tenía a sus pies— he traído una prueba. No la tengo de los supuestos viajes en el tiempo y raros experimentos que hizo con nuestra hija, como le comento, pero sí de hasta qué punto hemos llegado en la no cordura.

Sacó una camiseta negra de Mario que reconoció enseguida. En ella aparecía, sin más, la portada de *Holy Diver* de Dio, con un demonio en lo alto entre las montañas, sujetando una cadena en alto, y un hombre en la parte inferior.

Mostró la tela al juez y luego al público, que lanzó un pequeño gemido.

—Así era la música *heavy metal* —explicó el juez—, por suerte un movimiento ya extinguido... o eso parecía —observó a Mario esta vez de arriba abajo, desde sus vaqueros, camiseta totalmente negra y su pelo largo.

Mario ya no sabía con qué defenderse. Además, estaba debilucho después de una semana pasando frío, hambre y sin apenas dormir.

Poco después, el juez miró su reloj de pulsera, negando con la cabeza como si aquello se estuviera alargando más de lo normal y sin darle importancia al resultado final.

Finalmente, explicó:

—No se llega a un acuerdo claro. Aún así, en este caso yo creo que las cosas están muy claras.

»No hay pruebas para testimoniar que lo que haya hecho el señor Mario García, científicamente con su hija que usted narra —señaló a Flor— sea cierto. Es muy poco creíble que esto sea así, tal cual se lo ha contado a usted. De todas formas, creo que una cosa está clara, y es que usted, señor García, no debe estar bien de la cabeza para inventarse tales aberraciones de viajar en el tiempo. Y tenemos la prueba de las nocividades y felonías que tiene metidas en la cabeza con el tema de la oscura y siniestra música *heavy metal* y se las ha transmitido a su hija tal, como acaba de demostrar su mujer y, por supuesto, demuestra su físico.

—¡ALTO! —gritó Janet de repente y con todas sus fuerzas, poniéndose de pie. Todo el mundo, incluido el juez y sus padres, la miraron y guardaron silencio, con algo de temor—. ¡Es mentira! ¡No ha jugado conmigo psicológicamente!

—¿Y usted es? ¿Su hija? —preguntó el Juez por la Democracia—. Háganla callar, por favor.

Varios agentes se acercaron a ella, pero ninguno era el de la semana anterior. La agarraron de un brazo, la levantaron a la fuerza y la apartaron.

—Soltadme... No... Quitadme las manos de encima —susurró con voz ahogada y superando el

terror que sentía por dentro.

La sentaron en otra silla, quedando algo cerca de Flor. Luego uno de los agentes se agachó y le dijo en voz baja, como si le echara la bronca a una niña que se estaba portando mal en el colegio:

–Eres tú muy valiente, ¿no? Pues ¿sabes qué pasa si vuelves a hablar antes de que el juicio termine? –Janet, que temblaba, negó con la cabeza–. Que te podemos llevar a un cuarto oscuro, donde nadie vea ni oiga lo que ocurra dentro. ¿Es eso lo que quieres?

Janet apretó los dientes. Observó a Roxy, que no había dejado de mirar en ningún momento, y la morena asintió.

La rubia se armó de valor, volvió la vista al agente, y respondió lo que pensaba:

–Tú y tu democracia me podéis comer el coño.

Éste dibujó media sonrisa.

–Dentro de poco –asintió, mordiéndose el labio inferior.

El juez, ya cansado, contempló sus dos extremos tan opuestos: a Flor, como una rosa, y a Mario, a punto de caer desvanecido.

–Bien, ya está bien de tonterías. Vamos a acabar con esto que ya es hora de dejar fuera la cordialidad.

Cogió aire. La sala entera mantuvo el aliento.

–Visto lo visto, no queremos especímenes raros en nuestra sociedad como redacta la ley. Así que, señor Mario, queda condenado...

A Janet se le aceleró el corazón e intentó lanzar un grito, pero no le salió la voz.

–...a un delito de alteración del orden público por su vestimenta y filosofía en la sociedad, a un delito de maltrato psicológico por el daño causado a su hija y a su mujer, y a un delito de insumisión a la autoridad por su manifestación rebelde y pública no autorizada como redactan los artículos 85, 45 y 103 de la Constitución Española de 2033. Por lo tanto, queda condenado...

El corazón de Janet iba a salir del pecho y ésta estaba a punto de explotar por dentro.

–...a prisión indefinida y la posterior pena de muerte por orden del Tribunal Supremo de Justicia.

Pegó un golpe con un martillo de metal en la superficie de la mesa, creando un ruido ensordecedor que cerraría el caso.

Rápidamente, los dos agentes que habían arrastrado a Mario hasta allí, lo volvieron a coger para llevárselo de nuevo al furgón.

Janet con lágrimas en los ojos se levantó y fue corriendo detrás.

–¡No, papá, no! ¡No podéis llevároslo!

Todo el mundo se levantó y empezó a salir. Janet tuvo problemas para llegar al exterior porque la multitud se oponía en su camino.

Al alcanzar la calle junto al gentío, sólo pudo percibir el furgón arrancar y alejarse...

Roxy, Carlos y María, que salieron detrás, también lo vieron marcharse.

Todo se volvió gris. Janet no se lo podía creer.

Vio a cámara lenta cómo el vehículo se alejaba más y más...

Y cuando ya estaba desapareciendo de la vista, cayó de rodillas, golpeándose, pero siguió mirando al frente.

Asumió la derrota, los ojos se le humedecieron y empezó a llorar y a llorar, cayendo en una profunda ansiedad...

Roxy bajo la vista a su amiga, derrotada en el suelo.

–Janet... –se acercó y le posó una mano en el hombro.

Janet sollozaba una y otra vez, con la cabeza baja.

–Lo siento, Janet –intervino María.

–Tranquila, nos tienes aquí –enunció Carlos con pena.

Janet se incorporó, se secó las lágrimas rápidamente con las manos y luego se levantó. Volvió la vista a la puerta del juzgado y divisó a Flor saliendo de él, entre risas, junto con dos amigas.

Janet fue corriendo a por ella.

–¡Janet! –chilló Roxy, preocupada por lo que pudiera hacer.

Se adelantaron a la muchacha a toda velocidad, que había levantado el puño, dispuesta a golpear a Flor, y la agarraron por detrás.

–¡ES TU CULPA! ¡TE ODIO! –gritó con todas sus fuerzas.

–Sí que ha hecho daño toda esa porquería que le gustaba a ese colgado –dijo una íntima de Flor.

Carlos, Roxy y María tiraban de Janet.

–Sí, es mi culpa casarse con un loco que se inventa cosas para darme a entender que es un gran científico y se quiere divorciar de mí. Al principio le creía, pero sea verdad o no, yo he conseguido lo que quería.

Finalizó Flor, con orgullo. Janet no podía contener su enorme cabreo.

–¡Te odio...! ¡Te voy a odiar siempre! –Y empezaron a tirar de ella hacia atrás, alejándola–. No quiero volver a verte... ¡Nunca! ¿Te enteras? ¡NUNCA!

Continuaron arrastrándola calle abajo.

Volvieron los cuatro a casa de Janet. Carlos y María prepararon algo de comer con la incertidumbre de no saber lo que iba a pasar a partir de aquel día. El padre de Roxy también estaba afectado por la noticia, pero ahora le preocupaba Janet más que nada. Su vida iba a ser muy diferente a partir de entonces y le iba a costar encontrar un futuro.

Así pasaron otros dos días: en casa de Janet con su amiga intentando apoyarla y animarla en la medida de lo posible.

Pero Janet se rebeló.

–Vamos a ver a Mario. Tengo que hablar con él.

–¿Qué? Pero en la prisión pueden estar los dos que intentaron entrar en tu casa, ¡es peligroso! –le aconsejó Roxy.

–¡Me da igual! ¡No puedo aguantar más!

–Nosotros tendremos que volvernos a Madrid en breve, Janet. ¿Te vas a quedar aquí o te vas a venir?

Rock and roll rebel

Janet se encontraba sola en la Sala Canciller, esperando en uno de los sillones, escuchando *Bark to the moon* de Ozzy Osbourne y con una cerveza en la mano. En cualquier momento iba a aparecer Jorge, habían quedado allí y no había nada de que preocuparse.

Al cabo de un rato esperando, Jorge se dejó ver entre la gente. Janet se levantó de un salto, olvidándose su pequeño tercio de cerveza en el suelo. Se acercó a su chico, con ganas de abrazarle y de besarle como nunca antes.

Pero se despertó y regresó a la pesadilla que era la realidad.

Estaba siendo un sueño y eran las cinco de la mañana. Roxy estaba descansando a su lado, pero ella no podía dormir más. Se había desvelado.

A las once de la mañana se plantaron con el coche en la gran prisión de la ciudad, en las afueras. El horario de visitas comenzaría poco después y tendrían una oportunidad de ver y hablar con Mario.

Tras pasar por varias puertas formadas por rejas, atravesaron un umbral que detectaba los metales, parecido a los que había en los aeropuertos antes de subir al avión. Y, finalmente, una puerta blindada. Desde ahí, un agente de la Seguridad Española los dirigió hasta la zona de visitas. Allí, entraron en una de las cabinas de cristal, que tenían un telefonillo y otro cristal delante para contemplar al preso con quien se iba a mantener la conversación.

–Tenéis diez minutos –autorizó el policía antes de cerrar la puerta de cristal por la que habían accedido.

Al momento, esposado y todavía vigilado por dos agentes, apareció Mario. Llevaba un mono naranja, un número en el pecho, el labio hinchado y ensangrentado, un morado en un pómulo, y lo más traumático de todo: llevaba el pelo completamente rapado.

Tenía un aspecto horrible y los cuatro alucinaron. Janet no lloró, pero sintió rabia por la injusta situación.

Le quitaron las esposas a Mario y los agentes partieron, encerrándolo con llave en la cabina.

Cada uno cogió el telefonillo que tenían a mano.

–Hola, hija –sonrió.

Janet pareció inafectada, como si no terminara de creerse el aspecto que tenía.

–Hola, Mario –contestó su hija.

Comenzó a ser consciente. Mantuvo la calma y la paciencia e intentó hablar poco a poco.

–Es... es increíble lo que han hecho contigo –se paró a mirarle la cabeza con muy poco pelo—. Y te juro que algún día... Y me da igual que no tenga la fuerza ni los medios... Algún día juro vengarme...

–No, Janet, no... Las cosas son como son y me lo merezco...

A Janet se le aceleró el corazón: acababa de estallar.

–¿¡QUE TE LO MERECEES!? ¿¡QUE TE MERECEES EL QUÉ!? –chillaba con todas sus fuerzas, cargada de ira. Un agente que pasaba por detrás de Janet se quedó mirando atónito, preguntándose cómo se atrevía a gritar de esa manera y más en un lugar como aquél—. ¿¡TÚ QUIEN ERES!? ¡TÚ

NO ERES MI PADRE! ¡TE HAN LAVADO EL CEREBRO!

Roxy y Carlos tragarón saliva y le tocaron el hombro con cautela.

—Eh... Janet, que estamos en... —comenzó a decir el padre de Roxy.

—¡ME IMPORTA UNA MIERDA ESTAR EN UNA PRISIÓN! ¡NO ME DA LA GANA CALLARME! ¡Te han comido la cabeza...! ¡ODIO A MI MADRE! ¡PERO AHORA TE ODIO A TI!

Ahora sí, sus ojos comenzaron a brillarse y a llenarse de lágrimas mientras gritaba.

—¡ESO ES LO QUE ME HAS ENSEÑADO TODA MI VIDA, CLARO QUE SÍ! ¡A CONFORMARME! ¡A TENER MIEDO! —chilló esto último con ironía pero cargado de impotencia.

El agente, visiblemente armado en su cinturón, pegó dos golpes en el cristal de la cabina para que no gritara.

—¡NO ME DA LA GANA DE CALLARME, COÑO!

El policía pareció atemorizado y se fue de allí.

Janet prosiguió desahogándose:

—¡ASÍ QUE TE CONFORMAS! ¡TE CONFORMAS! ¡INCREÍBLE! ¡La persona que me ha enseñado a pensar y a saber ver la vida, se conforma! ¡Increíble...! ¡QUÉ DECEPCIÓN!

Mario no dijo nada. Se quedó observando a su hija.

—¿Has terminado ya? —preguntó él tranquilamente.

—No —contestó en su mismo tono, calmada de golpe—. Tienes miedo. Has perdido la batalla.

Se produjeron varios segundos de silencio. Finalmente, Mario sonrió.

—Yo habré perdido la batalla. Tú la has ganado.

Y volvió a sonreír a su hija.

—Mi hija, mi dulce y tímida Janet, aquella pequeña que le daba miedo salir a la calle con una camiseta de algún grupo cuando tenía once años o que se cardó el pelo por primera vez a los siete. Estoy muy orgulloso de ti.

Volvió a sonreírle y prosiguió. Janet seguía muy seria.

Los cuatro escuchaban a través del alto volumen del telefonillo.

—Janet, te has enfrentado a dos policías que me acababan de pegar y arrestar y que medían dos metros, además de ir armados. Estuviste conmigo en el juzgado a muerte, defendiendo lo que tú creías: tu música y tu cultura. Sé que también le chillaste a tu madre porque se lo merecía. Y hoy, aquí, has vuelto a decir lo que piensas, dándote igual que estés en una prisión rodeada de policías.

La muchacha mantuvo silencio, escuchando atentamente, y Mario concluyó:

—Janet, ya no tienes miedo. Eres completamente libre.

Recitó esta última frase como si de una cita conocida para ellos se tratara, mientras levantaba la mano izquierda dibujando una «V» con sus dedos índice y corazón.

Después continuó:

—Ahora sí que he conseguido lo que siempre quería que fueras y, hasta ahora, no te había visto chillar de rabia como lo has hecho estos días.

»Me gustaría decir y afirmar que todo esto no es más que otro experimento; otro sueño como el que has tenido este verano viajando a los ochenta y que despertarás y todo volverá a la normalidad, pero no es así.

»Sin embargo, sí que me gustaría decirte que todo aún puede cambiar. No está todo perdido, y ahora que no tienes miedo, Janet, sé que puedo contar contigo. Y contigo también, Roxy.

La miró, y ésta le sonrió.

—Puede que sea una locura, pero no queda otra —dijo él—. ¿Estáis dispuestas?

Preguntó y ambas asintieron lentamente. María y Carlos, que se encontraban detrás, no quitaban el oído de lo que decía Mario por el telefonillo.

—¿Eso qué es...? ¿Estáis dispuestas sí o no?

Las dos amigas se miraron y asintieron ahora más decididas.

—Perfecto —corroboró Mario—. Bien, escuchadme ahora atentamente —miró a su alrededor y su vista volvió a pasar al frente—. Necesito que vayáis a mi laboratorio al centro de la ciudad. Y no será de forma legal...

Janet y Roxy pusieron cara de asombro. Les había asustado aquella expresión, pero no se iban a echar atrás.

—Así, como suena. Necesito que os coléis en mi oficina cuanto antes. ¡Esta noche! —Janet y Roxy a cada palabra que Mario decía parecían más asustadas—. Sé que os parecerá una locura, pero necesito que lo hagáis las dos juntas. Miradme dónde estoy ahora. Toda mi vida dedicándome a algo para que ahora me metan en el talego. En serio, necesito que entréis al edificio de acero, de ahí a mi oficina y rescatéis todos los experimentos que tengo hechos, y lo que es más importante: el disco duro de mi ordenador y un libro donde he ido anotando todas las experiencias y fórmulas para hacer que esto de viajar en el tiempo se haga realidad. Pero necesito que de esto no digáis absolutamente nada a nadie.

Señaló a los cuatro, ya que los padres de Roxy también permanecían allí y estaban escuchando. Las dos chicas no sabían qué decir, pero estaban dispuestas a hacer todo lo que fuera posible por hacer justicia.

Mario observó sus cercanías nuevamente y continuó:

—Tengo que explicároslo rápido antes de que se me acabe el tiempo. Vamos a ver, esto sólo lo sé yo y creo que a Steve, mi jefe, al que tú conoces, ¿verdad, Janet? —la muchacha asintió con la cabeza—. Sólo por cualquier emergencia necesaria como es ésta... En mi edificio la alarma se activa con cualquier mínimo golpe o ruido fuera de lo normal, y ya sabéis que en cuestión de segundos la policía aparece. Para hacerlo, tendréis que ir a la planta baja de la que era una antigua hamburguesería y que no tiene alarma, que está a varias manzanas. Y evidentemente, es un viejo edificio de ladrillo. Buscadlo.

—¿Y cómo entramos? ¿Está abandonado ahora? —preguntó Roxy, y Mario volvió a ojear a su alrededor.

—No tengo tiempo de explicároslo.

»Voy al grano: entráis, y en el sótano del sitio encontraréis cajas de cartón encima de una alfombra roja mugrienta y vieja. Es posible que haya aún basura, ya que se ha utilizado mucho para guardarla ahí y para que también sea reciclada. Apartáis la alfombra y encontraréis una trampilla para bajar por una vieja y ancha tubería seca que, con lo pequeñas que sois, sólo vosotras cabréis. Habrá diferentes direcciones y cruces, pero tomad la dirección a mi edificio. No estará cerca ni será agradable pasar por allí. Intentad calcularlo bien hasta encontrar unas escalerillas adosadas a la pared y llegaréis a un sótano similar al que acabáis de dejar.

»Subís, levantáis otra trampilla, ¡con mucho cuidado!, y estaréis en el almacén de la sede. A partir de ahí tendréis que ingeniáros las para llegar a la quinta planta. La clave para entrar a mi despacho es 7377, ¿de acuerdo? No es difícil de memorizar.

Las dos chicas parecían haberlo captado todo.

—Por favor, llevad muchísimo cuidado. Yo ya estoy en la cárcel y las penas podrían ser más duras, pero lo digo por vosotras. Sois menores aún, pero aun así os podrían castigar para cuando seáis mayores de edad.

Roxy y Janet se atisbaron con algo de temor, pero con decisión.

—No tengo ni idea de cuándo saldré de aquí aunque sea temporalmente, si es que salgo algún día. Pero lo tengo todo en mi despacho: todos los experimentos, anotaciones y fórmulas. Y no puedo dejarlo allí. Tenéis que rescatarlo todo antes de que alguien se nos adelante. Y de madrugada, para que nadie se percate de ello... ¡Oh, mierda! ¡Ya vienen!

Mario se había girado al oír un ruido. Janet y Roxy se apartaron un poco de la vitrina.

Éste prosiguió lo poco que le dio tiempo, en voz baja:

—¡Tened mucho cuidado! ¡Intentad no hacer nada de ruido! Y lo que es más importante: ¡no se lo contéis a nadie!

Y dichas esas palabras, un par de policías entraron en la cabina de Mario. Colgaron el telefonillo, padre e hija se echaron una última mirada (Mario asintió, como súplica, y Janet sonrió, para asegurarle de que todo saldría bien), y todos dejaron las cabinas.

Al pisar la calle, ambas se quedaron quietas, mirando el horizonte que daba con el cielo azul veraniego. Roxy miró a su amiga mientras los padres de esta última caminaban sin decir una palabra, pero preocupados.

—Pues ya sabes lo que tenemos que hacer —dijo Janet—. Nada me lo va a impedir. Lo voy a hacer por mi padre. Me ha hecho muy feliz desde que nací, me ha dado una razón muy importante para vivir como es la música. Él siempre lo ha dado todo por mí y seguramente haya querido que viajara a los ochenta para hacerme feliz, y lo ha conseguido. Y no voy a permitir que todo acabe en esta pesadilla y desgracia.

Miró a Roxy que todavía no le había quitado ojo de encima y escuchaba atentamente.

—Hoy lo haremos. Esta noche —concluyó emocionada la morena, con valentía y seguridad. Ambas se cerraron en un fuerte abrazo que duró un buen rato.

Cuando se apartaron, con Roxy cogiendo a Janet de la cintura, declaró:

—Todo saldrá bien, ya lo verás. Lo planearemos todo al milímetro en llegar a casa.

Y juntas empezaron a andar sin ningún miedo.

Aquella tarde, Janet sacó toda la ropa totalmente negra que encontró en su armario, e incluso subió a la habitación de sus padres a encontrar más indumentaria similar de Mario y de Flor que les pudiera servir.

Bajaron a una tienda cercana y se compraron dos pasamontañas para que pudieran ocultar su rostro e ir totalmente de negro.

Con toda la ropa preparada encima de la cama de Janet, se quedaron mirándola mientras pensaban en lo que iban a hacer.

—Janet —dijo Roxy—, tenemos que planearlo todo.

Comenzaron las dos amigas mirando por Internet dónde se encontraba aquella antigua hamburguesería y qué ruta deberían seguir en el subsuelo que les había explicado Mario. Janet también intentó recordar cómo era por dentro el edificio de Quimetry para subir sin hacer nada de ruido.

La hora era evidente que iba a ser de madrugada: habían acordado salir de casa de Janet a las tres para llegar a las cuatro al sólido edificio de acero. Parecía que ya habían terminado de planificarlo todo, pero aún faltaban horas para el rescate: todavía eran las nueve de la noche.

Intentando calmar los nervios, Roxy salió al salón y se quedó viendo la televisión. Janet, sin embargo, se quedó en su habitación frente a su ordenador.

¿Realmente merecía la pena todo aquello? ¿Compensaría aquel rescate? ¿Y si las pillaban? Las cosas iban a cambiar mucho. Todo podía ser aún peor.

Los padres de Roxy habían vuelto al hostel donde se hospedaban aquellos días. Evidentemente

estaban preocupados por la situación, pero supieron valorar la madurez y voluntad de las dos muchachas a pesar de su juventud, además de apoyar al cien por cien el rescate de los documentos de Mario.

Janet, sin embargo, por un momento se quedó de bajón anímico, pero no por el cometido.

La extrema situación le había hecho olvidar, al menos por varios días, a Jorge, el muchacho que conoció en los años ochenta y del que se había enamorado sin ningún remedio y al que tuvo que dejar plantado en la sala sin darle ninguna explicación.

Delante de su ordenador, la muchacha se quedó pensativa. ¿Qué fue de él? ¿Seguiría vivo en 2052? ¿Encontraría algún tipo de información del joven en internet?

Abrió el buscador Google y volvió a pensar. ¿Cómo se apellidaba Jorge?

–Jorge... Jorge... ¡Pérez!

Lo escribió en el buscador, pero era un nombre muy común. Aun así, le parecía una idea fantástica; quizá al llegar internet años después, pudiera saber qué fue de aquel joven de diecinueve años a finales de los ochenta. ¿Quién sabía? Quizá descubriría algo sobre él, ya que, lo último que supo, fue el último instante en que se vieron en la Sala Canciller en 1990.

«Jorge Pérez *hard rock*», escribió. Pero siguió sin salir ninguna referencia clara que le llevara a él.

La muchacha se quedó decepcionada. Qué se le iba a hacer, pero le hubiera gustado saber algo más de él.

Cerró la ventana del explorador y se levantó de su silla para ir a su estantería, cuando se le ocurrió una idea.

Volvió a sentarse. Abrió el buscador y escribió: «Jorge Pérez *hard rock fanzine*».

¿Quién sabía si así lograba toparse con él de una forma diferente?

No sirvió de nada, pero no quiso rendirse.

Tecleó de nuevo: «Jorge Pérez *hard rock blogspot*». La búsqueda cargó al instante.

Y funcionó.

La muchacha quedó asombrada con la primera referencia que le salió en el buscador: un tal Jorge Pérez había hecho un blog llamado *Hard Rock freaks*.

Entró, y la última entrada que había (y la primera que apareció) era del año 2002, y por lo que pudo leer por encima, ¡se trataba de Vixen!

¿Sería el mismo Jorge que ella conoció?

En uno de los botones superiores del blog, entre varios, había uno que decía «Biografía».

Janet entró. Después, abrió los ojos como platos y se tuvo que llevar las manos a la boca para no dar un grito.

A la derecha aparecía una foto de Jorge con diez años más que la última vez que lo había visto. Aún tenía el pelo largo, pero no cardado, y unas visibles entradas en su cabeza. En su torso, una camiseta negra y sin mangas con el logo rojo de Vixen.

¡Era él, era Jorge! Y seguía sin poder creérselo: ¡con el logo de Vixen en su camiseta! Pero aquella entrada de Blogger era tan, tan antigua, que tenía medio siglo: parecía que había sido actualizado por última vez en 2002.

Nerviosa y deseosa de saber qué fue de él, accedió a la entrada principal.

Con todo lo que le había ocurrido a Janet los días anteriores, ya tenía hecha la idea en la cabeza de que no volvería a verle más, para su desgracia. Pero allí estaba el chico, en una foto cualquiera a la luz del día, sin perder su esencia doce años después de verle por última vez en 1990.

Janet descendió por el blog, atisbando las diferentes entradas: todas con reseñas de discos y

conciertos, contando experiencias personales relacionadas con la música, la caída del género en la primera mitad de los noventa e incluso una en la que relataba el día en que conoció y entrevistó a Kip Winger.

Ilusionada con haberse topado con él aunque fuera por internet y medio siglo después, se paró ante una entrada en que aparecía posando él con la verdadera Janet Gardner, ni más ni menos, y donde ambos parecían muy jóvenes.

La lectora sonrió y leyó atentamente la entrada, deseosa de descubrir la anécdota que iba a narrar referida a Vixen:

Mi experiencia en la película Hardbodies (1984) y con Vixen.

Cuando tenía 16 años, en uno de mis viajes a Estados Unidos para ir a ver a mi hermano, decidí quedarme una temporada mientras trabajaba en la producción de una película titulada Hardbodies. No sólo fue una gran experiencia cinematográfica, sino también musical, y es que allí me encontré y pude ver en vivo a Vixen, conociendo, además, a su cantante, Janet, una mujer preciosa que cada vez que la miraba se me aceleraba el corazón y sentía algo que nunca jamás había sentido por alguien antes.

El grupo de hard rock, formado únicamente por mujeres y sin ningún disco en la calle, me cautivó cuando aún llenaban salas con sólo veinte personas, pero su cantante en lo personal fue quien más me tocó hondo. No sé explicarlo; nadie de aquí, de Madrid, me había llenado tanto hasta que la vi y la conocí personalmente en el rodaje de aquella película. Claro que sabía que llegar a más era imposible; la cantante me sacaba unos diez años y creo que pareja. Y qué decir si le sumamos el hecho de que era cantante y se hizo inmensamente popular al lanzar el álbum Vixen en 1988. Yo no tenía nada que hacer.

Sin embargo, cuando cumplí los diecinueve, y sin olvidar a Janet Gardner, me volví a enamorar. Parecía que alguien había querido que conociera a aquella chavala que era clavada a la original, ¡y que también se llamaba Janet! Era preciosa.

No sabría explicarlo; fue un amor a primera vista, al igual que con Janet Gardner. Pero desde el instante en que la vi, no me la he podido quitar de la cabeza... Ni siquiera ahora, doce años después. No lo puedo evitar.

¿Era el destino? No tenía ni idea, pero yo estaba alucinando aunque supiera disimularlo. Durante toda la semana estaba deseando volver a Canciller, la sala de conciertos donde la conocí una noche de fiesta, y donde la vi por última vez.

Así nos juntamos durante varias ocasiones. Comenzamos a conversar sin parar; a conocernos, y yo cada día estaba más enamorado de ella, olvidándome por completo de la Janet original.

¿Qué tendrá el amor, ese sentimiento de intensa felicidad que no podemos controlar, ni mucho menos razonar?

Ella desaparecía habitualmente de forma misteriosa y muchas veces sin ni siquiera avisar. Lo alegó a que era una enfermedad que nunca me explicó y que comprendí que no quisiera contarme. Hasta que, un día, un hombre llegó a la discoteca y ambos se marcharon, junto a una amiga suya con la que siempre iba. Nunca volví a ver a ninguno de ellos ni tuve noticia alguna.

Es curioso que hoy, doce años después, me siga acordando de ella. Pero Janet era diferente y nunca he vuelto a sentir nada similar desde entonces.

Sinceramente, me gustaría volver a verla; me gustaría tener alguna respuesta a aquella misteriosa desaparición y a la pregunta que hice y que aún estoy esperando a que me responda. Quizá con lo de que dicen ahora de que internet mejora las comunicaciones, podamos volver a

encontrarnos, pero es una deuda eterna que tengo desde entonces. No puedo negarlo: parecerá mentira que aún no me haya olvidado de ella y muchas noches de insomnio continúe dándole vueltas a lo que podía haber sido, nunca ocurrió y nunca entenderé.

Y sé que escribir esto es muy poco heavy (lo admito), sólo sirve para desahogarme y a nadie le importa, pero es lo que siento ahora mismo y voy a hacer una excepción por hoy...

Así concluía aquella entrada del blog. Janet estaba completamente boquiabierta.

¡Doce años después él seguía enamorado de ella! ¿Cómo era posible?

El mismo lo dijo: el amor era un sentimiento caprichoso que muchas veces, incluso, no atendía a razón.

Janet respiró hondo. Se quedó mirando la pantalla del ordenador y volvió a respirar profundamente. Volvió a leer otra vez la entrada del blog y comenzó a sentirse, incluso, menos temerosa ante la misión que tenían ella y su amiga en pocas horas.

La muchacha también seguía enamorada de Jorge a pesar de los malos momentos que había vivido los días anteriores. No podía evitarlo. Claro que no habían pasado doce años, sino una eterna semana.

Una pequeña bombilla se encendió en su cabeza y Janet fue ágilmente hacia un cajón. Rebuscó en un par de papeles y encontró aquel dibujo de su *chico ideal* que hizo siendo pequeña, y puso cara de sorpresa: había dibujado a Jorge con tan sólo siete años y sin conocerle de nada.

No se lo podía creer. Se había enamorado de él incluso antes de saber de su existencia, pero lo mejor de todo era que al muchacho le había ocurrido lo mismo con respecto a ella por lo que había confesado en internet.

Dejó el dibujo a un lado y volvió a mirar la pantalla. Se armó de valor.

—No seré un mal recuerdo para la posteridad. Lo haré por ti —dijo en voz alta—. Nos volveremos a encontrar y la historia cambiará.

—¿Con quién hablas? —preguntó Roxy asomándose a la habitación.

Janet sonrió.

—¿Preparada para darlo todo esta noche? —preguntó a su amiga.

Roxy también sonrió y asintió con la cabeza sin hacer más preguntas.

El single de vinilo con *Love made me* de Vixen comenzó a sonar en el momento en que Janet había pulsado *Play* en el tocadiscos.

Los primeros acordes llenos de energía y rebeldía hicieron que Janet se pusiera la camiseta negra de manga larga con más fuerza y ansia que nunca. Le siguió Roxy, poniéndose un pantalón oscuro y unas zapatillas del mismo color. Había que pasar desapercibidas.

Vislumbrar en su cabeza aquellas largas charlas en Canciller con Jorge mientras escuchaba Vixen y se vestía, le llenaba por dentro. También recordaba aquellos momentos en los que ambos movían la cabeza, una y otra vez, hacia delante y hacia atrás, de cara a la pantalla de la discoteca y al ritmo de la música para desahogarse y soltar adrenalina a ritmo de *heavy metal*. También el frío de las siete de la mañana, cuando él la abrazó por la calle para que no se congelara, aquellos momentos románticos y sinceros en la cama, la tozudez de Janet de acabar conociéndole por tirarle la cerveza encima, el encuentro entre la multitud después de tiempo sin verse, o su primer beso. Quizá, el momento más intenso de toda la vida de la muchacha.

Cada vez tenía más claro que aquello iba a merecer la pena y que Janet no iba a convertirse en un mal recuerdo para Jorge: iba a cambiar la historia de una manera u otra, pero necesitaba a Mario.

Se colgaron unas mochilas a sus espaldas, también negras, con todo lo necesario y básico para llevar a cabo el plan.

A las tres salieron a la calle mientras seguía sonando, en la cabeza de las dos, *Love made me* en todo momento.

Tuvieron que esconderse y burlar varias cámaras de seguridad instaladas en las vías y también a varios agentes de la Seguridad Española que hacían la ronda nocturna para asegurarse de que nadie violase el toque de queda.

Tras veinte minutos andando lenta y silenciosamente, alcanzaron la antigua hamburguesería de comida rápida.

Ambas escalaron por una valla de rejilla hasta entrar en la parte trasera: allí había una ventana rota que llevaba al interior del abandonado edificio.

En el interior, se colaron por la trampilla que Mario les había explicado, bajaron por las anchas tuberías (y con un olor insoportable) y avanzaron con linternas en una mano, calculando en qué punto exacto estaba el edificio de acero de Quimetry.

Llegaron a su destino, haciendo un ruido mínimo e inevitable, y sin compartir ni una palabra, con los pasamontañas puestos y las linternas encendidas.

Poco después, encontraron las escaleras de acero que les subían hasta la quinta planta, solamente iluminadas por la poca luz, a través de la cristalera, que llegaba de la calle. Tuvieron que evadir también alguna cámara de seguridad.

Al alcanzar su objetivo, se adentraron por los pasillos con el suelo de moqueta y alumbrando con una linterna que llevaba Janet.

Siguieron caminando, alerta hacia cualquier mínimo movimiento fuera de lo normal por si hubiera alguien vigilando los pasillos.

Giraron una esquina, a la derecha. Estaban a punto de llegar al laboratorio y despacho de Mario, pero un pequeño *click* les hizo detenerse en seco y Janet apagó su linterna.

El pasillo, largo, oscuro y lleno de puertas, volvía a rotar a la derecha, pero se veía una minúscula luz que provenía de tal lugar.

Avanzaron sin hacer absolutamente nada de ruido, hasta llegar a la esquina y se asomaron débilmente.

Alguien estaba ya en la puerta del laboratorio de Mario, marcando números e intentando forzar, suavemente, la puerta para abrirla, con una linterna más.

—Roxy, no me lo puedo creer —susurró Janet en voz bajísima a su amiga—. Es Richard, un compañero de mi padre que... que... ¡que hasta ha estado en mi casa cenando y hablando de música con nosotros!

La madrileña no cabía en su asombro.

Richard fue el compañero de Mario que le trajo aquel directo en Sattle de Metallica en 1989, en un *pendrive*.

Sí que era verdad que Richard llevaba muchos años trabajando con Mario, pero fue de los que nunca se creyó el proyecto de poder viajar en el tiempo, aunque compartían gran parte de sus gustos musicales y poseían una notable amistad. Sin embargo, parecía que las cosas empezaban a cambiar...

—¿Qué hacemos? —cuestionó Janet. El hombre parecía muy entretenido, como si llevara un buen rato intentando abrir la cerradura sin forzarla y pulsando números de vez en cuando.

—Creo que tengo una idea... —manifestó Roxy, dejando caer una débil sonrisa. Abrió su negra mochila y metió la mano, sacando un pequeño bote—. ¿Sabes lo que es? —Janet negó—. *Spray* antivioladores. Una vez te lo enseñé, el fin de semana que te pillaste el *Dr. Feelgood* de Mötley

Crüe, ¿recuerdas? –Janet levantó las cejas y asintió–. Si se lo tiramos en la cara, va a caer al suelo directamente, atontado. Y nosotras podremos entrar antes que él.

Janet puso cara de horror.

–¿Te atreves? –insistió Roxy.

–Atreverme me atrevo... –susurró Janet sin convencerse a sí misma del todo.

–¿No decías que habías perdido el miedo? Vamos a hacerlo. ¡Tenemos que hacerlo, por tu padre, por tus sueños, Janet!

–¡Shhh! Cuidado no levantes mucho la voz –pero el hombre seguía concentrado y ni se había percatado–. Está bien, vamos. Pero ¿cómo lo hacemos?

–Fácil. Está todo oscuro, mientras no nos alumbré con la linterna no habrá problema. Está mirando a la puerta, ¿no? Tenemos que ir pegadas a la pared del lado opuesto, lentamente... Pero tenemos que taparnos bien la boca y nariz para no respirarlo. Yo le doy al *spray* en su cara y tú le tapas la boca con una mano para que no grite. ¿Entendido?

Janet asintió: era el mejor plan improvisado en aquel momento. Se quitaron los pasamontañas para tener más agilidad, sobre todo para que se pudieran evadir del *spray* que le iban a lanzar a Richard.

–¿Preparada, entonces? –preguntó Roxy lanzándole una sonrisa malévola y rebelde, llenándose de energía y motivación.

Recorrieron el pasillo, arrimadas al muro de acero contrario. Richard estaba totalmente concentrado, como si llevara horas intentándolo.

Todo ocurrió muy rápido.

Se acercaron en la oscuridad, lentamente... Hasta que Roxy miró a Janet, saltó, lo agarró por detrás y le lanzó el *spray*, mientras Janet le tapaba la boca y giraba la cabeza para no oler aquello, ocultando su boca y nariz en un antebrazo.

Las dos tuvieron que agarrarlo por detrás para que no hiciera ruido al caer y lo desplomaron en el suelo. Tenía los ojos medio abiertos y no se movía, como si se hubiera quedado inconsciente.

Roxy y Janet rieron por lo bajo: lo habían conseguido.

La rubia introdujo el código, percatándose una vez más de que Richard estuviera completamente atontado, y abrieron la puerta.

Allí estaba el despacho y laboratorio de Mario, con su mesa principal, su silla de oficina, su ordenador portátil y todas las paredes rodeadas de estanterías con pequeños botecillos llenos de líquido de colores con diminutos textos escritos en cada uno. Detrás de la mesa, una estantería más llena de libros. Las dos se quedaron asombradas, observándolo mientras apuntaban con las linternas.

Intentando no tocar nada, Janet y Roxy se pararon a leer algunos de los textos que ponía en cada una de esas pequeñas botellitas con líquidos de diferentes colores. Incluso se quedaron con el texto que había en algunas.

–Janet –sugirió Roxy todavía en voz baja–, no podemos perder mucho tiempo. Vamos al grano.

–¿Que vais, adónde? –dijo una voz diferente a la de Richard, mucho más grave que venía de fuera, y las dos amigas se asustaron. En el pasillo había un varón más, en la oscuridad, al que no le veían el rostro pero que les apuntaba con una pistola. Era lo único que diferenciaban a través de un poco de luz–. Salid de ahí –les ordenó.

Las dos, asustadas, se miraron y salieron decididamente.

–Gracias por abrir la puerta –manifestó la grave voz y sin dejar de apuntar–. ¿Ahora qué hago con vosotras?

Ellas, a cada momento, se atemorizaban más, sobre todo al ver el arma. Desde luego estaban

metidas en un aprieto.

El extraño continuó:

—No sabéis cuánto me alegro de que llegara este momento. Tu padre en la cárcel —señaló a Janet con la pistola—, y yo voy a hacerme con todo esto. Mario será el loco del manicomio, y yo... —pero se le cortaban las palabras, como si estuviera emocionado por aquello que acababa de conseguir.

—¿Tú? Tú eres un rastrero y un ladrón —respondió Janet sin pudor.

—¡Bastante tiempo estoy perdiendo ya! ¡Vosotras no viviréis para contarlo!

Pero antes de que apretara el gatillo, en un segundo, aquella situación cambió de forma radical.

Richard se levantó de un salto y se lanzó encima de él, por detrás, hasta caer los dos. Janet alucinó con la sorpresa repentina.

Sin embargo, para desgracia de ellas, el extraño disparó al techo, sin alcanzar a nadie, pero hizo saltar todas las irritantes y sonoras alarmas y todo el edificio se iluminó de golpe.

—¡Mierda, mierda, mierda! —gritó Roxy rápidamente mientras arrastraba a su amiga dentro del laboratorio y cerraba la puerta.

—¿¡Ahora qué hacemos!? —chilló Janet rozando un ataque de pánico, con las luces encendidas y la alarma rompiendo sus oídos—. ¡Espera, Roxy! ¡Agarra el ordenador y el libro! —Roxy frunció el entrecejo—. ¡Tú cógelo!

Roxy hizo caso mientras Janet iba hasta una leja y cogía una botella que había visto un momento antes y ponía en grande: «PARA EMERGENCIAS».

La morena puso cara extraña al leerlo, atemorizada.

—¿Lista? —voceó Janet.

Luchando a contrarreloj, y sin pensar, porque ya se oían en el piso inferior grandes pisadas de botas que se movían ágilmente, Janet se bebió la mitad y Roxy la otra casi al instante.

Ambas cayeron desplomadas al suelo: Janet la primera y, un segundo después, Roxy, y desaparecieron de allí...

Las dos amigas aparecieron corriendo en la acera de una avenida muy iluminada, entre una multitud. Era de noche y hacía frío.

Janet giró la cabeza y descubrió a su amiga pocos metros atrás. No sabían por qué, pero corrían y corrían.

Poco después, se pararon. Roxy tenía el ordenador portátil y el libro debajo del brazo. No dijeron nada; no les salía palabra alguna, pero estaban respirando hondo, recuperándose de la carrera.

—¿Qué era eso...? ¿«Para emergencias»? —preguntó Roxy. Janet asintió—. ¿Y dónde estamos? ¿En qué época?

—Ni idea, pero hemos logrado escapar y tenemos el ordenador.

Miraron a su alrededor y estaban en Madrid, enfrente de la estación de Atocha, en alguna época contemporánea que no lograban distinguir. Ambas hicieron lo mismo a la vez: sacar sus carteras y mirar sus DNIs.

Calculando edades, se encontraban en 2011.

Permanecieron en silencio y en confusión sin saber qué hacer ni adónde ir.

—Vale, ¿y ahora qué? ¿Qué hacemos? —preguntó Roxy a mala gana.

—No te cabrees, yo tampoco lo sé.

—¿Has visto? —continuó Roxy, cambiando el tono—. Desde luego podríamos hacernos millonarios con tu padre, tengo dinero en la cartera que antes no había.

Janet no terminó de creérselo. Abrió la suya y se percató de que también tenía varios billetes.

—¡Anda, pues es verdad!... Desde luego, mi padre ese «Para emergencias» lo tenía bien planeado para huir hasta con dinero, si hacía falta.

—La cuestión es... —dijo Roxy, y ambas pensaron lo mismo.

—¿Y ahora, qué? ¿Qué hacemos para volver?... ¿Volver adónde, a nuestra época? ¿A los ochenta? —preguntó Janet sin esperar respuesta y por desahogarse de la desesperación...

Pero a Roxy se le llenaron los ojos de lágrimas y la nariz se le puso colorada. Poco después se abrazó a Janet, llorándole. Ésta la agarró también fuertemente.

Al cabo de un rato, se miraron.

—Saldremos de esta, tía —asintió Janet, segura de sí misma para que Roxy no sufriera más.

—¡Me has llamado «tía»! ¡Eso es mío! —y volvió a reír entre lágrimas.

—Y lo de echarse a llorar es mío.

Roxy la miró con el entrecejo fruncido y le preguntó haciendo un poco de teatro:

—¿Tú dándome consejos a mí, llevando la iniciativa en todo momento, consolándome y aguantando mis lágrimas? ¿Dónde está la Janet que yo conocía a principio de verano? —sonrió la morena.

Janet carcajeó, se le humedecieron los ojos y abrazó a Roxy nuevamente.

—Vamos a buscar algún sitio para dormir, ¿de acuerdo? —concluyó Janet—. Estoy derrotada. Después buscaremos alguna solución en el portátil de mi padre, estoy segura de que la habrá.

Y comenzaron a caminar hacia la calle de Atocha en busca de un hostel para pasar la noche.

Intuition

Janet y Roxy se encontraban al día siguiente tomando café en un soleado día. Hasta entonces parecía que no aceptaban su sabor, pero la situación les motivó a tomarse uno y disfrutarlo.

El año 2011 era muy diferente al 2052; se asemejaba más al Madrid de los años ochenta, pero se notaba que se encontraba a mitad de camino entre las dos épocas.

Aquella mañana, antes de encontrar un sitio para desayunar, habían alucinado también al ver, en la Puerta del Sol, una protesta pacífica formada por anchas carpas, tiendas de campaña y algunas pancartas con frases reivindicativas. Janet jamás había visto a alguien acampar en plena calle, ni escribir públicamente aquello y ni mucho menos a tanta gente reunida con un objetivo común que no fueran las rebajas o las compras navideñas.

Las dos amigas se encontraban optimistas y sus risas casuales, mientras conversaban en la terraza de la cafetería, lo mostraban. Poco después se terminaron sus cafés. En el fondo estaban preocupadas por la manera en que tendrían que salir de aquella extraña época y regresar a su presente.

—Espero que dentro del disco duro y del libro esté todo escrito y logremos salir de aquí —recitó mientras miraba a su alrededor.

—Sinceramente no me preocupa lo que tardemos. De momento tenemos dinero para sobrevivir...

—Pues sí, la verdad es que sí, tía. Pero espero no tardar mucho en volver aun así... Todavía quedan muchas cosas por comprender, referente al tema —y dio su último sorbo al café.

—¿Te lo has terminado ya? —preguntó Janet.

—Sí —contestó Roxy—. Veo que tú también el tuyo.

—Claro, poco antes de ti.

—Entonces vámonos.

Se levantaron y caminaron por la soleada calle. Se encontraban en una cafetería del centro de Madrid, cerca del Retiro, y comenzaron a caminar dirección al hostel, cruzándose con mucha gente que iba y venía.

—Por cierto —se atrevió a preguntar Roxy—, ¿quién sería el...?

Pero se le cortó la pregunta. Janet la miró.

—¿Quién sería, quién?

—¿...el hombre que apareció después de Richard y que nos apuntó con una pistola?

Janet se paró en seco. Ya no se acordaba de aquello.

—Pues es verdad... No, ni idea. No dejó que se le viera la cara. Pero lo de Richard, sinceramente... que ha estado con nosotros en casa, cenando como uno más y hablando de música en mi habitación conmigo y con mi padre... y que tanto se supone que apreciaba a Mario... Me dejó muerta verle queriendo entrar para robarle sus proyectos. No te puedes fiar ni de tu sombra.

Prosiguieron su camino. Pero poco después, Roxy se quedó mirando a una joven adolescente que caminaba hacia ellas y que se iba a encontrar de frente con las dos.

Roxy la miró y sonrió. La muchacha tenía el pelo castaño y liso, unas rectangulares gafas rosas de pasta, unos pantalones pitillo vaqueros, y una camiseta negra de Ramones con su redondo logo en el centro y en la parte superior estaba escrito el nombre del grupo.

La madrileña la contempló con una pequeña sonrisa, como si la conociera. Pero la fémmina sólo la miró de reojo e hizo ademán de pasar de largo.

—¡Oye! —exclamó Roxy, frenándola con una mano. La desconocida se paró y sonrió algo forzada—. ¡Una camiseta de Ramones! ¡Tienes una camiseta de Ramones!

La joven se quedó petrificada y se le borró su sonrisa. No dijo nada.

—Janet —y se volvió a su amiga—, ¿Ramones no fue un grupo? Un grupo de *punk* si no recuerdo mal. ¡Son toda una leyenda!

—Sí, creo que sí —contestó Janet, desconcertada.

—¡Y tú tienes una camiseta de ellos! —dijo a la extraña adolescente—. ¡Qué maravilla encontrar a alguien que les guste!

La desconocida se quedó atónita y sin palabras.

—¿Grupo? ¿Qué dices de grupo? —preguntó por fin con una voz irritante.

—¡El de tu camiseta! ¡El grupo *Ramones*!

La extraña estalló a reír:

—¡JA, JA, JA, JA! ¿De dónde has salido? ¡Es una marca de ropa!

Las dos amigas abrieron los ojos como platos, como si no creyeran lo que oían.

—¿¡Que es una marca de ropa?! —exclamó Roxy sin cortarse. Janet, que hasta aquel momento estaba manteniendo la calma y algo distraída, empezó a prestar más atención.

—¡Pues claro que es una marca de ropa! ¡En Zara, Bershka...! ¡En fin, en todas las tiendas de ropa normal las venden! ¡Además, cómo va a ser un grupo de esos vuestros —las miró de arriba abajo, en un segundo, con una sutil cara amarga—, si a todas mis amigas nos gusta la música electrónica y tenemos alguna camiseta así!

Roxy estaba a punto de estallar. Ardía por dentro y hasta se puso colorada, pero cuando iba a gritar, Janet se adelantó, la cogió del brazo y la arrastró hacia adelante.

—¡Bueno, nosotras nos vamos! ¡Encantada! —ironizó Janet, avanzando rápidamente.

La extraña adolescente se quedó plantada en la acera con el entrecejo fruncido, sin entender nada de lo que acababa de pasar.

Llegaron al hostel y comenzaron a ver el libro y el ordenador portátil de Mario con todos los experimentos.

—Roxy —dijo Janet a su amiga, que analizaba el contenido del libro con mucho detenimiento—, a ver si encuentras respuesta para lo de «PARA EMERGENCIAS». Tiene que haber algo más, no puede ser que nos deje aquí porque sí.

Continuaron ojeando ambos artilugios, tanto el libro como el ordenador. Aparecían fórmulas, pociones, tiempos de espera... Pero eran códigos que a ellas le sonaban a chino y no había forma de comprender, por muchas vueltas que le daban y por muchas veces que leían y releían.

Dos horas estuvieron en la cama del hostel mirándolo todo sin parar y comprendiendo muy poco. Hasta que, por fin, Roxy habló.

—¡Mira, creo que he encontrado algo!

Janet se acercó a su amiga y comenzaron a leer, a la vez, un párrafo que Mario había escrito, relacionado con aquella fórmula que puso de título «PARA EMERGENCIAS».

Tras leerlo varias veces para intentar comprenderlo bien, la fórmula les llevaba rápidamente a un pasado no muy lejano, con dinero para sobrevivir y creando otro pequeño frasco de cristal que les llevaría de vuelta una hora atrás al momento en que habían partido por última vez.

Janet miró en su mochila, y efectivamente: dentro, al igual que el dinero, había aparecido una enanísima botella llena de un líquido verde transparente. Roxy tenía otra en su mochila.

—Entonces ya lo tenemos todo hecho —dijo Roxy—. Si al tomar esto volvemos al despacho de tu padre un rato antes..., es posible que cuando lleguemos ya esté Richard allí intentando forzar la cerradura y podremos frenarle. Pero tendremos tiempo de rescatar el resto de frascos que hay en las estanterías, ¿no crees? Deberíamos cogerlos y meterlos en la mochila.

—Además, vamos a sacar a mi padre de la cárcel —asintió Janet mientras miraba el libro de Mario.

—¿Que lo vamos a sacar de la cárcel? —preguntó Roxy, incrédula.

—Sí. Hay que ir allí y darle una que se encuentra en la tercera leja empezando por arriba, la cuarta a la izquierda, en la estantería azul oscura —comentaba sin dejar de ojear el papel.

Roxy rio.

—¿Y eso por qué? ¿Cómo lo sabes y a dónde le llevaría? —preguntó.

Janet levantó el libro y se lo mostró: con esa fórmula viajarían a los ochenta y Mario, evidentemente, estaría libre.

Roxy abrió la boca, impresionada.

—¡Fantástico! —exclamó con una gran sonrisa.

Janet, sin embargo, parecía menos alegre.

—Hay un problema —corrigió.

—¿Cuál?

—Cuando volvamos a 2052 con la poción que tenemos en nuestras mochilas, ¿cómo salimos del despacho de mi padre, con Richard fuera forzando la cerradura...?

A Roxy se le borró la sonrisa.

—Tienes razón...

—¿...y con un loco armado por allí —continuó Janet— que no sabemos quién es?

Las dos amigas se quedaron pensando...

—Podemos probar de nuevo —intentó argumentar Roxy— a darle a Richard con el *spray*, como anoche. Pero será un milagro si no hace nada de ruido al caer y no saltan las alarmas... Fíjate que enseguida se escuchaban las pisadas de la Seguridad Española subiendo a la quinta planta a toda leche.

Aquella noche las dos amigas fueron a la Gran Vía a cenar a algún sitio de comida rápida, hasta acabar en una hamburguesería.

Se sentaron en una mesa y esperaron.

—¡Por aquí cerca viviré! ¡Podría buscar mi casa! —exclamó Roxy.

—Pero ya la has visto en el pasado, ¿no? Quiero decir, en los ochenta.

—¡Tienes razón! —corrigió Roxy.

Después de aquellas palabras, un hombre canoso y aparentemente cerca de la jubilación, se acercó a ellas para tomarles nota.

Abrió su libreta con cotidianeidad, sin mirarlas a la cara, sacó un bolígrafo del bolsillo de su camisa y abrió la boca para hablar.

—Buenas noches —enunció mientras hacía el proceso—, ¿qué van a to...?

Se calló de golpe al levantar la vista y contemplarlas. Descendió la mirada hacia su libreta nuevamente, pero su mano con el bolígrafo le temblaba.

—¡Ah, sí! —exclamó Roxy— ¡Yo quiero un...!

Pero el varón se fue, sin más. Roxy se quedó con sus palabras en la boca. Las dos amigas dudaron, sin entender nada de lo que había pasado.

—¿Y a éste qué le pasará? —vaciló la madrileña.

Janet miró a su alrededor intentando encontrar una respuesta. Y la encontró.

–Eh, Roxy... No sé si te has fijado pero...

–¿...pero?

–Pero aquí ya hemos estado.

Se produjo un silencio.

Roxy miró a su alrededor sin terminar de creérselo. Acto seguido, se llevó las manos a la cabeza.

–¡Pues claro, si fue aquí cuando, en nuestro primer viaje a los ochenta, tuvimos que irnos sin pagar porque no llevábamos dinero!

Levantó la vista para buscar al hombre.

Acto seguido, se abrió la puerta que llevaba a la cocina del restaurante, de la cual salió un hombre cuarentón y, detrás, el varón canoso a punto de jubilarse, señalando éste a la mesa de las dos amigas.

–¿Nos ha señalado? –preguntó Janet.

–Parece que sí –respondió Roxy.

El maduro canoso se quedó atrás y el cuarentón comenzó a avanzar hacia la mesa.

–Ups... Creo que... Creo que viene aquí –continuó Roxy. Miró a su amiga y levantó las cejas.

–Discúlpenle –manifestó el cuarentón al alcanzarlas–. El señor está ya mayor, lleva muchos años aquí y suelta muchas tonterías...

Sacó su libreta para apuntar. Pero antes de preguntar por lo que iban a tomar, Roxy abrió la boca antes.

–¿Qué le ocurre?

–No, nada... Dice... En fin, no tiene importancia.

–¡No, dínos! –insistió Roxy con una moderada sonrisa.

–Pues nada, el hombre dice que no sois de fiar. Que una vez vinieron dos exactamente igual que vosotras y se fueron sin pagar... Bueno, ¿qué queréis tomar? –preguntó rápidamente para no seguir con el tema.

–Es que posiblemente fuéramos nosotras –contestó Roxy todavía con gracia.

Janet la miró y le dio una patada por debajo de la mesa.

El hombre se quedó mirándolas un instante.

–Por la forma en que lo ha contado –señaló al canoso que estaba en el mostrador– aquello ocurrió a los pocos años de empezar a trabajar aquí, hace ya casi tres décadas, y vosotras no parece que tengáis ni los veinte.

–¡Que sí! ¡Que éramos nosotras! –rio Roxy, vacilándole.

–¡Te quieres callar! –exclamó Janet, bajando el tono de voz pero consciente de que el hombre cuarentón las oía.

Éste se quedó dudando mientras las miraba. Finalmente, reaccionó.

–Bueno, decidme qué queréis tomar, que os tengo que tomar nota. Eso sí, os voy a cobrar por adelantado por si acaso.

–Estamos en el año 2011 –comenzó a decir Janet mientras caminaban en dirección al hostel–, aquel hombre joven que vimos en... ¿Era 1984?

–Sí, si no recuerdo mal, sí. Fue en 1984.

–Pues eso, aquel hombre que llevaba pocos años trabajando en esta hamburguesería –señaló detrás suya al restaurante de comida rápida que acababan de dejar atrás–, ahora estará a punto de terminar de trabajar... Además, con la carrera que tuvo que pegarse detrás de nosotras, es normal

que no nos haya olvidado...

Y las dos amigas rieron.

—Pues sí. Volver a vernos allí, exactamente iguales, casi treinta años después... Para haberse vuelto loco. Normal que no le creyeran.

Alcanzaron su alojamiento y continuaron observando tanto el libro como el ordenador portátil de Mario. Las cosas parecían estar claras: tenían que beber del frasco que tenían en sus mochilas y aparecerían en la oficina un rato antes.

El problema era luego qué hacer para escapar.

¿Salir por una ventana? Era una locura, más porque se encontraban en una quinta planta. Y fuera, en la puerta, posiblemente ya se encontrara Richard y no era conveniente que las viera.

—Roxy —concluyó Janet al fin—, lo mejor será que lo improvisemos y lo planeemos allí. Tenemos una hora para beber de algún frasco que nos saque del apuro. Por lo que leí, había mucha variedad. Tendríamos mil posibilidades... No se me ocurre otra cosa.

Roxy pareció atemorizada.

—Tía, es una locura...

Y continuó ojeando el libro en busca más alternativas.

—Lo es, todo esto lo es —señaló Janet—. Hay tantísimas formas de alterar la realidad, como nos contó Mario que seguro que alguna nos valdrá. Recuerda que en las estanterías de su despacho, cada botellita suele tener una pequeña frase o descripción con breves palabras.

Roxy no contestó y cogió aire para asumir la situación.

Finalmente, cedió, ya que no quedaba otra...

—Está bien, está bien... —respondió resoplando, y Janet sonrió.

Las jóvenes cerraron el libro y el portátil y empezaron a recoger lo que se habían dejado por allí encima. Janet dejó la llave del hostel sobre la mesa.

—Bueno, interpretarán que nos hemos ido... Espero que tengan una copia de las llaves para poder entrar en la habitación.

Se prepararon las mochilas, se vistieron de negro y se pusieron los pasamontañas.

Sacaron los frascos y los levantaron, preparadas para beber.

—Espera —dijo Roxy de repente—. ¿Estás segura de...?

Janet levantó una ceja.

—¿Qué te pasa?

—¿Y si nos ocurre algo al beber esto?

La rubia se quedó atónita. Después rio.

—¿En serio te estás preguntando eso a estas alturas? ¿Es por lo que nos dijo Mario de que, al tomarlo, arriesgábamos a que nos ocurriera algo?

Roxy guardó silencio y bajó la vista al líquido que tenía en su mano y que iba a beber en breve. Volvió a levantar la vista y contestó a su amiga.

—Pues sí, para qué negarlo. A estas alturas, si no nos ha pasado nada...

—Pero veo —continuó Janet— que te asustó aquello de que al estar viajando constantemente, Mario se ha arriesgado a que nos ocurriera algo malo —y rio—. ¿No es así?

Roxy se quedó muda por un santiamén y le costó responder.

—No te digo que no....

Después se contemplaron y Roxy volvió a reír mientras se aliviaba de todo lo que le impidiera continuar.

—¡Venga, fuera miedo! —se animó.

Ambas bebieron y, un instante después, aparecieron en el oscuro despacho de Mario, un rato

antes, como estaba previsto. El problema era que ya había alguien allí dentro.

Only the good die Young

Cuando las dos amigas aparecieron en el despacho de Mario, se llevaron una grata sorpresa. Richard ya se encontraba allí, con la puerta abierta, y se llevó un buen susto al verlas a las dos aparecer en el interior del cuarto como por arte de magia.

La fórmula había funcionado sin problema y se había cumplido lo previsto. Pero el varón, inexplicablemente, estaba en el interior de la oficina.

—¿¡Qué haces aquí!? —exclamó Janet sin quitarle ojo.

El hombre, que estaba detrás de la mesa principal del despacho, señaló, después, la madera, alucinando. No había nada sobre ella. Luego bajó la mano y contempló a las dos amigas, pero no le salían las palabras.

—¿Qué pasa, te ha comido la lengua el gato? —vaciló Roxy. Pero Richard seguía sin contestar.

—Madre mía, éste se ha quedado sin habla al vernos aparecer... —susurró Janet.

—¡No! ¡No es lo que parece! —exclamó Richard de golpe y las dos amigas se armaron de rabia.

—¡Claro que no, machote! —ironizó Roxy, vacilona e imponente.

—¡Que no, en serio! —volvió a señalar la mesa— ¡No sé qué habéis hecho, pero en el momento que habéis aparecido...! ¡El ordenador de Mario también ha desaparecido de la mesa!

—El ordenador lo tenemos nosotras —explicó Janet.

Ninguno de los tres se había dado cuenta de lo fuerte que estaban hablando.

—¡No, a ver, no es lo que parece! ¡Escuchad, estoy salvando todo esto! ¡Alguien va a venir hoy!

—¿Qué? —preguntaron las dos amigas a la vez.

—¡Que sí, escuchadme! ¡Hoy va a venir Gerardo Pons, el máximo representante de Quimestry España desde Barcelona!

—¿El presidente, dices? —preguntó Janet.

El temor apareció en los tres; se veía claramente en sus caras.

—¿Sabes cuándo llegará? —insistió Janet.

—No lo sé, ¡no tardará! Pero ahora que lo pienso... ¡Ostras! —se echó las manos a la cabeza—. ¡Casi me dejo esto fuera!

Torpemente, salió del despacho con rapidez y se tropezó con todo lo que encontraba a su paso, haciendo ruido abundante.

—¡Con los nervios me había dejado la mochila fuera con todo y...!

Al atravesar el umbral, la cerradura de la puerta se enganchó con su camisa y, sin que lo pudiera evitar, se cerró tras él.

Janet y Roxy tenían los pies quietos. Habían contemplado la escena, comprendiéndolo todo en directo.

Richard empezó a golpearla.

—¡Eh, eh! ¡Abridme! ¡No me sé la clave y me he dejado las llaves dentro! ¡Abridme! —exclamaba insistente.

—¿Le creemos? —preguntó Roxy con mucha calma.

—Deberíamos... —respondió la rubia en su mismo tono—. Ahora sabemos cómo se quedó fuera y por qué intentaba abrir sin forzar la cerradura... Pues vaya un rescate de pacotilla...

Efectivamente: las llaves estaban encima de la mesa.

Janet abrió y Richard entró, cerrando la puerta tras de sí.

–Bien, lo dicho: Gerardo va a venir ahora. Cogedlo todo y salgamos de aquí. Tenemos que llevarnos todos los proyectos de tu padre, Janet.

Metieron en sus mochilas, con cuidado, todos los frascos de cristal que encontraban en las estanterías, dejando solamente los libros y las cosas que carecían de mucho valor.

Ninguno se estaba dando cuenta del ruido que hacían.

–Creo que ya lo tenemos todo –manifestó Janet.

Richard iba a hablar cuando Roxy le tapó la boca. Había percibido un ligero y bajo murmullo que venía del exterior, del pasillo. Roxy cogió corriendo su mochila y miró dentro.

–Juraría que he visto... Juraría que antes he visto la palabra «oficina» en... Aquí está.

El líquido era de un morado oscuro. En él, ponía:

Escapar del laboratorio y de la sede.

Roxy sonrió.

–Janet, ya lo tengo –explicó–. Vamos a beber esto y escaparemos de aquí.

Richard se acercó para leer el escrito. Fuera seguía oyéndose el murmullo y el hombre pegó la oreja a la puerta.

–No sé quién será... Oigo voces. Sólo espero que eso funcione –comentó.

–Escuchadme, tengo una idea –explicó la morena–. Nos metemos cada uno un poco en la boca y salimos. Si vemos que no podemos escapar de quien sea que haya, tragamos.

–¿Y por qué no tragar directamente aquí dentro? –preguntó Richard.

–Es peligroso –respondió–. Puede que... Puede que no salga bien. Hay esa ligera posibilidad de que las cosas no salgan bien, como siempre que bebemos y, sinceramente, prefiero no arriesgar más.

–Te estás obsesionando –inquirió Janet con una sonrisa.

–Y tú te has vuelto muy valiente últimamente... –contestó Roxy, temerosa–. ¿O es mentira lo que he dicho?

Janet negó con la cabeza.

–Está bien, está bien –asintió Richard–. Nos metemos el líquido en la boca y tratamos de escapar, y si no lo conseguimos...

–Tragamos –respondió Janet.

–De acuerdo.

Cogieron sus cosas y dieron un último vistazo a su alrededor para asegurarse de que no se dejaban nada de valor. Luego los tres se miraron y asintieron.

Abrieron la puerta del despacho y sólo se percibía oscuridad y silencio.

Salieron al pasillo.

–Quietos –se oyó decir.

A ambos lados tenían hombres de la Seguridad Española que les apuntaban con armas de fuego.

Los tres tragaron. Pero no ocurrió nada.

Permanecieron inmóviles.

–Las manos arriba, venga –ordenó un varón desde la derecha del pasillo.

Seguía sin suceder nada. La fórmula no funcionaba.

Un varón más se acercó con paso decidido. No había duda: era el mismo que les había hablado y amenazado el día anterior. Un poco de luz le iluminó el rostro y pudieron diferenciarle: era

Gerardo Pons.

—¡Así que era verdad, hoy ibas a venir! —exclamó Richard.

—Veo que he llegado a tiempo —comentó con tranquilidad y con voz firme y ronca— y veo que... ¡Pero vaya, si es la hija de Mario! —y sonrió, acercándose a Janet—. Pequeña Janet... Sigue haciéndole caso al bastardo de tu padre y acabarás entre rejas como él.

Ojeó dentro del despacho, con autoridad, y vio que todas las estanterías estaban vacías.

Seguía sin ocurrir nada.

Janet se comenzaba a preocupar seriamente. Aún tenía en la mano el frasco vacío.

—Llévao las y cachead las abajo —ordenó a los agentes—, yo voy a registrar el despacho.

—¡Esto que haces es ilegal! —chilló Janet mientras la arrastraban.

Gerardo se volvió:

—¿Ilegal? —carcajeó—. ¡Qué ingenua eres!

Janet apretó los puños al escuchar esa palabra que tanto odiaba, ingenua.

Un policía la arrastraba cogida del cuello con un fuerte y grueso antebrazo. Alejándola de allí, Janet se atrevió a preguntar, como si le hiciera gracia:

—¿Y si te doy un billete de quinientos euros? ¿También te compro como si fueras mi prostituta?

El agente no supo qué contestar. Al menos, no al instante.

—Cállate, niña —autorizó después en un susurro.

—No eres capaz de negarlo, ¿eh?

El agente la ignoró mientras la arrastraba hasta el vestíbulo del edificio. Después alcanzaron la puerta principal donde había furgonetas de la Seguridad Española paradas en mitad de la calle y diez agentes custodiaban la entrada al edificio.

Una vez en el asfalto silencioso y frío, Janet pudo oír cómo el policía que tenía agarrado a Roxy le preguntó:

—¿Qué llevas en la mochila?

—¡A ti qué te importa! —vaciló Roxy, apartándola para que no la cogiera.

El policía cogió su pistola y le azotó con ella en un pómulo, con rabia y fuerza. Roxy respondió al instante y le golpeó en la cabeza con su mochila.

Se oyó un golpe seco y fuerte de cristales rotos y un líquido empezó a resbalar por la mochila.

—¡No, Roxy! ¡No! —chilló Janet.

Pero era tarde. La muchacha acababa de darse cuenta de lo que había hecho: se había perdido gran parte de los experimentos de Mario con el golpe.

Roxy se asustó. Varios policías se acercaron para reprimirla, entre ellos, algunos de los que custodiaban a Richard y a Janet. Le quitaron la mochila y el agente le volvió a golpear con la misma arma en la frente... y se oyó un disparo.

El movimiento había sido extraño, con la boquilla de la pistola hacia abajo, y el impacto había sido de tal magnitud que el arma se había disparado.

El policía dio un paso atrás, como si por primera vez se sintiera culpable, al mismo tiempo que Roxy caía de rodillas al suelo, con sangre en el pecho.

A Janet se le cortó la respiración. La escena le traumatizó y todos los agentes miraban a la muchacha morena desvanecerse y perder la consciencia mientras sangraba en el suelo...

Janet quiso gritar desgarradamente y quiso enfrentarse uno a uno con cada uno de los agentes, aunque supiera que no tenía ni la fuerza ni los medios para vencerles.

Sin embargo, con la respiración entrecortada y los ojos humedecidos, salió corriendo. Era la única oportunidad que tenía de escapar, aprovechando la confusión del momento.

Richard también lo intentó, pero un agente fue más rápido y lo cogió fuertemente del brazo.

—Dónde te crees que vas, ¿eh?

—¡Cogedla, que no escape! —oyó la joven que decía una voz masculina.

Janet corrió y corrió por la calle. Hizo un esfuerzo sobrehumano por huir de allí, mientras oía las rápidas y fuertes pisadas detrás de ella, casi rozándola.

La muchacha corrió y corrió sin rendirse. El toque de queda hacía que fuera más difícil escapar, ya que no había gente por la calle ni coches circulando.

Improvisó, dando la vuelta a varias manzanas y buscando un lugar para ocultarse. Al tratarse de Zaragoza, su ciudad natal, le resultaba fácil, ya que se conocía la mayoría de vías.

Al girar una esquina, ágilmente, se metió debajo de un vehículo, gateando. Vio los pies de los agentes pasar a toda velocidad, y se perdieron de vista.

Volvía a ser el momento: antes de que se dieran cuenta de que se acababa de ocultar, surgió de nuevo a la vía y marchó rápidamente en la dirección opuesta a la que habían partido los agentes.

Encontró la sede de la antigua hamburguesería de comida rápida donde estaba el pasadizo secreto que llevaba a Quimetry. Entró sin pensárselo.

El lugar estaba lleno de basura y de cartones por el suelo.

Janet se sentó en el suelo y se abrazó a su mochila mientras las lágrimas se le derramaban por la cara...

Pensó en Roxy, pensó en su padre, y pensó en Jorge...

Pero había fracasado. Ya no quedaba ninguno de los tres.

Se encontraba completamente sola, abandonada y perseguida. Sola sin sus tres allegados, abandonada por su madre y perseguida por la policía.

Sollozó al recordar la imagen traumática de su amiga cayendo al suelo con el pecho ensangrentado.

No, no podía morir. Era imposible... Su cabeza era incapaz de asimilarlo.

Dos horas después, en medio del silencio y la oscuridad, se asomó por la ventana que había entrado: no había nadie y reinaba la tranquilidad absoluta. Con miedo e intentando evitar a toda costa a los agentes, comenzó a caminar hacia su casa.

Cansada, sucia y deprimida, todavía con las marcas de las lágrimas en sus ojos, alcanzó su hogar, tumbándose en la cama al instante.

No podía hablar con su padre. Ya no podía ir a la cárcel a verle porque estaba perseguida y la detendrían allí, y era el único que podía ayudarla.

Para colmo, la poción que ambas pensaban que les salvaría, por alguna extraña razón, había fallado y no había hecho ningún efecto.

Tumbada en posición fetal con los ojos abiertos y llorosos, temblaba sin poder remediarlo, agarrada a su mochila.

No le quedaba nada por hacer más que entregarse a la policía.

No había perdido el miedo, pensó. Mario se había equivocado con su afirmación. Todavía era una ingenua y una temerosa.

Sin embargo, no se había dado cuenta de que todavía llevaba en su bolsillo izquierdo el frasco vacío del líquido que no había hecho ningún efecto.

Armada de rabia, sentada en la cama esta vez, miró el cristal, y en un rápido movimiento, lo aplastó contra la sólida pared, rompiéndose y cortándose la mano.

Dejó caer los restos al suelo mientras se miraba los rojos cortes que se había hecho y que empezaban a sangrar.

Iba a tumbarse en la cama cuando pasó la vista al frasco roto que acababa de dejar caer al

suelo. Miró la pegatina blanca que llevaba, fijándose bien en algo extraño que tenía escrito en su parte superior: «Poción naranja», ponía.

¿Qué significaba eso? ¿Sería algún tipo de pista o solución?

Abrió su mochila y buscó entre todos los pequeños botes de cristal de diferentes colores y etiquetas. Pero no encontraba el de color naranja.

¿Y si se encontraba en la otra mochila y lo había roto Roxy?

Sin embargo, la joven se percató de que no era el único frasco, sino que varios más también tenían una referencia a la poción naranja y, hasta entonces, no se había dado cuenta.

Continuó revolviendo la mochila entre frasco y frasco, a punto de rendirse mientras no encontraba ninguno de tal color.

Pero cuando empezaba a desesperarse, lo encontró. Respiró hondo y leyó la pegatina blanca:

Si no ha funcionado, éste te sacará de tus problemas.

¡PELIGRO DE MUERTE! Sólo utilizar en momentos de máxima necesidad.

Janet se sorprendió. Leyó y releyó varias veces el letrero.

¿Qué quería decir? ¿En qué consistía si lo bebía y por qué había riesgo máximo de morir si se lo tomaba?

De fondo, se oyeron varias sirenas que aumentaban de volumen con cada segundo.

Haciendo caso omiso y manteniendo la calma, se quedó mirando el frasco, dudando si beber o no.

Levantó la vista y observó su estantería llena de discos, sus pósteres... Toda una vida que había dedicado a la música y que no quería dejar atrás; quería recuperarla.

Las sirenas de los furgones de la Seguridad Española aumentaban hasta prácticamente encontrarse debajo de su casa: iban a por ella.

Se levantó, firme y con tranquilidad, con la poción naranja en su mano. Salió de su habitación y se acercó a la entrada. Observó la puerta de acero principal mientras escuchaba cómo los agentes conseguían abrir el portal de debajo de su edificio y corrían por las escaleras para detenerla.

Sonrió. Estaba armada de valor y ya no temblaba.

No, no tenía miedo. La experiencia le había hecho perder la ingenuidad y le había hecho madurar. No tenía miedo a la policía, ni a la represión, y ni siquiera a la muerte.

Los fuertes pasos se oían cada vez más cerca. Janet iba a enfrentarse con ellos, cara a cara, con el único arma que tenía: la última poción que iba a beber.

De repente, un golpe seco derrumbó la puerta de su casa.

—¡ALTO, POLICÍA! —chilló uno mientras entraban varios agentes y le apuntaban con linternas y con armas de fuego—. ¡Quieta, no te muevas!

Janet levantó el frasco.

—Bajad las armas o beberé de esto y me suicidaré —enunció.

—¡Levanta las manos! —exclamó la misma voz.

Janet se encogió de hombros, como si le hiciera gracia y no le quedara más remedio.

Con total pasividad, bebió y desapareció del lugar al instante...

Todo se volvió oscuro. Sus sentidos se anularon mientras una voz anónima le preguntó en su mente: «¿Qué es lo que quieres?»

Janet se quedó pensativa, reaccionando de manera instintiva e ignorando la confusión que le hubiera producido el momento.

No sentía frío ni calor y no oía otra cosa que no fuera aquella pregunta que sonó en su mente...

—Quiero... —comenzó a contestar mientras respondía sinceramente—. Quiero reunirme con mi padre... Quiero reunirme con Roxy sin estar herida, y quiero... Quiero una solución... Quiero una solución, pero sé que Mario me la dará.

Se produjo un silencio. Al instante, Janet apareció en el salón de su casa, de día, y delante de ella se encontraban Mario y Roxy.

Los tres parecían confundidos y se contemplaron mutuamente con los pies en el suelo. Mario aún tenía el pelo rapado y el mono naranja: como si hubiera sido transportado desde la cárcel en la que estaba preso. Roxy se miró el pecho y descubrió que su camiseta estaba rota en el lugar en el que había recibido el disparo, pero no había herida ni sangre.

Janet levantó el frasco, ofreciéndoselo a Mario, quien lo cogió y leyó la etiqueta atentamente.

Luego levantó la vista hacia su hija, emocionado.

—¡Ha... funcionado! —comenzó a hablar—. No era el primero que bebías, ¿no?

—Bebíamos —y señaló a su amiga.

Janet fue entonces consciente de que Roxy ya no estaba herida y no pudo evitar lanzarse a abrazarla fuertemente. Al momento, agarró a su padre con los brazos con la misma intensidad.

Cuando se separaron, Mario habló:

—Lo que ha pasado es que, de repente, se han solucionado tus problemas, Janet. Tal y como habrás pedido al beber el líquido naranja, ¿no?

Ésta asintió.

—Una solución demasiado fácil, ¿verdad? No tienes ni idea de lo que te podría haber pasado...

—¿Cómo? ¿Qué me podía haber pasado?

Mario cogió aire y se le humedecieron los ojos. Luego explicó:

—Una vez perdí a un amigo... por culpa de esta poción.

—¿En serio? —se sorprendió Roxy.

—Es una larga historia... fue incluso antes de que nacíerais y yo todavía estaba empezando con esto. ¿Ahora entiendes, Janet, por qué tengo el vinilo del *Walls of Jericho* de Helloween plastificado?

Su hija abrió la boca, comprendiéndolo.

—Fue un regalo de él. Es lo último que me queda, y aunque hayan pasado casi veinte años, todavía hoy me siento culpable... Pero nos metimos en un apuro y tuvimos que usar la fórmula naranja. Funcionó, pero él no lo contó. Y nunca me lo hubiera perdonado si a ti también te hubiera ocurrido. De todas formas, lo importante es que estamos aquí y la policía que te perseguía ha desaparecido también.

Janet sonrió.

—Pero, al parecer, no por ello han desaparecido todos los problemas...

—Bueno —manifestó Janet—, confíe en ti y sugerí que fueras tú quien me los diera...

Mario sonrió también, orgulloso de ella, al escuchar aquellas palabras.

—Tú sí que sabes.

Cryin'

Mario se quedó observando y mezclando algunas de las fórmulas que habían sobrevivido en la mochila de Janet mientras las dos amigas no perdían ni un detalle. En la de Roxy aún estaba el libro, que se había mojado por los extremos, pero parecía que había sobrevivido y se podía leer su contenido.

–Bueno, parece que los que han desaparecido no eran muy importantes... Muchos son antiguos experimentos míos que no funcionan.

–Nos bebimos uno y no ocurrió nada.

–¿De qué era? –preguntó su padre.

–Para huir de la oficina –contestó Janet.

–Ya sabía yo que aquél no me había salido bien... Al menos del todo... Menos mal que no tuvo efecto o quizá...

Las dos amigas se miraron con preocupación.

–¡Bueno, menos mal que no tuvo efecto! –y comenzó a reír–. ¡Era broma, era broma! –exclamó para arreglarlo.

Más tarde, pero todavía en el mismo lugar, Mario cambió de tema.

–Visto lo visto, habrá que buscar alguna solución, pues.

Miró a su hija. Ésta giró la cabeza a Roxy.

–Janet –enunció Mario ahora más seriamente–, nosotros no podemos quedarnos aquí mucho más tiempo.

Se produjo un silencio.

–¿Qué quieres decir? –preguntó inocentemente su hija.

–Pues que tenemos que cambiar de lugar... y de época.

Janet abrió mucho los ojos y sonrió.

Pero su sonrisa le duró poco al darse cuenta de que su amiga estaba sentada a su lado.

–¿Y ella? –preguntó, señalándola.

Mario guardó silencio y fue hasta uno de los botes. Cogió uno también morado, parecido al que habían bebido y no había tenido efecto.

En él, ponía:

Años 80. Permanente.

Janet se dio cuenta de que no se había equivocado y lo había captado enseguida.

–El problema es que solamente hay para dos. El frasco es muy pequeño y si alguien bebe menos de la mitad, podría tener efectos nefastos...

Mario tragó saliva, con culpabilidad.

–No os preocupéis, entiendo lo que queréis decir. Yo tengo aquí mi vida, mi casa, mis padres... Hablando sinceramente, tampoco sería capaz de cambiar de época para siempre...

Janet no terminaba de creérselo. Su cabeza no le dejaba asimilar tantos cambios en tan breve tiempo.

Se miraron los tres ante la confusión del momento y el silencio del callado ambiente.

Los ojos de Janet se volvieron a llenar de lágrimas. También los de Roxy. Se miraron y se volvieron a abrazar, sin decir ninguna nada más.

—Nosotros —comenzó a decir Mario— tenemos que irnos de aquí, Janet. Soy perseguido a muerte, ya lo habéis visto. Para ellos habré escapado repentina e inexplicablemente de la cárcel y estoy sentenciado. Qué os voy a contar a estas alturas...

»Y tú, Janet —prosiguió—, también escapaste de la policía —su hija comenzó a hablar, pero Mario le interrumpió—. Ya, tendrás mil preguntas. Tranquila, todas las respuestas llegarán a su tiempo.

—Entonces, ¿nos vamos a...?

—¿Tú quieres volver a los ochenta? Aquí ya no tenemos nada que hacer, Janet.

—Lo había intuido —contestó—. Pero, ¿no hay ninguna posibilidad de que ella se venga también?

Señaló a Roxy con tristeza. Mario no respondió y volvió la cabeza sutilmente. Le dolía mucho no poder acogerla también a ella en una nueva vida.

Roxy reaccionó enseguida y comenzó a enunciar:

—Janet, no te preocupes, de verdad. Volveré a Madrid, a mi casa con mis padres... De mí no consiguieron ningún dato de relevancia antes de que me hirieran, pero tú y Mario no podéis quedaros aquí. Y tampoco vais a vivir en este lugar para estar siempre huyendo de la policía.

—Además, hija —prosiguió Mario, volviéndose a Janet—, mis experimentos se están acabando. Podría volver a comenzar con las fórmulas químicas, pero me llevaría meses, ¡e incluso años!... Podría tirarme una eternidad para volver a conseguir todo el material e ir mezclándolo todo. Se han perdido algunas que eran esenciales para viajar a un lugar u otro.

Señaló la mojada mochila negra llena de cristales rotos. Después, continuó.

—Estoy mirando los frascos y, si te soy sincero, ha sobrevivido lo necesario para viajar a los ochenta y seguir allí con la investigación. El problema es que, el que queda, solamente da para dos personas. Pero Roxy —se volvió con una sonrisa, intentando ocultar su culpabilidad—, te prometo que volveremos para hacerte una visita aunque sólo pueda ser temporalmente. Sólo tengo que volver a ponerlo todo al día. Créeme que me duele mucho que no vengas.

—Eso espero, nos volveremos a ver —respondió Roxy preocupada, pero también con una sonrisa.

Mario resopló, alegre y a la vez sin quedarse satisfecho con lo que iba a hacer.

—Roxy, despídete de tus padres de mi parte. Sobre todo de Carlitos: dile que le echaré de menos, pero que nos volveremos a ver tarde o temprano.

Ésta asintió con la cabeza.

Inmediatamente, Mario se levantó y volvió a observar varios de los frascos que había encima de la mesa.

—Vale, ya lo tengo todo localizado. Janet, cámbiate de ropa en tu habitación y coge tus cosas.

La muchacha salió del comedor y entró a su cuarto.

Al terminar, salió con una gran duda en la mente.

—Mario, he metido en la mochila ropa y todo lo que he visto que nos podría servir. Pero... ¿qué hacemos con los vinilos?

Su padre sonrió.

—No hay problema —Janet puso cara de incredulidad—. En serio, hazme caso. No te preocupes.

Dejaron la casa sin ninguna prueba aparente de que allí vivieran ellos, excepto la enorme estantería llena de discos y vinilos y los pósteres de Janet en las paredes de su habitación.

Una vez en el salón, Mario sacó de su mochila el pequeño bote que habían visto antes.

Janet y Roxy se abrazaron muy fuertemente, llorando de nuevo sin poderlo evitar.

–Te voy a echar de menos, tía –lloró Janet.

–Otra vez te tengo que decir que lo de «tía» es mío... –sonrió Roxy para intentar amainar el disgusto de su amiga.

–Yo lo voy a echar de menos a partir de ahora..., mucho de menos...

Se produjo un silencio mientras seguían abrazándose.

Después, Roxy siguió despidiéndose.

–Sé muy feliz, Janet. Lejos de todo lo que ha pasado, vas a cumplir tu sueño: el sueño de vivir en los años ochenta, sin tecnología por todas partes, sin represión, con tus costumbres y con la cultura del *rock* en su mayor momento, no en la época equivocada.

Janet no dijo nada; sólo supo contemplarla con los ojos llorosos.

–Y espero que vengas a verme de vez en cuando –insistió Roxy–. Ya no vas a responder si te llamo al Skype y no se me hará fácil...

Miró a Mario, esperando que contestara él.

–Tarde o temprano volveremos a vernos todos. Os lo prometo.

Hubo un último fuerte abrazo entre las dos amigas y después Janet se separó.

Ojeó a Mario. Sabía que un breve gesto bastaría para volver a empezar su vida de cero. Estaba lista y ansiosa, pero también preocupada. No lo podía evitar.

–¿Lista? –preguntó Mario, intentando animarle.

–Lista –respondió Janet, asintiendo, segura de sí misma.

–Yo beberé antes, luego me quitas la botella rápidamente, antes de desaparecer, y bebes tú, ¿entendido? –explicó él.

Janet asintió de nuevo. Mario miró por última vez a Roxy, y, acto seguido, levantó el frasco...

–Rumbo al año 1981...

–¡Espera! –chilló Janet de repente una milésima de segundo antes que Mario bebiera.

–¿Qué pasa, hija? –preguntó con el pulso a mil por el susto que se acababa de llevar.

Janet, que se le había acelerado el corazón, miró a Roxy al instante.

–Mario, no podemos. Tenemos que ir a 1990. NECESITO ir a 1990... Dime que se puede, por favor... Por encima de cualquier otra cosa, lo necesito.

Su padre lo captó poco después y empezó a asentir. Cedió:

–Entiendo. Puedo hacer una pequeña modificación, pero necesito un momento...

Cogió su mochila, la puso encima de su mesa y empezó a rebuscar dentro. Sacó dos frascos: uno azul y otro blanco.

Luego fue a la cocina, sacó un vaso cualquiera de cristal y volvió, posándolo encima de la misma mesa donde había dejado las fórmulas.

Se puso a hacer cálculos rápidamente a papel y boli y a mezclar las dos sustancias gota a gota con una cucharilla de café.

Al cabo de diez minutos se dio por satisfecho, y añadió la nueva poción de apenas dedo y medio a la que tenían ya preparada e iban a ingerir.

–Listo –recitó.

–¿Ahora sí? –preguntó su hija.

–Ahora sí –respondió Mario, radiante.

Janet abrazó a su amiga una vez más, sin quererse separar de ella, aunque supiera que era inevitable.

Mario agarró su mochila y Janet la suya. Bebió del frasco y, un instante antes de que desapareciera, se lo pasó a su hija. Janet miró a su amiga a los ojos, que aún le brillaban, pero

que le sonreían con satisfacción.

–Nos veremos pronto –se despidió Janet por última vez, convencida de que sólo era un hasta luego.

Roxy levantó la mano para despedirse, ya que no le salían más palabras.

–Cúdate mucho –añadió la morena con emoción.

–Y tú también –concluyó la rubia como últimas palabras.

Y bebió, desapareciendo al instante...

Mario y Janet aparecieron en una oscura calle donde se respiraba un ambiente festivo. La muchacha miró a su alrededor en busca de una respuesta. Después, puso la vista en un punto donde se diferenciaban las luces de neón rosas.

–Allí está. Es la Sala Canciller, ¡vamos!

Empezaron a caminar deprisa. Mario no dijo nada, solamente se ocupaba de seguir a su hija, y ésta no hizo ninguna pregunta más.

Continuaron marchando rápidamente...

Entraron a la discoteca con mucha agilidad. Bajando las escaleras, podían oír la segunda mitad de *Now you're gone* de Whitesnake: la canción que sonaba en el momento en que habían dejado la sala, que continuaba en el mismo punto en que se marcharon.

Se adentraron en la muchedumbre del piso superior mientras terminaba el solo de guitarra de Steve Vai.

Cuando comenzó la parte más lenta de la canción, donde sólo se percibía la voz de David Coverdale, Janet se asomó al piso inferior y diferenció a Jorge, que se terminaba de dar la vuelta hacia el videoclip tras haberles visto marchar y quedarse petrificado intentando comprender por qué se habían ido sin más.

*But now you're gone
I can feel my heart is breaking
And I can't go on
When all of my love has been taken...*

Janet bajó corriendo, con Mario detrás con paso más lento. La muchacha, desesperada y deseando por fin reencontrarse con él de manera definitiva e irreversible, apartaba a la muchedumbre con pequeños empujones...

La parte lenta de la canción llegaba a su fin.

Por fin, Janet lo alcanzó por sus espaldas y no pudo evitar lanzarse y rodearle con los brazos mientras volvía el estribillo de la canción.

Jorge se volvió y, cuando la reconoció, puso cara exagerada de sorpresa.

La que había sido una eternidad para Janet, fue, ahora, un instante para Jorge. Él la acababa de ver desaparecer porque sí; la había visto irse sin razón alguna con aquel hombre desconocido. Sin embargo, tan sólo un instante después, la muchacha, sonriente y con ropa diferente, había regresado para lanzarse de nuevo en sus brazos.

Janet le plantó un beso en los labios, duradero e intenso, mientras Mario alcanzaba el lugar y sonreía, satisfecho por haber cumplido con los dos.

Los jóvenes se abrazaban mientras se besaban sin tregua.

Al mismo tiempo, el último estribillo de la canción sonaba, poniendo el punto y final a aquella tragedia:

*You're all I want,
Can you feel the love
In this heart of mine?
You're all I need,
Since I lost you, girl
I've been losing my mind...*

Janet había cambiado la historia. Ya no sería un mal recuerdo para él en la posteridad.

Loneliness

Janet se despertó al día siguiente pero no abrió los ojos. Se sentía a gusto así, pero no podía dormir más.

Cuando los abriera se despertaría en su cama, con su madre pegando gritos y empezando un aburrido y monótono nuevo año en el instituto que sólo la evasión de la música le ayudaría a cambiar el día a día.

Pero los abrió y no estaba en su habitación, sino en casa de Jorge, durmiendo a su lado.

Por un momento había olvidado que la noche anterior se habían reencontrado y, horas más tarde, habían vivido juntos mucho más que una velada de pasión que Janet compensó con la pesadilla de los últimos días, desde que Mario apareció en Canciller y tuvo que romper toda la magia.

Jorge dormía profundamente a su lado. Janet todavía no le había resuelto todas las dudas de las mil y una que tendría el muchacho.

Finalmente, el varón se despertó y observó a su allegada con los ojos abiertos.

—No has desaparecido, sigues aquí —fue lo primero que dijo él.

—No, no me he ido... Sigo aquí.

Se produjo un breve silencio en el que ambos se miraron.

—Ya estoy curada. Ya no tendré que desaparecer más.

Jorge sonrió.

—¿En serio?

Janet asintió.

—Sí, esta vez sí.

—¿Por qué? ¿Qué era? —preguntó él, impaciente.

Janet rio de sí misma al no tener ni idea de qué contestarle. No era ella quien tenía la respuesta exacta a ello.

Negó con la cabeza.

—Lo sabrás a su tiempo, y nunca mejor dicho. Hay muchas cosas de las que hablar...

Por la tarde, Mario llegó a casa de Jorge, que había dormido en un hostel. Apareció con su mochila a los hombros con todo lo que habían traído de 2052. Sacó su ordenador portátil (Jorge alucinó al verlo, pues era la primera vez que veía uno) y su libro donde tenía todo apuntado, además de varias botellas pequeñas con pociones que aún quedaban en pie.

Se quedó mirando a ambos.

—Vosotros me diréis —dijo con una sonrisita—. Vinimos aquí por ti, Janet.

Jorge no entendía nada; Janet, sin mirarle, rio también de imaginar la cara que habría puesto.

—Creo que voy a explicárselo todo —dijo ella, agarrando a Jorge del brazo—, al menos voy a intentarlo. Intentaré que sea poco a poco. Mario, tú ve a dar una vuelta... O a comprar algo para comer que no tenemos nada, porque esto va para largo.

Y así fue: Janet explicó a Jorge absolutamente todo desde el principio, ocupando prácticamente toda la tarde con pruebas y verdades para que les creyera. También le mencionó a Roxy, que se

había quedado en 2052.

A Jorge le costaba ceder. ¿Quién se iba a creer aquello de que estaban viajando en el tiempo y de que Janet y Mario venían del futuro?

El chico preguntaba sin parar y pareció que, con el transcurso de las horas, empezó a asimilarlo todo.

—Y, bueno —concluía Janet—, nuestra intención era volver al principio de la década, a rehacer nuestra vida. Y, de paso, vivir los años ochenta a tope.

Jorge se quedó pensativo.

—Quiero ir con vosotros —aseguró decididamente—. Si volvierais al principio de la década, quiero ir con vosotros.

—Bueno, verás... No podemos ir los tres, no pudimos traernos a Roxy con nosotros y...

—Él puede venir —contestó Mario repentinamente desde el umbral de la puerta.

—¿Siempre tienes que aparecer de sorpresa? —preguntó Janet—. Igual que en casa... En mi habitación hacía lo mismo: aparecía sin que me diera cuenta y escuchaba todo lo que hablaba con Roxy.

—Te espiaba siempre que hablabas de él —le señaló Mario— con Roxy por *Skype*. Nada me ha pillado de sorpresa...

Y rio. Jorge observaba primero a uno y luego al otro con el entrecejo fruncido. No entendía palabras como *Skype* o similares...

De repente, Janet saltó:

—Espera, papá. ¿Has dicho que él podría venir si volviéramos al principio de la década?

—Sí. No pude traer a Roxy desde el 2052 para que se quedara permanentemente, pero puedo hacer un apaño para que vayamos los tres desde 1990. Tiene que ser pocos años atrás, no podemos desplazarnos mucho.

Janet se volvió a Jorge.

—Entonces, ¿vienes con nosotros? —le preguntó con felicidad.

—Yo contigo hasta donde haga falta —contestó, olvidándose de que Mario se encontraba allí—. No sé cómo demostrártelo, pero cuando en Canciller te dije que para mí significabas muchísimo, quería decir que...

Pero Janet le calló poniéndole el dedo índice en la boca.

—Cállate. Me lo hubieras demostrado dentro de doce años.

Jorge levantó una ceja.

—¿Eh? ¿A qué te refieres? —preguntó, algo asustado.

Janet, que continuaba mirándole e ignorando también a Mario, le contestó para concluir:

—Algún día te lo contaré. Demasiadas explicaciones te he dado por hoy y tu cabeza podría estallar...

Después de cenar aquella noche, Mario siguió mezclando e investigando con su ordenador encendido y su libro abierto.

—Con las fórmulas que me quedan aquí..., podría conseguir...

Pensaba en voz alta. Su hija estaba detrás de él.

—¿Conseguir el qué?

—¡No, nada, nada! —contestó entre risas.

Janet volvió con Jorge.

—A saber qué planea... —le contó.

Horas después, Mario volvió con un par de frascos recién mezclados.

—A ver, Janet. No podemos desplazarnos de lugar, tenemos que aparecer en Madrid y sólo unos pocos años, no podemos volver atrás toda una década entera. Vamos, no llegamos a los diez años, tendrían que ser menos si queremos viajar los tres y de manera permanente. ¿Hay algún concierto que te quedaras con ganas de ver cuando estuviste en los ochenta con Roxy?

La joven no tardó mucho en responder. Apareció en su rostro una leve sonrisa mientras Mario esperaba que hablara.

Sí había un concierto que se había quedado con ganas de ver, que una vez comentó a Jorge que no llegó a asistir y que a él le hubiera encantado ir también.

—¡Buenas noches, Madrid! —saludó un hombre con el pelo largo encima de un escenario ante una gran multitud: el locutor de radio El Pirata estaba presentando el concierto a gritos—. ¡Espero que lo hayan *llevao* de puta madre con Celeste y los Ángeles... y el culmen de la noche, a tope! ¡Tocando para su gente con más huevos que nunca! ¡Que suene, que truene, troncos! ¡Banzai!

El público aplaudió y volvió a soltar otra ovación.

El conocido guitarrista Salvador Domínguez, rubio y delgado, apareció en escena con una guitarra roja llena de lunares blancos. Comenzó a tocar tras una breve introducción.

El *riff* principal de la canción *Crimen sin castigo* de Banzai comenzó a sonar. Poco después el resto de miembros entraron en escena, comenzando, así, el concierto: el batería, conocido como David Biosca, el bajista, Tibu, y el teclista, Danny Peyronel, quien anteriormente había tocado en UFO.

Y finalmente, el cantante, José Antonio Manzano, apareció también en el escenario para empezar a interpretar el tema. Con el pelo largo, cardado, y un brazalete de cuero y de pinchos, transmitía fuerza y energía al público desde el escenario. No dejaba de moverse en ningún momento y el gentío disfrutaba del *show* con los puños en alto, en la época dorada del género y en la que el país disfrutaba de sus primeros años de libertad democrática después de cuatro décadas de dictadura que volvería, desgraciadamente, muchos años después pero disfrazada de democracia.

Los tres estaban viendo en directo a Banzai en aquel concierto del año 1984 llamado *El poder del heavy*. Janet y Roxy habían visto el cartel por la Gran Vía en el primer viaje en el tiempo que hicieron juntas, pero se despertaron en 2052 antes de llegar a su destino.

Mario, sin embargo, estaba algo extraño. No quiso moverse del sitio donde habían puesto los pies en un primer momento (al fondo a la izquierda) y no paraba de mirar el reloj que llevaba en su muñeca.

A la tercera canción del concierto, Janet, por fin, se atrevió a preguntarle el porqué de su extraño comportamiento.

—Nada, hija, nada. Solamente que me parece raro que...

Y levantó la vista, mirando por encima del hombro de Janet. Sonrió.

La muchacha volvió la cabeza y por poco gritó de emoción. Roxy, junto a su padre, había aparecido detrás, entre la muchedumbre.

Las dos amigas se estrujaron con los brazos, radiantes de felicidad, como locas.

—¡Te he echado de menos! —le gritó Janet, compitiendo con el alto sonido del concierto.

—¡Pero si sólo hace un día que no nos vemos! —gritó también Roxy, riendo.

—¿Un día ya?

Roxy asintió con la cabeza.

—¡Claro! ¡Si estamos en...! ¡Bah, qué más da! —exclamaba Janet—. ¡No es momento de hablar de eso!

Y volvió la cabeza al escenario para disfrutar del concierto, con su pelo enlacado y su camiseta de Scorpions, sintiendo que era imposible que existiera una persona más feliz en el mundo que ella en aquel momento.

The final countdown

Janet había comenzado una nueva vida en el Madrid de 1984 compartiendo piso junto a Mario y Jorge, con el que no cabía ninguna duda ya de que habían comenzado una relación seria.

Mario consiguió trabajo de lo suyo tras buscar sin parar por toda la ciudad. En los años ochenta había que presentarse personalmente en vez de hacerlo *online* (internet era algo propio de la ciencia ficción y no existía en los hogares). A pesar de no poder enseñar ningún título oficial ni contrato, sí que mostraba los grandes conocimientos y demostraba la experiencia que requería un científico para trabajar en una gran empresa de la capital del país. Además, comenzó a escribir libros sobre descubrimientos suyos y sobre otros que en un futuro no muy lejano se descubrirían, adelantándose a algunos. Y, sobre todo, no dejó de investigar e investigar sobre sus viajes en el tiempo y sus consecuencias, sin descartar el retomarlos en un futuro no muy lejano... sobre todo si querían ver a Roxy con frecuencia.

Tras el concierto de Banzai, le prometió que se reencontrarían pronto, pero no supo decirle cuándo, y ésta y Carlos tuvieron que regresar a 2052.

Por supuesto, con el paso de las semanas, el pelo de Mario fue creciendo hasta ir consiguiendo una buena melena que más tarde se volvió a cardar. Para muchos jóvenes, resultaba raro que un hombre que pasaba los cuarenta años escuchara música que por entonces escuchaban chicos y chicas entre veinte y veinticinco años y repudiada por la mayoría de adultos de su edad.

Janet, por su parte, tuvo que comenzar de nuevo sus estudios básicos. No los había terminado en 2052, y aunque lo hubiera hecho, no habría servido de nada porque el título oficial no le habría servido. Comenzó a estudiar para terminarlos en una escuela de adultos, donde conseguiría su título de EGB.

Además, Janet no perdió su colección de discos y vinilos: Mario guardaba una fórmula que tomó y con la que consiguió transportar la estantería entera a su nuevo hogar de 1984, a pesar de que Janet hubiera empezado de nuevo su colección, comprando los vinilos nuevos y en versión original, en Madrid Rock, según salían a la venta año tras año.

Jorge, por otro lado, también consiguió trabajo, siendo éste y Mario los que aportaban lo necesario para que los tres vivieran como una familia en un mismo piso, mientras Janet estudiaba, siendo la más joven. También Jorge tuvo que compaginar su vida en Madrid con sus habituales visitas a Estados Unidos para ver a la familia que le quedaba. Aunque físicamente era un joven de veintidós años, para su padre y para su documento de identidad, eran dieciséis, ya que era la edad que debería tener en 1984.

Los tres disfrutaban la década yendo a todos los conciertos posibles y viviendo el movimiento con cada novedad que salía, como si fuera la primera vez que escuchaban cada disco el día que era lanzado, a pesar de sabérselos más que de memoria.

Al mismo tiempo, el trío hizo todo lo posible por concienciar a los demás para valorar y luchar por la libertad y no caer en el represivo 2052 que Janet y Mario conocieron.

En el verano de ese primer año que estaban viviendo, en uno de los viajes que Jorge tenía que hacer a Estados Unidos, le acompañaron Janet y Mario. Tener que viajar a dicho país, siendo

amantes del *hard rock* y en los años ochenta, para ambos era toda una gozada.

Jorge les presentaría a su familia: su padre y su hermano, que residían en California.

Los tres cogieron un vuelo desde Madrid directo a Los Ángeles, donde les recibiría el padre de Jorge: un hombre totalmente calvo y delgado, que les dio la bienvenida y lo primero que hizo fue invitarles a su casa.

Alucinó al ver a su hijo hecho todo un hombre después de tanto tiempo (se suponía que tenía 16 años y aún vivía con sus tíos), pero luego no le dio mucha más importancia al tema y continuó conversando con ellos con naturalidad.

—No, gracias, hemos cogido un hotel para estos días —contestó Janet, sonriente.

—Además —intervino Jorge hacia él— el mismo en el que se queda Quique estos días, papá. Viene su novia y se quedan en el hotel.

Quique era su hermano mayor que le sacaba casi diez años.

—¿Que se quedan en hotel, dices? —le preguntó a su hijo.

—Sí, si algo te conté. Duerme aquí con su novia —explicó sin darle más importancia al tema.

—Yo no lo he visto casi en lo que llevamos de año —añadió.

—Porque ha estado muy liado con el trabajo, papá.

Atravesaron el enorme aeropuerto y más tarde se despidieron del padre de Jorge.

Cuando llegaron al hotel, subieron por el lentísimo ascensor. Para Jorge y para el resto de gente que entraba y salía, aquel hotel les parecía una maravilla: muy moderno. Para Janet y Mario era antiguo, el ascensor iba lento y le faltaba una buena reforma. Era lo que tenía haber cambiado de época.

Un buen rato después de subir a la habitación que habían reservado, Jorge mencionó a su hermano.

—He quedado con Quique ahora, aquí abajo. Es posible que hayan llegado ya. ¿Vamos bajando?

Padre e hija asintieron, cansados del viaje pero contentos por estar en pleno centro de Los Ángeles. Janet se moría de ganas por visitar Sunset Strip.

No obstante, ninguno de los dos fue consciente de lo que les iba a ocurrir a continuación.

—Janet, yo estoy vaciando la maleta —comentó Mario mientras sacaba la ropa y la colocaba en un armario cercano a su cama—. Estoy terminando ya, pero si queréis ir bajando, yo iré en nada. A mí me quedarán cinco minutos.

Jorge y Janet asintieron y bajaron hasta el vestíbulo.

Allí había otro joven muy parecido a Jorge, con el pelo largo y moreno, ropa *rockera* y aparentemente con unos años más. A su lado había una chica castaña con el pelo no muy largo y, al costado de ésta, otra pareja amiga de ellos que también se quedaba en el hotel.

Al encontrarse los dos hermanos, se dieron un abrazo, quedándose Janet detrás.

—¿Qué tal, tío? —exclamó su hermano, casi como una afirmación.

Luego Jorge le presentó a Janet, y éste les presentó a Lorraine, su novia.

Pasaron a la siguiente pareja, amigos de Quique. Parecía que ya conocían a Jorge. Janet se quedó un poco atrás y tuvo que dar dos pasos para saludarles. Conoció primero a Bruce, el varón, y luego se acercó a la femina...

—¡Hola! —saludó ella, una joven de cabellos rubios y cardados, a Janet, en inglés.

Janet abrió mucho los ojos al ver a aquella muchacha delante de sus narices; no entendía por qué, pero parecía como si estuviera empezando a alucinar. Como si se sintiera en uno de sus primeros viajes en el tiempo en que pensaba que tenía algún trastorno.

Esta vez, más que un trastorno, se sentía como si se estuviera mirando al espejo...

—¡Ah, sí! Janet, te presento a...

Pero Quique se quedó mirándolas a las dos, pasando la vista de derecha a izquierda mientras pasaba de dibujar una mirada de incredulidad a otra de sorpresa.

Jorge, que miraba la escena un poco alejado, se llevó las manos a la cabeza, como si acabara de percatarse de algo muy importante que se le había olvidado hasta aquel instante.

Después, Quique continuó hablando, alucinando con lo que estaba viendo.

—¡Janet, te presento a Janet! Es cantante de un grupo de *hard rock* formado únicamente por mujeres que acaba de empezar aquí, en Los Ángeles, se llaman Vi...

Pero antes de que terminara la última palabra, la joven Janet se cayó hacia atrás. Todavía tenía los ojos bien abiertos y su cara era de extrema alucinación. Estaba completamente petrificada.

La pareja se quedó mirando a la muchacha sin entender por qué había perdido el conocimiento de repente.

¡Pues claro! ¿Cómo había podido ser tan tonta? Cuando Jorge en la Sala Canciller le contó que su hermano trabajaba en cine y que había producido una película donde había debutado un grupo desconocido, se refería a la película *Hardbodies*, donde apareció Vixen por primera vez. Y fue allí cuando conoció y se enamoró de Janet Gardner, en un 1984 alternativo sin que viviera con Mario y Janet.

La joven rubia que quedaba en pie miró a su novio y, en inglés, le dijo:

—¿Qué le ha pasado? Parece que se haya desmayado al verme. ¡Ni que fuera alguien importante o famoso!

—Pues te puedo asegurar que para ella sí... —respondió Jorge en español mientras se agachaba al lado de su pareja.

Y es que allí se encontraba ni más ni menos que la verdadera Janet Gardner, ya cantante de unas desconocidas Vixen e ídola absoluta de la joven Janet, razón, además, por la que llevaba tal nombre.

En aquel momento, se abrió la puerta del ascensor y Mario pisó el vestíbulo.

Jorge, agachado aún al lado de la pálida Janet, susurró un «Oh, no...» haciendo referencia a que la escena se iba a repetir.

Y efectivamente: Mario se acercó, saludó al hermano de Jorge y éste le presentó a su novia y a la otra pareja.

Pero cuando Mario le dio la mano a la mujer rubia, a la vez que Quique susurraba su nombre («Ésta es Janet...»), no se percató de quién era hasta que recitó su apellido:

—...Gardner —concluyó con algo de miedo.

Mario dejó de sonreír mientras le daba la mano. Se puso pálido, reconociendo a la mujer. Ésta le sonrió, pero el varón no le devolvió la sonrisa y se cayó al suelo de espaldas, al lado de la Janet joven, también petrificado con los ojos abiertos, y con la misma cara de alucinación que su hija.

Se hizo el silencio. Los cuatro se quedaron de piedra al ver la escena. Jorge, agachado aún al costado de Janet, negó de nuevo con la cabeza con tranquilidad.

—¡Pues no lo entiendo! —exclamó en inglés Janet Gardner— ¡Algo raro está pasando y quiero saber el qué!

Pero Quique no supo responder. En su lugar, fue el hermano de éste quien rompió el silencio:

—Y dad gracias a que no están aquí Roxy y su padre, y ya lo que nos faltaba —exclamó Jorge para sí mismo, en voz alta y en español, consciente de que todos lo oían aunque Janet Gardner no lo entendiera.

La joven Janet aún estaba recuperándose del viaje a Estados Unidos en el que habían estado

unos días y había conocido a la verdadera Janet Gardner, cuando comenzaron a estallarle las preguntas como fuegos artificiales; mil cuestiones que todavía tenía pendientes y que con la emoción de todo lo ocurrido todavía no se había atrevido a preguntarle a Mario.

La muchacha preguntaba impaciente. Su padre no contestó a ninguna, al menos no directamente, sino que comenzó a explicarle paso por paso todo lo que aún quedaba por aclarar.

—Janet, ¿sabes qué? —dijo a Janet con una moderada sonrisa—. Al parecer, solamente ha habido una persona que, ante todo y aunque suene irónico y chocante, se ha creído durante todos estos años mis proyectos de *científico chiflado*.

Janet lo miró asombrada.

—¿En serio?... ¿Pero, quién?

—Tu madre —Janet levantó una ceja, sin entenderlo—. Fue la única. Fue la razón por la que quería divorciarse tarde o temprano, y a la vez la razón por la que se casó conmigo.

Janet no le quitaba ojo y escuchaba atentamente. Luego, Mario prosiguió.

—A ver: ella sabía que yo era un gran científico y que no paraba de investigar. Le contaba multitud de experimentos e intenciones que tenía para progresar, y creyó que algún día idearía algo con lo que nos hiciéramos... multimillonarios.

»Por Dios, fíjate... ¿Desde cuándo a ella le gustan los melenudos con lo mal visto que estamos en mitad del siglo veintiuno? ¿Y con lo conservadora que es toda su familia y cómo ha sido ella desde siempre? Solamente me quería por el dinero. Ella sabía que andaba detrás de algo gordo al estar tantos meses fuera de casa...

—Pero, papá —interrumpió su hija—, son suposiciones, ¿no? —Mario empezó a negar con la cabeza mientras Janet seguía hablando—. O sea, vale, es posible: es una posibilidad y quizá sólo te quería por el dinero... Pero te quería, ¿no?

Mario seguía negando.

—Cariño, me sorprendes hablando tan bien de tu madre con todo lo que le dijiste la última vez que la viste. Esto está confirmado por su psicólogo, lo supe el otro día investigando e intentando ver qué ha pasado después de marcharnos —Janet se asombró—. En serio, tu madre no me quería. Solamente le importaba el dinero, hablando claro. Y sabía que, como andaba siempre fuera de casa y que las cosas cada vez iban a más, podía dejarme en cualquier momento y buscarme lo peor cuando tuviera una excusa, fuera por experimentar locuras, o por mi imagen antisocial y por escuchar *heavy metal*. Y al final, ha usado todas las excusas posibles para acusarme: tanto por mi imagen, por mi música y por experimentar contigo.

Se produjo un breve silencio. Después, continuó.

—Lo que ha pasado ella lo tenía en mente desde que nos casamos, hija. Hasta qué punto puede llegar la mente retrógrada del ser humano...

Pero Janet no quería oír más. Irremediablemente se le humedecieron los ojos.

No le bastaba con no aguantar a Flor desde que era pequeña y ahora entendía por qué, sino que, además, había intentado incluso hacerle la vida imposible a Mario si no ganaba dinero o si, simplemente, le apeteecía y se cansaba de él, sabiendo perfectamente que encontraría una excusa que seguro que podría acusar a su marido fácilmente.

—Janet, hija, no llores...

Pero era tarde y ya se le estaban cayendo las lágrimas. Luego el varón prosiguió.

—Tranquila, ya estamos a salvo de todo. Vamos a hacer nuestra vida de nuevo de la mejor forma posible y lo sabes, ¿verdad?

Y la muchacha asintió con la cabeza mientras se secaba las lágrimas.

—Claro que sí —asintió Mario con una sonrisa, sin quitarle ojo.

–¿Y qué ha sido de mamá? –preguntó.

–Está en la cárcel.

Janet, aún con los ojos humedecidos y rojos, levantó la cabeza, poniendo mucha atención.

–Sí, hija. O, en todo caso, después del instante en que nos fuimos, ella entró en la cárcel. La han metido después de un examen psicológico a la que fue obligada... y a la que acusaron de estar mal de la cabeza. De estar loca, en pocas palabras.

Janet sintió una mezcla extraña entre tristeza y alegría; era su madre y no podía alegrarse, pero tampoco podía entristecerse debido a todo el daño que les había causado.

–¿Y a ti no te darían una amnistía si la persona que te ha acusado de ello ha sido metida en la cárcel?

Mario sonrió.

–Ojala –asintió–, pero no existe ninguna amnistía en 2052 y mi delito está ahí, a pesar de todo. Seguiría siendo perseguido hasta el final.

Se quedaron los dos en silencio, mirándose mutuamente a los ojos.

–Ahora entiendo muchas cosas –añadió Janet–. Ahora entiendo por qué nunca me llevé bien con ella: porque salí a ti en vez de a ella. También entiendo por qué este último verano todo se había torcido más que nunca: porque sabía que cada vez tenía más cerca la excusa para separarse de ti, y en el momento en el que los viajes en el tiempo llegó a su límite y se lo contaste..., no tuvo ninguna piedad.

Continuaron contemplándose. A Janet se le volvieron a humedecer los ojos, pero de felicidad.

–Que conste –narró ella– que nosotros hemos ganado y ella ha perdido. Al final, el tiempo pone a cada uno en su lugar: mira dónde está mamá y dónde estamos nosotros... En la cárcel de 2052, nosotros en el Madrid de los años ochenta, ni más ni menos.

Se volvieron a quedar mirando con todo en silencio.

De repente, se olvidaron por completo de Flor; como si un *petardazo* estallara en la cabeza de ambos y la dejaran atrás, al igual que su vida del futuro.

Fue tal la felicidad que sintieron, que comenzaron a carcajear mutuamente, a la vez.

–Anda, hija, ven y dame un abrazo –sugirió Mario.

Y se abrazaron los dos.

–Vamos a hacer nuestra vida de nuevo, ¿de acuerdo? –murmuró él, y Janet asintió.

Así estuvieron durante un rato hasta que Mario sacó su portátil con todos los experimentos escritos y se pusieron manos a la obra, a investigar de nuevo, y es que no había ni un solo día en que Janet no hubiera echado de menos a Roxy.

A pesar de todo, tan sólo estando su padre y su chico a su lado, Janet se sentía emocionada y alegre, sin miedo ante nada, como había aprendido los últimos días que tuvo que enfrentarse a 2052 y que le ayudaron a convertirla en una mujer nueva, madura y valiente y a perder, por encima de todo, la ingenuidad.

La joven había conseguido quedarse para el resto de su vida en la época para la que había sido hecha y había llegado al mundo. Tantos años divinizando la dorada década habían dado resultado: Janet ya no estaba perdida en los 80.